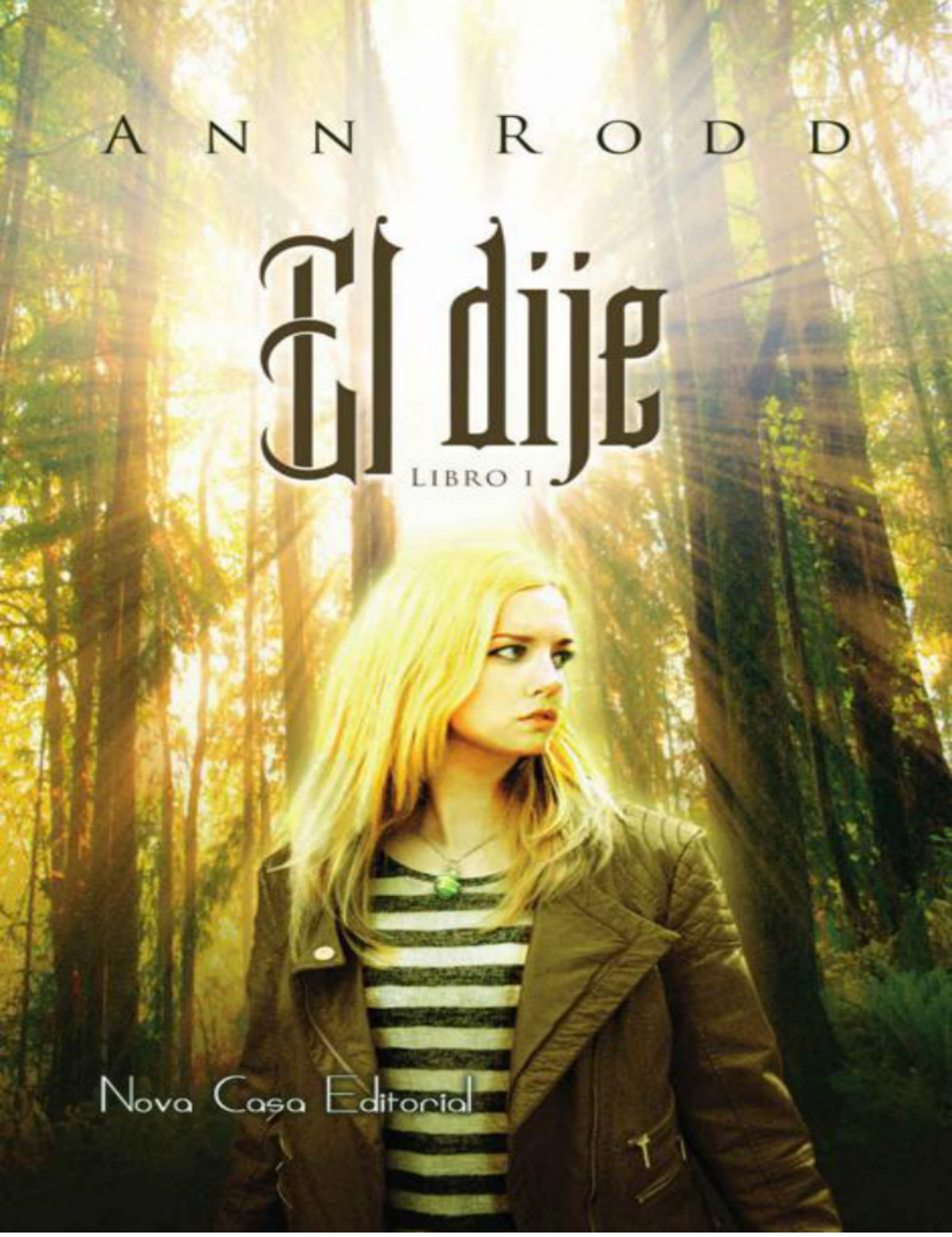
ANN RODD

El dije

LIBRO I



Nova Casa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com
© 2016, **Andrea Rodríguez Salas**
© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial
Editor
Joan Adell i Lavé
Coordinación
Maite Molina
Cubierta
Vasco Lopes
Maquetación
Elena López Guijarro
Impresión
QP Print
Revisión
Miguel Márquez
Fotografía
Laura Moré
Imagen cubierta
Nova Casa Editorial
Primera edición: agosto 2016
Segunda edición: octubre 2022
Depósito Legal: B 18909 - 2016
ISBN: 978-84-16942-85-5
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ann Rodd

Trilogía El dije

El dije

Libro I

NovaCasa | Zelá

Índice

Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
«Querido Zack:
ESCENA EXTRA

A mis queridos lectores de Wattpad

Agradecimientos

Esta es la novela más complicada que he escrito en mi vida, superada solo por *El Alma*, *la secuela*, y estoy segura de que *El arca* seguirá el mismo camino. Sin dudas, no hubiera llegado a este trabajo si no fuera por las lecturas, votos, comentarios, apoyo y cariño que en Wattpad me han dado. Gracias, esta trilogía es lo que es para ustedes y por ustedes.

Gracias a las personitas que hace tiempo ayudaron con esta historia. A Tassi y a las señoritas Frutillas por el primer pdf; a Stella White por su ayuda a la hora de editar este documento. ¡Han sido increíbles! A mis amigas y familia por animarme a enviar la historia a una editorial y a los editores y a Nova Casa Editorial por la oportunidad.

Y gracias a todas las Conejitas Collins que han dado su apoyo a esta serie desde el año 2011. ¡Muchos Conejos para todos!

«Ignavi coram morte quidem animam trahunt, audaces autem illam non saltem advertunt»

«Los cobardes agonizan ante la muerte, los valientes ni se enteran de ella»

Julio César

Capítulo 1

Zoey dejó que sus ojos vagaran por las aguas del río, mientras los dedos se aferraban a las rejas del puente.

Un grupo de patitos en fila nadaba contra el fuerte viento que traía la tormenta y en ese momento solo atinó a preguntarse por qué hacía semejante cosa. Negó con la cabeza, incrédula. Esas curiosidades de la naturaleza servían de forma perfecta para distraerla un poco de lo nerviosa que estaba en ese momento.

Levantó la mirada cuando una gruesa gota de agua le golpeó la mejilla y entrecerró los ojos, deseando huir de allí. Odiaba mojarse más de lo que odiaba nada más en ese mundo. Las tormentas no le gustaban ni un poco.

Se volteó entonces, bajando la vista hacia Jessica, que se tocaba de forma casual su corto cabello negro. Suspiró, y vio que su amiga y sus demás compañeras hacían lo mismo. En verdad, ninguna quería empaparse, pero no podían entrar al colegio hasta que la profesora de Educación Física regresara.

Miró hacia el final del puente. La costanera del río estaba desierta porque, claro, los habitantes del pequeño pueblo de Villa Helena estaban bien refugiados en sus casas. Ellas eran las únicas que estaban allí, congelándose los brazos. Justo cuando comenzaba a impacientarse y a mirar la creciente caída de gotas con rencor, la profesora apareció, caminando apresurada.

Antes de llegar hasta ellas, la mujer las instó a que se acercaran a

las rejas y las niñas obedecieron, muertas de frío. Sacando un manojo de llaves del bolsillo de su chaqueta de algodón, se metió entre las señoritas y abrió la gran puerta de barrotes negros y adornados.

Las alumnas bajaron las escalinatas y corrieron a través de la plaza circular hasta el abrigo del hall de entrada del colegio. En ese momento la lluvia se lanzó estrepitosamente sobre el lugar.

Zoey bufó, realmente molesta con el clima. No solo no le gustaban las tormentas sino que, a causa de ella, todos sus planes de la tarde libre de los miércoles estaban arruinados. Casi pudo ver a Jess rezongar de la misma forma por el rabillo del ojo. La idea, desde hacía días, era pasar la tarde echadas en el jardín tomando sol y comiendo dulces. Y eso era lo más divertido que se podía hacer allí.

Entraron finalmente al vestíbulo tibio del edificio, observando con desgano las señas de la profesora para continuar la clase de Educación Física en algún aula, de forma escrita.

Era el colmo, eso creía Zoey. A ella le gustaba el ejercicio y la tormenta entorpecía esas actividades porque el campo de deportes, del otro lado del río, a dos cuadras de la costanera, quedaba fuera de su alcance. Se arriesgaban a quedar varadas en el gimnasio en medio de un diluvio de principios de otoño.

Su escuela no contaba con un gimnasio techado, así que no había otra. Era hora de copiar en las carpetas los nombres de los músculos y los huesos, o escribir las reglas del voleibol. Por eso también ahora odiaba la lluvia.

Frotándose los brazos, se apresuró a alcanzar a Jessica para caminar junto a ella, por el pasillo de la planta baja, rumbo a las aulas.

—Esto es genial —masculló Jess. Zoey asintió mientras continuaba masajeándose los codos; tenía piel de gallina—. Es todo lo contrario de lo que me imaginaba de la tarde del miércoles —suspiró—. ¿Puedes creer que hizo un calor horrible y un sol terrible desde el lunes, y debido a las clases no hemos tenido tiempo de disfrutar del aire libre?

Ella hizo una mueca.

—Piensa que la lluvia supone un alivio para el calor —dijo, casi a la fuerza—, al menos quiero convencerme de eso.

—Pero todos nuestros planes se van directo a la basura.

Se sentó en el fondo del aula, decidida a no poner atención a lo que fuera que la profesora pretendiera hacer. Cuando Jess se sentó a su lado, apoyó la cabeza en la mesa y sonrió tontamente. Tan solo había visto por dos minutos el bello rostro de Zack Collins en aquel nefasto día y su recuerdo era suficiente como para olvidar la molesta realidad por largos minutos.

¡Qué daría por una mirada de sus ojos grises! Era capaz de regalar cada una de sus muñecas de colección, las cuales guardaba desde niña con cariño. En verdad sería capaz incluso de arrancarles la cabeza si él lo pedía.

Pero eso no ocurriría, por supuesto, porque Zackary Collins era el chico más popular de ese viejo colegio de construcción colonial. Estaba siempre rodeado de amigos y, para colmo, de chicas. Una de ellas, Mariska Sullivan se la pasaba coqueteándole y la mayoría sabía que Zack se dejaba coquetear.

Zoey no tenía esperanzas. Era menuda, de un cabello rubio oscuro que poco la hacía notar; tenía los ojos bastante grandes para su gusto y así decía todo el tiempo que era igual a una libélula. Por más que Jessica insistiera en lo contrario, ella seguía buscando trucos de maquillaje en internet para que sus ojos se vieran un poco más chicos.

Zack nunca iba a notarla teniendo junto a él a esa morena glamorosa y bella, que le meneaba las faldas delante de su nariz. Pero soñar no costaba nada y ella inventaba, cada noche antes de dormir, que él, su príncipe azul, la descubría de una forma romántica y boba para no dejarla ir nunca más.

—Zoey —inquirió Jessica, inclinándose sobre ella—, ¿qué estás haciendo?

Soltó la lapicera con la que había estado escribiendo el pupitre. En color azul, ahora rezaban las palabras: *Zack & Zoey*.

—Nada —murmuró.

Jess arqueó una ceja.

—¿Sabías que esta es el aula que usan los de tercero para la clase de Literatura? —Jessica observó cómo su mejor amiga se ponía cada vez más pálida.

—¡No! —gritó Zoey, apresurándose a tomar el corrector líquido blanco.

Zack estaba en tercero; cuando fuera a Literatura vería las palabras escritas en ese pupitre. Pasó el corrector por encima de las palabras y rezó para que a nadie se le ocurriera rasparlo para ver qué había debajo.

Jessica suspiró.

—Vaya cabeza hueca —la criticó sin malicia.

—¿Me creerías que si te dijera que no estaba pensando?

—Claro que sí, ya sé que no estabas pensando en nada. Estabas pensando en él, si cabe decirlo.

—Sí, bueno. Es que… —Zoey frunció el ceño—. A que esto van a verlo seguro.

—Podrías apostar, tal vez.

Ambas guardaron silencio.

—¿Funcionará? —Zoey tocó con los dedos el corrector, que en algunas partes aún no se había secado.

—Hum, puede ser. De todas formas, ambas ya sabemos que Zack no tiene idea de nadie de los cursos inferiores.

—Es cierto, ¡pero déjame tener esperanzas! —se quejó, dándole un manotazo a Jessica en el hombro—. Todavía puedo imaginar que ha oído mi nombre.

Su amiga frunció los labios.

—Hay como doscientos alumnos en esta escuela, Zo. —Se cruzó de brazos, mientras Zoey apoyaba la cabeza en la mesa—. Sabes que él vive en la luna más que nosotras deseando tomar sol en el patio.

—Lo sé, pero somos pocos los que vivimos aquí dentro. Yo reconozco todas las caras de los que se quedan todo el año.

—Pero no Zack. Él es de *ellos*.

Zoey no vivía en Villa Helena, ni tampoco Jess, por supuesto. Pero aquel pueblo era el único en 150 km a la redonda que tenía un colegio privado.

Jess vivía en Carmen Elisa, una de las ciudades con más alto poder adquisitivo de los alrededores. Justamente, la misma ciudad en donde vivían Mariska Sullivan y Zackary Collins. En cambio, ella vivía en un pequeño pueblo rural, más campo que casas.

Todas esas comunidades y pequeñas ciudades quedaban algo lejos de allí como para ir y venir todos los días, por lo que un porcentaje de los alumnos vivía en la escuela en período de clases.

Así, había chicos que se conocían más que otros. Los de Carmen Elisa se conocían de vista; los de Villa Elena siempre estaban más juntos; los de otros pueblos, como Zoey, eran los menos recordados, sobre todo por no coincidir en los veranos.

—Debo ir a tu casa en las vacaciones —murmuró—, será mi última oportunidad para verlo. Luego se irá a la universidad.

—Y nosotras dos seguiremos aquí luchando con la rutina —se lamentó Jess con abatimiento.

—¡Ah! —suspiró—. Si estuviéramos en el mismo curso él sabría quién soy.

—Y estarías bastante aburrida de él, estoy segura. Cuando conoces a alguien tanto tiempo, es poco probable que sigas viéndolo de la misma manera. Yo creo que deberías mirar también a otros chicos —recomendó Jess—. Recuerda que Zack tiene a Mariska deambulando. Si él no ve más allá de esas faldas y tú no le hablas, no creo que

termines casada y con cinco niños.

Zoey apoyó el mentón en el pupitre, ignorando intencionadamente la mención de la chica que seguía a Zackary a todas parte. La mayoría creía que eran pareja.

—Los demás no son como él.

—¡Hay chicos bastante lindos, no bromees!

—Pero Zack es único —contestó entre dientes—. Es simplemente perfecto. ¿No has visto lo profundos que son sus ojos? El tono gris que se mezcla con el verde en el extremo de la pupila…

—Está bien —la cortó Jessica, a riesgo de ponerse a reír en su cara —, te acepto que es lindo y popular, pero Adam Smith también es guapo.

Zoey hizo una mueca.

—No —discrepó. Adam tenía expresiones demasiado duras para su gusto. Comparado con Zack, que gozaba de una sonrisa cálida y divertida, parecía un asesino en serie.

Puso la mano debajo de su mejilla, y contuvo los deseos de imaginar que Zackary la notaba en algún momento señalado por el destino. Sin embargo, sus ideas eran algo toscas. La premisa siempre era la misma: que Zack entraba en el aula, buscando alguna cosa, y que sus ojos grises y encantadores se toparían con los suyos, en la típica escena de película que iniciaba el futuro amor. Él se quedaría pasmado al verla por primera vez, se marcharía del salón anonado y preguntaría su nombre a cuantos conociera.

Cerró los ojos, imitando la oscuridad de su sueño. Esa misma noche, Zack iría por ella, treparía ágilmente por las ventanas hasta la de su cuarto y la llamaría con un susurro:

¿Zoey?

¡Zoey!

—¡Zoey! ¡Ya es la hora! —murmuró Jess en su oído, despertándola. Abrió los ojos, algo confundida—. ¡No más clases por hoy! ¡Vámonos!

Frotándose los ojos, Zoey la siguió hasta la puerta del aula.

Está bien, eso de que trepara a su habitación era demasiado. Y también muy trillado. Tal vez solo podría arrojar un lápiz cerca de ella para tener la excusa de recogerlo y entablar conversación.

Y eso también era imposible.

Jess tenía razón. Era difícil mirar más allá de las cortas faldas de Mariska Sullivan.

Dejó por fin sus pensamientos referentes a Zackary y buscó concentrarse en algo más. Hubiera deseado realmente el sol durante

ese día, para no tener que ir a internarse en su cuarto a hacer deberes.

Compartía habitación con Jessica, y por suerte solo con ella. El estar las dos solas facilitaba las cosas. No había tanto problema con los armarios o con usar el baño en los horarios más comprometidos; como eran las mejores amigas, se ponían de acuerdo para usar las cosas.

Ambas entraron a la pieza desganadas. No querían hacer tarea, ¡vaya que no! Jessica se derrumbó sobre su cama sin siquiera dignarse a abrir la mochila.

—Creo que… dormiré una siesta.

—Buena idea. —Zoey, en cambio, tomó su *notebook*. Iba a entrar directamente al *Facebook* de Zack para ver su rostro en las fotos una y otra vez.

«¿Qué más puedo hacer entonces, eh?», se preguntó. Al final, todo iba y venía con él.

Cliqueó para abrir las ventanas correspondientes y ahogarse con todos los sentimientos que le provocaba. Era incapaz de mirarlo y no sentir como el corazón le explotaba —o al menos como las mariposas se chocaban unas con otras dentro de su estómago.

El chico tenía cerca de cuatrocientas fotos, cosa que no impedía que se las viera todas casi todos los días. Pero esta vez, al entrar, encontró un álbum nuevo entre las fotos de una compañera de curso. Él estaba etiquetado en algunas de ellas, así que lo abrió para poder ver todo.

Se trataba de las imágenes de una pequeña fiesta ilegal que algunos alumnos de tercero habían llevado a cabo dentro del colegio hacia unos días, tal vez en alguna de las habitaciones más grandes.

Por supuesto que Zoey no había ido. No era de esas que preferían arriesgarse de una manera tan disparatada. La aventura era tal vez cosa de Jess, y lo cierto es que ni ella había creído que ir era buena idea. Y luego estaba el hecho de que ninguna había sido invitada. Era más que obvio que no pensarían jamás presentarse en una fiesta de tercero cuando nadie las tenía en cuenta para ello.

¿Pero lo había deseado? ¡Pues sí! Había pensado que esa sería una perfecta situación para entablar una amistad con Zackary, tal y cómo la deseaba.

Las imágenes le decían que había sido una pequeña juntada muy movida. Zack estaba en casi todas, con sus amigos, posando con chicas coquetas, bailando y riendo. Zoey apoyó la mejilla en su mano y siguió pasando las imágenes, mientras suspiraba frustrada. ¡De lo que se había perdido!

Entonces, su corazón dio un vuelco.

Allí estaba la foto que le rompía el alma en miles de pedacitos y luego los incineraba. Zack sostenía a Mariska de la cintura y ella tenía sus brazos anudados en su cuello. Eso no era nada, el tema estaba en que él le mordía uno de los labios.

Su rostro se contrajo y cerró la *notebook* de un manotazo. Jess tenía razón. Él era inalcanzable. *Nunca en la vida* sentiría algo por ella.

—Ten. —Jessica puso una bandeja llena de comida delante de ella.

—Te dije que no tengo hambre —susurró ella, empujando la bandeja.

Jessica puso mala cara.

—¿Puedes dejar de ser tan melodramática? Ya sabías que entre Mariska y Zack pasaba algo —le susurró.

Zoey levantó los ojos y revisó el comedor. Ni un solo rastro de Zackary Collins en las inmediaciones.

Frunció el ceño y tomó un pedazo de pizza casi con ira. Le dio un mordiscón furioso y asintió. ¿Hambre? ¿Era en serio? Estaba que se moría. No valía la pena intentar sentirse peor con eso.

—Pero nunca lo había visto. Esto ha roto mi corazón de verdad —añadió, incluso sorprendida de sí misma, mientras tragaba la pizza.

—Te ilusionas demasiado, amiga. —Jessica comenzó a comer, feliz de haberla sacado de su falso letargo—. Te lo dije ayer, busca a alguien más accesible.

Zoey suspiró, menos apática que antes; tomó otro trozo de pizza y se lo llevó a la boca.

En ese momento, alguien entró corriendo al comedor. Lo reconoció de inmediato, por supuesto. Zack se notaba cansado, bastante agitado y, además, preocupado. Se acercó a una de sus compañeras, sentada a unas mesas más allá, le susurró algo en el oído y volvió a salir corriendo. Todo rápido, como si en realidad nunca hubiera entrado.

Jessica notó su mirada atenta, fija en la puerta por la que el muchacho acababa de salir.

—Es un amor platónico —suspiró, como para sí misma—. Ya verás que cuando estemos en el viaje de graduación conoceremos muchos chicos increíblemente sexys —agregó, como si deseara que el viaje fuera mañana mismo.

Zoey quitó los ojos de la puerta.

—Oye, ¿más sexy que ese chico? —replicó, incrédula. Eso sería posible solo si hablaran de *Matt Bomer*, o de *Ian Somerhalder*, ¡o de *Alex Pettyfer*!

—¡Por supuesto que sí! Ya te dije que creo que Adam Smith es más guapo.

—¿Y yo te dije que creo que estás loca? —Nunca, en su sano juicio, pensaría igual.

—¿Yo? ¿Que yo qué? —Jessica bebió un sorbo de su jugo—. Yo solo tengo más opciones a la vista.

—¡Oh, no bromees! ¿Smith es una de tus opciones a la vista? —Jessica no contestó a eso y, en cambio, robó el último pedazo de pizza de la bandeja. Zoey puso los ojos en blanco y se reclinó en la silla. En su cabeza todo eso daba igual. Incluso en el viaje de graduación pasaría desapercibida—. Olvídalo, quieres.

Jess arqueó una ceja, ahora confundida.

—¿De qué diantres estás hablando?

—Del viaje. Aunque viésemos chicos increíblemente sexys, ninguno va a mirar a la niña cara de libélula con cabello al estilo Mérida de *Valiente* —puntualizó—. En cambio, tu corte de cabello es genial. Eso sí llamará la atención.

—Zo, mi cabello está corto porque largo es un asco. No porque sea original.

—La verdad es que eres la única aquí que se anima a tenerlo corto.

Le encantaba la idea de imaginarse a sí misma con ese corte. Un *corte bobo* bien lacio y perfecto, con un flequillo entero y bien peinado. Pero su cabello rubio no era tan lacio como el de Jessica y si se cortaba se inflaba, se paraba y se rizaba de la forma más horrible que jamás hubieran podido ver. La única forma de poseer un lindo y elegante estilo como ese era realizándose un tratamiento de lacio permanente… o usando una peluca.

La campana anunció el fin del receso del almuerzo. Zoey no había terminado de comer para aquel momento, pero como ya se había zampado dos porciones con furia, dio por terminada la contienda de aquel mediodía.

Tenían clase de Biología, lo cual siempre resultaba divertido. La profesora era de aquellas que iban a lo práctico; traía maquetas de partes del cuerpo humano, láminas y demás cosas que mantenían al grupo interesado. Era un alivio, porque aquella materia teórica era muy pesada como para estudiarla sin esa ayuda.

La mujer ya estaba en el aula cuando entraron.

—¡Ah! ¡Qué bueno! —Se alegró al verlas—. ¿Pueden acompañar a Tamara y a Sofía al sótano por algunas de las maquetas del colegio? Tuve problemas con mi auto y no pude traer las mías.

—Claro.

Tanto Jess como Zoey mantenían un trato amistoso y agradable con todos sus compañeros de curso. A diferencia del Tercer año, en

Segundo no había gente popular o demasiado bonita y rica como para resaltar, así que todos eran mucho más unidos. Tal vez podían mencionar a James Nicolo como uno de los más destacados, o incluso Jessica, pues ambos vivían en Carmen Elisa y eso significaba que tenían un poder adquisitivo superior. Tamara y Sofía, en cambio, vivían en Villa Helena. Ninguna de las dos se quedaba más tiempo del necesario en la escuela y siempre lamentaban la mala suerte de las chicas de no poder salir para ir al cine.

Las cuatro juntas, charlando justamente sobre esa mala suerte, llegaron a la planta baja con ánimos.

El sótano del colegio era enorme. En primer lugar, eso se debía a que la escuela no siempre había sido una institución escolar y el sótano había sido una parte importante del edificio en los años anteriores. Décadas atrás lo había usado la gobernación de Villa Helena, pero Zoey en realidad desconocía para qué lo habían utilizado.

El subsuelo tenía varias habitaciones: las más grandes eran el depósito y la vieja sala de máquinas. Las maquetas del colegio, de casi todas las materias, estaban bien guardadas en el depósito, accesible y seguro, y este se encontraba junto a la sala de máquinas, hacia el fondo de todo el sótano. Esta última, lógicamente, tenía la entrada prohibida a los alumnos. Era peligrosa, ya que si bien la mayoría de los viejos artefactos que estaban allí no funcionaban o estaban simplemente situados, la sala tenía un cableado eléctrico importante. Allí también estaba la caldera y los diferentes conductos de agua y gas. Siempre estaba cerrada con llave y las únicas tres que existían estaban en poder del conserje, de la directora y de una de las preceptoras. La sala de depósitos, en cambio, casi siempre estaba abierta para las clases.

Bajaron las escalinatas del sótano con cuidado, puesto que la escalera era pequeña y de escalones cortos; era fácil tropezarse en ella. Apenas estuvieron en la antesala, se percataron de un extraño sonido. Era algo que se oía bien fuerte, más hacia el fondo del lugar, como si algo se hubiera quedado atrapado en alguna máquina y no dejara que esta funcionara del todo bien.

—¿Qué diablos…? —Soltó Jessica, llevándose las manos a los oídos —. Es bastante insoportable. ¿Qué es eso?

—¿Está funcionando una máquina? —Zoey miró la puerta al fondo del cuarto, esa que correspondía con la sala que tenían prohibida—. Deberíamos avisar que una está andando mal.

—Parece que algo se rompió, tal vez es la caldera. Las demás máquinas no suelen estar encendidas —opinó Tamara—. Muy molesto el ruido, la verdad. Tienes razón, Jessica. —Hizo una mueca.

Caminaron hasta el depósito y cuando estuvieron allí, pudieron notar que la sala de máquinas tenía la puerta abierta.

—Debe haber alguien adentro —razonó Sofía—. Tal vez sea Jorge.

De alguna forma, Zoey no se convenció de ello. El único sonido que provenía de la sala era el de la máquina rota.

—No, a Jorge lo vimos limpiando el aula de Música antes de venir, ¿verdad Jess? —Jessica asintió—. Y Susi estaba con los alumnos de séptimo grado. No creo que la directora esté adentro. —Al no recibir objeciones, se acercó un poco a la puerta. Se recordó a sí misma que entrar era una locura y que además no solo podía resultar peligroso para ella en lo físico, sino también en lo académico si la descubrían. Pero, ¿y si alguien había olvidado la puerta abierta?—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó desde el umbral, donde el sonido llegaba con más fuerza. No podía ver a nadie desde donde estaba. Las más viejas máquinas creaban una pared frente a la puerta, impidiéndole ver toda la sala.

—Esto es muy extraño. —Jess se aproximó también, mientras Tamara, muy deseosa de no acercarse al cuarto, sacaba las maquetas del depósito.

—Iré a decirle a alguien que la puerta está abierta. Si ya lo saben, no habrá problema alguno, ¿no? —preguntó Sofía.

—Ve, esperaremos aquí por las dudas. —Jessica se apoyó en la pared, mientras Zoey seguía tratando de ver algo en la sala y Tamara revisaba el depósito.

—¡Vaya, qué cosas raras hay aquí! —exclamó todavía dentro de la habitación, sacando cosas al azar. Se asomó y les enseñó una copa de plata gastada—. ¡Esto debe tener siglos!

—Tantos como el colegio, ¿no? —se rió Jess.

Zoey se mordió el labio inferior. Estaba empezando a ponerse nerviosa y no sabía bien por qué. De alguna forma ese sonido se le antojaba *más* que *solo* extraño. Tenía la ligera sensación de que nada estaba bien. Se aferró al marco de la puerta; entrar era peligroso, ¡debía recordarlo!

Entonces, alguien gimió desde algún lugar de la sala. El sonido era muy suave; flotó a través del aire hasta ella, haciéndole llegar unas pocas palabras:

—*Ayúdame, ayú… dame.*

Zoey se sobresaltó.

—¡Jessica! —exclamó, tomándola del brazo—. ¿Escuchaste? ¡Hay alguien!

—¿Qué cosa? Yo no escuché nada —murmuró ella, asomándose a

la sala.

—¡Alguien pidió ayuda! ¡Lo oí!

—¿Estás segura? —Tamara salió del depósito.

—¡Sí!

Sin esperar algo más, Zoey se metió dentro. Había tantas máquinas ahí, creando bloques de metal y óxido, que en esa gran habitación formaban un pequeño camino con giros inesperados. Caminando con extremo cuidado, bordeó unas cuantas griferías, donde el sonido del aparato roto se hacía más fuerte.

—¡Zoey! ¡Vuelve aquí! —Le gritó su amiga en cuanto la vio desaparecer detrás de un tubo de metal enorme y lleno de polvo.

Pero la ignoró, muy convencida de lo que había oído y de que allí había alguien más. Se acercó aún más a la máquina que hacía el endemoniado sonido y aún no podía ver.

Entonces su pie arrastró algo en el suelo. Extrañada, levantó el zapato para ver qué era. Se sorprendió al encontrar un pequeño dije de cristal verde agua, recubierto con extraños adornos en plata. Tenía una fina cadena del mismo material.

Con el ceño fruncido, tomó el collar, ahora bien segura de que alguien lo había dejado caer ahí. Apresuró el paso y avanzó hasta otra de las maquinarias. Estaba a punto de terminar con un pasillo para llegar a su destino. Asomó la cabeza y jadeó llena de horror. Una helada corriente subió por su columna vertebral paralizándola y no pudo hacer más que dejar que un gemido se atorara en su garganta.

Zackary Collins tenía el cuerpo atrapado en una de las máquinas más grandes del lugar. Una que tenía un agujero y un engranaje siniestro: una usina. El sonido lo producía el atasco en ella.

Se quedó inmóvil, con los ojos como platos, recorriendo el cadáver con la mente en blanco

La máquina lo había atrapado, lo había arrastrado y lo había destrozado. La sangre había hecho un lago en el suelo de cemento y él aún tenía los ojos ligeramente abiertos.

Pero estaba muerto, *bien* muerto. Y todo indicaba que había fallecido desangrado.

—¡Zoey! ¡Regresa aquí antes de que venga la preceptora! —chilló Jessica acercándose por detrás.

Pero la chica no la escuchó, ni la miró y menos contestó. Estaba en shock. *Su amor estaba allí destrozado, pálido, muerto.*

Muerto, muerto, muerto. Zack estaba muerto.

«Zack…»

Jessica llegó hasta ella y se paró en seco al ver la sangre.

«Zack, Zack… Está muerto». No se movió cuando Jess le clavó los dedos en el brazo. Estaba en shock.

—¡Oh, por Dios! ¡T-Tamara! —gritó horrorizada.

En ese momento, se le puso todo negro. Lo último que vio antes de caer al piso fueron los ojos grises entreabiertos y sin vida de Zackary.

Cuando despertó, estaba recostada en su cama, en penumbras. Afuera volvía a llover. Se sentó y buscó a Jessica con la mirada, pero ella no estaba en la habitación. Se frotó los ojos y se dirigió al baño.

Tenía apenas puesta una camiseta y unas bragas blancas. No recordaba haberse sacado el uniforme, ni menos haberse ido a dormir, ¿pero qué más daba? Necesitaba lavarse la cara y eso hizo.

Limpió su rostro con el agua fría del fregadero y miró su expresión en el espejo. Estaba pálida, demasiado, casi demacrada. Suspiró buscando alguna cosa más deplorable en su rostro, pero no notó nada en ella, sino que vio algo distinto en su cuello.

De él pendía una larga cadena, con un dije de piedra verde agua, con detalles en láminas de plata. Lo tomó entre sus dedos, tratando de hacer memoria. ¿De dónde había sacado ese collar? El dije era una joya antigua, delicada; casi ovalado, y muy hermoso. Pero por alguna razón… se le antojaba malévolo.

Entonces lo reconoció y los recuerdos sangrientos llegaron a su mente, todos juntos de una vez. Todos chocaron contra su frente y la hicieron tambalearse del horror.

¡Zack estaba muerto!

Se sujetó del lavabo y se tapó la boca con una mano. La sangre, la máquina, Zack… *El dije. «¿Por qué yo tengo este dije?».*

Trastabillando, regresó al cuarto. Se sentó en la cama, aguantándose los mareos y las repentinas ganas de vomitar. Supo que debía volver al baño, pero no pudo levantarse.

—Zack… —gimió, soltando lágrimas gruesas y sinceras de dolor—, *¿qué te ocurrió?* —Tomó el collar e intentó sacárselo. Su rostro se mostró aterrado en cuanto notó que no podía pasárselo por el cuello hacia arriba, por más que tirase con todas sus fuerzas—. ¿Qué diablos…? —chilló—. ¿Por qué tengo esto?

—Ahora es tuyo.

Zoey pegó un salto y se giró en busca del dueño de aquella voz. La conocía muy bien, pero los recientes hechos le gritaban en el oído que no podía estar oyéndola. Sin embargo, la había escuchado de verdad

y, al voltearse, notó que no era incorpórea.

Zackary la miraba con tranquilidad, con el uniforme del colegio puesto, apoyado contra la pared de la ventana.

—Ahora que estoy muerto, tú eres la nueva dueña. —Y entonces, contra todo pronóstico, él *sonrió*.

Capítulo 2

Zoey se retiró hacia atrás tan rápido que tropezó con su cama. Cayó de espaldas sobre ella, pero le importo un rábano. Se giró y se ocultó en el hueco entre la suya y la de Jessica. Su corazón latía increíblemente desbocado, y podía sentir ese característico sudor frío que aparecía ante el miedo irracional en la base de la nuca.

Se quedó quieta, escuchando el silencio en su cuarto. Nadie habló y nadie se movió. Llegó a pensar que la muerte la había enloquecido y que estaba viendo cosas.

Se pasó una mano por el cuello y respiró hondo.

—Tranquila, Zoey. No es posible, tranquila —se dijo, en voz baja.

Tomó aire una vez más y asomó la cabeza por el borde de la cama. Allí, mirándola relajadamente, seguía parado Zackary Collins.

Sus ojos se abrieron como platos y, antes de ocultarse nuevamente, lo vio arquear las cejas. Se llevó una mano al pecho y se frotó los parpados. Se asomó otra vez y volvió a ver a Zack apoyado en la pared, ya consciente de que no lo estaba imaginando.

—¡Oh, no! —gimió en voz alta—. Morí también yo, ¿no es cierto? —Zack negó—. ¿Y entonces?

Él puso los ojos en blanco.

—Debo ser paciente —suspiró, mirando el techo—. No estás muerta, Zoey. Solo yo morí, nadie más.

—Estoy loca… —Zoey negó con la cabeza y volvió a ocultarse

detrás de la cama. Todo quedó en absoluto silencio otra vez. Desesperada y asustada, se tapó la cara con las manos.

De pronto, escuchó un sonido cercano. Quitó las manos y miró aterrada al fantasma, sentado en el suelo a su lado.

Con un chillido, se arrastró por el piso, lejos de él.

—¿Por qué me persigues? ¡Vete!

—No puedo.

—*¿Por qué?*

—Porque eres la nueva dueña del dije, no puedo irme sin asegurarme que vas a estar bien. —La miró con tranquilidad.

—¿De qué hablas? —Disimuladamente, viendo que él parecía muy sólido, tomó el palo de hockey que le había regalado su abuelo de debajo de la cama. Si algo malo pasaba, iba a darle con todas sus fuerzas; luego correría.

—Tomaste el collar justo después de mi muerte. Eso te convierte en la nueva poseedora y, por consiguiente —Zack sonrió siniestramente —, en la persona en el mundo con más posibilidades de morir… de un momento a otro —agregó de forma elocuente.

Zoey ahogó un gemido.

—¿Qué te hice para que vengas a perseguirme de esta forma? —lloriqueó—. ¡Ve a descansar en paz, por favor! Sé que te he dado mal de ojo por lo mucho que te he mirado pero… no me castigues. ¡Es horrible!

Zack abrió grande los ojos.

—¿Me has mirado? —preguntó, sorprendido—. ¿De verdad? Yo no te había visto antes.

La sinceridad en su voz fue hiriente y ella ya estaba demasiado conmocionada como para poder soportar más. En un arranque de valentía se levantó, saltó por encima de él y salió corriendo del cuarto.

Los pasillos del último piso estaban desiertos. Suponía que todos debían estar hablando del mismo tema: la muerte de Zack. Pero ella tenía un problema mayor: el muerto se negaba a abandonar su cuarto y por mucho que ella lo amara, su espectro la aterraba.

Llorando, no vio por dónde iba y se llevó puesta a una chica que gritó ante el choque.

—¡Zoey! —chilló Jessica al verla, parte en pijama y en parte en ropa interior—. ¿Qué haces corriendo así… fuera? ¡Dios, vuelve dentro! —Jessica la tomó del brazo y comenzó a deshacer el camino que ella había hecho corriendo.

—¡NO, NO, NO! —Zoey clavó los talones desnudos en las baldosas

—. ¡Por favor, hay un fantasma ahí! ¡No quiero entrar…!

—Necesitas descansar —afirmó Jessica, llegando hasta el cuarto. Abrió la puerta, ignorando los gritos de su amiga, y esta solo se calló cuando vio que, efectivamente, no había nadie allí.

—Pero…

—No hay fantasmas, Zo. Estás demasiado alterada. —Jess tiró del acolchado de la cama y la instó a volver a acostarse. Quizá sí lo había imaginado. Temblando ligeramente, Zoey volvió a la cama—. Iré a traerte algo caliente para beber, un té será perfecto.

Eso no le gustó mucho. No quería quedarse sola otra vez y, cuando se removió en la cama para llamar a Jessica antes de que esta cerrara la puerta, sintió cómo algo frío se le clavaba en el pecho por debajo de la camiseta. Lo tomó entre los dedos. *El dije.*

—*¡NO, JESS!*

Pero la chica cerró la puerta y la dejó sola, con las inquietudes que no parecían ser ilusiones. Tironeó de la cadena del collar y comprobó nuevamente que no podía quitárselo. Llenos de terror, sus ojos claritos recorrieron el cuarto desierto esperando ver el espectro de Zack en una esquina, menos amable y más espantoso.

Pero en cambio, lo que sucedió pasó debajo de sus sábanas. Algo le rozó las piernas desnudas; algo muy suave, mullido y tiernito. Con un grito y el corazón en la boca, se destapó.

Entre sus piernas había un muñeco. Un peluche, sí. Era un conejo blanco, muy simple, con dos rayas para los ojos bordadas en hilo negro y una cruz para la boca. Estaba quieto entre sus muslos y casi que habría jurado que cuando entró en la cama ese muñeco no estaba en ese lugar y, también, paradójicamente, habría jurado que se había movido antes de que levantara el acolchado.

Miró el conejo de felpa con el corazón latiendo a mil por hora. Se veía tan inocente, tan dulce. Pero no era normal, había algo en él que asustaba, como el collar. Y esa cosa no era suya ni de Jessica.

Entonces, los ojos bordados del conejo, de alguna forma extraña y terrorífica, se fijaron en ella. Sus orejas se agitaron y su boquita de cruz se movió al hablar.

—¡Eso estuvo cerca! —dijo, con una voz que se asemejaba mucho a la de Zackary.

Zoey quiso volver a salir corriendo. Gritó como una desgraciada y, cuando logró llegar a la puerta, descubrió que Jessica la había dejado encerrada. Golpeó la puerta con los puños, mientras oía cómo el conejo corría las sábanas de la cama.

—¡Vaya! —El tono la sorprendió y la trasladó a una pesadilla.

Nunca en su vida hubiera soñado con oír a un muñeco de peluche hablar de esa manera, con un silbido extraño que solo oía en los halagos masculinos. Bueno, a decir verdad, jamás imaginó oír hablar a un conejo de juguete. Zoey se volteó despacio, con la cara pálida y un sudor en la nuca—. Increíble, Zoey Scott, tienes unas lindas piernas.

Entre avergonzada y asustada, Zoey se tapó las nalgas con las manos y se pegó a la pared. El conejito casi que sonreía.

—¿Qué eres?

—Soy yo, bobita —replicó el peluche como si fuera obvio.

—¿Zack?

—Pues claro. —Él se paró en la cama, con sus patitas rectas y cortas, y caminó por ella. La visión no era alegre como en *Toy Story*. Parecía sacada de un thriller—. Me convertí en esto antes de que tu amiga me viera.

—¿E-ella puede… verte? —Sin relajarse, miró la puerta cerrada.

—Sí, estoy muerto, pero no soy un fantasma. Tengo un cuerpo falso, que no está vivo pero que responde de la misma forma. Puedes tocarme si quieres —Él estiró la pata.

—No, gracias —gimió ella.

Zack suspiró.

—Bien, tendré que ser duro con esto. No quiero asustarte, pero tampoco es que puedas pasar más tiempo en este estado de pánico absoluto —murmuró él y Zoey parpadeó, como una idiota en trance.

—¿Pá-pánico absoluto? —balbuceó, todavía sudando frío—. ¡ESTÁS MUERTO Y ESTÁS HABLANDO PARADO *SOBRE MI CAMA!*

Los ojos de rayitas de Zackary se estiraron y él se limitó a encoger los hombros delgados y blancos.

—¿Quieres que te suelte la bomba o no? Porque puedo seguir aquí parado diciendo estupideces y tú puedes seguir llorando. O puedo decirte lo que sucede y tú puedes llorar luego. Porque querrás llorar, créeme —rió entonces, con un humor negro.

—Quiero llorar ahora —contestó Zoey llevando las manos a sus ojos. En verdad estaba en pánico, pero no podía huir, así que… ¿qué más podía hacer? Tal vez solo concentrarse en respirar y no desmayarse. Ya sentía que la habitación le daba vueltas.

—Deberás escucharme muy bien, ¿de acuerdo? —Zack tomó ese gesto como una aceptación. La señaló y ella, sin más, asintió lentamente. Quería vomitar—. Ese collar es un objeto centenario y muy peligroso. No debería ser tuyo, pero ahora lo es. ¡No debiste tomarlo! Gracias a eso, alguien pensó que era tuyo y te lo pasó por el cuello —la regañó—. Esa cosa está maldita.

Quitándose las manos de la cara y conteniendo los deseos de correr al baño, Zoey apretó los labios.

—¿Maldita? —balbuceó—. ¿Por qué no puedo sacármelo, eh? ¡Quiero quitármelo! —Volvió a tironear del collar. Lo que le había dicho solo la había alarmado más.

—Porque el collar se amarra a un solo dueño durante toda la vida de este. Y es eso lo que debo decirte, Zoey: *puede que mueras.*

Ella lo miró, dura. Con la última frase creyó que realmente iba a desmayarse. Apoyó la nuca en la madera y ahogó un gemido lleno de frustración. Si esa era una pesadilla que intentaba ser graciosa, pues no tenía chiste.

Pero era real, ¿o no? Zack estaba en forma de conejo de peluche parado sobre su cama y no paraba de hablar. Si en cualquier circunstancia eso sonaría a fantasía pues en la realidad misma ya no sabía a qué atribuírselo. Cerró los ojos y negó, convencida de que no tenía a donde huir entonces y de qué realmente estaba despierta. Y para colmo le decían que iba a morir…

—¿Por qué? —Solo consiguió decir eso. Nada más salía de su boca.

—Porque todos matan por él.

El conejo bajó de un brinco de la cama y se acercó a ella. Ante la proximidad, Zoey se dejó caer hasta el suelo.

—No debes tener miedo de mí —aclaró él—, yo estoy aquí para cuidarte. Es eso lo que me dijeron al morir. Es mi responsabilidad. Me culpan por haber dejado el dije en manos de una niña inocente y despistada.

Asustada, Zoey se hizo una bolita, rodeando las piernas con los brazos.

—No entiendo… —gimió. Estaba segura de que al menos, si no vomitaba o se desmayaba, pues comenzaría a llorar como una desgraciada.

—El collar era mío antes. —Zack le puso una pata en el hombro y ella sollozó ante el contacto, temerosa como nunca—. Cada dueño está advertido sobre las consecuencias de poseerlo. Yo acepté ser el dueño, aun sabiendo que alguien iba a matarme para tenerlo. Yo sé cómo es tener ese collar y a él le importa un rábano que tú no sepas lo que es ni para qué sirve.

—¿De *qué* hablas? —Zoey levantó los ojos claros y lo miró a través de los mechones rubios que le habían caído sobre la cara. No entendía ni mierda, la verdad. Y tampoco quería entender.

«Vomitar, vomitar, vomitar».

—Tiene conciencia propia y no te dejará hasta que mueras. Por eso

mismo, muchos van a venir por ti —dijo Zack y la miró con un gesto de disculpa, o lo que parecía, en su cara de conejo.

—¡Oh, Dios! —Y pues allí, ahogó el llanto en su garganta—. ¡Quiero despertar de esta pesadilla! ¡Quiero despertar y ver que estás vivo!

Apretó los parpados y notó que esta vez, verdaderamente, estaba llorando. El stress ahora sí estaba marcando terreno.

Las orejas del conejo se bajaron con tristeza en cuanto ella negó otra vez.

—No estoy vivo, Zoey. Lo lamento.

Sin poder contenerse más, e impresionada por todo lo que había visto y por lo que estaba oyendo, se derrumbó sobre sí misma, incapaz de decir ni una palabra más. Lloró con la cara contra las rodillas y no le importó ya recordar que seguía sin los pantalones puestos. Tampoco prestó atención a las palmadas suaves que él le dio en el hombro y en la cabeza; simplemente intentó no descomponerse del todo.

Entonces, con la cara empapada, los ojos todavía más grandes de lo normal y un quejido agrio proveniente de la garganta, suplicó por paz.

—Lo siento, de verdad —insistió Zackary y esperó de forma paciente a que ella se serenara.

Así, Zoey levantó la cabeza y lo miró de reojo. Todavía con náuseas y la cabeza llena de dolor.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó con un hilo de voz.

—No fue un accidente. —Él frunció el ceño de tela, aliviado al fin de que ella se pasara las manos por las mejillas y al menos hablara—. Pero estaba expuesto a eso, así que no puedo culpar a nadie.

—¿Te… mataron? —susurró ella, todavía sin atreverse a verlo tan directamente—. ¿Quién?... Pero si no había nadie allí. ¡Yo solo te escuché a ti!

El conejo alzó las orejas.

—¿Me escuchaste? —dijo, perplejo.

—S-sí, por eso… —De nuevo, la voz le tembló al recordar el cuerpo destrozado y sangrante. Zoey cerró los ojos y tragó saliva—. Por eso entré a ver. Te escuché pedir ayuda —finalizó.

Zack negó.

—¡Imposible! Yo ya estaba muerto cuando entraste al sótano. Tenía minutos sin vida, unos quince minutos. Nadie me oyó ni me vio. Me desangré demasiado rápido y nadie pudo ni podía hacer nada por mí.

Zoey se mordió el labio inferior y negó.

—¡Yo sí! ¡Yo lo oí! —insistió—. Lo oí. «*Ayúdame»,* y luego… Fue

tan horrible —gimió tapándose la cara con las manos. Temió volver a ponerse a llorar. Si empezaba de nuevo, nadie la pararía—. ¿Por qué tuve que verlo?

De pronto, unos brazos fuertes la alzaron en el aire. Desconcertada, vio cómo él había recuperado su apariencia humana.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —pataleó. No podía tolerar eso, no podía tolerar que fuera un fantasma y cambiara de forma en un suspiro. No podía siquiera pensar en que la tocara después de todo eso.

Zack la dejó en la cama, ignorando sin pudor sus súplicas.

—Debes descansar, Zoey. Tu vida no será fácil a partir de ahora. Yo estaré contigo el tiempo necesario, que al parecer, puede llegar a ser toda tu existencia. —Los ojos grises de Zackary la miraron con intensidad—. No aceptaste el collar, por eso estoy aquí. *Pero sin duda, él te ha aceptado a ti.*

Jessica abrió la puerta con cuidado, sosteniendo una taza enorme de té humeante.

—De acuerdo —dijo caminando hasta la cama—, esto te hará bien. —Le puso la taza en las manos y se le quedó viendo fijamente.

Para evitar seguir siendo observada de esa forma, Zoey tomó un buen trago sin importar que tan caliente pudiera estar.

—La directora quiere saber cómo estás —murmuró Jess, sin poder apartar la vista de los surcos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas.

Zoey levantó los ojos y cuando sintió un pellizco en su pierna por debajo de las sábanas, dio un brinco que casi vuelca todo el té. Disimuladamente, y sin que su amiga la viera, pateó con poca consideración alguna al peluche de conejo que andaba por sus piernas.

—¿La directora? ¿Por qué?

—Por lo… lo de Zack. —Jess titubeó al decirlo—. Espero que no te haya molestado, pero le comenté lo que sentías por él.

Zoey apretó la jarra con fuerza. ¡Pero si justamente Zackary la estaba oyendo en ese momento! Otro pellizco la hizo saltar. ¿Lo estaba haciendo a propósito? Ahora que estaba más calmada y había logrado desahogarse y hablar con él, solo tenía deseos de arrojar conejos por la ventana. ¡Eso no podía ser serio!

—Pues… estoy bien —gimió. No era desagradecida, pero quería echar a Jessica lo más pronto posible para gritarle al susodicho que dejara de propasarse.

—Zo —Jessica se inclinó hacia ella—, hace como diez minutos

saliste corriendo al pasillo, semidesnuda, porque habías visto un «*fantasma*». Eso no es estar bien. La directora cree que lo mejor es enviarte a casa unos días. No cree que estar aquí con todas las investigaciones sea lo mejor para ti.

Solo lo último llamó su atención.

—¿Investigación?

—Los padres de Zack están en camino y la policía del pueblo está en este momento en la escena del accidente. Nos llamarán para atestiguar en algún momento, pero tú estás muy sensible.

Dudando qué decir, Zoey bebió más a la fuerza. Las amigas se quedaron calladas y ella rezó para qué el muerto no siguiera moviéndose debajo de las sábanas.

Jessica preguntó cosas sin sentido para mantenerla entretenida, pero al final supo que no iba a sacarle demasiadas palabras.

—¿Quieres algo de cenar? Te lo traeré. Pide lo que quieras.

A Zoey se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en la muerte de Zack, pero este gruñía cuando lo olvidaba.

—Solo un poco —contestó.

Feliz por la respuesta, Jessica salió campante de la habitación y, apresurada, Zoey dejó la taza en la mesita de luz y se destapó.

—¿Por qué estás pellizcándome las piernas? —chilló, tan roja como un tomate.

Zackary puso su cabeza de conejo sobre su pata de conejo.

—Estaba calculando la masa corporal que tienes en ellas —dijo, como si nada—. Tienes una buena musculatura. Delgadas, pero compactas.

—¿En serio? —siseó, incrédula y enfadada—. ¡Tócame otra vez y te corto las manos! —Y como si lo conociera de toda la vida y ya se hubiera acostumbrado a su extraña presencia, lo pateó de la cama.

El conejo rebotó en el suelo.

—Qué lástima —respondió—, porque en realidad no tengo manos. —Se irguió y se sacudió el polvo de las extremidades—. En verdad, si te hubiera visto antes, las hubiera contemplado con mucha más alegría en vida.

Jamás en la vida hubiera imaginado que Zack tenía esa clase de comentarios guardados en la manga. ¿Tierno, dulce? ¡Era un completo idiota! Incluso con lo mucho que todavía le gustaba, no podía evitar enfadarse.

—No es mi problema si eres tan despistado.

—¡Ah, no! —Zack brincó sobre la cama, parándose sobre su pecho.

Puso su carita de conejo muy cerca de la de ella—. Tú eres la despistada y la entrometida. No debiste tomar el collar, ¿lo recuerdas?

—¡No lo sabía, bien! ¿Qué quieres que haga ahora? Lo siento.

Zack suspiró.

—No quiero que hagas nada. Solo… mantente cerca de mí. Iré en forma de conejo a todos lados contigo, ¡incluso si tienes que ducharte! —añadió con un tono algo extraño que luego Zoey identificó como juguetón—. Aunque… cuando estemos solos puedo volver a tomar forma humana. —Y así, sobre ella, se transformó nuevamente en un chico, con un audible: ¡PLOP!

El peso del cuerpo del muchacho se hizo notorio enseguida. Él cayó casi sobre su cuerpo, apretándola contra la cama. Zoey perdió el aire de sus pulmones y lo miró algo asustada.

«Oh, Dios». El idiota sabía cómo jugar sucio. Se quedó viéndolo con la boca abierta, completamente obtusa.

¡Y eso no se valía! Quería apartarlo por ser tan descarado, pero una parte de su mente gritaba: ¡*Hazme lo que quieras!* Y Zack lo leyó en su mirada. Sonrió de forma socarrona y ladeó la cabeza.

—Y te seguiré hasta el fin del mundo —suspiró, justo antes de que Zoey ahorrara valor y lo empujara, de vuelta, fuera de la cama.

Zoey se quedó viendo a la directora con la boca bien cerrada. Ella no había parado de hablar de lo difícil que debió de haber sido para una niña de dieciséis años encontrar el cuerpo destrozado de su amor platónico. Por supuesto que había sido difícil. Ni siquiera la habían dejado asimilar la idea y estaban llamando psicólogos para ella y policías para el muerto.

—Llamé a tus padres, la situación nos ha superado a todos. Es algo inexplicable. Cómo es que Zackary llegó hasta allí, forzó la puerta y luego esa máquina que ni siquiera funcionaba… —Durante un segundo, Zoey creyó que la mujer iba a llorar—. Jessica dijo que tú escuchaste algo.

El peluche de conejo que la chica sostenía inocentemente entre sus brazos pareció pestañear, pero ella puso su atención en la señora. ¿Cómo explicarle que lo que había oído no tenía sentido, puesto que Zack ya estaba muerto?

—Me pareció, con el ruido de las máquinas y eso —contestó.

La directora se reclinó hacia atrás.

—Oh, pensé que… podríamos haber llegado a tiempo.

Aquella suposición era inopinada, justo como Zack decía, razonó

Zoey. La máquina lo arrastró consigo, hasta donde sabía —omitiendo los detalles morbosos de la muerte—, por lo que, aunque hubieran estado allí, no podrían haber hecho nada para salvarlo.

La directora la miró con preocupación y ella se apresuró a hablar.

—Estoy bien, de verdad —mintió. La mujer asintió y se levantó despacio de la cama.

—Bien. Si necesitas algo, si quieres irte a casa… Solo dime.

Zoey la observó salir en silencio, mientras algo en su pecho le decía que allí no todo estaba claro. El dije colgaba por debajo de la remera del pijama, oculto a la vista, pero no oculto a su alma. Metió la mano por entremedio de las ropas y lo sujetó con los dedos. ¿Por qué tenía la sensación de que aquel objeto no estaba feliz?

Zack se liberó de su agarre y caminó pensativamente sobre la cama, echándole algunas ojeadas a ella y al collar.

—Es tan… raro —comentó la muchacha, hablando sobre lo que sentía en ese momento.

—Tú y el dije son ahora partes de un todo —aclaró el conejo seriamente—. Él sabe lo que piensas, sientes y haces, y muchas veces él imprime sus sentimientos en ti. Debes tener cuidado, es como un parásito y puede influirte de maneras que no conoces.

Mientras el peluche saltaba de la cama y caminaba tranquilamente hacia la ventana, Zoey volvió a esconder el collar entre sus ropas.

—*¿Por qué lo quieren?*

Él no se volteó, se subió al alféizar de la ventana y ojeó los terrenos del colegio desde allí.

—Es complicado. La verdad es que hay magia alrededor de este objeto y la magia significa ansias de poder —giró su cabeza hacia ella y las orejas blancas rebotaron con el movimiento—. Lo esencial, por ahora, es que tengas muy en claro que te matarán para quitártelo y que si te alejas de mí, morirás.

Zoey se encogió en la cama.

—No quiero morir —se quejó.

—¿Crees que yo estoy feliz con esto? —dijo Zack señalándose.

—¡No, claro que no! Debió dolerte mucho —gimoteó. Su muerte había sido espantosa. Y sobre todo era real—, pero tú lo aceptaste sabiendo que podía pasar, ¿no es cierto?

El conejo suspiró.

—Así es, y en eso estamos de acuerdo. Eres inocente, Zoey, y todo esto es mi culpa. Yo dejé caer el collar.

Ella se bajó de la cama con la boca abierta, lista para hablar. La

última frase no la había comprendido. Zack le había dicho muy bien que mientras estuviera viva no iba a poder quitarse el collar y que eso pasaba con cada dueño. Ahora era la nueva dueña y tendría que morir para quitarse el dije. Él murió y el dije pasó a ser suyo, pero… ¿cómo era eso de que lo había dejado caer?

—¿No dijiste que no podías quitártelo?

Zack entornó los ojos hacia ella.

—*Por supuesto* —murmuró con pocas ganas—. Hasta que no muriera no podría desprenderse de mi cuerpo; pero aun así, y *ese es el tema*, el collar *se deslizó* de mi cuello sesenta segundos antes de que mi ropa se enganchara *casualmente* en la máquina.

Se miraron a la cara durante un minuto entero.

—¿Cómo es posible? —consiguió decir ella al final.

—No tengo idea, y los que causaron mi muerte tampoco lo saben, eso… supone un punto a nuestro favor.

Zoey hizo una mueca.

—¿No sería a nuestro favor si supiéramos algo que ellos no?

—En este caso, saber lo mismo que ellos y que no se nos adelanten es un gran punto a nuestro favor.

El conejito se sentó en el alféizar de la ventana.

—Pero no importa, yo no tenía a nadie que me cuidara —dijo. Sonrió, dichoso de poder cumplir ese papel—. Tú me tienes a mí. Mientras sea necesario, te protegeré.

Aún preocupada y asustada, Zoey se mordió el labio inferior. Que un conejo de peluche le dijera eso no la tranquilizaba y menos después de todo aquello que había pasado.

—¿Cómo? ¡Esto es una maldición! Dijiste que era una maldición. ¿Cómo puede la gente desear tener algo que está maldito?

—Bueno… el problema está en que los humanos creen que pueden vencer la maldición y que serán los seres más poderosos del planeta. Como seguro te estás dando cuenta, eso no ha pasado y el dije se lleva siempre todos los puntos —contestó, bajando las orejas.

Si, y Zack había sido su última goleada.

—¿Y entonces? ¿Qué puedo hacer yo contra ellos? ¿Me has visto? Lograron matarte haciéndolo parecer un accidente, ¿qué más podríamos hacer contra gente que tiene magia?

Zack sonrió.

—¿Y quién te dijo que yo no la tenía?

Capítulo 3

Jessica llenó la bandeja de su amiga con tanta comida que Zoey estaba segura de que la vomitaría en cuanto intentara tragar todo eso al mismo tiempo. Trató de frenarla, pero cuando abría la boca para decirle que se detuviera, Jess fruncía el ceño y ponía todavía más cucharadas de arroz en el plato. Solo cuando se sentaron en la mesa, el día siguiente de la tragedia, pudo decir algo.

—¡No pretenderás que coma tanto! Engordaré como una vaca —se quejó.

Jessica le echó una mirada furibunda.

—No comiste nada anoche. Si sigues así, morirás por inanición.

Zoey se inclinó sobre la mesa.

—Solo me salteé una comida. Todos ustedes están exagerando, no necesito todo esto. —Y apartó el pedazo de carne magra que le había puesto en el plato—. Ni psicólogos ni que mis padres vengan por mí.

—Zo, ayer encontramos a Zack muerto en el sótano, te desmayaste y despertaste gritando que habían fantasmas en el cuarto —le recordó y ella cerró los ojos durante un momento, fastidiada por tanta insistencia.

—Me lo imaginé, fue un momento de debilidad mental. Y no me recuerdes lo de Zack; ya es lo bastante horrible como para seguir pensando en él.

«Cosa imposible», se dijo mientras lo decía. «¡*Cómo no pensar en él!*». Intentaba quitar la sangre de su mente, pero cuando lo lograba, el

conejo de peluche y su extraño andar la volvían loca. No entendía demasiadas cosas y el dije de cristal y metal colgaba de su cuello, por debajo de la camisa que tenía puesta, como si pesara treinta kilos de más.

Estaba aterrada, bastante. ¿Confundida? También. Zackary Collins estaba muerto, pero no lo estaba. Podía tocarlo, verlo y hablar con él, pero no tenía vida. El collar no iba a salirse de su cuello hasta que muriera, cosa que seguramente sería pronto, y esa era la razón primordial por la que él no estaba fallecido como *debería* estarlo.

Jessica suspiró y miró hacia otro lado.

—Lo lamento, pero me preocupas. Lo amabas demasiado como para estar ahora tan… normal. Creo que esto es como el ojo de la tormenta, entrarás en paro de un momento a otro —murmuró, con un tono angustiado.

Cansada de los problemas, Zoey pinchó la carne.

—No estoy enferma, ¡es normal que estuviera shockeada! ¿Pero qué quieres que le haga? No es consciente. Me desperté, no recordaba nada… Estaba confundida y aún lo estoy un poco. Además… —Su voz se fue apagando.

—¿Te duele, cierto? —Jessica la miró con los ojos aguados.

Ella asintió.

—No puedo creer que esté muerto —gimió, bajando la cabeza. Era la más pura verdad. El verlo merodeando por su cuarto hacia más posible que se situara en la realidad y comprendiera del todo que él, realmente, estaba allí.

Durante la noche había llegado a creer que se había vuelto realmente loca. Al irse al dormir, Zack había tomado forma de conejo y se había quedado bien quieto sobre un almohadón en el piso, en una esquina del cuarto. Ella se levantó varias veces para ver si seguía allí; y varias de esas veces él negó con la cabeza y le chistó, ordenándole que volviera a la cama. Otra prueba fehaciente era el dije que pendía de su cuello. Si el dije estaba allí, era porque Zack también lo estaba.

La cosa era simple, o al menos así la pintaba él por el momento, pero a ella se le tornaba más complicada conforme intentaba comprenderla: el collar la había tomado como dueña y no iba a dejarla ir hasta que muriera. Como era un objeto terriblemente poderoso, iban a matarla para quitárselo. Debido a que no había sido entrenada ni preparara para cuidar del dije, el anterior dueño, Zackary Collins no iba a poder descansar en paz. Debería protegerla, a ella y al dije, como *castigo* por no haber cumplido bien su parte en vida.

Bueno, al menos Zack lo entendía como un castigo, lo que para Zoey era terriblemente doloroso. Él seguía allí por su culpa, por haber

tomado el collar.

Pero al final no se quedaba con solo eso: se preguntaba quiénes le habían ordenado volver, cómo es que tenía un cuerpo, quién le había dado el collar en primer lugar y quiénes eran los que querían obtenerlo.

Zack no parecía querer decir mucho sobre el tema. Era receloso con todo lo que rondaba al dije. Tampoco había querido explicar demasiado sobre lo que había visto en el más allá antes de volver y para ella eso era lo más extraño de todo. En cambio, él se pasó la primera mañana juntos repitiéndole que no debía hablar con nadie del tema, ni mostrar el collar ni apartarse de él. Ni Jessica podía saberlo.

En esos momentos el conejo estaba bien metido dentro de su mochila azul y Zoey no podía dejar de pensar qué pasaría si alguien espiara por el cierre.

—¿Por qué trajiste la mochila, si no tenemos clases hoy? ¿Qué llevas ahí? —preguntó Jessica, con interés, ladeando la cabeza. Por supuesto que buscaba hablar de otra cosa, algo que no tuviera que ver con sangre y chicos muertos.

Habían suspendido las clases durante dos días a modo de duelo, y para que los policías y detectives pudieran hacer mejor su investigación. Estos habían retirado lo que quedaba del muchacho el día anterior, por la noche, y ahora sus padres, destrozados por la pérdida, organizaban el funeral para la mañana siguiente. Mantendrían el cajón cerrado, los alumnos mayores de la escuela habían sido invitados y la dirección había preparado micros escolares para trasladar a los chicos a Carmen Elisa, donde sería enterrado.

Zoey olvidó que no tenía una buena excusa para la mochila, por lo que se encogió de hombros y mordió el pedazo de carne que acaba de cortar, como si fuera un cavernícola. Jessica entornó los ojos, notando el extraño actuar de su amiga, pero no dijo nada. Por más que le repitiera que estaba bien y que no había enloquecido, no podía evitar dudar.

Así, tratando de que Jess no dudara más de ella, procuró comer bien, incluso a pesar de que Zack le había suplicado que no se demorara mucho en eso. En ese momento, creía que lo mejor era mostrarse tranquila. Triste pero no psicópata.

Se comió el resto de la carne y también se propuso acabar con el postre de chocolate cuando las puertas de la cafetería se abrieron estruendosamente. Mariska entró llorando desconsolada, junto con otras de sus amigas que soltaban lágrimas inocentes. Los gritos que pegaba lograron que todos los presentes se giraran a verla. Sobre eso sí que nadie se preguntaba; todos sabían que había sido la cuasi novia

de fallecido y por ende… debía estar muy triste.

Parecía un teatro dramático de mala performance.

Al verla ostentar su dolor de ese modo, Zoey se sintió descompuesta. Mariska tenía todo el derecho de llorar por Zack, pero ella, la que lo había hallado, no era nadie para demostrar su dolor. Sobre todo, no podía llorar porque él seguía a su lado y no parecía muy muerto. Oía cada cosa que se dijera.

Cuando Mariska pasó junto a su mesa, su mochila se agitó y como una tonta, no pudo evitar sentirse lastimada por esa reacción. Zack sabía que lloraba por él y seguramente debía extrañar a su novia.

Sin haber llegado a tocar el postre, se levantó y tomó el bolso, teniendo mucho cuidado de golpearla contra la pata de la mesa. Jessica la miró fijamente.

—¿A dónde vas?

—Al cuarto, tengo sueño —mintió. Su amiga se cruzó de brazos y le dio a entender que no le creía nada. Al verse en evidencia, Zoey suspiró y trató de mentir un poco mejor—. Me pone mal. —Señaló a Mariska—. No quiero oírla llorar durante todo el almuerzo.

Aquello pareció funcionar, porque Jess la dejó ir.

Arrastrando la mochila por el piso sin consideración alguna, Zoey subió los tres tramos de escaleras hasta el enorme piso en el que estaban los cuartos de los alumnos divididos en dos alas.

Zack siempre había dormido en el ala norte y ella en el ala sur. El ala norte tenía las habitaciones de tercero, primero y noveno grado. El ala sur las de segundo, séptimo y octavo. A ambas se accedía por escaleras diferentes, pero tenían un pasillo largo y fino que las conectaba y que ella nunca atravesaba.

Al llegar a su cuarto, dejó la mochila en la cama y se encerró en el baño. No tenía ganas de escuchar a Zack hablando de su pobre novia que había quedado sola. Se sentó en el suelo y escondió la cabeza entre las piernas. Maldijo su extraña suerte mientras lloraba a alguien que se encontraba del otro lado de la puerta.

No pasó mucho tiempo hasta que tocaron con cuidado, pidiendo pasar.

—No, vete —respondió ella.

Él suspiró y se escuchó perfectamente en el interior del baño.

—¿Estás segura de que no quieres hablar conmigo? —preguntó.

—Muy segura —contestó Zoey—, contigo es con quien menos quiero hablar.

—¿Y eso por qué? Si estás enfadada por lo del collar, te aclaro que eso no fue mi culpa.

—No es eso —respondió, mientras Zack, del otro lado, caminaba en forma humana. Ella no dijo nada más y él contuvo un suspiro.

No tenía ganas de explicarle lo que sentía en ese momento, tal vez porque lo que sentía no tenía mucho sentido ni para ella, ni para él ni para el resto del mundo. ¿Pero podía evitarlo? No, tampoco.

Pasó un largo rato hasta que salió finalmente del baño. No lo miró ni habló. Se dirigió directamente a la cama, se metió en ella y se tapó la cabeza con las mantas.

Zack se volteó a verla justo cuando terminaba de cubrirse. Despacio, se acercó a la cama y se agachó.

—¿Irás mañana a mi funeral? —preguntó con suavidad.

Zoey no contestó de una.

—Sí —respondió al cabo de unos largos segundos—, pero no me verás llorar —anunció, con el orgullo herido.

Sin saber bien por qué era eso, él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no ando llorando por ahí como una actriz dramática —dijo, de forma cortante.

—Lo dices por Mariska.

Entonces, Zoey se destapó.

—Claro que sí. No era necesario entrar haciendo ese espectáculo —murmuró con los ojos claros entrecerrados.

—No, pero… ¿por qué te molesta? —terció él, sin entender.

No contestó su pregunta, más bien decidió formular las suyas.

—¿Ella era tu novia? —dijo, con una seriedad impasible.

Zackary frunció los labios y dudó antes de contestar. La miró con una expresión contrariada durante un minuto.

—No, la verdad —resumió con un suspiro—. Zoey, yo ya estoy muerto, ¿por qué te preocupa eso?

—No me preocupa —negó ella.

Poniendo los ojos en blanco, él se levantó.

—Bien, no me lo digas. Ya sé que te gusto… o te gustaba, lo que sea. No me quedan dudas de que estás celosa de Mariska o de que por lo menos lo estuviste alguna vez. Pero ese es el punto. Estoy muerto, tener celos no tiene sentido —explicó.

—*No estoy celosa* —contradijo Zoey manteniendo el rostro inexpresivo.

—*Claro que no* —ironizó el muchacho.

La manija de la puerta comenzó a girar en ese preciso momento,

por lo que él adoptó la forma tierna de conejo. Se quedó inmóvil en el suelo, al mismo tiempo en que Zoey se tapaba nuevamente la cara con el acolchado y fingía estar profundamente dormida.

Uno a uno bajaron de los micros escolares. No muchos de su curso habían ido; de tercero estaban todos. Mariska seguía llorando como una desgraciada. Jessica mantenía una expresión irritada y Zoey procuraba no ponerse a berrear en cualquier momento.

Se mantuvo con la cabeza gacha, sin decir nada, sosteniendo firmemente el bolso que tenía un conejo de felpa dentro. No quería que la gente la notara. Ya todo el colegio sabía muy bien que la que había encontrado el cuerpo había sido ella.

—¿Estás segura de esto? —Jessica se sujetó de su brazo mientras andaban por las tumbas y el césped bien verde y corto.

—Claro que sí, se lo debo —contestó. Zack quería ver a su familia, aunque sea de lejos; no podía salir del bolso, pero así estaría cerca de ellos. Era lo menos que podía hacer por él. Jessica no entendió el comentario, pero tampoco acotó nada.

Se formaron detrás de algunos alumnos, mientras la directora y otras maestras les pedían a algunos que se comportaran.

El cajón estaba cerrado, como habían dicho, y la familia del fallecido, de escasos miembros, estaba atrincherada lo más cercanamente posible al hueco en la tierra, mientras arrojaban flores y el sacerdote decía algunas palabras. Zoey distinguió a una mujer delgada, bella y angustiada, y a dos muchachas jóvenes que debían ser sus hermanas. En una silla, tapándose la cara con un pañuelo, había una anciana menuda.

Cuando estuvieron listos para comenzar a echar la tierra, Zack sacó una pata del bolso y jaló su falda.

—¡Lleva una flor! —le susurró, con cuidado de que nadie lo viera.

Ella negó rápidamente, levantando los ojos para ver cómo Mariska, regando el pasto con sus lágrimas, llevaba una flor al pozo.

—No puedo, yo no te conocía.

—¿Y eso qué? —Zackary contestó, dolido por la actitud que ella mostraba—. De esa forma, podré ver a mi madre. Será la última vez.

Ante la frase, Zoey suspiró y se alejó de Jessica con todo el valor que tenía. Tomó una flor blanca, que la maestra de Química le ofrecía a los alumnos, y caminó bien gacha. Al pasar junto al grupito de Mariska y sus amigas, esta soltó un sonido extraño.

Procurando ignorarla, siguió caminando. Sin mirar mucho el cajón

en el fondo del hueco, arrojó la flor y volvió con sus compañeros, esperando que Zack hubiera podido ver un poco a sus seres queridos.

Minutos después, las hermanas Collins ayudaron a levantar a la abuela, hecha un mar de lágrimas, y poco a poco la familia se alejó.

Cuando ya quedaban solo alumnos y todos se agrupaban nuevamente, Mariska se le puso delante.

—¿Qué crees que haces? —le increpó.

Confundida, Zoey levantó la cabeza.

—¿Disculpa?

—¡Haber encontrado a Zack no te da derecho alguno de venir aquí! ¿Por qué viniste?

Zoey la miró con la boca abierta. ¿Por qué esa chica que nunca le había hablado la trataba de esa forma? Nunca se había creído nada por haber encontrado el cadáver. Es más, hubiera preferido nunca hacerlo.

Supo que ella no quería más que marcar territorio donde, en realidad, no había tierra. Zack no estaba vivo, por lo que no tenía sentido que la molestara de esa forma. Era como lo que él le había dicho la noche anterior: no tenía por qué sentir celos, el objeto a celar teóricamente no existía.

—No pongas esa cara —chistó Mariska—. Sé muy bien que te gustaba. ¿Qué pensaste? ¿Que porque lo habías encontrado tenías alguna conexión especial con él?

—Para nada —soltó Zoey, retrocediendo un paso—. No debes actuar así. Y para tu información —murmuró frunciendo el ceño—, hubiera preferido miles de veces no haber encontrado nada. Jamás voy a poder sacarme de la retina su imagen *destrozada y llena de sangre* —escupió. Mariska tembló—. ¿Quisieras haberlo hecho tú? ¡*Ojalá!*

Con el mentón en alto, se alejó para detenerse junto a Jess, que se cruzaba de brazos.

—Es una bruja.

—Está loca —le contestó Zoey.

—¿Qué diablos le pasa? —masculló Zack por lo bajo, dentro del bolso.

Entonces, Jessica se descruzó de brazos, volteándose para buscar la voz masculina.

—Oh, tú… ¿Escuchaste eso?

Repentinamente nerviosa, ella negó.

—¿Qué cosa? —dijo tratando de sonreír.

—No —Jess frunció el ceño confundida—, nada.

La profesora de Literatura llamó su atención en ese momento y se salvó de que siguiera indagando. Tampoco tenía ganas de hablar sobre Mariska y su actitud, así que suponía un alivio.

—Nos quedaremos un rato más para que puedan despedirse de Zackary, ¿sí?

Los alumnos se adelantaron un poco hacia la tumba, incluso Jess, y en ese lapso Zoey aprovechó para alejarse. No tenía ninguna despedida que hacer. Zack estaba dentro de su bolso y, por lo tanto, no se había ido.

Caminó por entre las lápidas, sin preocuparse por si se perdía en medio de ese inmenso cementerio. Se apresuró a desaparecer de la vista de sus compañeros y maestros para adentrarse en los caminos y recovecos que formaban los panteones olvidados desde varias generaciones.

El conejo salió de su bolso mientras ella caminaba. Brincó en el suelo y se transformó en un hombre. Teniendo el mismo uniforme escolar con el que había muerto, no llamaba la atención a su lado.

Al verlo muy callado, la chica le tocó el brazo.

—¿Estás bien?

—No —Zack caminó hasta uno de los panteones y quitó el polvo de las leyendas labradas en hierro—. Por más que haya pasado a otra vida, perder todo lo que alguna vez tuve… —Sus nudillos se pusieron blancos cuando cerró la mano en un puño firme. Con un suspiro, se dio la vuelta—. Lamento lo de Mariska, Zoey.

Ella negó rápidamente.

—No tienes por qué disculparte. Supongo que la entiendo. Ser la triste *novia* del muerto… No quiere que le quiten el lugar; sumado a que debe creer que nadie sufre más que ella.

—Mariska no era mi novia —sonrió él, picaronamente—. ¿No te dije que no tenía caso tener celos?

—Pues ella parece creer que sí. —Zoey arqueó las cejas y se cruzó de brazos, amarrando con más fuerza su bolsito.

—Las mujeres creen cosas. —Zackary se encogió de hombros, manteniendo la sonrisa.

Ante la crítica masculina, ella cuadró los hombros.

—No hables como si supieras de nosotras —gruñó.

Él se rió con naturalidad.

—¡Yo sé mucho de mujeres! —Caminó lentamente hacia ella, cruzándose casualmente de brazos. Zoey retrocedió dos pasos—. Por ejemplo, conozco exactamente tu tipo —sonrió.

—¿Ah, sí?

—Definitivamente. —Rondó a su alrededor, mitad mirándola, mitad mirando el cielo—. Calladas, poco populares, que se creen poca cosa pero que, al final, tienen una *gran bocota*.

Zoey se volteó para enfrentarlo.

—¿Qué sabes tú de mi bocota? —masculló, molesta por sus suposiciones—. Nunca hemos hablado. —Esa actitud de niño listo era insoportable. ¿Siempre había sido así, verdad?

—Es verdad. —Él volvió a mirar las nubes—. Qué raro, ¿no? Todos notaban que yo te gustaba menos yo mismo. Vaya que era despistado.

—¿No querrás decir que lo eres?

—No. Ya estoy muerto, no soy nada ahora. Además de muerto noté algo sobre tus sentimientos —la señaló con un dedo, sonriendo, divertido—, ¿no es así?

Zoey puso los ojos en blanco.

—¡Yo te lo dije! —le recalcó—. Así que no hables de mis sentimientos, ni de las mujeres, ni de Mariska, ni de nadie. Tampoco me mires así —añadió al ver la sonrisa traviesa que Zack tenía—. Al final, tendré que lo que sentía por ti también muera —susurró, como para sí misma, mientras trataba de ignorarlo—. Si no, no podré vivir en paz. ¿Cómo se supone que siga así, eh?

En seguida, Zack chistó.

—No digas estupideces. Si alguien muere no deja de existir, no debes dejar de quererlo. —Se paró bien firme. Ni rastro había quedado de aquella sonrisa sexy y picarona que le robaba el aliento.

—¿Es que acaso no quieres que deje de quererte? —Se burló ella, tentada.

Zack la acorraló contra uno de los panteones en un segundo y la risa se le quedó pegada a la garganta.

—¿Qué le queda a un muerto si todos lo olvidan y dejan de quererlo? —preguntó, frustrado.

Zoey intentó evitar sus ojos, pero no tuvo mucha suerte. Su espalda chocó contra la pared y estuvo atrapada de verdad. No tenía escapatoria de aquello que había decidido olvidar repentinamente y que ahora ponía ambos brazos junto a su cabeza.

Sin más, Zack se inclinó hacia ella, dejando sus rostros a escasos centímetros.

—Ni te atrevas a dejar de quererme.

Zoey se mantuvo en silencio, viendo sus ojos sin poder evitarlo ya. Tenía que admitir que él podía ser muy persuasivo, porque la estúpida

idea de olvidar sus sentimientos desapareció de su cerebro en cuanto dijo las últimas cuatro palabras.

¿Cómo iba a poder olvidarlo? Lo iba a tener cerca por lo que parecía ser muchísimo, muchísimo tiempo. Conviviría con él día a día. ¡Iba a ser imposible! Pero sabía que era enfermizo y muy malo enamorarse aún más de alguien que estaba bien, bien muerto.

Corrió la cabeza hacia un lado, para no tener que seguir viéndolo a la cara.

—¿Zoey? —dijo él.

—Aléjate —gimió ella. Para su salud mental, era mejor que lo hiciera. No lo podría olvidar fácilmente, pero intentaría no tener esperanza alguna.

Ante la petición, Zack frunció más el ceño, pero por respeto se alejó unos centímetros. Allí, Zoey soltó un gemido sorprendido. No esperaba que él acatara su orden.

—Zoey —repitió él, a su pesar—, mírame.

—No quiero —soltó la chica como pudo.

—¿Por qué no? ¡No vas a olvidarte de mí! —repitió—. Te lo exijo.

—¡No puedes exigirme nada! ¡Estás muerto! ¿No te das cuenta de que no va a ser bueno para mi cabeza seguir enamorada de ti?

—¡Si tú me olvidas realmente habré muerto! —Zack la miró con un gesto de súplica y, al escuchar esas palabras, ella le devolvió la mirada —. Alguien muere realmente cuando nadie se acuerda de él. Cuando nadie siente algo por ese muerto.

—Zack… —Zoey lo miró a los ojos, bastante sorprendida por el pensamiento angustiado del muchacho—, yo no soy la única que te quiere.

—Sí. —Él se retiró varios pasos, bajó la cabeza y miró el suelo. Ella aprovechó para respirar. Hasta ese momento, había contenido el aire como una estúpida.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Todos te quieren! Eres el chico más popular del colegio, el más lindo, ¡el más divertido! Todos quieren ser como tú o ser tus novias. —Terminó, bajando la voz y mirando también el suelo. Se le estaba escapando demasiado eso de que él era lindo. Y eso de las novias también.

—Por favor… —Se burló el muchacho—. ¿Es que no lo sabes? La popularidad tiene un precio. La mitad de tus amigos no dicen quiénes verdaderamente son y la otra mitad te sigue por influencia. Mariska es la chica más interesada del mundo. Lo único que va a extrañar de mí es esto —dijo, arqueando las cejas y señalándose la entrepierna—. Adam es el desgraciado que nunca querrás conocer, te lo aseguro.

Charles es un idiota que no sabe qué hacer si no se lo dicen. Y puedo seguir. Un amigo de verdad —levantó la vista—, es aquel que te trae una taza de té porque estás enfermo, ese que se preocupa por ti. Tú tienes una amiga de verdad: Jessica.

—No puedo creer que no tengas ni un solo amigo de verdad… —negó ella, incrédula—. Y si así fuera, tu familia no va a olvidarte.

Zack sonrió tristemente.

—Mi familia —suspiró—. Mi familia es un tema complicado.

—¿A qué te refieres? Se veían realmente tristes…

—Ellos fueron los que me entregaron al dije en primer lugar. —Sus ojos grises se mostraron fieros y lo dicho la acalló a mitad de la frase.

—¿Qué… cosa dices? —preguntó, a pesar de que lo había oído muy bien.

—Me entrenaron desde que tenía cinco años para ser portador del dije.

Capítulo 4

Zoey lo miró con la boca abierta. ¿Qué clase de familia tenía? ¿Lloraban su muerte pero lo habían entregado a ella?

—¿Es… en serio? —tartamudeó—. ¿Te entrenaron? ¿Para morir? —dijo con la voz unas octavas más arriba—. ¿Ni siquiera te dejaron elegir?

—Era muy pequeño. —Zack bajó la cabeza—. Mi familia ha cuidado el collar por varias décadas, casi estaba en la obligación de tenerlo. Soy el único hombre. No podían dejarles eso a mis hermanas. Y si no lo hacía, *los malos* lo obtendrían. ¿Entiendes?

—¿Y ahora? ¿Ellos saben que lo tengo? —preguntó la chica con un susurro.

Él sacudió la cabeza y luego levantó los ojos para verla.

—¿Quiénes? ¿Mi familia o los malos?

—Ah… ambos.

—Mi familia seguro que no, tal vez buscan el collar como locos. Y los malos… algunos ya deben saberlo.

Zoey se estremeció. Evitaba pensar que muchos querían cazarla como una liebrecilla por ese estúpido pedazo de cristal, porque, si no, estaría aterrada día y noche, oculta bajo las sábanas de su cama. Aferró con fuerza el bolsito para canalizar el miedo.

—¿Qué me va a pasar? —susurró, por primera vez en esos dos días. Zack suspiró, pero no contestó—. ¿Realmente voy a morir?

El muchacho se rascó la cabellera rubia mientras se mordía el labio inferior, tal vez lleno de dudas.

—Yo voy a cuidarte —afirmó.

Pero eso no era suficiente. Ella asintió con la cabeza y no contestó; iba a morirse pronto y no tenía escapatoria. Tragó saliva evitando mirar a Zack. ¿Su muerte sería tan horrible y sangrienta como la de él? Cerró los ojos, mientras trataba de quitar el pavor.

De pronto las manos de Zackary cayeron pesadas sobre sus hombros. Zoey abrió los ojos y encontró su sonrisa.

—Vamos, ten fe en mí, ¿sí? Sé que no soy un buen ejemplo, pues… ya acabaron conmigo, pero esta vez será diferente. Antes era solo un mortal.

—No puedes estar detrás de mí toda mi vida —gimió ella.

¡No quería ni imaginárselo! *Ella con veinte años y Zack de diecisiete a su lado. Zoey con veinticinco y su novio, y Zack como conejo en el mismo cuarto. Zoey con treinta y cinco, tres hijos y ellos jugando con el peluchito en medio de la sala. ¡Ella con sesenta años con sus nietos y él aún de diecisiete años!* ¡No! Era intolerable hasta de pensar, principalmente por la invasión a la vida que no compartiría con él como hubiera deseado. ¿Cómo iba a hacer para enamorarse de alguien más? Debería aprender a ser su amiga más que otra cosa.

—Pues sí —admitió él y ella frunció el ceño.

—¡No, tú debes irte! No puedes vivir mi vida. ¿No quieres descansar en paz? —añadió con voz suave.

Zack hizo una mueca.

—Por ahora estoy feliz de estar aquí un rato más. Pero en alguno momento, te soy sincero, querré irme de una vez.

—No es justo que estés aquí por mi culpa.

—No entiendes, Zoey —dijo él seriamente, soltándola.

Ella negó.

—Claro que entiendo. Tomé el collar y es mi culpa

—¡Que no! —insistió él en voz alta—. ¡Es mi culpa! ¡Yo lo dejé caer!

—Dijiste que se desprendió solo antes de que murieras. ¿Cómo pudo haber sido tu culpa, eh?

Ambos juntaron las cejas.

—¡Porque no fui lo suficientemente bueno para el dije! ¡Él prefirió elegir a un nuevo dueño! ¡Por eso es mi culpa!

Zoey frunció los labios.

—Me confundes. Ayer dijiste que no tenías idea de por qué se había

caído.

—Es que no la tengo, ¡yo creo eso! Como el collar se liberó antes de mi muerte, pensé que quizás se había aburrido de mí —contestó él, otra vez con angustia—. Volví para cuidarte porque el dije era mi responsabilidad y ahora está en manos inocentes; buenas, pero inocentes.

Se miraron sin decir más nada. Zoey tenía claros deseos de replicar, de decirle que no tenía fundamentos para creer eso, pero tampoco sabía demasiado sobre el dije como para contradecir sus palabras.

Eso podía llegar a convertirse en un gran problema. Se dio cuenta de que debía aprender sobre esa cosa lo más pronto posible. Por lo menos, para saber por qué iban a matarla, ¿no?

Abrió la boca para pedirle información, pero un extraño ruido a sus espaldas le hizo girar la cabeza; era como un rasgueo. Fijó los ojos en el mausoleo a dos metros con extrañeza, ante el sonido que provenía de su interior.

Zack observó, también confundido, el panteón a medida que el ruido subía de volumen. Las puertas de la pequeña casilla, con perillas imitación de oro y dos pequeños vidrios sucios, temblaron ligeramente cuando algo comenzó a empujarlas. Unos dedos dejaron marcas en la tierra del vidrio y desde allí pudieron ver qué tan secos y huesudos estaban.

Sabiendo que aquello no debía ser posible, pero que de alguna forma los muertos podían volver a la vida, ella se retiró hacia atrás. Zack la sujetó del brazo, al tiempo en que ambos miraban absortos al cuerpo muerto que pujaba por salir del mausoleo.

—Esto es más *creepy* que mi vuelta a la vida —susurró él con los ojos como platos.

Zoey clavó las uñas en su piel, a medida que su miedo aumentaba. En ese momento, del mausoleo que ahora estaba a sus espaldas, un grito seco se hizo notar, seguido por otro sonido metálico; uno que coincidía muy bien con la descripción de una puerta saliéndose de su lugar.

Se giraron velozmente. Un hombre que no debía tener mucho tiempo de muerto, al menos tres semanas, sacaba brazos y cabeza por el agujero que había quedado con la puerta mitad caída.

—Esto no es normal —gruñó Zack, al tiempo en que otro zombi empujaba con menos esfuerzo aún la puerta de su guarida, y otros rompían las ventanas.

—¿Tú crees? ¡Esto es un asco! —chilló Zoey, tapándose la boca con las manos para contener los deseos de vomitar. No quería ver eso, para nada.

—¡Nos vamos!

Él tiró de su brazo y corrieron por los pasillos llenos de mausoleos que estaban repletos de muertos que morían, literalmente, por perseguirlos.

—¡Espera! —gritó ella, antes de que llegaran al gran parque donde estaban las tumbas en tierra y todos sus compañeros de colegio—. Si te ven…

Zack se detuvo y echó un vistazo hacia atrás. Unos pares de muertos habían logrado ya escapar y se movían lenta pero eficientemente hacia ellos.

—¡Diablos! Esto es un cementerio, si no salen de allí —señaló las criptas—, saldrán de la tierra. Tampoco tiene mucho sentido que te lleve con los chicos, ¿qué podrían hacer todos esos ineptos con un par de zombis?

—Tengo miedo —contestó la chica, apretando más su brazo. Zack no se quejó, puesto que no sentía dolor—. ¿Van a comerse nuestros órganos?

—¡Los tuyos, no los míos! No tengo —soltó él, sin dejar de vigilar con la mirada a su alrededor—. ¡Tengo que pensar! —Se quedó junto a ella, mirando a un lado y a otro, intentando decidir cómo obrar. Si la dejaba con los alumnos, podía ser que los zombis atacaran a todo el grupo. Bueno, tal vez en veinte minutos lograran llegar hasta ellos, pero podía ser posible—. Bien —gruñó de mala gana. Con un movimiento rápido de sus manos, la alzó hasta ponerla boca abajo sobre su hombro.

Ella pegó un gritito ahogado al quedar fuera de equilibrio e involuntariamente pataleó y agitó los brazos. Disimuladamente y cómo quien no quiere la cosa, Zack pasó una mano por la falda escolar de la niña.

—¡Oye! —gimió Zoey, con la cara roja como un tomate.

—No hables, debo patear estos traseros huesudos antes de que el que los controla decida salir a divertirse.

Contrariada, Zoey puso ambas manos en su espalda y se estiró hacia arriba. No había absolutamente nadie cerca de ellos, sacando de lado a los muertos que se acercaban con paso lento. ¿Había alguien oculto entre las sombras de los panteones?

Entonces, mientras intentaba vislumbrar algo, Zack se lanzó contra los zombis, logrando que perdiera el equilibrio que había logrado con sus manos y que su cabeza bailara y golpeara contra sus costillas. Se movía tan rápido que apenas veía a los cuerpos volar metros por encima de ellos. Se concentró en tratar de no vomitar y terminó cerrando los ojos, aferrándose a su torso para encontrar estabilidad.

Pero era complicado, muchísimo. La cabeza le daba tantas vueltas que podía estar desenroscándose.

Cuando se quedó quieto, tuvo ganas de saltar de la felicidad. Abrió los ojos y observó cómo los cadáveres habían terminado, algunos en pedazos, metros más allá. Otros volvían a levantarse lentamente.

Zack tiró de sus piernas hacia abajo y la paró en el suelo, frente a él. Zoey lo miró expectante, mientras él todavía tenía sus manos en su cintura, quizás muy cerca de su trasero

—Ahora mismo correrás hacia el grupo y te subirás al bus, ¿bien?

Ella arqueó las cejas mientras miraba su falda levantada.

—De acuerdo, vas a… —señaló sus manos.

Zack suspiró con una sonrisa boba en la cara.

—¿Te dije que no solo tenías unas piernas de infarto, sino también unas curvas bien sexys? —Zoey abrió la boca para decir algo, lo que sea, pero él la giró y la empujó hacia el grupo de alumnos—. ¡ANDA! ¡Corre!

Con un *puf* se convirtió en un conejo. Ella lo sujetó en el aire y sin mirar atrás, corrió tan fuerte como pudo, adentrándose en el parque. Así, mientras arrastraba los zapatos negros contra el césped, se preguntó cuánto podría demorarse un cuerpo en salir de su tumba y cavar tierra arriba. Seguro que mucho, ¿verdad?

Zack la retó.

—¡No dejes de correr! —Entonces notó que había aminorado la marcha. Volvió a ponerle potencia y visualizó a sus compañeros, al fin caminando hacia el bus para regresar al colegio.

Apresuró el paso y notó, de lejos, cómo Jessica la miraba estrechando los ojos.

—Genial —murmuró, anteponiéndose a la que le esperaba.

—¡Vamos! ¡Vamos! —La instó Zack, girando su cabeza de conejo hacia atrás—. ¡Y ni se te ocurra mirar!

Con una expresión horrorizada, solo alcanzó a mirarlo a él a la cara.

—¿A qué te refieres con eso? —gritó impresionada, tentada de mirar hacia atrás.

—¡Ni lo sueñes! —Zackary se trepó a su nuca y se sujetó a su cabello con una de sus patas—. Quiero que te des cuenta de esto: atacarán a todo el grupo sin problema alguno, tienes que apurarlos a subir al micro. ¡Debemos irnos! Lo más probable es que si estos zombis no llegan a tiempo, el señor que anda detrás se encargará de traer algún otro truco para matarnos a todos. Bueno… a ustedes, me refiero.

Asustada por lo que estaba pasando a su espalda, llegó al grupo e ignoró los gritos incesantes de Jessica para llegar a la directora.

—¿Zoey? —La mujer la miró extrañada; se veía agitada, despeinada y tenía la falda doblada. Además de fijarse en ella, miró con interés el muñeco de conejo, inmóvil en su nuca—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—N-no me siento bien… —gimió rápidamente—. Creo que tengo fiebre, ¿podemos irnos rápido?

Bien preocupada, la señora le puso una mano en la frente.

—Estás transpirando. Vamos, ¡mejor antes de que la brisa te haga mal! —La empujó suavemente hacia el micro y en unos largos minutos, que pusieron a Zack y Zoey más nerviosos, todos estuvieron dentro y bien sentados.

Jessica se colocó, cruzada de brazos, a su lado.

—¿A dónde diablos habías ido? —le increpó—. ¿Estás loca? ¿Qué demonios te está pasando?

Zoey se mordió el labio inferior, mirando alarmada por la ventana. Zack, que seguía en su cabeza, apenas se movió para susurrarle al oído.

—Hubiera sido mejor que te sentaras lejos de los cristales.

—¡ZOEY! —Jessica perdió la paciencia—. ¡Te estoy hablando! ¿Qué pasa contigo? ¡Me asustas!

—¿Qué? —Ya tenía demasiado estrés encima como para también pelearse con Jessica; se giró hacia ella de mala gana—. Me fui porque no podía soportarlo, necesitaba un tiempo a solas, ¿sí? Por favor, ya deja de atosigarme.

Jessica frunció el ceño, visiblemente ofendida.

—Ah, ¿yo te atosigo? —dijo con frialdad.

Zoey se pasó las manos por la cara. ¿En serio tenía que pasar eso ahora?

—La muerte de Zack ha sido demasiado para mí. Necesito estar tranquila. Y no te lo reprocho, entiendo que estés preocupada, pero no… no debes hacerlo. Estoy bien, solo necesito pensarlo y asimilarlo. Si estás retándome por todo…

Jessica se cruzó de brazos, miró hacia adelante y no le contestó, muy enojada. Zoey suspiró y volvió a mirar el cementerio por la ventana. No veía nada de zombis a los lejos, pero eso no quería decir que las cosas estuvieran bien.

—Apúralos —insistió Zack, hablándole al oído.

—Ay, no —gimió ella casi inaudiblemente—. ¡Profesora! —gritó, levantándose del asiento. Todos voltearon la cabeza. Ante la atención,

se le enredó la lengua—. ¿Podemos apurarnos? Creo que me voy a desmayar —fingió.

La directora asintió y apuró al conductor a encender el motor. Cuando el autobús comenzó la marcha lentamente, ocurrió algo terrible: la ventana de Zoey se partió con un estruendo y miles de pedacitos de cristal cayeron sobre ella y Jessica. Todo el mundo gritó y las chicas se encogieron en el asiento, tapándose las cabezas.

Con un chillido, la directora le ordenó al chofer que acelerara y este no perdió el tiempo. Arrancó por las calles de tierra del cementerio y, casi haciendo rally en ellas, salió del lugar a una velocidad alarmante, tras la estela que habían dejado los demás buses apenas unos minutos antes.

Zoey alzó la cabeza y vio cómo el conejo de peluche estaba clavado entre las ventanas del otro lado del bus por una flecha de madera en la cabecita. Milagrosamente, ninguna estaba herida por los vidrios rotos.

Mientras todos salían de la confusión y comprendían que alguien los había atacado, corrió a desclavar al muñeco. No gritó su nombre como hubiera querido; entre los chillidos de sus compañeros, las profesoras llegaron hasta ella.

—¡Por Dios, niñas! —gritó la profesora de Literatura—. ¿Están bien? —dijo, mientras la directora marcaba el 911. Jessica, pálida como una tiza, asintió con la cabeza.

Los adultos los obligaron a todos a esconderse bajo los asientos y no se detuvieron en todo el camino. El bus iba deprisa y había demasiado pánico en el aire.

Aún abrazando el muñeco, Zoey se escondió junto con Jess. Ambas se miraron con un gesto de disculpa por haber peleado justo antes de tener grandes posibilidades de morir.

—¿Estás bien? —gimió ella.

—Sí.

—¡Casi te da a ti! —susurró su amiga, con el labio inferior tembloroso—. Esto es horrible. ¡Primero lo de Zack y ahora atacan a un bus escolar! ¿Es que el mundo se volvió loco?

Zoey se encogió de hombros y miró al muñeco de peluche que ahora reposaba en el suelo. Zack le guiñó un ojo para demostrarle que estaba bien y, algo más tranquila, pensó en las palabras de Jessica. No era que el mundo se hubiera vuelto loco, era solo que ellas acababan de descubrir qué tan loco estaba.

Ya era casi de noche para cuando llegaron al instituto y, apenas llegaron, el comedor abrió para dar de cenar a los alumnos. Como

ambas estaban demasiado conmocionadas, no bajaron a cenar.

Muchos de sus compañeros habían llamado a sus padres para pedir que vinieran por ellos, a causa de lo vivido. Nadie quería quedarse allí y el miedo flotaba en el aire. La muerte de Zack y el ataque para muchos no parecían ser cosas sin conexión alguna; pensaban que se trataba de un mal augurio. Los más imaginativos inventaron historias, como que Zack quería vengarse del colegio y por eso los atacaba durante su funeral.

La realidad de los adultos era menos fantástica. La policía del pueblo llegó al colegio para hablar con los profesores y dejar custodios en las entradas de los terrenos. Hasta donde se enteraron los chicos, la policía se había contactado con los encargados del cementerio para aclarar lo sucedido, pero nadie tenía idea de quién podría haber disparado una flecha. El objeto punzante ahora estaba con los oficiales como prueba del delito. Por ahora, lo atribuían a vandalismo.

Deseosa de hablar a solas un poco con el foco del conflicto, Zoey se encerró en el baño una vez en la habitación y argumentó una ducha que no se daría. Jessica sí notó que se llevaba el muñeco a la ducha, pero guardó silencio y se limitó a mirarla hasta que desapareció de su vista.

Todavía nerviosa, abrió el agua caliente y simuló ruidos con los frascos de champú, para ocultar el sonido del seguro de la puerta. A salvo con Zack, preguntó lo que moría por preguntar desde hacía horas.

—¿Estás bien?

Él asintió. No había rastro alguno en su cabecita de haber sido atravesado por una flecha.

—Tranquila, no debes preocuparte por mí. —La miró con el ceño fruncido—. ¡Fue un milagro que me diera! De casualidad el tipo tenía mala puntería.

—¡Lo sé! —La tensión que tenía encima le sobrevino en ese momento. Se dejó caer en el suelo junto a él y ahogó un gemido en sus manos—. ¡Casi muero!

—Fue una mala idea. No podía transformarme para protegerte como es debido. Estoy haciendo todo mal. No sé cuidar de alguien más, solo sé cuidar de mí mismo.

Zoey frunció el ceño.

—Y así te fue —murmuró sin intenciones de ser malvada.

El conejo se cruzó de brazos.

—Morir cae sobre mis hombros, no tiene nada que ver contigo —se quejó—. Ahora debo hacerlo bien. No morirás, Zoey, lo juro.

Pasándose las manos por la cara, ella se levantó del suelo. Poco sentido tenía ponerse a llorar allí mismo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —le indicó. Suspiró y se dispuso a terminar su treta del baño—. ¡Esa cosa también pudo herir a Jessica!

—Siendo alguien tan buscada, es normal que pongas en peligro a los demás. —Zack se sentó en el suelo contra una pared. Se frotó la frente blanca en el lugar donde había sido el impacto, mientras ella metía la cabeza bajo la ducha.

Zoey quería mojarse también otras partes del cuerpo, pero recién en ese momento se daba cuenta de que estaba encerrada con un chico en un baño y que no podía salir con la misma ropa con la que había entrado.

—Zack… —susurró, sabiendo que él no iba a hacer lo que ella le pidiera.

—¿Sí? —contestó él, con un gruñido involuntario.

—Voltéate.

Aquella palabra llamó su atención. Sus rayas negras brillaron con malicia en el momento en el que ella le dio la espalda para quitarse el suéter, que aún tenía pedacitos de vidrio.

—¿Qué cosa dijiste? No te oí —replicó con un tono alegre.

Zoey enrojeció hasta la coronilla y se giró, enfadada.

—¡No juegues! Tengo que sacarme el uniforme, ¡así que voltéate!

El conejo bajó las orejas.

—*Oblígame.*

Se miraron en silencio durante unos escasos segundos, hasta que Zoey se lazó sobre él. Lo tomó de las orejas y corrió hasta el cesto de la ropa sucia que tenían en un rincón del baño. Lo metió dentro y, enseguida, echó su suéter encima y cerró la tapa.

—¡Y quédate ahí!

Escuchó a Zack bufar y saboreó su victoria. Rápidamente, se quitó los zapatos, la falda y las medias. Haciendo todo un bollo, abrió la tapa del cesto y tiró todo de vuelta encima de su cabeza. El chico se quejó nuevamente y se removió por debajo de la ropa.

Sonriendo, ella desabrochó su camisa. Ya se la había quitado y estaba a punto de sacarse el corpiño y las bragas para ponerse la bata encima cuando él emitió un sonido divertido.

—¿Sabes que aún puedo verte a través de esto, no?

Zoey se tapó con las manos y se giró a ver el cesto. Era de mimbre y, por supuesto, distinguía dos rayitas negras malignas a través del

mismo. Zack había logrado sacar la cabeza por entre todo el revoltijo de ropa.

Maldiciendo su olvido, tomó una toalla y se la echó encima.

—¿Quieres que te recuerde también que aún puedo transformarme y salir fácilmente de aquí? —Añadió el chico con tono burlón—… ¡MIERDA!

—¿Qué te pasa? —dijo ella, temiendo que cumpliera su amenaza y tuviera que patearlo baño afuera, justo donde estaba Jessica. Zack no le respondió enseguida. El cesto tapado con la toalla se quedó inmóvil y en silencio.

Allí fue consciente del cambio de tono de voz empleado y se dijo que algo había sucedido, ¿verdad? Un poco asustada, esperó la respuesta tapándose con la bata.

—¿Zack?

—La flecha no era para ti —dijo—. *Era para mí.*

Capítulo 5

Zoey se puso la bata encima y corrió a sacar la ropa del cesto. Zack se miraba una pata con enfado.

—¿Cómo que era para ti? ¿No querían matarme a mí?

—Esto me hace suponer que ellos no saben que tú tienes el dije —murmuró él, con el ceño de conejo fruncido—. Deben pensar que lo sigo teniendo yo.

—Pero el collar se desprende cuando alguien muere. ¿Es que no se dieron cuenta de que estás muerto?

—Tal vez piensan que es una treta. —Zack saltó del cesto, aún mirando su pata delantera—. Imagina que me vieron transformarme en hombre contigo en el cementerio. Pueden creer que fingí mi muerte para que dejen de buscarme.

—Y eso… —Zoey se agachó para quedar a su altura—, ¿es bueno o es malo?

—Ninguna de las dos cosas —soltó el conejo—. Puede que no te persigan a ti por ahora, pero que yo esté cerca para cuidarte de otros puede ponerte en peligro.

—Entonces, separarnos es lo mejor.

En seguida, Zack bramó:

—¿Estás loca? ¡Claro que no! Zoey, no hay un único enemigo. Estos pueden creer que yo tengo el dije, pero otros no lo harán y se empezarán a preguntar por qué te sigo a todos lados.

Zoey se sentó en el suelo, enfurruñada y cansada de no ver los límites de ese problema.

—Esto parece no tener salida.

—Claro que la hay. No llamar la atención, esa es la salida. Siempre deberé mostrarme como conejo. No deben verme en forma humana. Mientras nadie más me relacione contigo, no deberías tener grandes problemas en la proximidad. Hay que mantenerlo en secreto.

—¿Y cuánto durará esto, eh?

Él estrechó los ojos.

—Ese no es el punto ahora. ¡Mira esto! —Extendió la pata que tanto había mirado hacia ella. Tenía una pequeña marca negra, un arabesco.

—¿Qué es eso?

—La marca de un hechizo —dijo entre dientes el conejo—. No sé qué efectos puede tener en mí. Seguramente la flecha estaba contaminada con este embrujo. Como primer efecto, no puedo transformarme en humano ahora mismo. Llevo intentándolo desde te amenacé con hacerlo.

Zoey se quedó callada, viéndolo despotricar en voz baja, mientras iba y venía por el baño. Sinceramente, no tenía idea de nada. Cada cosa que mencionaba Zack la confundía más y comenzaba a marearse por tanta información. ¡Y ni hablar de todo lo que no sabía!

—Cuándo… —susurró, e hizo que Zack se detuviera en medio de su caminata—, ¿cuándo vas a contarme en su totalidad qué es todo esto? —La chica tomó el collar entre sus dedos.

Zack suspiró.

—El dije… lo que es no es fácil de explicar, Zoey. Es algo muy poderoso, peligroso, que tiene conciencia propia, no hace lo que el humano le dice. Tan solo nos usa de transporte —aclaró—. Yo tampoco estoy tan seguro de qué es con todas las letras. Hay cosas que nunca me dijeron ni se molestaron en explicarme, y tampoco me interesó. Siempre es así, nunca hay que inmiscuirse demasiado.

—Si no hace lo que el humano le dice, ¿por qué hay gente que lo quiere? ¿De qué le serviría? —preguntó ella, sin encontrarle sentido.

—Muchos se creen capaces de dominarlo. Siempre me pareció estúpido, la verdad. El dije no es una cosa que ceda a la voluntad humana. Mi familia… —La voz del conejo se volvió ronca—. Mi abuelo obtuvo el collar cuando era joven y se encargó de protegerlo de esas personas que creen poder controlarlo. Se supone que la gente quiere usarlo para hacer cosas horribles. Decía que había alguien que podía forzar al dije a hacer su voluntad, pero ni él sabía quién era. Yo

creo que… eso de que «*hay alguien*» —agitó las patas como si estuviera haciendo comillas con los dedos— es interpretado por los que lo buscan como una leyenda. Ya sabes, piensan que ese alguien especial son ellos. —Zoey se quedó callada, atenta, y él continuó sin más—. La idea era que el collar siguiera en nuestra familia. —Zack bajó las orejas—. Nosotros nos caracterizábamos solo como portadores, no como utilizadores del poder. Nunca fue nuestra intención controlarlo.

—¿Y te criaron solo para portarlo?

—Por lo que durara mi vida. —Sonrió tristemente, con las orejas aún caídas—. Mi abuelo, antes de morir, decía que yo iba a vivir mucho porque era muy bueno en mi entrenamiento. Todos creían que iba a lograrlo… ¡Pero no! —Su voz sonó alegre esta vez, como si estuviera feliz de haber decepcionado a su familia entera—. Yo era rápido, muy fuerte para mi tamaño y edad, pero nunca fui muy diestro con la magia y los hechizos que usaba sin el poder del dije eran muy básicos.

—No te entiendo, Zack —admitió Zoey entonces, ladeando la cabeza con pena. Se miraron a la cara hasta que él se sentó en el suelo frente a ella.

—¿No entiendes qué?

—Primero decías querer ver a tu familia, que ellos sufrían por ti, pero luego me dices que ellos te entregaron, y no parecías feliz por eso.

Zack negó.

—¿Quién lo sería? Amo a mi familia, pero yo no quería esto. Amé a mi abuelo y durante mucho tiempo entendí sus razones y las seguí con fervor. Sin embargo, cuando él murió y me tocó seguir sus pasos, supe que no era tan buena idea. Aprendí a ocultarme y a disimular, pero nunca pude soñar con algo más.

—¿Entonces es eso? —preguntó, cayendo en la cuenta de lo que en verdad significaba—. ¿No hay futuro con esto?

—¿Futuro? Yo estoy muerto y tú puedes morir en cualquier momento —le dijo, suavemente—. Odio tener que decírtelo, pero aunque yo esté aquí, cuidándote, nunca podrás volver a pensar en la vida como la veías antes. Siempre vas a estar midiendo tus pasos —explicó, haciendo eco de los pensamientos que ella acababa de establecer.

Sorbió fuertemente por la nariz y se quedó en silencio, sopesado las emociones que la estaban hundiendo.

—No es fácil de digerir —admitió, tragando saliva—. Ya sé que lo dije muchas veces, pero no quiero morir.

—No vas a morir. —Zack bajó las orejas—. Pero tienes que saber que nada va a ser igual.

—¡Me acabo de dar cuenta! ¡Sé que nada va a ser igual! —exclamó, con las mejillas rojas.

—Esto no va a acabar mañana, Zoey.

Se miraron otra vez, pero ella apartó la vista, entre asustada y cansada, y él negó con la cabeza.

—Y es aquí donde debería decir que estoy muy interesado por ver cómo te duchas, pero al final tenemos asuntos de los cuáles ocuparnos.

Zoey enrojeció como un tomate, esta vez por vergüenza, y alcanzó a darle un manotazo en la cabeza de algodón.

—Desubicado —dijo entre dientes.

Zack suspiró.

—Soy un hombre de mente pura y sana. Tengo el recuerdo de tus nalgas y piernas grabado en mi cerebro, ahora solo me falta completarlo con la memoria de tus pechos… —susurró como si se tratase de una poesía.

Ahora, enojada de verdad, Zoey se paró de un salto y lo apartó con un pie.

—¡Si hubiera sabido que eras así de desubicado…! —Empezó, con un tono duro.

—Si hubieras sabido… ¿qué? —la desafió él, cruzándose de patas.

Ella volvió a renegar. La ponía nerviosa con sus comentarios. Esa era una de las razones por las que se enfadaba: claro que le encantaba que él dijera algo sobre su cuerpo, pero la verdad es que la burla no la encontraba divertida.

«¿Qué más da?», pensaba su cerebro durante los escasos segundos en los que tardaba en reaccionar… «*Si el acoso viene por parte de Zackary Collins…*».

«¡NO!», gritó otra voz dentro de ella. Debía recordar que venía del *MUERTO* de Zackary Collins.

Sacudió la cabeza.

—Entonces… —susurró—, dejando de lado *tu lado* poco educado —dijo, acentuando las palabras—, ¿qué haremos con lo de la flecha?

—Debemos quitar el hechizo. Creo que esta cosa puede afectar mis poderes en todo sentido. Si pierdo el control sobre mis transformaciones…

—¡Jessica podría verte!

—¿Jessica? —gruñó él—. Jessica es lo de menos. Imagina que estoy

en tu mochila, con forma de conejo en medio de una clase y sin poder controlarlo me vuelvo humano. Reviento tu mochila y todos los presentes ven cómo el chico muerto aparece de la nada… —La miró, arqueando una ceja de conejo.

—Oh…, oh —respondió Zoey. Claro que entendía: pánico total en toda la escuela por la vuelta del fantasma de Zackary Collins. Si solo Jessica lo viera, sería fácil contenerla comparado con explicarle a toda una manada de alumnos qué era lo que sucedía—. ¿Cómo… cómo quitamos el hechizo?

—Bueno, el dije claramente podría sacarlo —contestó Zack muy, muy serio—. Pero es obvio que habría que forzarlo. Para él sería un poco de magia y nada más —señaló su pata—, ya que sospecho que no debe ser un hechizo complicado. Sin embargo, puede que con mis nuevos poderes pueda deshacerlo. Tengo que probar.

—¡Entonces hazlo!

Zack negó rápidamente.

—No puedo hacerlo aquí. Jessica está del otro lado y no sé qué puede salir mal, porque no conozco a fondo mis nuevas habilidades. Tengo que probar —repitió.

—¿Ah, sí? ¿Y con el dije no sería más… fácil, entonces?

—¿Más fácil? —repitió él con cinismo—. ¿Sabes lo que te haría a ti intentar usar su magia? No está hecho para humanos, te dejaría en KO., o al menos muy lastimada.

—¿Pero y si tu magia no funciona y no puedes quitarlo? —razonó ella.

—No lo sabemos.

—No tendría mucho sentido que estés aquí si no podemos quitarte el hechizo. No podrías cuidarme bien.

—Ya sé que si no puedo cuidarte… —murmuró, sin completar la frase—. Pero no lo sabemos. Me niego a usar el dije, a menos que sea de vida o muerte.

—Todo es de vida o muerte ahora, Zack —le recordó ella.

—No esto.

—¿Y si te hace más daño? ¿No es conveniente usar el dije ahora a esperar que pruebes tus truquitos?

—¡No vamos a usar el dije y punto! —la cortó él.

Zoey se cruzó de brazos y lo miró fijamente. Se quedaron callados, tan solo intentando convencer al otro de que lo mejor era lo que decían. Estrecharon los ojos casi al mismo tiempo al notar que ninguno de los dos cedía.

—Zack… —amenazó ella—. Si no puedes transformarte… ¿al final quién es la más grande ahora? Podría obligarte.

—No lo haremos —gruñó él—. ¡Y es mi última palabra!

Zack masculló. Sacudía su pata delantera como si quisiera desprenderse así de la mancha negra que en ella llevaba.

Aquel día había sido una tortura. Que la policía, que su familia, que las familias de los demás niños… la familia de Zoey. Todos estaban histéricos. Los padres llegaban como desesperados a sacar a sus hijos del colegio. Especialmente, los padres de los niños que habían ido al entierro.

Cuando los Scott supieron que a su hija casi le perforaban la cabeza, llamaron a la directora y a la misma chica para avisar que iban a llevársela hasta que las cosas se calmaran. Parecía realmente un apocalipsis antes de tiempo.

Zack caminó por la habitación vacía, muy nervioso al estar separado de Zoey y del dije, pero ella estaba con sus padres y con la directora. Habían llegado al cuarto y la habían sacado de él tan rápido que el conejo no había podido irse con ellos.

¿Y si le pasaba algo mientras no estaban juntos? Ya tenía demasiado con no poder transformase y mucho más con no haber podido encontrar una solución al hechizo en esos dos días. Había probado todo y nada había quitado la marca de su pata.

Entonces cometió el gran error de aceptar lo que menos deseaba hacer. Estaba enfadado por eso, también.

Ella había insistido y él había tenido que reconocer que el sentido común lo empujaba a realizar el acto. En esos días había notado que su magia se había limitado bastante. Zoey tenía razón. ¿Cómo pretendía liberarse del hechizo él mismo si el hechizo arruinaba sus poderes?

Había protestado todo el camino por los pasillos a oscuras del colegio en la madrugada, hacia la escalera que llevaba a la terraza. Pero debía admitir que había tenido fe.

—Ya no te quejes… —Lo había regañado Zoey, mientras él se cruzaba de brazos, sentado en su hombro. Ella empujó la puerta pequeña de metal que le permitía salir al techo del colegio.

—Claro que me quejaré —dijo—, lo haré todo lo que quiera. No estoy de acuerdo. Cuando salgas lastimada no vengas a llorar conmigo.

—Hay que creer, ¿no? —susurró ella, intentando tener confianza. Él le contestó con un gruñido.

Tranquila y con el aire frío de la noche golpeándole el rostro, Zoey

había caminado hasta el centro del techo y se había sentado en él. En ese momento, Zack habría querido morderle la mano para quitarle esa sonrisa emocionada que llevaba en la cara. Ella necesitaba entender cómo eran las cosas, no ponerse contenta por unos truquitos.

—Entonces… ¿qué hay que hacer? —había dicho la chica.

Zack se bajó de su hombro y cruzado de patas, le dio la espalda.

—No estoy de acuerdo —repitió, enajenado como un crío.

Zoey puso los ojos en blanco.

—¡Ya dime qué debo hacer! —gritó dándole un golpe con la mano abierta en la cabeza blanca. Zack se volteó de mal humor y ahí juró que la mordía. ¡Incluso con saltarle encima, a lo conejo loco, bastaría!

—¡No me golpees, niña!

—¡Debo hacerlo para que dejes de actuar como el gran héroe!

Con ese comentario, Zackary se había enfadado y había sacado a relucir su perfecto orgullo.

—¡Soy un gran héroe! —protestó, ofendido—. Pero si no quieres mis servicios, podría irme tranquilamente de aquí, ¡a descansar en mi tumba como corresponde!

Zoey le había dirigido una mirada divertida, justo después de poner en blanco los ojos; pero se mordió la lengua para no lanzar más cosas que lo molestaran. Debían hacer la magia y no seguir perdiendo el tiempo. Zack, en cambio, subía las cejas en desafío.

—Ya… eres un héroe —corroboró Zoey llevándose una mano a la frente—. ¡Dime qué hacer de una vez!

Él había suspirado y fue allí cuando se rindió de verdad.

—Bien… —dijo entre dientes—. Para forzar al dije, hay que decirle las cosas en latín. Probablemente esto ni siquiera funcione. Algunas veces he probado usar su magia y me he ganado hasta huesos rotos. Debes repetir lo que yo te diga tal cual es.

—Bien.

Zack se paró frente a ella y le tendió las patas.

—Sujétalas. —Como si se estuvieran tomando de las manos, se sujetaron. Zoey lo miró fijamente, a la expectativa—. Repite, ¿sí? —Ella asintió—. *Libera tua potestas.*

—Libera… tua… potestas —repitió Zoey frunciendo el ceño. Vale, eso no era tan difícil.

—*Committe hoc mihi cum fide et frangit incantatus.*

Con la boca abierta, balbuceó algo parecido hasta que el conejo bajó las orejas.

—¿Qué?

—¡Lo que tu dijiste!

—*Committe hoc mihi* —dijo Zack con tono duro—. Anda.

—Committe hoc mihi.

—*Cum fide et frangit incantatus.*

—Cum. —Había alzado las cejas a medida que lo decía, insegura, y Zackary asintió, recordándole el poco tiempo que tenían para ello—. Fide et… frangit… ¿incantatus? —«AvadaKedavra».

En ese mismo segundo ocurrió una explosión. El dije brilló y una fuerza invisible los empujó, a cada uno, con un poderío sobrenatural, hacia atrás, a una caída inminente de más de cuatro pisos de altura.

A Zack solo le quedó el eco de los gritos de Zoey y, a medida que caía, fue consciente de que ella moriría al llegar al suelo y de que él no podía convertirse en un humano para salvarla.

Con sus pequeñas patas se aferró del alféizar de una ventana y se impulsó hacia arriba. Cruzó el techo casi volando y realizó un clavado épico. Ella no había tocado el suelo, así que se aferró al torso de la chica, se colocó debajo y desde su propio cuerpo creó una esfera semitransparente que operó como una pelota blanda. Como un colchón salvavidas.

Cayeron sobre la extraña burbuja, pero el rebote los lanzó metro y medio hacia arriba antes de golpear finalmente contra el suelo cubierto de pasto. Su quejido quedó amortiguado por tener la cara contra la tierra.

—¿Estás bien? —le preguntó, tirando de su cabello para moverle la cabeza y ver su rostro.

—Genial —había mascullado ella—. *Héroe.*

¡Sí, todo un héroe! Casi la mataba y eso era porque se había dejado convencer. Luego tuvieron que esperar toda la noche fuera a que Jorge abriera alguna puerta de servicio para poder colarse dentro.

Ahora, los padres de Zoey no sabían que había volado por el aire, estaban muy conscientes de que un aura de peligro rondaba a su hija y no querían tener que perderla en un horroroso accidente.

Agitó las patas una vez más, tratando de quitarse de la mente el nefasto intento por volver a recuperar el control. En todo el día no había parado de intentar transformarse, de probar la poca magia que le quedaba.

Sacudió su pata por enésima vez y cuando fijó sus ojos de rayas en ella, estas casi se vuelven tan circulares como platos. Su pequeña manito se estaba… ¡deshaciendo!

Aterrado, ahogó un gemido. ¿Cómo podía estar *desapareciendo*?

Sin pensarlo dos segundos más, se lanzó hacia la puerta del cuarto.

Debían repetir el hechizo en un lugar más seguro, ¡pero *debían* repetirlo! Si el cuerpo que le habían prestado comenzaba a desarmarse, Zoey estaría en más peligro que antes.

Como un peluche, corrió y saltó por los pasillos del colegio, rumbo a la dirección donde esperaba encontrar a la niña, por lo menos, antes de que sus padres se la llevaran lejos. Se ocultó cuando algunos alumnos pasaron y avanzó más aprisa cuando ellos se alejaron. Parecía una carrera contra reloj, puesto que a medida que se acercaba a su destino, su pata se iba escamando cada vez más en pedazos blancos de cenizas.

Eso era exactamente lo que pasaba, se estaba volviendo *cenizas*.

Llegó a la dirección preocupado por su propia integridad antes que por Zoey, pero lo único que vio a través de la ranura de la puerta de la dirección fue a la directora hablando con los padres de Jessica.

¿Y Zoey?

Suponiendo que esta había vuelto a su cuarto por el otro camino por sus cosas, se volteó y emprendió el viaje de vuelta.

Bajó unas escaleras y subió otras, atravesando primero el ala de los cuartos en los que él solía dormir. Tan solo tenía que atravesar el pasillo principal y correr por el secundario hasta el cuarto de las niñas, pero unas voces conocidas lo detuvieron antes de ser visto.

Mariska gritaba como una loca.

—¡Sé que sabes algo!

—Por favor, Marie, no sé de qué hablas. ¿Cómo crees…? —Adam Smith se alejaba de ella. Pero la chica no pensaba retirarse sin las respuestas que buscaba.

—No te hagas el idiota, Adam. ¡Zack y tú eran buenos amigos! Y ese día él actuó tan extraño…

—Él nunca me decía nada, Marie. Ya te lo dije, no sé de qué hablas.

—¡Haz actuado extraño desde que murió! ¡No como un amigo normal! Murmuras cosas… ¡Sé que sabes algo de su muerte, Adam! ¡Dímelo!

Zack apenas si miró su pata deshaciéndose. La conversación lo había dejado pasmado. Adam y él nunca habían hablado sobre sus vidas privadas, eso era lo cierto. Él no le contaba nada y viceversa. Eran solo… compañeros. Pero nunca buenos amigos. Sabía muy bien qué clase de persona era ese chico, era de aquellos que poco le importaban los demás, pero de ahí a tener algo que ver con su muerte…

Adam negó nuevamente y, cada vez más impaciente, se alejó de Mariska por el pasillo principal hacia los dormitorios. Ella lo siguió,

insistente, y recordando que él tenía que llegar a Zoey, Zack volvió a correr tan rápido como pudo.

Los gritos provenientes del cuarto de las chicas eran bastante sonoros a distancia. La puerta se abrió antes de que pudiera llegar a ella y ante los vivos, así que no tuvo otra que dejarse caer en el suelo como un objeto inanimado.

Zoey empujaba a sus padres fuera del cuarto.

—¡Olvídenlo! ¡No me iré! Lo que pasó fue algo trágico, lo sé, pero no volverá a pasar. ¡No me marcharé de este colegio!

—¡Zoey Corinne Scott! —bramó su madre—. ¡Harás lo que te diga!

—¡No me digas Corinne! ¡Es horrible! ¡Y no! ¡No me iré! ¿Es que no lo entienden?

—¿Qué es lo que no entendemos? —masculló su padre—. Han pasado ya demasiadas cosas y no puedo concebir que peligres de esta forma. ¡Casi te atraviesan la cabeza, por el amor de Dios! No estamos para nada conforme con las medidas de seguridad de esta escuela.

La chica los empujó aún más y entonces vio al conejo tirado en medio del pasillo.

—No, es que se equivocan. Esas cosas fueron accidente y lo de Zack fue imprudencia propia. ¡La escuela no podría haberlo prevenido! ¿Es que creen que iré a meterme al sótano? —les dijo, agitando las manos.

—¡Pues eso hiciste cuando hallaste al chico! —chilló su madre.

—¡Y menos mal que lo hice! —ladró ella, corriendo para tomar a Zack. Retrocedió hacia el hueco de la puerta antes de que pudieran secuestrarla—. Hubiera deseado no hacerlo, de verdad. Pero no pueden arrancarme de este lugar solo porque él fue un idiota y otro loco atacó al autobús. —Sus padres apretaron los labios, justo cuando la señora Scott se preparaba para lanzar más gritos—. ¡Por favor, quiero estar aquí, con mis amigos!

—No estoy nada seguro de eso.

—¿Y si te pasa algo? —dijo su madre con un tono contenido—. ¡Eres mi hija!

—Estaré bien —recalcó Zoey, apretando a Zack contra su pecho con nerviosismo—. ¿La directora tomará medidas ahora, o no?

Su papá asintió de mala gana.

—Si tan solo vinieras unos días con nosotros.

—¿Y qué tal si ustedes se quedan unos días por aquí, eh? ¿No sería lo mismo? ¡No pienso perder clases!

Allí, de alguna forma, los atajó a ambos. El señor Scott asintió lentamente y su madre, a pesar de la necesidad de seguir gritando, se

lo aguantó.

—¡GENIAL! —chilló, desesperada por huir—. Ahora lárguense.

—¡Zoey! —protestó su madre, pero ella negó rápidamente.

—¡Tengo mucho que estudiar! Para eso pagan el colegio, ¿no?

El señor Scott puso los ojos en blanco, besó rápidamente a su hija en la cabeza y apuró a su mujer cuando está abrazó a Zoey con más fuerza de la posible.

Apenas la soltaron, ella huyó al interior del cuarto y cerró la puerta de un golpe.

—¡Vaya que eres dura! —exclamó Zack.

—¿Dónde estabas? —susurró Zoey.

—¡No hay tiempo! —El conejo le mostró la pata—. ¡Me desintegro!

Observó embobada cómo la pata de Zackary se deshacía en cenizas blancas. Seguramente era producto del hechizo y era culpa suya que no hubiera salido bien el antídoto por la noche. Asustada y confundida, sin saber bien qué hacer, le abrió la puerta a sus padres.

—¿Y qué hago? ¡Dime qué hago!

Zack señaló la ventana.

—¡El bosque! ¡Debemos ir al bosque y repetir el hechizo!

Aterrada por lo que iba a hacer, Zoey corrió a la ventana y tiró de ella para abrirla por completo. Estaba tan alto de allí al suelo que llegar sería una misión suicida. Ya había volado en la madrugada y no le apetecía hacerlo de vuelta.

—¡Vamos! —la apuró el conejo—. ¡Salta!

—¡Estás loco!

—¡Confía en mí! ¡Rebotaremos!

Lo miró brevemente a los ojos y, luego, fijó su mirada en la pata que cada vez era más corta. Cerró los ojos y, tan asustada como la vez que lo había visto aparecer en su cuarto, saltó por la ventana.

Rebotó en esa esfera gigante y transparente que Zack podía hacer y cayó en el pasto sentada. Le dolió, pero no tenía tiempo de pensar en eso. Al usar su magia, él ya había perdido gran parte de su brazo.

Se levantó y corrió hacia el bosque tan aprisa como pudo. Nunca había pasado por encima de las cercas del colegio. No eran muy altas, pero nunca se le había ocurrido escalarlas para pasar al bosque.

Nerviosa, ancló los brazos en la verja y se impulsó hacia arriba. Pasó las piernas con una pequeña ayuda de otra esfera transparente del conejo, que la empujó desde abajo, y llegó al otro lado sana y salva.

Corrió en medio de la creciente oscuridad de la tarde. No sabía a dónde iba ni cómo iba a recordar el camino de regreso. El bosque estaba húmedo por la cercanía al río y los árboles y pinos eran tan frondosos que dejó de ver el colegio muy pronto.

—¡Ya! ¡Detente! —ordenó Zack.

Zoey clavó los talones en el suelo y Zack se liberó de su agarre.

—¿Aquí?

—¡Sí! ¡Vamos!

Entonces, miró a su alrededor. Parecía que estaban a kilómetros de distancia, pero no era así; sin embargo, sentía que debían *ir más allá*. Su mirada se perdió entre lo tupido de las ramas y troncos, en dirección noreste. Dio tres pasos hacia allí.

—¡ZOEY! —Zack la llamó con autoridad—. No te muevas —le ordenó.

—¿Qué… qué pasa? —susurró, incapaz de quitar los ojos de aquella nada, que por alguna razón la llamaba casi con tanta fuerza como el chico.

—Aquí está bien —dijo él con seriedad—. Ni te atrevas a ir más lejos.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, ella se volteó.

—¿Por qué?

—Te prohíbo que entres al bosque, ¿de acuerdo? Nunca lo hagas, y menos sin mí.

Extrañada, pero pensando que quizás él temía que la atacaran en aquel sitio, asintió y regresó.

—¿Me recuerdas las palabras? —susurró, tratando de adivinar cómo era que iba a tomarlo de las patas si a él ya le faltaba una. Pero Zack no perdió el tiempo: le tendió la pata que estaba sana y comenzó a recitarle las palabras en latín. En cuanto sus dedos tocaron el peluche blanco, más cenizas se desprendieron de aquella extremidad que hasta ese momento había estado intacta.

Él realmente iba a desaparecer si no hacia eso bien. Repitió las palabras sin poder sacar los ojos de su amor platónico deshaciéndose delante de ella. Bien podía estar muerto, pero todavía… ella no estaba lista para dejarlo ir.

Ante la última frase, se produjo la misma explosión de poder. Zoey salió despedida hacia atrás, golpeó contra el tronco de un árbol y cayó boca abajo. Se quedó en esa posición durante segundo, mientras rezaba para qué todo hubiese funcionado.

En seguida, unas manos masculinas la voltearon.

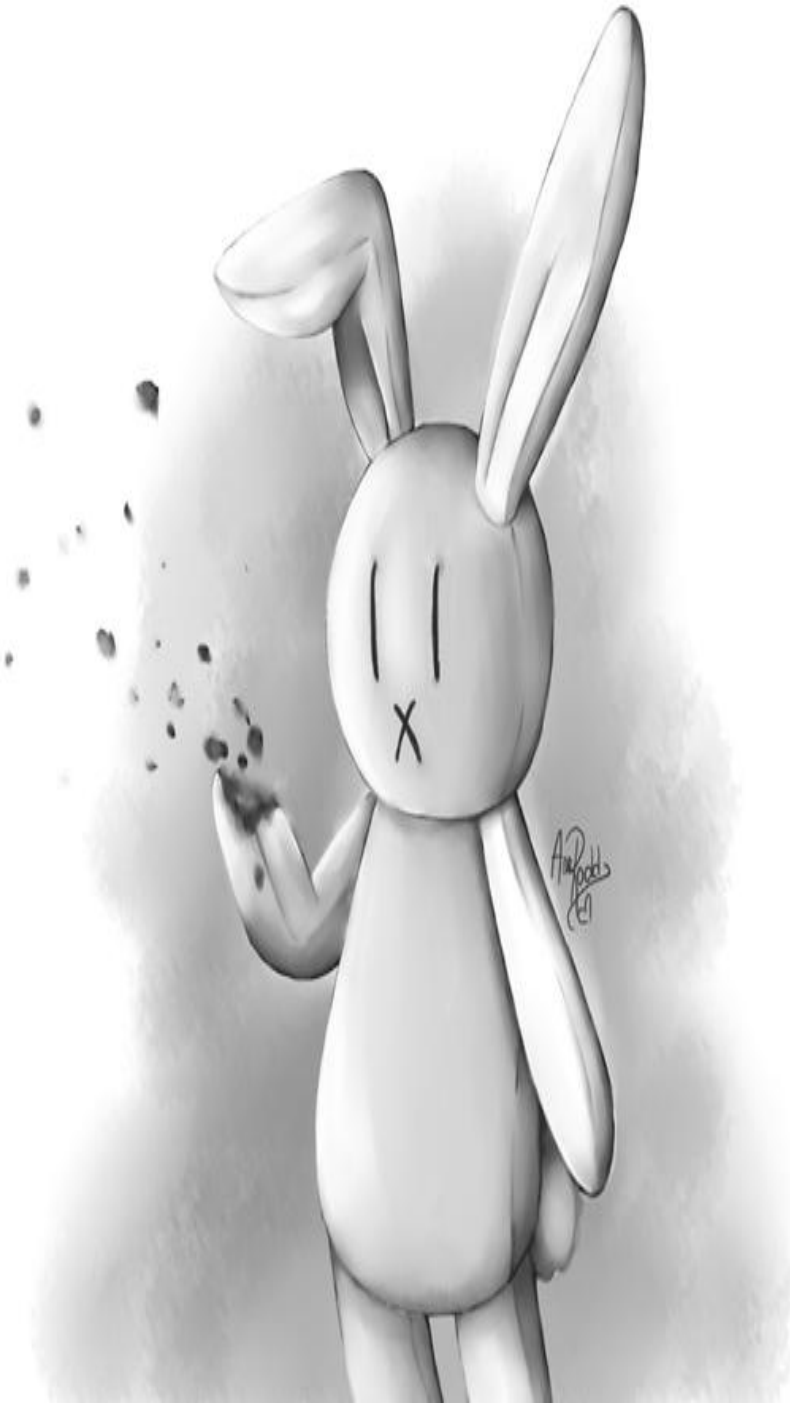
—¡Zoey! ¡Zoey! Oh, dime que estás bien. ¿Te duele? —le dijeron los ojos grises y humanos de Zack. Había funcionado. Pero en cuanto él le preguntó si le dolía, se hizo evidente. Todo le dolía. Le ardían los brazos, las manos, la espalda y le quemaba el pecho, como si le hubieran clavado un hierro caliente—. ¿Ves por qué te dije que esto era peligroso? —replicó él con dulzura—. Ven.

La levantó con cuidado.

—¿No… vas a desaparecer?

Él sonrió.

—No. Esto funcionó. Extrañamente, el dije deshizo el hechizo.



Capítulo 6

—Vamos… —Zack la empujó hacia arriba con ambas manos.

—¡Ay, no! ¡Zackary! Quita tus manos de mi trasero, ¡no puedo subir así!

Él bufó.

—¿Y crees que yo estoy feliz con tus nalgas casi sobre mi cara? —Ella chistó y lo oyó ahogar una risa—. Bueno… sí. ¿Para qué miento? Estoy muy feliz aquí. Lástima que es una situación rara.

Zoey estiró un pie hacia abajo para llegar a patearlo.

—¡Inepto, súbeme de una vez!

De mala gana por la patada, Zack empujó hacia arriba sus manos, que seguían sobre las caderas y el trasero de la chica, y la hizo llegar hasta la ventana del tercer piso. Zoey entró por la ventana abierta, muy feliz de que Jessica no estuviera por ahí y él se metió por detrás de ella.

Justo en ese momento, como si la hubiera llamado con el pensamiento, Jessica abrió la puerta de un golpe. Zack cayó en el suelo con forma de conejo y Zoey se apresuró a ponerse delante de la ventana, como si su amiga pudiera adivinar que había salido por allí.

—¡Van a volverme loca! —chilló—. ¡Quieren cambiarme de colegio!

Zoey borró la sonrisa boba que había puesto sobre su cara.

—¿Quieren que te vayas?

—¡No voy a ponérselas fácil! —gruñó, meneando la cabeza—. Pero dijeron que podríamos charlarlo —hizo unas comillas con los dedos— si no pasaba nada en los próximos seis meses. ¿No crees que exageran?

Zoey hizo una mueca. ¿Cómo podía ser que sus padres pensaran exactamente de la misma forma que los de Jessica? O la cosa estaba más jodida de lo que podía ver o estaban todos locos.

Pero, a diferencia de Jessica, ella tenía una razón importante por la cual quedarse en el colegio. Si iba a casa pondría a sus padres en peligro también.

—Yo convencí a los míos de quedarme aquí por unos días más.

—¡Qué suerte! Debo irme con ellos ahora. —Jessica sacó su bolso de debajo de la cama y empezó a tirar ropa al azar dentro—. Por unas dos semanas, al menos. ¡Perderé las clases, están locos!

Zoey la observó, tristemente, guardar sus cosas. Tenía un mal presentimiento. Jessica se iba y quién sabía si volvería, pues ella sabía muy bien que algo malo pasaría de vuelta, y sería la que moriría o saldría herida; luego sería alguien más, alguien a su alrededor, quién pagaría las culpas. La muerte de Zack realmente había desatado un bomba de tiempo y el dije estaba arrastrando a un grupo de niños a un cruel destino.

—¿En dos semanas…?

Se acercó a ella y Jess se irguió mientras tiraba del cierre de su maleta.

—No estarás bien sola —gruñó su amiga—. ¿Quién va a apapacharte? —dijo ella, mirándola a los ojos—. Mariska aprovechará para molestarte…

—No le tengo miedo a Mariska —cuestionó Zoey—. Estaré bien, no te preocupes. Me adapto —añadió echándole un vistazo al conejo blanco en el suelo.

Jessica siguió la línea de su mirada.

—¿De dónde has sacado ese conejo? Lo llevas a todas partes.

—Fue un regalo. Él me hará compañía. —Y trató de sonreír. «¡*Sí, vaya compañía!*».

Con un ademán cansado, Jess suspiró.

—Bien —volvió a gruñir—, me largo a mi estúpida casa con mis estúpidos padres. —Le dio un corto abrazo y tiró de sus cosas hacia la puerta.

Zack, del otro lado del cuarto, se irguió despacio. Observó cómo Jessica tomaba sus cosas y de mal humor, se despedía antes de marcharse. En cuanto cerró la puerta, tomó forma humana. Miró a

Zoey con los ojos brillantes.

Zoey no vio su rostro y suspiró desganada. Caminó hasta la ventana, ignorando a Zack, y la cerró con un golpe.

—Al fin solos... —susurró, y una sonrisa traviesa apareció en su bello rostro. Zoey dirigió su mirada hacia su cara y abrió grande los ojos. Su expresión le decía que él estaba a punto de hacer comentarios raros—. Sácate la ropa.

—¿Qué? —chilló. Empujó a Zack antes de que él la tocara, pero no llegó mucho más lejos. La atrapó y la puso con cuidado contra la pared.

—No seas quejosa —le advirtió, blandiendo el dedo índice, retándola—, debo revisar tus daños.

—¿Que daños? —replicó ella con un tono agudo. *Tenía que estar bromeando…* Pero allí recordó lo mucho que le dolía el cuerpo.

Zack sujetó rápidamente su brazo, le subió la manga del suéter gris y le mostró el corte largo y fino que tenía en él. «Oh, vaya».

—Estás herida, y por eso —recuperó la sonrisa triunfante—, debes desnudarte.

Manteniendo la tranquilidad tanto como podía, ella frunció el ceño.

—No voy a desnudarme así como así, ¡muévete!

—¿Ah, sí? —susurro él, aferrándole ambas muñecas y poniéndolas contra la pared a la altura de su cabeza. Sus cuerpos quedaron tan pegados que Zoey comenzó a hiperventilar—. ¿Y quién va a curar tus heridas, eh?

«Mátenme», suplicó. Era mejor que estar así, tan cerca de él, provocándola de esa manera.

—Yo lo haré por mí misma —dijo sin mucha convicción.

—No, tú no puedes curar las de tu espalda —sonrió Zack, saboreando la victoria.

La alzó con una mano y antes de que llegara a protestar, él la acostó boca abajo en la cama. Todavía antes de que ella pudiera gatear para huir, se sentó sobre su cintura.

—¿Zack? Oye, ¡me aplastas!

Él nunca borró la sonrisa de su rostro.

—Bien… —se recostó con cuidado sobre ella—. Hoy seré tu enfermero.

—¡Tienes que estar malditamente bromeando!

Pero si estaba solo jugando o no, no podía chequearlo. Él comenzó a tirar de las prendas de Zoey, hasta sacárselas una por una. El suéter gris y la camiseta de manga corta cayeron a un lado de la cama.

Tarareando, llevó sus dedos al broche del corpiño en su espalda y allí ella le gruñó y lo amenazó, pero él fingió totalmente que no la escuchaba.

—¡Quítate ahora o voy a golpearte hasta que desees realmente estar recostado en paz en tu tumba!

—Ya, no grites —musitó él, poniendo la punta de los dedos en su piel—. La gente creerá que estás loca. —Miró de cerca los cientos de pequeños cortes en su piel y guardó silencio hasta que ella se calmó.

—¿Ya está? Me aplastas.

Él chistó.

—¿Aplastarte? —Se estiró nuevamente sobre ella, con cuidado—. Ni siquiera te estoy tocando con las piernas, Zo. Y además esto es más importante que gritar como una trastornada.

—¡No! ¿Qué? Aguarda, ¿qué cosa? —balbuceó, cuando él le puso una mano en la cintura.

—¡Hora de darse vuelta! —Palmeó el chico, como si estuviera en un cumpleaños y él fuera el animador que anunciaba la hora de cortar el pastel.

—¿QUÉ? —Zoey se aferró a su sostén y se aovilló lo más que pudo —. ¡Te juro que voy a matarte!

—Oye, no estoy bromeando. ¿Tienes idea de la cantidad de cortes que tienes aquí? —Insistió él, señalando uno por uno todas las heridas de su piel—. Son varios cortes. Hay algunos más jodidos que otros, en verdad.

—No te creo —gruñó ella, girando la cabeza contra la almohada—. Estás intentando aprovecharte de mí.

—Nooo, ¿cómo crees? Debo ver el resto de las heridas, debo curarlas —canturreó.

—Deja de repetir eso.

—¿Estás segura? Estaré muerto pero aún soy muy hábil con las manos. —Zack volvió a inclinarse sobre ella, para hablarle al oído.

Zoey apretó los labios en una gruesa línea, mientras intentaba aspirar aire por la nariz. Estaba casi desnuda y él estaba sobre ella, susurrándole al oído, *rozándole la piel con esos labios…* Algunas fantasías afloraron por su mente.

El grito que salió de su boca esta vez tomó por desprevenido a Zack, que se alejó de ella preocupado ante el dolor que expresaba en sus notas. Zoey se giró sobre la cama, apretándose la piel de su pecho y con el corpiño casi suelto. Se bajó y se aovilló en el suelo, jadeando. El dije colgaba justo por encima de sus manos.

En un segundo, él estuvo sobre ella, asustado y deseando saber qué

la lastimaba. Logró sacarle las manos y vio un pequeño círculo sobre su piel. Tenía la forma exacta del dije quemada en su tez.

—Mierda… —gruñó—. Ven, Zoey, ven. —Tiró de sus manos para levantarla del suelo. Ella no se movió durante unos segundos, bastante afectada.

Al final, logró levantarla y llevarla directo al baño. Abrió la canilla de agua fría de la pileta de manos y se encargó de humedecer la quemadura. Zoey lloriqueó, no por el agua fría que corría hacia su abdomen, sino por la herida y lo que esta le ardía

—¿Te duele mucho? —le preguntó él desde atrás.

Con esfuerzo, ella se limpió las lágrimas del rostro.

—Sí —gimió, y miró su reflejo en el espejo. Zack tenía las dos manos mojadas encima de donde empezaban sus pechos, allí en el comienzo de su corpiño. Volvió la vergüenza, pero él no dejó que eso los detuviera. La volteó y sacó las manos con cuidado para ver la quemadura.

—Esto te acaba de quemar ahora… —murmuró, acercándose, tal vez demasiado, a ella. Zoey quiso irse para atrás, pero él la sujetó—, pero hay otra quemadura abajo. También debe de haberse hecho con el contra hechizo. ¿Recuerdas que te doliera antes? —La miró a los ojos.

Zoey no respondió y se limitó a mirarlo conteniendo el aire, con la cara de nuevo muy roja. Zack la miró expectante y entonces, entendió el por qué de su sonrojo. Automáticamente recuperó la sonrisa perfecta y pervertida.

—Oh… ¿te molesta que esté a nada de verte desnuda? —dijo con tono inocente, pero sus ojos grises y profundos mostraban diversión.

Tan roja como estaba, ella tembló.

—Sí, sí recuerdo que me haya dolido antes en el bosque —contestó a su anterior pregunta.

Zack se irguió.

—¿Sabes qué va a ser lo mejor? —preguntó con tono soñador y dulce. Zoey no respondió y trató de retroceder, pero justo detrás estaba la pileta del baño—. Que te des un buen baño.

Ella negó.

—¡No, alto ahí! —Extendió una mano hacia su pecho y lo detuvo a medio camino—. No es buena idea, menos mientras estés dentro del baño.

—Yo creo que sí —dijo él—. El agua fría te ayudará con la quemadura y limpiará las demás heridas. Deberías quitarte los pantalones.

Zoey frunció el ceño y lo empujó para intentar huir, pero el chico la sujetó de la cintura, la alzó y caminó a la ducha con paso resuelto.

—¡No quiero bañarme, cabeza hueca! —Lo golpeó en la cabeza y eso fue suficiente como para que Zack se detuviera, contrariado por el golpe. Si bien no le había dolido, estaba bastante desconcertado por la fuerza que había usado.

Entonces, la quemadura en el pecho volvió a arderle con fuerza. Gritó otra vez y se removió inquieta en sus brazos, desesperada por alejarse. Zack la atajó antes de que cayera al suelo; cuando él la aferró nuevamente, el ardor fue peor.

Contrariada por el dolor, Zoey se liberó de su agarre y se precipitó hacia la salida. No se preocupó por nada; llegó al cuarto y se dejó caer en la cama, apartando el dije de su pecho, que quemaba como el vidrio líquido.

—¿Otra vez? —gritó Zack, corriendo hasta ella. Intentó sentarla en la cama, pero otra vez ante el tacto, el dolor aumentó. Zoey volvió a apartarlo con las manos.

—¡No, déjame, me duele! ¡Me duele! —lloró, corriendo hasta la cama de Jessica—. No me toques.

—¿Cómo que no te toque? —Él jaló las sábanas de la cama y quiso envolverla en ellas, pero Zoey volvió a gatear para alejarse de él.

—¡Me duele más cuando me tocas!

Se paró en seco, con la tela en las manos.

—¿Cuando te toco? —inquirió incrédulo—. ¿Te quema cuando te toco?

Zoey se pegó a la puerta de entrada, todavía apartando el dije con sus manos.

—¡Me tocaste y me dolió más! —Se cubrió con el brazo libre el corpiño con moños, mientras Zack se acercaba con cautela.

—No tiene sentido.

—¿Qué más da si tiene sentido? —chilló, mirando la quemadura en su pecho. La carne ya estaba demasiado magullada.

Por más que deseaba mirar bien la herida, Zack no la tocó. Se retiró hacia atrás y fue hasta el baño. Regresó al segundo con unas vendas del botiquín de primeros auxilios.

—No te muevas —dijo, mientras preparaba una gasa, untándola con agua oxigenada—. Vamos a desinfectar esto. Creo que es una quemadura de primer grado. Si te sigue quemando se volverá en una de segundo grado y tendremos que llevarte al sanatorio. Realmente no queremos eso.

Zoey hizo una mueca.

—Me va a doler.

Él le respondió con otra mueca.

—No queda otra —admitió, serio. Con esfuerzo, ella sujetó el collar y se preparó para la posibilidad de que pudiera tocarla otra vez—. Te pasaré esto por la quemadura… sin tocarte —agregó.

Se miraron con algo de miedo y él, con mucho cuidado, estiró la mano para pasarle la gasa por la quemadura.

Le ardió casi tanto como la quemazón en sí, pero sabía que debía aguantarlo. Se mordió los labios y clavó las uñas en su propia piel.

Zack trató de hacerlo rápido, sin exponerla a su toque. Así, quitó la gasa después de limpiar con eficacia.

Entonces sí era eso. *Piel con piel* y el dije la lastimaba.

—¿Y ahora? —gimió, con lágrimas en los ojos.

—Iré volando a buscarte una crema antiinflamatoria.

Y eso hizo. Saltó por la ventana después de abrirla y la dejó completamente sola.

Aspirando el aire frío que se colaba por la abertura y le refrescaba la herida, Zoey tuvo la inmensa curiosidad de probar si el collar le seguía quemando. Despacio, lo dejó tocar su piel un leve segundo en un sitio bien sano. Nada. El dije estaba tan helado como en cualquier otro momento.

Miró el collar tan confundida que su rostro lo hizo notorio.

Zack tenía razón. *Aquello no tenía sentido.*

—Esto está de lujo —gruñó Zackary desde su mochila, mientras ella avanzaba por la vacía fila de la cafetería.

—¿A qué te refieres? —dijo la chica entre dientes.

—A que ya estoy bastante frustrado con esto de estar muerto como para no poder tocarte ni por casualidad —dijo como si fuera obvio—. Es raro no poder darle ni la mano a alguien.

Zoey cerró los ojos con fuerza. Intentaba comprenderlo, pero no era fácil. Además, temía que esa idea de tocarla se desviara a uno de sus comentarios traviesos y hasta indecentes.

La verdad es que era un chico bastante suelto de manos.

Se sirvió comida en la bandeja azul y se alejó de las cocinas para ir a buscar una mesa apartada. Zack siguió despotricando, por lo que ella se distrajo y se fijó en la mochila. Estaba a punto de cerrar del todo el cierre cuando alguien tropezó con ella, haciéndole perder el equilibrio y que gran parte de la comida de su comida cayera directo

al suelo.

—Oh, lo siento —le dijo una voz grave.

Estuvo a punto de insultar tanto como podía. Le tiraba el almuerzo y solo le decía: «*¿Lo siento?*». Fijó los ojos en el muchacho. Era Adam Smith.

Se le atoró la lengua. Él se veía muy malo y agresivo. Guapo, pero indiferente y calculador.

—¡Fíjate por dónde vas! Me has tirado todo —dijo ella, con mucho menos ira de la que quería en realidad.

—No todo —respondió Adam viendo lo que quedaba en su bandeja.

Las mejillas de Zoey se tiñeron.

—Deberías reintegrármelo —dijo con los labios apretados.

Adam la miró seriamente y, entonces, sus facciones se suavizaron.

—Sí, tienes razón, lo lamento. Pero qué quieres que haga, ¿qué te pague? —Sacó de su bolsillo un billete de veinte y lo blandió delante de su cara. Zoey frunció el ceño y negó. Ella se refería a que le buscara más comida. Adam guardó el billete y suspiró—. Perdona mi actitud, han sido malos días. —Sonrió tristemente—. Adiós.

Zoey volvió a la fila entonces, mirando de reojo a Adam, que salía del comedor. Se sirvió de nuevo lo que había perdido y buscó una mesa.

En cuanto se sentó, Zack sacó la cabeza de conejo de la mochila.

—Imagino que está mal —susurró ella, tomando los tenedores.

—¡Mal! —exclamó el chico—. No sé. Hay algo raro en Adam.

Zoey bajó la mirada hasta él.

—¿De qué hablas?

—No quiero que te acerques a Adam Smith —gruñó el conejo de mala gana, logrando que lo mirara con las cejas arqueadas, confundida por demás—. No confió en él.

La chica frunció el ceño.

—No creerás que él…

—Sí, lo creo.

Zack se cruzó de brazos y miró la puerta, aquel lugar por donde había salido su supuesto *amigo*.

Capítulo 7

Zack salió a hurtadillas del cuarto. Zoey dormía profundamente. No era necesario que ella se enterara de que la había dejado sola. Sabiendo bien qué hacer a pesar de que nunca lo había hecho, creó un escucho alrededor de su cama antes de salir.

Allí estaría a salvo por unos cuantos minutos.

Corrió y saltó por los pasillos para llegar al ala norte de las habitaciones, allí en donde dormían Mariska y Adam. Llegó primero al cuarto de la chica, que no estaba cerrado con llave en verdad. Mariska y su compañera de cuarto dormían de forma tranquila.

Si quería encontrar algo, debía ser muy silencioso.

Caminó por la habitación. Había ropa tirada por todos lados. No sabía realmente qué estaba buscando en su cuarto, pero la conversación del otro día había sido demasiado seria como para ignorarla.

Brincó al escritorio que estaba lleno de papeles y los revolvió. Al minuto, decidió que aquello no tenía caso. La siguiente habitación prometía traer más suerte.

Adam dormía junto al cuarto que había sido suyo y Zack agradecía que los padres de Franco se hubieran llevado al chico después de su muerte, porque ahora él estaba solo. La puerta esta vez sí estaba cerrada, pero podía abrirla sin hacer ruido alguno. Apuntó con su pata a la cerradura y esta se abrió tan silenciosamente que nadie podría haberse dado cuenta de no estar viéndola. Entró al cuarto muy

despacio, pero notó enseguida que no había nadie en la cama. La pieza estaba vacía.

Primero pensó que era una gran ventaja, podría revolver todo lo que quisiera y buscar algún indicio de lo que Mariska había insinuado en torno a él. Su muerte era demasiado importante y no quería dejarla impune. Si alguien sabía algo, él lo averiguaría.

Caminó sobre sus patas traseras, recorriendo con los ojos el lugar. Todo estaba excesivamente ordenado para ser la habitación de un hombre, pero sabía que Adam era una persona muy perfeccionista. Tenía que tener cuidado al rebuscar, porque no podía dejar nada desacomodado.

A pesar de que no había pruebas en contra del muchacho que había sido su compañero, tenía el leve presentimiento de que allí había algo fuera de lugar, de que Adam realmente sabía algo. ¡Y para que Mariska lo hubiese notado! Realmente, allí había algo.

Dio un paso más y pisó un papelito cuadrado de color amarillo. El papel tenía pegamento; era de esos que se desprenden de un taco y se pegan en ciertos lugares como recordatorios. Se quedó adherido a su pata en cuanto la levantó. Era un *post-it*.

Desprendió el mismo y casi se le cae el mundo a los pies. El papel tenía tres simples palabras escritas, pero tres que le helaban la sangre y le gritaban que él no debería estar allí, sino del otro lado del colegio.

El papel decía: «*Zoey C. Scott*»

Zoey.

Corrió tan rápido como pudo, recorriendo los pasillos a una velocidad casi supersónica. Sabía que él había ido por ella. Si no, ¿cómo es que no estaba en su cuarto y que tenía un papel con su nombre? No podía pensar en otra cosa

Atravesó el ala norte en menos de un minuto y se lanzó, literalmente, sobre la puerta de Zoey. Ella seguía durmiendo y, por suerte, sola. Adam no estaba allí.

Entonces… ¿dónde?

El cuerpo le temblaba. Había algo en torno a ese chico que lo alarmaba. De pronto ciertas actitudes que había notado en vida le resultaban más que extrañas y atemorizantes en la muerte.

No tenía tiempo para pensar o para sentarse con tranquilidad a esperar que algo sucediera. Se transformó en humano, encendió la luz y llamó a la chica con voz estridente. Zoey saltó hasta el techo, muy asustada. Sus ojos azules se mostraron aterrados.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Levántate ahora mismo y ponte algo! Nos vamos.

La chica lo miró con la boca abierta.

—Disculpa, ¿qué?

—¡AHORA!

Zack no perdió tiempo, la alzó de la cama y la dejó en el suelo. Rebuscó, entre las cosas que había en la litera de Jessica, un sacón para que se pusiera encima del pijama.

—Zackary… ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Adam —dijo él— tenía esto en su cuarto —gruñó sacando el papelito amarillo—. ¿Por qué diablos tendría tu nombre escrito en un papel?

Ella leyó su nombre y si bien se conmocionó un poco, intentó que no se notara.

—Oh, vamos… no sé, pero tampoco es para tanto.

—Sí lo es, su cuarto estaba vacío. ¡Creí que había venido por ti!

—Pero él no está aquí —le recordó.

Ignorándola, Zackary le pasó el sacón por encima de los hombros y le alcanzó unas botitas cortas.

—¿Y si está viniendo?

Zoey tomó las botas pero no se las puso.

—¿Me quieres decir exactamente qué es lo que estás pensando?

Él la miró bien serio.

—¿Quieres que te lo diga? Bien, creo que Adam sabe algo de mi muerte.

Con la boca abierta, ella negó.

—Zack, ya hemos hablado de esto.

—Sí, yo ya te lo dije. ¡Y en este momento estoy completamente convencido de eso!

—Estás loco. No vamos a salir de aquí. No vas a sacarme de la escuela.

—No solo te voy a sacar del colegio, te voy a sacar del pueblo, del estado y, si es posible, del país.

Zoey se quedó en donde estaba, viendo cómo le sacaba las botas de la mano y se agachaba para ponérselas él mismo. Estaba bromeando, ¿no es cierto?

Pero cuando él la alzó por la cintura y abandonó, con ella a cuestas, el cuarto, supo que sí hablaba en serio. Le gritó y lo golpeó con los puños. ¡No podía abandonar el país! Había cosas más serias que tratar antes de hacer alguna tontería como esa… ¡Y sobre todo por una simple sospecha!

Zack la calló, recordándole en susurros que el resto de sus compañeros dormían.

—¡Bájame entonces! ¿Estás loco?

—¡Claro que no! Solo salvo tu vida, ¿no lo entiendes?

—Esto de Adam es una idiotez. ¡Déjame!

Pero él continuó corriendo por los pasillos del colegio hasta las escaleras y, por más que Zoey exigió su liberación, Zackary se mostró más bien concentrado en saltar escalones que en saber qué era lo que le decía. También ignoró que la estaba tocando y que ella no estaba resultando herida. Ella también lo olvidó por completo.

Cuando terminaron de bajar las escaleras del segundo piso, Zoey miró por la ventana y notó algo que se movía en dirección al bosque.

—¡ESPERA! Mira, ¡es ADAM! ¿Lo ves? —Señaló a través del cristal —. No fue por mí —canturreó feliz de la vida y miró a Zack, esperando verlo aliviado.

Fue todo lo contrario. Él estaba tan pálido como si tuviera sangre en su cuerpo y hubiera visto un fantasma. Su semblante se encontraba rígido como una tabla y sus ojos mostraban una mezcla entre rencor y miedo. Entonces, se echó a correr más rápido.

—¿Qué haces? ¿Por qué no volvemos?

—¿No te das cuenta? —bramó Zack, llegando a las aulas del primer piso—. Él está aliado con alguien, con alguien que quiere el dije, Zoey. ¡Quiere matarte a ti también!

—¡Oh, no! —susurró ella—. ¿A mí también? Él no pudo haberte matado a ti, ¡tiene diecisiete años!

—¿Qué tiene que ver la edad? Estoy seguro, alguien más lo planeó, pero Adam lo hizo —gruñó, brincando el último tramo de escaleras.

—¡Por favor! —soltó ella, queriendo hacerlo entrar en razón. Simplemente aquello no tenía sentido. ¿Por qué? ¿Solo porque habían visto a Adam entrar en el bosque? No, ni eso. Solo lo habían visto marchar hacia él.

Desde las ventanas del primer piso, Zack saltó hacia afuera.

—¡Qué idiota soy! Me puse nervioso y no hice esto antes —gruñó, aterrizando en el suelo.

Se largó a correr, ignorando nuevamente las palabras de Zoey, hacia el puente de la escuela que cruzaba el río. Las grandes rejas negras estaban bien cerradas por un candado, tan enorme que era imposible abrirlo sin su llave. Pero no iba a perder tiempo en abrirla, ni siquiera en usar su magia para silenciar a tal bestia metálica. Simplemente, con agilidad y con una sola mano, trepó y se dejó caer del otro lado. A ella se le escaparon varios gritos de pánico y vértigo.

—¡No puedo dejar que nos larguemos de aquí, Zack! —Insistió la chica. Él chistó y comenzó a correr, justo cuando una voz extraña y masculina hacía su aparición.

—Yo tampoco, querida. Yo tampoco.

Los adolescentes levantaron la vista. En medio del puente, cerrándoles el paso, estaba un hombre rubio de cabello largo y barba poblada. Se vestía como si viniera de una guerra, pero no era su aspecto lo que más llamaba la atención, sino la ballesta que tenía en su espalda y las flechas idénticas a la que había hechizado a Zack, colgando de un bolso en su brazo.

Sí, aquel tipo era el enemigo oculto que les había complicado la existencia.

—Entrégame el dije… *Zackary Collins.*

Capítulo 8

Zack la soltó y la empujó detrás de su espalda.

—No —respondió firmemente.

El hombre tomó una de sus flechas.

—Todas estas, como la anterior, están encantadas, Collins, y si no me entregas el dije, anulará tus poderes. He trabajado en embrujos cada vez más potentes, uno de estos podría destruir ese cuerpo que tienes ahora con solo tocarte.

Zack resopló.

—Eso es solo si puedes tocarme —lo desafió.

El tipo ignoró el comentario y clavó los ojos en Zoey.

—Ya me está resultado extraño que incluyas a la niña en el problema, Collins. Pero puede ser una ventaja. —Sonrió y, en vez de apuntar al chico, apuntó con la flecha justo al corazón de la muchacha. Viéndolo de antemano, Zackary tomó a Zoey de las axilas y la corrió del camino antes de que la partiera en dos.

En menos de un segundo, otras tres flechas volaron hacia ellos como rayos. Zackary contuvo los nervios; estaban acorralados contra la reja del colegio y no tenía donde meter a su protegida para salvarla. Así que tomó una decisión desesperada: saltó a las rejas altas del puente con ella en brazos y la miró con un gesto de disculpa.

—¡Lo siento! —dijo y la lanzó al río que apenas se deslizaba en silencio.

Zoey chilló como una loca. El agua helada la cubrió por completo y solo tuvo tiempo de dar una bocanada de aire antes de sumergirse. No pudo evitar tragar líquido, pero luchó con el oleaje nocturno para salir a flote. Insultó a Zack en su mente por su estúpida idea, pero tuvo que admitir que había sido, dentro de todo, una buena estrategia. Ahora estaba fuera del alcance del atacante. En medio de la oscuridad, era difícil que consiguiera apuntarle y acertarle.

Apenas estuvo segura de que el agua no se la llevaría, buscó a Zackary con la mirada. Él saltaba por todo el puente y corría por las altas barandas, esquivando las flechas y tratando de acercarse al hombre. Era complicadísimo, porque el tipo era muy rápido; cargaba la ballesta a una velocidad impresionante. Pero, y era un buen punto para ellos, Zack era todavía más veloz y pronto se volvió una imagen borrosa que no pudo seguir.

Preocupada, entonces, por él, por las flechas y a la vez por el río, pues temía que su mala suerte empeorara allí, nadó hasta la orilla, del lado del colegio, donde había medio metro de tierra de altura desde el agua hasta la ribera. Una pequeña complicación. Una vez que llegó, tuvo que luchar para subir. Estaba muy alto y el río en esa época del año estaba muy crecido. Aunque sus pies tocaban el suelo en esa parte, el agua le llegaba por la cintura. Usó sus manos para impulsarse, pero la tierra se deshacía bajo ellas. Suspirando y titiritando de frío, siguió tratando.

En un momento de gloria, logró poner los antebrazos y el pecho sobre la tierra y clavar las botas llenas de agua en el lodo en la ribera. Trepó hasta terminar más embarrada y más sucia de lo que ya estaba por los sedimentos de la correntada.

Dejó caer su cuerpo sobre suelo firme y se quedó allí durante unos segundos para recomponerse, tratando de ignorar los gritos de la pelea de Zack y del tipo. Con solo eso ya estaba destruida. Tal vez resultaba que no era tan buena en deportes como creía.

Levantó la cabeza para ver qué tal estaba Zackary, una vez que recuperó un poco el aire y comenzaba a sentir el frío pegándose a su piel, justo cuando él se reía tranquilamente del hombre.

—¡Vamos, puedes hacer algo mejor que eso! —Lo instó el muchacho, trepado a las rejas del puente.

Aliviada solo un poco, Zoey se levantó despacio, mirando el oscuro bosque que tenía por delante. Primero sintió algo de miedo, pues se veía tétrico en la noche, pero al segundo, algo en su interior le recordó aquel sitio que la había llamado, como si hubiera escuchado su propio nombre siendo gritado por los árboles.

Zack le había dicho que no fuera, pero él estaba muy ocupado en

ese momento. El enemigo también estaba ocupado. *El problema era que Zoey había olvidado que había más de un enemigo.*

Se metió por entre los árboles juntos, como si hubiese olvidado todo tipo de lógica y conciencia, sorteando ramas caídas y troncos bajos. Mientras más se adentraba, más oscuro se volvía.

Avanzó diestro y directo por lo menos durante cinco minutos, sin saber cuánto se había alejado de Zack y del colegio. Ya no tenía miedo y eso facilitaba su andar. Simplemente no esperaba encontrarse nada allí, simplemente tenía la mente en blanco. Supo que se estaba acercando al sitio en cuestión porque una puntada extraña de placer se lo dijo y solo a eso ella le prestó atención.

De pronto, escuchó pasos a su espalda, despertándola de cualquier tipo de aletargo. Se volteó, asustadísima, solo para encontrarse el rostro estupefacto de Adam Smith a tres metros de ella. Él la reconoció de inmediato y se miraron a la cara, recelosos, durante unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con la voz fría e inexpresiva, como él solía hacerlo, pero por su expresión estaba claro que no le resbalaba ni un poquitito.

Zoey frunció el ceño.

—¿Qué haces *tú* aquí? —cuestionó. Él realmente había ido al bosque, al final. ¿Zack tendría razón? Tal vez solo había ido a fumar algo.

Adam la miró, serio, durante aproximadamente un minuto; un minuto en el que ninguno se movió. Entonces, dio un paso hacia ella.

Aquello activó su alarma. Pensando otra vez en las acusaciones de Zack y en que en verdad *sí* era extraño que Adam deambulara por el bosque a esa hora, se giró y se echó a correr. Sin embargo, para su infinita desgracia, él la siguió.

Se maldijo por no haberse quedado en la orilla del río. Ahora estaba lejos de su protector, siendo perseguida por su presunto asesino. Así terminaría ella también, claro. Rezó por no caerse con las ramas y raíces y, justo cuando lo pensaba, Adam tropezó y le dio un margen de ventaja superior.

Corrió con todas sus fuerzas y pronto lo dejó atrás. En seguida, ante sus ojos, como si hubiera emergido de la nada de entre los árboles, se encontró con un enorme edificio, alto y circular. Se notaba que era una construcción colonial, como otros del pueblo. Estaba viejo, descascarado; la pintura blanca y amarilla se despegaba.

En su corazón volvió la sensación placentera. Esa sensación que tiene uno *cuando llega a casa.*

Estaba muy segura de que aquel sitio era el que Zack le había prohibido y mirando a su pecho, al dije por debajo de la ropa, también estuvo segura de que este la había guiado. Algo pasaba en ese lugar, tanto así que no fue consciente del impulso que se anudó en su corazón: el impulso de entrar. Dio un paso hacia adelante cuando una persona desconocida apareció en su campo visual.

El hombre de cabello oscuro, de unos treinta años edad, salió del edificio con paso relajado, mirándola fijamente. Sabiendo que aquello se había ido de control, Zoey retrocedió con la intención de huir, pero Adam surgió por entre los árboles y no le quedó otra que detenerse. Estaba cercada.

—Una niña del colegio —sonrió el hombre—. ¿Qué haces fuera de la cama, linda?

Zoey no respondió. Sus ojos recorrían el bosque, sin dejar de vigilarlos para aprovechar el momento justo para escapar. El hombre la recorrió de arriba abajo con una mirada inquisitiva.

—Es extraño. Los niños no suelen llegar aquí *solos*. —Estrechó los ojos y Zoey tragó saliva—.Tú… tienes el dije. —Ella se quedó callada otra vez y él vio el miedo en sus ojos—. Sí… —Sonrió una vez más, encantado de la vida, con un placer en su voz que a Zoey le heló la sangre. Despacio y sin borrar su sonrisa, sacó un cuchillo largo y ancho de su espalda. Un machete filoso y fuerte.

Esa fue la segunda alarma en la noche que disparó su salida. Se echó a correr nuevamente, ignorando que Adam pudiera atraparla por atrás. No sabía por dónde iba, pero no prestó atención a los gritos de los dos hombres que iban tras ella y suplicó mentalmente que Zack apareciera a rescatarla. Si la atrapaban, iban a matarla.

Pero, a pesar de que antes había tenido algo de suerte escapando de Adam, esta vez todo falló: tropezó con una raíz que no había visto por la intensa oscuridad. En seguida, el cuchillo asesino se clavó en la tierra cerca de su cabeza. Gritó, aterrada, y gateó por el piso como pudo, rodando para esquivar las cuchilladas. El hombre la tomó de un pie y jaló de ella hacia atrás, girándola.

Zoey quedó boca arriba, viendo de primera mano cómo bajaba el metal filoso hacia su pecho. En vez de llorar y cerrar los ojos para evitar ver el momento, tuvo un arranque de valentía. Levantó el pie y pateó a su captor en la entrepierna. El tipo soltó el cuchillo y ella giró a tiempo lejos de su trayectoria: un milagro que luego no creería. De alguna forma lo había herido momentáneamente y se había salvado por los pelos, pero en ese momento alguien más la tomó de un brazo con una fuerza impresionante y Zoey chilló al ver a Adam tirando de su cuerpo.

¡Bien, todo eso era genial! Escapaba de uno para que la agarrara el otro. Pero Adam la sujetó de la cintura, la alzó y corrió por el bosque en una nueva dirección. Trató de golpearlo, mientras gritaba pidiendo ayuda. No se atrevió a decir el nombre de Zack, solo se limitó a pedir auxilio.

—¡No grites! —la amenazó Adam, de mal humor.

—¡OLVÍDALO! ¡Déjame ir!

—¡Scott! ¡Cierra la boca o va a encontrarnos!

—¿De qué hablas? —preguntó, de pronto, sin entender nada. Adam la soltó y ella cayó al suelo de boca al piso—. ¡OYE!

Él se apresuró a sujetarla del brazo; la ayudó a levantarse bruscamente.

—¡Escúchame bien! —casi le gritó—. Mira mi dedo —le ordenó, señalando una dirección en la bosque—. Corre y llegarás al colegio; no pares por nada, Scott. Una vez que entres en el colegio nadie podrá tocarte, ¿entiendes? No pueden entrar en el edificio, hay un escudo que le impide a cualquier persona con magia entrar a él.

Confundida y sorprendida, Zoey asintió, mirándolo como una tarada. Realmente él la estaba ayudando. ¿O no?

—¿Es en serio? ¿En el colegio qué?

—¡Claro que sí, boba! —La retó—. No hay tiempo para explicar. Ya no seas idiota, ¡y corre! ¿O quieres morir?

—¡No!

—¡Entonces corre!

Zoey asintió y, sin mirarlo como despedida, corrió en la dirección que le había indicado, preguntándose qué diablos estaba ocurriendo con ese chico. No sabía si era de los buenos o de los malos aún, pero no tenía otra. ¿Prefería quedarse sentada esperando los cuchillazos? No, para nada.

Y ya que lo veíamos así, él la había alejado del asesino en primer lugar.

Se tropezó otras veces, pero solo por mirar hacia atrás. Nadie iba tras ella y no podía escuchar ni pasos ni nada más que su respiración agitada. Justo cuando estaba pensando en si había valido la pena confiar en él, los árboles se abrieron para dejarla salir al aire fresco de la noche en los jardines del colegio. Adam tenía razón, había llegado.

Se trepó a la medianera, un pequeño esfuerzo más entre los que ya había realizado en toda la noche, y corrió hacia el edificio, recordando que no tenía forma de entrar sin Zack.

¿Dónde estaba él ahora?

Se giró hacia el puente, en su búsqueda, pero al llegar todo seguía intacto, como si allí no hubiera pasado nada. Zack no estaba; el tipo tampoco.

Tuvo miedo. *¿Dónde estaba?*

Corrió por los alrededores del colegio tratando de ubicarlo. Tal vez la pelea se había trasladado al pueblo.

Ahí sí que no podía hacer nada. No tenía forma de saber en qué sitio se encontraba y menos de alcanzarlo del otro lado del puente si es que por allí se hallaba. Volvió a las rejas y las miró con el ceño fruncido, convenciéndose de que era imposible para ella escalarlas. Mojada como estaba, solo quería regresar adentro y darse una buena ducha. Pero sin Zack…

Dio un paso atrás y su bota embarrada patinó con la baldosa de uno de los escalones. Se fue de culo al piso, rodando incluso por el suelo. Gimió y lloró, tratando de no hacer un espectáculo que llamara la atención. Apretó los dientes y cerró los ojos, conteniendo las lágrimas.

Entonces, unas manos grandes y rudas la alzaron del piso sin consideración alguna y a Zoey se le puso la piel de la gallina. El estómago se le contrajo siquiera antes de abrir los ojos. No sabía cuál de los malos la había atrapado, pero daba igual: estaba en problemas.

El tipo la paró, la apretó contra su pecho y puso una navaja corta en su cuello blanco.

—¡SAL DE AHÍ, COLLINS! ¡O mato a tu chica! —Entonces se trataba del rubio con las flechas.

Gimiendo de dolor, abrió los ojos solo para ver a Zack salir del bosque, con una expresión mortífera.

—Suéltala —gruño él, brincando como si nada por encima de la medianera.

—Dame el dije y lo haré —masculló el tipo, clavando la punta del cuchillo en la piel de Zoey.

Ya había pensado ella que el tipo no era muy inteligente. Ni siquiera en ese momento era capaz de dilucidar no solo que Zack no tenía más el dije, sino que la portadora era ella. ¿Pero eso valía en ese momento? La verdad es que no. La navaja podía rebanarla de igual modo y sentía muy bien el dolor en esa punta contra su piel.

A Zack le cambió la expresión cuando la vio quejarse.

—Bien —respondió de mala gana. Caminó despacio hasta el hombre, que se retiró hacia atrás.

—¡Ningún truco, muchacho, o realmente le cortaré la garganta!

Él alzó amabas manos para demostrarle que se rendía, lo que pareció convencer al enemigo. Sin más, siguió avanzando hacia ellos

y, de pronto, cuando estuvo cerca, metió una mano en la parte trasera de sus pantalones y sacó una de las propias flechas del hombre. Saltó dos metros y con una puntería exacta, clavó la madera en medio de su frente.

Zoey chilló cuando el cuchillo se deslizó por su cuello sin hacerle daño. El hombre cayó a su lado con un golpe seco y ella perdió todo el equilibrio sin nadie que la sostuviera.

—¡Zoey!

Zack se apresuró a tenderle los brazos y ella se quejó.

—Me caí —le explicó, trastabillando para alejarse del cadáver. No quería ver a un muerto otra vez, no quería ver la sangre—. Muchas veces… Siento que me rompí algo —balbuceó, concentrándose en sus ojos.

Él le limpió las lágrimas de la cara.

—Ya está, tranquila, te llevaré al cuarto. Vamos.

—¿Ya no vamos a huir?

—Este está muerto, así que no por ahora —respondió el chico, alzándola en sus brazos con cuidado.

—¿Qué harás con él? —preguntó ella, mientras se marchaban directo a la habitación.

—En cuanto te deje segura en la cama, me lo llevaré de aquí.

Fácilmente, él saltó los tres pisos, abrió la ventana con una sola mano y se metió dentro. Apenas la dejó en el suelo, Zoey se quitó la campera llena de lodo, las botas y las medias mojadas.

—Parece que te diste una corrida por el bosque —dijo él, serio todavía después de lo que había hecho hacía dos minutos. Su mirada estaba algo turbia, pero ella no fue capaz de compadecerse por su malestar en ese momento. Estaba demasiado cansada y destruida como para preocuparse por más que sí misma. Se frotó la espalda, haciendo caras por el dolor.

—Nada divertido. Me encontré a Adam…

Zack la interrumpió.

—¿Qué? ¿Estaba en el bosque?

—Y a otro tipo. Ese quiso matarme y… ¡Adam me salvo! Oh, Dios… creo que moriré —gimió tirando de su pijama empapado. Estaba tan sucia que tardaría horas en sacarse todo eso. Rengueando, fue hasta el baño. Necesitaba ya mismo una ducha caliente. Él, confundido y a la vez molesto, la siguió.

—¿Dices que Adam te salvó? —repitió con cinismo.

—¡Sí! Creí que estaba con el otro hombre, pero impidió que me

abriera a la mitad con su gran cuchillo.

Abrió la ducha mientras él se quedaba cabizbajo, pensando.

—No tiene sentido.

—Nada para ti tiene sentido.

Zack levantó la cabeza y la miró con los ojos estrechos.

—Iré por el cuerpo. No salgas de aquí.

Zoey asintió, sacándose la parte de arriba del pijama.

—Vuelve pronto, por favor —rogó, temerosa de que el otro tipo volviera por ella. Aún con lo que Adam le había dicho, no podía confiarse de nada. Zack asintió e hizo un gesto despreocupado y la dejó con la duda sobre comentarle la información que había obtenido. Quizás era mejor guardárselo hasta que estuviera limpia.

—Pondré un conjuro alrededor del cuarto, nadie más que yo podrá entrar. No sé cuánto dura exactamente, pero servirá por un rato.

Y sin decir nada más, se dio la media vuelta y saltó por la ventana.

Llena de dolor por el último golpe, y con esfuerzo, ella terminó de desvestirse. Cerró la puerta y se metió de lleno en la ducha caliente, todavía pensando qué diablos pasaba con Adam Smith, pero muy convencida de que malo no era.

Capítulo 9

Tardó tanto en bañarse que Zack regresó antes de que saliera del agua. Así, él abrió la puerta de un golpe y sorprendió a la chica envolviéndose con cuidado en la toalla.

Ella pegó un gritito ahogado y luego descargó su furia con él.

—¿Qué tan lejos fuiste en el bosque? —preguntó Zack seriamente, ignorando que ella estuviera casi desnuda.

Zoey abrió la boca para hablar, pero la cerró. No había tenido mucho tiempo de pensar en lo que había pasado.

—No mucho. Solo me crucé a Adam.

Zack alzó ambas cejas.

—Claro, Adam te salvó —dijo, desconfiado.

Ella alcanzó la bata del perchero, apresurada por taparse. Él parecía bastante serio en ese momento, pero en esos pocos días había conocido esa personalidad *ciclotímica* que tenía. Persona muerta normal en un momento, persona muerta desubicada en el otro. No quería que él se lanzara contra ella con comentarios indecentes al verla en paños menores.

—Sí, Adam me salvó. ¿Eso no lo hace enemigo, verdad? Así que deja de verlo de esa forma.

Zack frunció aún más el ceño.

—¿Forma? ¿De qué forma? —se quejó.

—¡Como si lo acusaras! —Zoey lo señaló con el dedo, antes de

pasar por debajo de su brazo para ir al cuarto—. Crees que él fue el culpable de tu muerte. Es decir, si lo fuera, yo no estaría aquí. Si quisiera el dije lo hubiera intuido cuando el otro tipo quiso rebanarme.

—¡No puedes pensar que es un santo ángel solo porque te indicó el camino! Los malos pueden hacer cualquier cosa para hacerte confiar, ¿lo entiendes?

Ella se volteó a verlo. Otra vez estaba ahí con lo mismo. ¿Qué sentido tenía que él la hubiera salvado para matarla luego? Ninguno.

—¡Por favor, Zack! Piensa un poco, no importa qué clase de problema hayas tenido con Adam…

—Yo no tuve problemas con él —gruñó el muchacho, parado en la entrada del baño—, él tuvo problemas conmigo, por eso me preparó esa sorpresita en el sótano.

—Adam no es más que un adolescente.

—¡Los adolescentes también pueden matar, niña ingenua! Yo trato de salvarte la vida, por si no lo recuerdas. ¡No confió en él y deberías hacer lo que yo te digo!

—No eres mi padre —masculló ella, molesta.

—No me interesa. ¡No te acerques a Adam!

Zoey rechinó los dientes.

—¡No me dirás qué hacer!

—¿Olvidas que hoy te salvé la vida *de nuevo*? —gritó Zack, cerrando la puerta del baño detrás de él—. Si no fuera por mí ya estarías descuartizada en cualquier sitio.

—¡Bien, te lo agradezco! ¡Pero no por eso vamos a pretender que todo es perfecto!

Se miraron con ira durante dos segundos, antes de que él se volteara, enfadado, y ella se sentara en la cama, igual de ofuscada.

Molesta por lo cabeza hueca que era, se levantó y se puso un pantalón y una camiseta por debajo de la bata y se metió entre las sábanas. Él se quedó parado de espaldas por largos minutos, hasta que ella, cansada por el terrible embrollo en el que él la había metido, se sentó y le exigió que apagara la luz.

Zack giró apenas la cabeza, con una mirada de profundo odio, antes de caminar hasta la tecla de la luz. Todo quedó en silencio, y a pesar de que estaba muy enojada, Zoey estaba golpeada y cansada, por lo que se durmió a los cinco minutos, encontrando al fin la paz que necesitaba.

Las clases estaban divinas sin la mitad de los alumnos del colegio. Se habían marchado y los profesores no podían avanzar con los temarios si solo tenían diez niños por aula. Para Zoey eso hacía las cosas más fáciles.

Había mucho que superar por esos días. La muerte de Zack tenía asustados y tristes a varios chicos, lo que provocaba silencios duraderos en los pasillos, corredores e incluso en el almuerzo.

Se sabía que la directora afrontaba conflictos con la policía, los padres y organizaciones estudiantiles que insistían en que lo mejor era vaciar el colegio en su totalidad. Pero luego de las primeras investigaciones, la policía misma anunció que no era necesario cerrar la institución. Lo de Zack parecía solo un accidente y hasta que no se tuvieran pruebas de lo contrario, no había por qué tomar medidas más exageradas. Por lo inmediato se había comenzado y ahora las cerraduras del sótano eran más complejas que antes.

Pero Zoey era la única que sabía que todo aquello en realidad era diferente y lo peor era que no había nada que pudiera hacer para cambiarlo. Solo le restaba fingir que todo era normal.

Otra cosa rescatable en esa situación era que la fila para la comida seguía siendo corta y había más para elegir. Tenía más tiempo libre también, por lo que andaba de aquí para allá con la mochila solo ocupada por el conejo blanco, con el que no hablaba demasiado.

Ese día, como tampoco tenía ganas de escuchar su voz o sus quejas en voz baja, Zoey cerró la mochila del todo y bajó los escalones del primer piso hacia el comedor.

No había llegado a la fila para el almuerzo cuando un chico le cortó el paso. Zoey miró confundida a Adam Smith, que tenía los fríos ojos clavados en los de ella.

—Scott —saludó, a su manera.

—Ah, hola —Zoey retrocedió un paso—, Smith.

—Debo hablar contigo

Zoey miró de reojo su mochila, muy rápido para que Adam no lo notara, e hizo una gran mueca. A Zack aquello no iba a gustarle.

—Es que iba por mi almuerzo.

—Es un segundo. —Sin esperar nada más, Adam la tomó del brazo y la llevó al extremo más lejano del comedor. En cuanto la soltó, Zoey se frotó la muñeca; sí que tenía agarre fuerte. Él ignoró lo que hacía, como si no fuera consciente de la fuerza bruta que tenían sus manos —. ¿Qué pasa? —gimió.

Adam se cruzó de brazos.

—No sé qué diablos hacías en el bosque, pero no debes volver,

Scott. Ni se te ocurra regresar —gruñó.

Zoey frunció el ceño. ¿Ahora no sabía? Una alarma se encendió en su cabeza. Él había hablado de escudos y magia esa noche, y el tipo del cuchillo del dije mismo. No tenía sentido que se hiciera el tonto en ese momento.

—¿Por qué? —susurró, alerta.

—No seas estúpida, ¿no viste lo que pasó? Casi te parte la cabeza en dos. Simplemente, hazme caso y aléjate. ¡Mejor! —La señaló con un dedo—, no salgas de la escuela. Ya te dije que aquí nadie puede tocarte.

—Bien —contestó ella, cruzándose de brazos a la vez—. No entiendo nada de lo que dices. ¿Por qué en la escuela no podrían hacerme daño…?

Adam parpadeó y relajó un poco los hombros.

—Es un poco complicado de explicar. Pero ya viste lo que sucede fuera. Hasta la medianera no pueden pasar.

—La verdad es que sería más sencillo si lo explicaras.

Esta vez, él ignoró su insistencia.

—Tú encontraste el cuerpo de Zackary —dijo, sin mirarla a la cara. La mochila de Zoey se agitó, pero el chico no pudo verlo—. ¿Sabes algo de él?

Ella lo miró con la boca abierta por unos segundos. Estaba imaginando qué era lo que él se preguntaba. No había visto al Zack muerto en vivo y en directo, pero sospechaba. Sin embargo, el punto era que ella no tenía *por qué* saber algo. Nadie podía imaginar que Zack tenía un cuerpo y que pasaba los días y las noches con ella en el mismo cuarto.

—Ah… no. Lo que saben todos.

Adam levantó la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó con elocuencia.

Zoey apretó la mandíbula.

—Claro que sí, lo único que sé es que él está muerto —recalcó—. Y que al parecer quedó claro que fue un accidente.

Adam asintió rápidamente.

—Sí, es cierto. —Miró a su alrededor, como temiendo que alguien lo hubiese escuchado—. Tengo que irme. —Y sin más, pasó junto a ella para salir del comedor rápidamente.

Zoey lo siguió con la mirada, mientras su mochila volvía a agitarse. Zack, insultando al aire, intentaba correr el cierre para asomar la cabeza.

Aquella pregunta los había dejado pensado de más. Si sus sospechas iban a que Collins seguía moviéndose, podrían tener problemas. Pero para Zoey era más serio, Adam compartía la opinión de Zack con respecto al bosque, pero no había mencionado ni el dije ni el edificio.

Allí estaba pasando algo raro y ellos dos estaban tonteando.

Caminó de vuelta a la habitación, antes de que Zack se escapara. Apretó los dientes y se sacó la mochila de la espalda para apretarla con las manos y contenerlo.

—¡Te dije que no hablaras con él! ¿No lo ves? ¡Él sabe algo de mí y todavía así lo seguiste! —despotricó el conejo, saliendo de su mochila en cuanto llegaron al cuarto.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que saliera corriendo y lo dejara con la palabra en la boca? —contestó, cansada de esa actitud.

—¡Pues sí! —soltó él, recuperando su forma humana—. ¡Hubiera sido lo más sensato! ¿Qué diablos hacia Adam en el bosque, eh?

—¡Y yo qué sé, Zack! Yo sé qué es lo que te alarma de todo esto, lo entiendo. Hay algo raro, pero me salvó de aquel tipo. —Se sentó en la cama y lo miró con un gesto que denotaba agotamiento—. Él también dice cosas sobre el bosque y ninguno me explica nada. ¿Qué se traen, eh? ¿Sabes tú qué es eso de que el colegio es seguro? ¿De que no pueden pasar por encima de la medianera?

—¿El colegio seguro? —dijo el chico, avanzando hasta ella—. ¿Te dijo eso en el bosque, no? —Apretó los labios—. No, no sé a qué se refiere. ¡Será algún chiste suyo, no lo sé! Él sabe mucho más de lo que yo creí que sabía y tú no puedes confiar en nadie, Zoey. Eso del colegio debe ser un chiste. Adam puede matarte todavía como me asesinó a mí.

—¡No creo que haya sido él! —despotricó Zoey, poniendo los ojos en blanco—. Creo que estás llevando esto a un extremo y estás viendo asesinos donde no los hay. ¡Como si el mundo estuviera en tu contra! ¿Y qué hay del bosque, eh? ¿Por qué no eres sincero conmigo?

—El mundo está en mi contra —replicó Zack, apretando los puños, mientras la miraba fieramente, ignorando la última frase—. Todo el mundo está en *tu* contra. Mientras tengas el dije el mundo te perseguirá. ¡Yo ya estoy muerto! No me interesa lo que el mundo tenga para decir.

La chica avanzó un paso hasta él, quedaron solo a centímetros y ella negó lentamente.

—Pues si no te interesa, deja a Adam en paz con esas acusaciones; son demasiado graves. Él me salvó la vida y no tienes pruebas contra él. Sí, es raro y también me preocupa, pero tienes que ser consciente de que acusar a alguien de eso es terrible.

—*Adam es mi asesino* —gruñó él, con los ojos entrecerrados—. Él no es el mundo, él es simplemente la persona que me arrancó la vida.

—Entonces esto es solo por venganza. —Zoey se alejó y Zack apretó más lo puños, como si estuviera reteniendo las ganas de romper algo.

—Cuando alguien te mate, ven a decirme si no quieres justicia. —Y le dio la espalda, para no hablarle más en el resto del día.

Zoey lo miró con ira mientras volvía a tomar su mochila. Salió del cuarto, dejándolo solo, importándole un comino que tuviera que andar sin él por su protección. Después de todo, Adam podría no estar mintiendo.

Tardes después de silencio, una de esas tardes cada vez más frías, tomó una decisión que podría costarle varias cosas. Una de ellas era la vida, pero Zackary seguía esquivando sus preguntas. Más bien, la ignoraba de una forma tan olímpica que ella comenzaba a sentirse más herida que enojada.

¿Por qué no confiaba en ella? Sabía que ese lugar en el bosque era ese edificio extraño, pero se negaba a aclararle hasta lo más básico.

No iba a obtener respuestas así, estaba claro, por lo que quedaba en ella conseguir alguna pista que la orientara. Estaba caminando sobre nubes y no podía seguir así, arriesgando su vida sin entender todas las aristas de ese problema.

Si era acechada, si todo era mentira, si realmente el dije era tan peligroso… Miles eran las preguntas.

Si así era, si el dije ponía en riesgo la vida, ¿cómo diablos había surgido un objeto como ese? ¿Por qué tanto interés en mantenerla alejada de ese edificio? ¿Es que acaso había un secreto que no podía caer en sus manos? Zackary abría la boca, con todo lo enojado que estaba, pero ella tenía el dije ahora y se merecía saber la verdad.

Ahorrando valor, atravesó los jardines del colegio, casi tropezando. No quería que nadie la viera entrar al bosque en pleno día, menos Zack, pues la ventana de su cuarto daba al lugar a donde ella estaba entrando. Trepó la medianera, cada vez más diestra, y pasó al otro lado.

Rezó para que la suerte estuviera de su lado, porque estaba arriesgando su vida por saber algo que nadie quería decirle. Pero sí tenía seguro que de seguir de esa manera, pasando los días entre peleas y silencio, las cosas iban a empeorar. No podía quedarse quieta aguardando que la muerte llegara como si nada. En ese mismo instante, al menos intentaba no pensar en la estupidez que estaba haciendo y en que podía hundirse en un pozo de portadores muertos a lo largo de la historia.

El punto es que necesitaba entender esa realidad para seguir

adelante. Debía conocer su posible futuro sin que la trataran de idiota.

Zack también estaba siendo egoísta, después de todo. Ni siquiera proponía acompañarla a las clases para cuidarla. Aun con lo dicho por Adam, no deberían tomárselo tan al pie de la letra. Él prefería pelear antes que cuidarla.

«Tonto».

Y ella prefería huir al bosque antes que seguir peleando.

«Tú también eres tonta, Zoey», se dijo, con una mueca. Pero no estaba tan insegura. Llevaba una navaja y un gas pimienta en el bolsillo de la falda. Si ese tipo aparecía, le iba a dar bien en la cara y otra patada en las pelotas.

Caminó por el bosque, ya completamente centrada en descargar su frustración con él. Siempre Zackary le había parecido un chico genial, increíble, perfecto e inalcanzable. Ahora que tenía la oportunidad de conocerlo, se daba cuenta de que solo era un niño más de diecisiete años con ñoñerías típicas de su edad.

«Tonto, idiota. ¡Tonto!».

No tenía idea de dónde estaba el templo, en realidad, ni qué tan lejos estaba, pero solo avanzó esperando sentir aquella cosa extraña en su pecho que la guiaba. El dije le diría a dónde ir, estaba casi segura.

Sin embargo, después de haber caminado hasta un punto en el que no veía nada más que verde y marrón, se estancó. Se quedó parada en medio de los árboles, mirando a su alrededor, hasta que reconoció el sitio donde había hecho el conjuro con Zack.

¡No estaba tan lejos, eh!

Dio un paso más hacia la espesura, probando. Recordaba muy bien que ya estando en ese lugar, el dije le había dicho que tenía que seguir. La respuesta fue automática: sintió esa necesidad de moverse. Volvió a correr, prestando atención a su pecho y a las órdenes silenciosas que el collar le daba, hasta que al fin ante ella apareció el magnífico edificio color blanco.

Se detuvo en la entrada, pensando que tal vez ese sería el momento en donde tendría que utilizar el gas. Lo sacó del bolsillo y lo apretó en la mano, contra la manga del suéter. Pero, así como pudo comprobar, no había nadie allí.

El lugar tenía dos arcos a modo de puertas. Eran tan amplias que se podía ver el bosque del otro lado a través de ellas. Muy consciente de que algo podía pasar al entrar, subió los tres escalones blancos hasta el interior. Se sorprendió con las altas paredes que formaban un techo circular, repletas de símbolos tallados en los mismos ladrillos.

Jamás había visto letras como esas. No parecía siquiera griego, que

eran un idioma muy antiguo. No había, tampoco, un solo lugar en la pared en la que faltara una inscripción. Caminó hasta la pared y pasó los dedos por las viejas letras. De alguna forma, tocándolas creía que iba a entender mejor.

«Esto es estúpido», pensó. «No obtendré nada». Lo único que sabía era que al dije le gustaba estar allí tanto como a ella le gustaba Zackary Collins.

Suspiró, dando vueltas en círculos. ¿*Qué era ese lugar*? Había *algo* allí, si no, no estarían tan empecinados en alejarla. Tal vez tendría algo que ver con las inscripciones.

Con la otra mano sacó su celular, un modelo viejo con una cámara de pésima calidad. Apretó los labios cuando trató de enfocar. Las fotos que logró antes de quedarse sin lugar en la memoria no fueron claras ni bonitas, pero podía distinguir las formas básicas.

Al terminar, decidió que ya había tentado demasiado a la suerte y salió del edificio, con la idea de volver al colegio lo más pronto posible.

Recorrió el bosque por largo rato, sorprendiéndose de su buena orientación y logró regresar. Cruzó los jardines tan rápido como pudo y entró a la escuela por la puerta trasera, que usaba el conserje para salir a hacer sus quehaceres.

Con el teléfono en la mano, subió el tramo de escaleras hasta el primer piso, hacia la deshabitada biblioteca. Estaba segura de que allí debía de haber algo, pues la misma era enorme y contenía libros muy viejos. La encargada pasaba casi todo su tiempo reclinada en su silla durmiendo y no le molestaba que los alumnos entraran a toquetear.

Correteó por los pasillos, entre las estanterías de madera repletas de libros. Buscó principalmente alguno que hablara sobre lenguas antiguas, o poco conocidas, y pasó un buen rato subida a la escalerita sacando tomos que parecían ser los indicados. Juntó algunos que leer en el momento y se sentó en una mesita bien apartada de la bibliotecaria, pero la búsqueda fue inútil.

Después de copiar de las fotografías a un papel las letras con una pluma de tinta y de leer todos los sumarios de los libros, se estiró desganada en la silla y miró ausentemente por la ventana que daba al río y al pueblo.

No podía ser que ningún libro hablara sobre ese idioma. ¡Alguien debía conocerlo!

Frunciendo el ceño, volvió a releer los libros, pasando las hojas por las dudas de que se hubiera olvidado de mirar algo. Pero nada. Parecía que ese idioma era desconocido, por lo menos para esos autores.

Saltó de la mesa, juntó los libros con las manos, los dejó en su lugar

y fue hasta el rincón apartado de la biblioteca donde tenían varias computadoras disponibles para la investigación en clase. Si no había nada en una biblioteca, en internet seguramente encontraría las respuestas.

Aquello, en realidad, fue aún más difícil, porque por más que pusiera: «*Idiomas antiguos poco conocidos*» en Google, solo saltaban opciones de lenguas muertas como el Latín, el Íbero, el Griego antiguo y el Picto. Ningún ejemplo se parecía a las escrituras del templo y ella sabía muy bien que ese lugar tenía por lo menos doscientos años.

¿Sería acaso un idioma de unos pocos, así como algún código?

Zoey soltó el *mouse*, mordiéndose el labio inferior. Podría ser, claro. Todo podía ser, pero como no le quedaban otras pistas decidió contar con esa como la única vigente.

Tendría que relacionar de otro modo las cosas, pues el edificio estaba, obviamente, fuera de los terrenos del colegio. Ese amplio bosque era propiedad del municipio. Entonces, por deducción, el templo y sus escrituras tenían alguna relación con el pueblo. Los que lo habían construido podrían haber sido exactamente los mismos que habían llegado de Europa para asentar las bases de la ciudad que conocían. Incluso, podían haber sido los mismos que habían construido el colegio donde ella estaba ahora.

Pero al fin y al cabo, en el colegio no había información, así que debía buscarla en otro lado. Se volteó hacia las ventanas. La biblioteca del pueblo era aún más vieja que la del colegio y, seguramente, *allí debía de haber algo.*

Capítulo 10

Cuando Zoey salió del cuarto con su mochila al hombro, Zack apenas si le dirigió una mirada furibunda. Ambos pares de ojos, enfurecidos, se cruzaron durante segundos, justo antes de que ella cerrara la puerta de un portazo. La única razón por la que se sentía segura saliendo así sin él era por el bendito escudo que Zack empleaba cuando no la seguía.

Y eso no quería decir que no siguiera enfadada con él.

No se habían hablado nada en esos dos días y parecía que ninguno iba a dar el brazo a torcer. Ella nunca imaginó que el chico pudiera ser tan terco, pero no iba a hacerle caso a sus caprichos y acusaciones.

Era hora de ocuparse de otros asuntos. Había quedado con sus padres para un almuerzo de despedida. Tenía que enfocarse en ellos y en dejarlos tranquilos de una vez por todas. Su madre tenía fama de ser histérica de corazón y a Zoey le quedaba apelar a la lógica de su padre.

Puso los ojos en blanco cuando los vio en la rotonda del colegio. Justamente, su mamá estaba casi brincando en su lugar, como si quisiera secuestrar a su hija y abandonar el país.

Papá Scott, en cambio sonreía suavemente, como si no se diera cuenta de lo insoportable que se estaba poniendo su mujer.

—Mamá, ¿quieres calmarte? —preguntó, deteniéndose frente a ellos—. La gente pensará que tengo una familia extraña.

—¿Y eso es lo único que te preocupa? —exclamó la señora Scott,

lanzándose sobre ella y besándole la cabeza un sinfín de veces—. ¡Creí que jamás volvería a verte!

—Oh, por Dios…

—Hija, tienes que entender que hemos estado preocupados.

Zoey apartó a su madre de un manotazo y se dirigió a su padre con seriedad.

—Punto número uno. Lo de Zack fue un accidente. No soy tan estúpida como para ir a jugar al lado de una maquina vieja, y menos después de todo esto. Punto número dos, lo de la flecha en el bus fue raro, pero algo de uno en un millón. ¿Qué creen? ¿Qué hay un loco asechando al colegio?

—¡SI! —gritó la señora Scott—. ¿Cómo es que no entiendes eso?

Zoey prefirió callarse la boca y poner los ojos en blanco. Su padre la imitó.

Bueno, tal vez sí había un loco asechando a los alumnos, pero su madre no tenía forma de saber, ¿o sí? La miró a la cara y estudió su expresión convulsionada.

«Nah».

Se subió al auto y siguió con los labios apretados hasta que se detuvieron en el restaurante de mejor fama.

El pequeño pueblito tenía su turismo. Había una gran catedral a la que muchos peregrinos concurrían en fiestas cristianas, lo que le proporcionaba a la ciudad una gran entrada de dinero. Había pequeños restaurantes en las esquinas y estaba repleto tiendas de santería. Los fines de semana la plaza principal se llenaba de puestos ambulantes que vendían manualidades a los visitantes.

Sin embargo, en día de semana, la actividad disminuía mucho. Zoey se sentó en la mesa junto a la ventana, mientras sus padres se sentaban del otro lado, frente a ella. Pidieron las bebidas y algo de entrada, y antes de que la comida llegara, el señor Scott suspiró.

—Todo ha estado tranquilo.

—Sí, casi no hemos tenido clase —respondió Zoey con soltura.

—¿Con todo lo que pagamos? —chilló su madre.

—Se normalizará —dijo su padre con ese tono amable que lo caracterizaba.

—Sí, y por eso quiero quedarme —replicó ella.

—Hija, no solo te han puesto en la horrible situación del accidente con ese chico, ¡sino que casi pierdes la cabeza! —chilló su madre, conteniendo un poco la voz—. ¿Sabes que en una semana tendrás que ir a declarar? ¡Eres la que encontró el cuerpo! ¡Accidente o no te han

puesto en una situación difícil! ¿No sería mejor ir a otra escuela? ¿Una más cerca de casa?

Zoey tragó saliva. Oh, no, no lo sabía hasta ese momento. Y no, eso sin duda no sería mejor.

—Ya sé que encontré el cuerpo, no lo olvido —contestó, recalcando las palabras—. Eso también fue una situación de la vida, mamá. Nadie tiene la culpa.

—¡Yo sabía que enviarte a estudiar tan lejos sería malo para ti! —lloriqueó la mujer y su padre suspiró lentamente.

—Quedamos en que una educación privada la formaría mejor para una universidad, querida.

—¡Pero no puedo cuidarla de esta manera!

—Mamá, nunca salgo de la escuela. ¡Por favor!

—Y ahora menos —terció la señora Scott—. ¡No firmaré nuevamente el permiso de salidas mensuales!

En ese momento, Zoey dejó caer la mandíbula y se preparó para hacer un berrinche.

—¿Qué? —despotricó—. ¡No hablarás en serio!

Ese permiso era su única ilusión. Solo los mayores de dieciséis años podía salir una vez al mes al cine del pueblito o a los museos históricos. ¡Y había esperado tanto para tener la edad!

—¡Sí! Quién sabe que pueda pasarte.

—¡Eres totalmente injusta! ¿Y qué si quiero ir a la biblioteca, eh? ¡Lo de Zack fue un accidente, mamá!

—Tienes la biblioteca del colegio.

Zoey puso los ojos en blanco y señaló hacia la ventana.

—Necito cosas que están en la del pueblo, ¡y lo de Zack fue un accidente!

—¡No voy a discutir al respecto! —siguió su madre y el señor Scott suspiró derrotado.

Zoey sabía que así no llegarían a ningún lado y que tampoco valía hacer una escena en el restaurante.

—Bien, genial, de acuerdo —murmuró. Lo mejor iba a ser esperar unos días hasta que ella se diera cuenta de que era idiota—. Entonces ahora llévenme a la biblioteca y déjenme en paz allí por un rato.

—No actúes como si estuviera loca.

—No, claro que no. Solo actuó como si estuvieras demente. Estás exagerando.

—No, ¡casi mueres!

—Todos casi morimos alguna vez —contraatacó la chica—, solo que a veces no nos damos cuenta.

Convencer a sus padres para que la dejaran en la biblioteca, sola, fue más difícil que insistir sobre su permanencia en el colegio. Quedaron en que ellos se irían y que regresarían la semana entrante para acompañarla a declarar por el hallazgo del cuerpo de Zack. Eso era mejor que nada, así que Zoey asintió sin chistar, antes de escabullirse por las viejas puertas de la biblioteca del pueblo.

Todo allí era demasiado viejo, incluso el bibliotecario. Se trataba de un ancianito delgado, de espeso cabello blanco y cara escuálida. Caminaba muy despacio y las manos le temblaban cuando acomodaba los libros.

Zoey observó, arqueando una ceja, al hombre sacar un libro de un estante y, en lo que pareció siglos después, ponerlo en otro. Allí nadie desacomodaba los libros. Parecía que, en realidad, nadie había atravesado la puerta en años.

El viejito tardó en percatarse de la presencia de la niña parada en la puerta. La miró a través de sus anteojos algo sorprendido.

—Bienvenida, señorita —dijo con voz suave—. ¿En qué puedo ayudarla?

Zoey decidió que era mejor pedirle ayuda sobre lo que buscaba al viejito, antes de perderse y desacomodarle todos los libros.

—Hola, busco libros sobre idiomas antiguos.

El viejito comenzó a bajar la escalera sobre la que estaba parado.

—¿Que tan antiguos? —preguntó.

—En realidad, no lo sé. Supongo que viejo como el latín o el griego antiguo. También quería libros sobre la historia del pueblo, si es que tiene algo.

El hombre sonrió súbitamente.

—Es la primera vez que me piden eso en treinta años. —Parecía emocionado. Se dio la vuelta y se perdió entre las estanterías y pilas de tomos en el suelo.

Zoey continuó parada cerca de la puerta, mirando el viejo edificio. No era tan grande como la biblioteca del colegio, pero tenía tantos que parecía más abarrotada de lo que estaba. El viejito reapareció minutos después con cuatro ejemplares sobre sus manos.

—Por aquí —le dijo, señalándole unas mesas apartadas junto a unas ventanas—. Aquí hay: «*Lenguajes de la humanidad*», «*Idiomas perdidos*», «*El latín y sus contemporáneos*» —nombró—. Y aquí, la

biografía del pueblo, escrita por uno de nuestros residentes. —Y le tendió un tomo nuevo y pequeño.

—Gracias. —Zoey tomó los cuatro libros y se sentó en una de las sillas de madera, que chirriaba con su peso. El viejito anunció que le buscaría más opciones y se giró, blandiendo un dedo y hablando sobre un libro viejo que había visto por ahí hacía tres años.

Con una sonrisa tirando de sus labios, ella abrió la primera opción, pero solo encontró más de lo mismo. Sentía una leve esperanza conforme a «*Idiomas perdidos»,* pero terminó comprobando que el idioma que ella buscaba no parecía existir. Revisó «*El latín y sus contemporáneos»*, pasando las hojas con rapidez y, al ver imágenes de palabras talladas en piedra, sacó de su bolsillo el papel con las letras que había copiado. No se parecían. Desanimada, cerró el libro.

El bibliotecario apareció en ese momento con otra tanda para ofrecerle y sus ojos azules llenos de cataratas se fijaron en el papel.

—¿Buscas estas letras? —preguntó, dejando los libros sobre la mesa.

Zoey se mordió el labio inferior, pero asintió despacio.

—Yo creo… —El hombre se llevó un dedo a la frente rugosa—. Sí… Tendré que buscarlo… pero sí.

—¿Qué cosa? —inquirió ella, casi saltando en su silla.

—Espérame aquí —puntualizó el anciano, como temiendo que se fuera antes de que él volviera.

Zoey esperó hasta que estuvo a punto de dormirse bajo el rayo tibio del sol que entraba por la ventana. El anciano le tocó el hombro y llamó su atención.

—¿Sí? —dijo, sobresaltada. El viejo la miraba expectante con un librito pequeño y tan viejo que parecía deshacerse en sus manos.

—Lamento la tardanza —se disculpó el hombre, acomodándose los anteojos—, pero este libro es tan viejo que nadie jamás lo ha pedido. Además, nadie sabe lo que dice. —Se lo tendió, despacio—. Me parece… —dijo con elocuencia—, que este es el correcto.

Ella lo miró confundida. Si nadie entendía lo que decía, ¿cómo podía ser el correcto? Pero lo comprendió en cuanto lo abrió:

Estaba escrito a mano y las hojas eran gruesas. Estaba segura de que era pergamino, que la tinta era vegetal y que las frases habían sido plasmadas con una pluma de buena calidad. Estaba escrito todo con ese mismo idioma extraño que ella había anotado en su mano, pero aquel pequeño libro parecía ser más viejo que el edificio en el bosque.

No decía nada que pudiera entender, pero era un descubrimiento

genial. El anciano observó su mirada sorprendida con verdadero placer, el placer de haberle dado a su cliente lo que buscaba.

—Este libro ha estado aquí desde siempre —explicó—. Tengo noventa y cuatro años y trabajo aquí desde los once, junto con mi abuelito. Cuando él era el bibliotecario, este libro ya estaba aquí.

Zoey pasó las hojas con cuidado.

—Es increíble —susurró.

—Quédatelo —dijo él con una sonrisa.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué cosa?

—Que te lo quedes. Eres la primera persona en más de cien años que viene por él. Debes necesitarlo.

Zoey lo sostuvo como si se tratara de un recién nacido, sin poder creer que alguien le obsequiara una reliquia como esa. Debía valer muchísimo, pues era una verdadera obra histórica; las ornamentaciones de las páginas eran precisas y hermosas. Algunas de ellas estaban todas escritas y otras tenían extraños dibujos que no podía descifrar tampoco.

—¿De verdad? —preguntó con un hilo de voz.

—Claro que sí, llévalo. Si necesitas algo más, no dudes en volver.

La chica se paró de un salto y le estrechó rápidamente la mano al bibliotecario.

—¡Gracias! ¡De verdad!

El viejito estaba encantado.

—De nada, jovencita. Espero verte pronto por aquí, quizás hasta puedas decirme qué tan interesante es ese libro. —Y lo señaló con un movimiento de cabeza.

Bueno, ese ancianito *sí* que le caía bien.

Entró a su cuarto, en donde Zack estaba todavía sentando en la esquina más apartada, dándole la espalda; solo esta vez tenía forma humana. No se movió, como si no hubiera oído nada o como si fuera una estatua.

Sin que él se diera cuenta, ella fue hasta la cama, metió el libro pequeño y marrón debajo de la almohada y luego marchó al baño para darse una ducha antes de la cena.

No tenía prisa por salir, ni mucho menos por cambiarse a gran velocidad al terminar. Se secó el cabello con la toalla, apretándolo para que se formaran los rizos al natural, y renegó cuando eso no dio

resultado.

Se puso un pantalón liviano y una camiseta sencilla y salió del baño echándose el molesto pelo hacia atrás. Entonces, se paró en seco al ver a Zack parado junto a su cama, sosteniendo su almohada con una mano y el pequeño libro viejo con la otra.

—Fuiste al bosque —dijo, fulminándola con la mirada.

Zoey tragó saliva.

—Por favor, ¿qué crees? —soltó, aunque fuera obvio.

«Y que eres tonta, niña», se dijo. «En serio es más que obvio». Pero prefería actuar como si nada que empezar a pelear nuevamente y de mal modo.

Zack puso los ojos en blanco y abrió el libro para mostrarle la hoja doblada en la que había copiado las letras y que ella había guardado entre las páginas

—No me trates de idiota, por favor. ¿Por qué lo hiciste? —Soltó el libro en la cama y se acercó a ella con los ojos grises ardiendo—. ¡No te preocupa ni un bledo tu vida!

«¡A la mierda la paz!».

—¡Claro que me preocupa! —Zoey avanzó hasta él con la misma ira —. ¡Por eso fui!

—¡No puedes ir al templo! ¡Pudiste haber muerto, tonta!

—¡Pero habría entendido por qué! Tú no me dices nada, ¿no crees que es extraño que todos me pidan que me aleje de ese lugar? ¿No te das cuenta de lo difícil que es esto para mí?

—¿No crees que tiene lógica? —gritó Zack blandiendo los brazos—. Por algo será, ¿no, Zoey?

—¡Pero no me lo dices! ¡Y no puedo seguir así sin saber exactamente qué es lo que tengo en el cuello y por qué pasan estas cosas! ¡Yo soy la portadora del dije ahora y merezco saber qué pasa, qué hay detrás de todo esto! Pero se ve que a ti te importa más tu propia muerte que decirme una estúpida verdad que podría salvar la mía. —Y sin dejarlo contestar, se dio la vuelta y volvió al baño, cerrando la puerta tras de ella y echando el pestillo hacia abajo para evitar que él entrara.

Zack abrió la puerta, después de destrabarla con un movimiento mágico de sus dedos. Empujó con cuidado, justo para descubrir que Zoey estaba dormida hecha un bollito en el piso contra la madera, trabándola.

Habían pasado tres horas y él se sentía tan culpable como preocupado.

Terminó de abrir la puerta y, con cuidado de no despertarla, la alzó en brazos. Zoey se removió y escondió la cara en su pecho. La dejó en la cama, le quitó los zapatos y estaba punto de taparla con el acolchado cuando ella abrió los ojos y se fijó en él.

—¿No te duele todo? —le preguntó Zack, suavemente. Se sentó en el borde de la cama y la miró con tranquilidad.

—Sí —respondió Zoey, frotándose los ojos—. ¿Por qué entraste? Había trabado la puerta —se quejó.

—Lo sé —suspiró él—, pero pasaron las horas…

—¿Y qué? —cuestionó la chica, empujándolo con la pierna disimuladamente. Zack bajó la vista hasta la pierna y arqueó las cejas.

—Oye, de verdad… Ya basta.

—Basta tú —musitó, pero Zack le atajó la pierna y su tacto la perturbó. Se quedó dura, mirándolo.

—Zoey, sé que sabes que ir a allí de verdad es peligroso. Yo no voy a apañarte en eso.

—Tú preferiste dejarme sola mientras renegabas en la esquina. No quisiste escucharme ni un poco. No te pusiste en mi lugar para nada.

—¡Nunca saqué el escudo de tu alrededor! Y además… Además te seguí hoy hasta el restaurante. Ya intuía que habías hecho algo prohibido…

Ella se cruzó de brazos, todavía muy enojada. Eso no salvaba su actitud y sus malas mañas. Tal vez ella había sido imprudente, pero él había sido egoísta también.

—Te lo dije, necesito respuestas. Y sabes que tengo razón en eso. Tengo derecho a saber qué pasa y qué puedo hacer por mí misma. Me he visto envuelta en todo esto y no entiendo nada de ello.

Él miro el techo y, despacio, soltó su pierna.

—Sí, tienes razón.

Zoey estrechó los ojos, todavía incrédula.

—¿Y vas a decírmelo?

Él asintió y sonrió un poco.

—Te lo debo. Tienes razón, eres la nueva portadora. Te diré todo lo que sé y entiendo.

Capítulo 11

Zoey se sentó en la cama lo más derecha posible.

—No esperes que resuelva todas tus dudas —aclaró Zack—. La verdad es que tampoco sé demasiado. Yo ya te he dicho que es poderoso, peligroso, que todos lo quieren y que por eso, matan para obtenerlo.

—Sí —asintió ella.

—Te diré la supuesta historia. Se *supone* que el dije tiene siglos y siglos, puesto que para usar su magia hay que usar el latín. —Zack miró el collar colgando en el cuello de la chica—. Digamos que es como que el dije entiende ese único idioma. Aunque dudo por qué es… En realidad él entiende de todo más allá de eso.

—¿Entonces qué relación tiene el dije con ese lugar? Ese… Templo. No es tan viejo como dices, es colonial. ¿Por qué no puedo ir allí?

—Hasta donde yo tengo entendido, ese templo fue hecho para el dije, algo así como un altar, para rendirle culto. Eso es lo que mi abuelo me ha dicho. Estando en el templo, es muy fácil que puedan ubicarte —hizo una mueca—, porque es como si reaccionara, ¿entiendes? Para el portador es… muy difícil resistirse a ir allí. Incluso para ti, que no sabías que existía, cuando fuimos juntos al bosque deseabas llegar. El dije adora estar en ese lugar y quienes tienen un mínimo de magia y saben de él lo usan para rastrearlo.

—Como el tipo que quiso acuchillarme, ¡ese del que Adam me salvó!

Él frunció el ceño, pero evitó seguir con Adam.

—Los que saben del dije obviamente tienen sus métodos. La magia es lo primero. Hacer hechizos básicos no es imposible para la gente común, hay que entenderlo de una manera en específico. Pero es cierto que no todos tienen la pasta necesaria. Muchos de los que lo aprenden —Zack arqueó las cejas—, se enteran del dije y lo conocen como el poder más supremo de esta tierra. Luego se enteran de su leyenda y como son orgullosos y tontos, lo buscan. Todos mueren al final.

—Es estúpido, la verdad —admitió ella, tocando el dije a través de su ropa.

Zackary siguió la línea de su mirada y retuvo un suspiro.

—Es por eso que mi abuelo insistía en protegerlo. Él fue el portador hasta su muerte y a mí me entrenaron para seguir con su cometido. Ya ves, no tengo otro hermano, y mi abuelo consideraba que era mejor dejar a mis hermanas fuera de esto. Yo era el único hombre que seguía con su sangre y, por lo tanto, el responsable.

Zoey hizo una mueca. Y ella había arruinado todo, ¿verdad? La misión de los Collins de evitar los malos usos del collar se veía truncada por tu culpa.

—Tu familia debe estar enloquecida.

—Yo creo que más bien están aliviados —terció él, negando—. Nadie más de los Collins debe morir por el dije.

—Es triste.

—Lo es, pero ya te dije que yo solía creer en la misión de mi abuelo. Sin embargo, tengo que admitir que nunca supe usar magia por mí mismo y las veces que probé hacerla con el dije nada salió bien.

—Recuerdo eso.

Se miraron brevemente, más tranquilos el uno con el otro. Ella suspiró y Zack también se relajó.

—¿Y qué hay de esas letras? ¿Por qué no me dices cosas sobre ellas?

—Porque yo no sé qué dicen —confesó él y Zoey aprovechó para sacarle el libro—. No es un idioma que se conozca. Ni mi abuelo sabía de dónde salió. Aquel templo no es el original, por lo que me han explicado. Se supone que había otro antes, uno aún más viejo. Creo que la historia más bien sería que el viejo se destruyó y alguien construyó uno nuevo encima. Pero las letras… Quién sabe si son las mismas, si dicen lo mismo o si alguien lo ha inventado.

—Bueno —ella abrió el libro, tratando de conectar los datos—, este

librito también es muy viejo. Tiene que estar relacionado.

Zack negó con la cabeza, angustiado.

—No te metas en esto, Zoey, es peligroso, créeme. Si valoras tu vida, te alejarás de allí. El dije es un objeto demasiado deseado, poderoso, ¡y a la vez tiene mente propia! Él es el que te guía al templo. Lo mejor es que ignores cada parte de esta locura, vivirás más tranquila. Si sigues como puedes y te limitad a que cuide de ti, serás más feliz.

—Si es que vivo —recalcó ella. No estaba para nada dispuesta a quedarse con eso. No estaba hecha para aguardar en silencio un destino cruel—. Y además, ¿por qué será que al dije le gusta estar allí?

—No lo sé, tampoco. —Derrotado, el muchacho suspiró—. Cuando yo lo tenía, todo el tiempo era como si un imán estuviera atrayéndome hacia ese lugar. Es como la trampa a un conejo… y allí hay cientos de depredadores. Es por eso que he insistido con esto. Yo he perdido mi vida y no puedo dejar que pierdas la tuya.

Zoey guardó silencio durante unos segundos, mientras lo miraba a los ojos. Él suspiró nuevamente y trató de sonreír. La sonrisa, a pesar de eso, no llegó a ningún lado.

—Entonces, no sabes quién hizo el templo, ni qué dice, ni en realidad qué tiene que ver con el dije.

—Mi abuelo me ha dicho que el templo era un lugar en donde le rendían homenaje a lo que es el dije en sí, a la conciencia que vive dentro de él.

Ella abrió la boca para hablar, confundida. Eso no sonaba nada genial.

—¿Conciencia? ¿Cómo *conciencia*? ¿Como la mente de alguien, quieres decir?

—Acabo de decírtelo. —Zack se levantó y comenzó a caminar por la habitación. Se pasó las manos, inquietas, por la nuca y el cabello—. Es capaz de pensar y decidir por sí solo. No tiene brazos ni piernas, pero fíjate que puede ir a donde desea a pesar de eso. Cuando lo tienes en el cuello, él aprende todo sobre ti. Tiene acceso a tus pensamientos, a tus deseos y temores. También comprende cosas de su alrededor, es como un… un sujeto adherido a ti que nadie nota, como un parásito —finalizó con algo de desprecio inconsciente—. Al final te absorbe la vida.

—Pero, ¿entonces? ¿No crees que sea algo que haya estado… vivo?

Él se fijó en ella con curiosidad y, alarmada, Zoey hizo una mueca de asco.

—¿Dices que sea una mente humana encerrada en aquel objeto? —

inquirió con la voz aguda.

—¿Tú crees que no podría ser así? —Ella miró su pecho. La verdad, si un tipo estaba mirando sus sueños, sus recuerdos y sobre todo tenía acceso a su intimidad cuando se duchaba… sería muy normal sentirse incómoda.

—No lo creo —dijo él, rápidamente, y Zoey pudo relajarse—. Realmente estoy seguro de que eso no es humano. —Señaló, acercándose a ella nuevamente—. Es muy crucial que sepas lo que esa cosa es capaz de hacer. Tú no lo controlas, toma sus propias decisiones y puede arrastrarte con él si quiere. ¡Mira que no ha dejado que te toque! ¿Lo recuerdas?

Zoey pegó un brinco.

—Tienes razón y ahora… —con cuidado, ella puso una mano sobre el brazo desnudo del chico—, no pasa nada.

—Es porque él, por alguna razón, estaba enfadado conmigo. Es raro porque lo he llevado durante tres años. —Zack arqueó las cejas—. Que no me quiera no es justo. Morí por él, ¿no?

Sin más, Zoey sonrió, pero no pudo evitar hacerlo con algo de pena y dolor.

—Bueno, ¿no dices que se soltó de tu cuello antes de que murieras? Ya ni desde allí te quería —bromeó en voz baja.

Zack hizo un puchero.

—No me digas así, me siento abandonado —siguió.

Ella se rió y volvieron a mirarse a los ojos sin rencores.

Él se mordió el labio inferior y aguardó en silencio hasta que se serenó y le dio vía libre para continuar. Zoey esperó, de buena gana, y le regaló otra sonrisa cuando lo vio dudar.

—¿Qué? —dijo.

Zack tomó aire.

—Por favor, Zoey, te lo ruego, aléjate de Adam —farfulló, tan rápido que ella primero lo miró desconcertada. Después, frunció el ceño—. Debes recordar que yo soy el que está aquí para protegerte y que, a pesar de que no me han dejado opción, realmente me importa en lo que te has metido sin querer. Debes confiar en mí: más vale prevenir que curar. Adam sabe todo esto del dije, al igual que el tipo que quiso rebanarte la cabeza. Por eso… sin importar lo que yo crea, si está bien o mal, debes entender que lo hago para cuidarte. No te pongas testaruda.

Zoey suspiró, algo enfadada otra vez por lo mismo, pero tampoco podía olvidar que Adam había hablado de magia y de escudos y que eso era igual de raro que verlo a mitad de la noche en el bosque.

—Bien, me mantendré alejada de él, pero solo si dejas de acusarlo todo el tiempo. Es molesto que digas esas cosas feas de alguien así —concedió. Tenía que admitir que había cosas que pensar sobre ese joven y que no podía fiarse de él. Si realmente conocía al tipo del bosque, el que la hubiera salvado una vez no cuadraba, pero tampoco encajaba en otra parte.

Zack sonrió, como si la felicidad hubiera regresado a su cuerpo de golpe.

—Está bien. Me guardaré mis conclusiones solo para mí. ¿Trato hecho? —Le tendió la mano, y Zoey, también con una sonrisa, la estrechó—. ¿Algo más que quieras preguntar?

Claro que sí, había miles de cosas más que quería saber, pero no se creía con el tacto suficiente. Cerró un momento los ojos y él aguardó, ansioso.

—Quiero preguntarte algo más, algo que no entiendo bien.

Zack asintió, casi benevolente.

—Anda.

Ella tomó aire. Tenía miedo de la respuesta tanto como sentía curiosidad. Pero más que nada, temía molestarlo.

—Exactamente… ¿cómo fue que te enviaron de regreso? ¿Quiénes fueron? ¿Qué te dijeron?

Zack parpadeó, bastante confuso, y ella esperó, deseando haberse callado la boca. En seguida, él frunció el ceño tratando de pensar.

—Es complicado —contó, lleno de dudas. No pareció ni molesto ni afectado, más bien complicado con sus propias memorias—. No me acuerdo bien de todo. Solo sé que morí y que luego estaba en un sitio muy extraño. No veía figuras. —Sonrió—. Creo que era el limbo. Entonces había alguien allí conmigo.

—¿Alguien? ¿Cómo un ángel? —susurró ella, un tanto asombrada. En ese momento imaginaba a un tipo de blanco con alas de nubes señalándole a Zack el camino de vuelta.

Él se encogió de hombros.

—No sé, él me dijo que no podía irme. Por un momento —se rió, dejándose caer en la cama junto a ella—, pensé que debía volver y afrontar la vida con mi cuerpo desecho. Pensé que mi nueva oportunidad era intentar sobrevivir con la mitad del cuerpo rebanada. Ese pensamiento me hizo detestar la idea, casi me pongo a llorar. —Sonrió, divertido con la idea de sonar tan humilde; o tal vez por la idea de poder llorar en el limbo—. Entonces, esa *persona* me dijo que la tarea que me habían encomendado había fallado y no por mi muerte, sino porque el collar había caído en manos de una niña. —La

miró, sin sonreír ahora—. Tan solo me dijo que volvería para protegerla, pues había alguien que… —Zack hizo una mueca y se frenó durante un momento—. Él dijo que tenía que cuidarla de alguien en específico, pero no recuerdo de quién. Creo que no dio nombres. Solo se limitó a darme un cuerpo nuevo y a enviarme de regreso. —Se encogió de hombros—. Por más que lo intento, no puedo recordar más. Está bastante borroso en mi mente.

—Entonces no viste el cielo —suspiró ella. Lo contado aclaraba algunos puntos en su cabeza, pero no terminaba de enseñarle el porqué de todo eso.

—No llegué a él. ¿No es que si uno llega al cielo ya no puede volver? —preguntó Zackary al aire. Zoey hizo un gesto de inocencia y ambos se quedaron callados, pensando exactamente lo mismo.

¿Exactamente de quién debía protegerla?

Zack pasó las hojas del libro una y otra vez.

—No lo entiendo.

—Creí que quizás tenía algo que ver con el latín —susurró Zoey, arrodillada en la cama, mientras terminaba su tarea de Matemáticas —. Pero luego vi que el latín no tiene un abecedario parecido.

—El idioma ha sufrido variaciones a lo largo de la historia, el abecedario ha cambiado múltiples veces, pero esto no tiene nada que ver con el latín. Podría tener lógica, puesto que los hechizos conocidos del dije son todos en ese idioma, pero esto… —Zack volvió a gruñir y apartó el libro de sí, como si le molestara su mera presencia—. Simplemente se trata de otra cosa. —Lo señaló—. Incluso diría que ni siquiera tiene algo que ver con el collar.

Zoey dejó las hojas de Matemáticas a un lado y miró seriamente el libro sobre la cama de Jessica.

—¿Qué diablos debe decir? —susurró—. Para mí es obvio que lo escribió alguien que hizo el templo. Si no, ¿cómo sería la cosa? Es un libro casi tan viejo como el mismo templo.

Él se levantó de la cama de su amiga y comenzó a caminar por el cuarto.

—Pues claro que tiene lógica. Ese es el tema, ¡qué dice!

Ambos mantuvieron un corto silencio. Zoey se bajó de la cama, despacio y sin despegar la vista del libro. Pasaron otros cuantos segundos, en los que ella siguió viendo el libro y Zack continuó caminando por el cuarto. Una súbita idea había llegado a su cabeza y ahora no era capaz de apartarla o de encontrar otra posibilidad.

¡Era algo único!

—¿Y si lo que dice allí —empezó, mirando el libro sobre la cama— *es alguna forma de librarte del dije sin morir antes?*

Zack alzó la vista.

—¿Quitártelo?

—Sí —contestó ella y automáticamente sintió una punzada horrible de anhelo y dolor por algo que aún no había perdido—. Y sin el dije, tú podrías *irte*.

Le dolía la idea de despedirse de él. La muerte de Zack no habría sido del todo real para ella si no hubiera visto, al menos, su cuerpo. El tenerlo allí impedía que el duelo se asentara en su corazón; lo mantenía vivo en todo sentido. Y aunque sabía que eso sería mejor para ambos, no podía tragar con facilidad de solo pensarlo. Sabía que eso era lo que él merecía, descansar en paz. Sabía que era lo que ella necesitaba: *vivir en paz*.

—¿Crees que…? ¿En serio? —Zack se acercó rápidamente, ignorando su repentina seriedad—. ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Es una idea pasajera, pero —titubeó Zoey—, ¿valdría la pena intentarlo?

El chico tomó el libro con sumo cuidado esta vez, como si hubiera cambiado su opinión al respecto de esa cosa.

—Tal vez, solo tal vez… —musitó—, tengas razón y puedas librarte de todo esto.

Despacio, ella levantó la vista y Zack pudo leer en sus ojos lo que estaba pensando a pesar de que luchaba por ocultarlo. Sus ojos azules se veían turbios.

No quería dejarlo ir, no aún.

Zoey sacó un diccionario de latín de la biblioteca del colegio. Lo puso debajo de su brazo, junto con otros diccionarios que podían servirle de ayuda, y marchó a la habitación. Tenían que traducir ese libro y, en consecuencia el templo. Era la única oportunidad que poseían, y si al final no hablaba sobre eso, al menos encontrarían más datos o información para lograr protegerla de una vez por todas.

No sabían, pero quizás dijera algo como: «Con este hechizo este portador será intocable» o «Nunca más un portador será asesinado».

Algo sería algo, y en consecuencia, cualquier cosa serviría.

Zack sabía mucho latín, gracias a su entrenamiento para ser portador del dije, y era una gran ventaja. Pero pasados los dos

primeros días desde que habían decidido buscar alguna forma entender aquel idioma, no habían tenido resultados. Se volaban las horas revisando palabras, alguna letra que se pareciera… pero nada.

Lo bueno de todo aquel trabajo, era que ella se había olvidado de hablar de Adam y este no tenía posibilidades de acercarse. Zack lo vigilaba de manera exhaustiva. No decía lo que pensaba, pero sus sospechas seguían intactas.

—¡No hay nada! —gruñó Zoey, entonces, luego de media hora de estar leyendo el diccionario y el viejo libro a la vez—. Creo que hemos terminado con todo esto. ¡Los diccionarios y las lenguas actuales o muertas no sirven!

Zack se arrimó y le arrebató el diccionario de las manos.

—No. ¿Por qué el dije respondería en latín si realmente tiene algo que ver con este estúpido idioma? —inquirió, parado junto a ella.

Zoey se rascó la barbilla y recuperó el libro para pasar más páginas sin parar. Él miró las hojas viejas por encima de su cabeza y guardó silencio mientras ella se enfadaba más y más.

—Quizás deberíamos preguntarle a la profesora de idiomas. —Zoey esperó su respuesta.

Zack negó y suspiró.

—¿Profesora de idiomas?

—Sí, quizás ella sepa de alguna lengua que nos estemos salteando.

—No, no creo. Ella sabe inglés y alemán. No creo que sepa latín.

Ella asintió y volvió su atención a las hojas. Zackary se alejó y Zoey se giró a verlo, curiosa. Él tenía la mano en el picaporte.

—¿Qué haces?

—Tengo que salir.

Zoey se giró completamente.

—¿Eh?

—Te dejaré segura con un campo de fuerza. Regresaré pronto —contestó él completamente serio y salió del cuarto sin decir nada más.

Había una conjetura que quería comprobar. Zack sabía que ningún profesor podría ayudarlos con un idioma como ese. Avanzó por los pasillos, bastante preocupado por el tema. Ya estaba claro que Adam sabía del dije bastante más de lo que él había creído. Seguramente era él quien había planeado esa pequeña trampa en el sótano, guiándolo, de la mano del dije, hacia su muerte. Entonces, podía ser que él supiera algo sobre aquellas letras.

Esta vez encontró la puerta del cuarto cerrada y estuvo muy seguro de que el chico que había sido su compañero estaba dentro. Pegó un pequeño brinco hasta la perilla de la puerta y se sujetó de ella, mientras ponía su larga oreja contra la madera.

—No —adentro, Adam hablaba en voz baja—, no lo creo.

En seguida, supo que estaba hablando por teléfono.

—Es imposible y lo sabes —siguió Adam—. Él no puede estar vivo. Todos lo vieron muerto, destrozado. No habría forma… No, por supuesto que sí, pero… Ya sabemos que la chica no está sola… ¿pero Zack? Volvemos siempre a lo mismo, ya te lo dije. *Él está muerto.*

Adam cortó repentinamente el teléfono y Zack, con la sangre hirviendo de ira, se alejó rápidamente de allí. Por supuesto que él tenía algo que ver y no lo dejaría acercarse a Zoey*, ni aunque estuviera muerto.*

Lo estaba y ni por eso iba a dejarla expuesta a sus planes.

Capítulo 12

Zoey se estiró hacia abajo. Ese día no era su mejor día para hacer deportes, pero, con los pocos alumnos con los que contaba el colegio en ese momento, las clases de Educación Física eran las más fáciles de arreglar. Habían juntando a los dos últimos cursos, sin embargo, ella estaba casi sola. Como Jessica no había vuelto y el resto de sus compañeros no eran muy flexibles ni buenos en deportes que digamos, ella era la única que estaba acatando las órdenes. Mariska, por ejemplo, estaba del otro lado del parque, tirada en el césped, aún derramando lágrimas por Zack, rodeada y apapachada por un grupo inmenso de amigas.

No se habían trasladado al gimnasio del pueblo, puesto que con esa escasa cantidad de chicos y ese lindo día, era mejor aprovechar los jardines.

Mientras se estiraba hacia arriba, fijó sus ojos azules en el cielo de igual color. Se había cansado de preguntarse dónde diablos estaba Zackary en ese momento y ahora prefería aguantarse las ganas de formular ideas tontas. Él había jurado que volvería pronto para cuidarla y no gastar energía con más escudos tontos, pero desde el almuerzo no lo veía. Giró la cabeza para echarle un vistazo al edificio. ¿Estaría allí? ¿O se habría ido al bosque?

Aplacó la ansiedad volviendo a centrarse en sus actividades.

«Tienes un tonto campo de fuerza a tu alrededor, no lo olvides». Bien, por eso lograba estar dentro de todo tranquila. Ya había ido y venido del centro del pueblo sin darse cuenta de que tenía uno y nada

había ocurrido. Todo parecía normal.

Puso los ojos en blanco mientras volvía hacia abajo y pensaba que su intranquilidad no estaba en tener o no un escudo, si no en que él estaba en otro sitio y ella quería ir también. En ese momento, tuvo el impulso de escapar e ir a buscarlo. La idea de ir al bosque no le resultaba temerosa. Es más, la emocionaba.

Bajó la cabeza hasta su pecho, donde el dije yacía oculto. Eso seguramente era su culpa. Él quería ir al templo, no ella, y debía convencerse de eso. Tendría que procurar no confundir sus deseos con los de esa cosa.

—Scott —dijo una voz clara a sus espaldas.

Zoey se sobresaltó y soltó una palabrota. Miró a Adam con la boca abierta antes de retroceder a una distancia segura. Había *jurado* permanecer lejos de Adam, pero si era él el que se acercaba, en medio de una clase de Educación Física de niñas, ya no era tan fácil. Trató de saludarlo despacio.

—Ah, hola… Smith —dijo con dificultad su apellido, pero solo porque él le hablaba de esa misma forma.

—Bien, quería preguntarte algo.

Zoey miró rápidamente a su alrededor, por si Zack estaba cerca. No quería pelear de nuevo con él, pero si tenía suerte, la profesora lo quitaría de allí antes de tener problemas.

—¿Ah? Sí, sí claro. ¿Qué pasa?

—Tú tomaste el collar después de que Zackary muriera —afirmó.

Zoey hizo una mueca. Por supuesto que él ya lo sabía. ¿Por qué venía ahora con eso?

—¿Disculpa? —preguntó ella, a pesar de todo. No iba a decírselo con todas las letras nunca.

—Lo repetiré en un idioma que entiendas mejor —terció él, de mala gana, y Zoey frunció la frente, ofendida—. *¿Por qué tomaste el dije luego de la muerte de Zack? ¿Qué sabes de todo eso?*

Ella apretó los labios y negó rápidamente con la cabeza. Como había dicho, no pensaba decírselo con todas las letras NUNCA.

—¿Dije? ¿Qué es un dije? —musitó—. No tomé nada.

Adam arqueó las cejas.

—No te hagas la estúpida, no te queda bien.

—No me estoy haciendo la estúpida, Smith. —Zoey se cruzó de brazos también—. Es realmente de mal gusto que vengas a insultarme así por cosas que no entiendo. ¡Y sobre todo con cosas que tienen que ver con Zack! —alzó la voz, a riesgo de que los demás la oyeran.

—¡No grites! —siseó Adam, inclinándose hacia ella.

Zoey se echó para atrás.

—¿Crees que esto es alegre para mí? —gruñó. Si en algo tenía razón Zack era que este chico tenía un mal genio terrible—. ¡No me agrada hablar sobre este tema y no sé qué te traes con él! ¿Tienes idea de lo horrible que fue para mí encontrarlo muerto?

Más allá, Mariska había levantado la cabeza, totalmente alerta.

—No te estoy hablando de eso, Scott. Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Qué sabes de Zackary?

—No, la verdad es que no. *Él está muerto.* ¿Qué más debería saber? —bajando el tono de voz, Zoey lo fulminó con la mirada—. Ahora deja de asediarme con cosas sin sentido.

Adam giró alrededor de ella, con los brazos cruzados, como si estuviera analizando un borrego al cual iba a comprar.

—¿Sin sentido? Porque a mí me parece extraño que esquives mis preguntas.

—No esquivo tus preguntas. —Zoey se giró hasta darle la espalda al colegio, no quería perderlo de vista—. Simplemente no sé de qué hablas —murmuró, viendo como Mariska seguía pendiente de ellos—. Y te lo repito, no voy a dejar que te metas conmigo. A la próxima que vuelvas a insultarle voy a patearte en las pelotas —masculló.

Adam resopló por la nariz, mirándola tan fijamente que ella estuvo a punto de ponerse a temblar. El tipo no solo era enorme, sino que cuando se enojaba no parecía más que un delincuente juvenil, algo psicópata.

—El dije no es algo estúpido, Scott —gruñó él—. ¿Zack te lo dio?

—Yo no hablaba con Zack —contestó ella de mala gana otra vez. Hizo acopio de todo su valor y le mantuvo la mirada—, así que cualquier cosa que tú consideres que pudo haberme dado, que no hizo, ¡no podría haberlo hecho por la simple razón de que está muerto! Ahora déjame en paz, ¿quieres? Eres bastante más maleducado de lo que yo creía —agregó, negando con la cabeza y alejándose de él—. No sé qué ve Jessica en un idiota como tú.

Adam no se quedó atrás; dio un paso hacia ella, rechinando los dientes y estiró una mano hacia ella. Zoey vio de antemano su gesto y se retiró, justo cuando la mirada del muchacho se cargaba de horror, fija en algún punto del edificio detrás de ella.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó la profesora, al fin prestándole atención al infiltrado. Adam bajó la mano y Zoey se trasladó a una posición segura.

—Nada —contestó él, todavía mirando el colegio—, solo tenía que

pedirle algo prestado.

Se alejó de allí tan rápido como pudo y ella se volvió hacia sus compañeras y hacia la maestra, cuya primera mirada fue de reprimenda. Mariska continuó viéndola un rato más, antes de volver a llorar, y Zoey tuvo que tragarse el sabor amargo en la boca sola y en silencio.

Volvió a la habitación de mal humor, muy segura de que Smith había intentado hacerle daño para obtener las respuestas que le había negado. Apretó los labios al cerrar la puerta a sus espaldas y suspiró cuando vio a Zack maldecirse a sí mismo.

—Él me vio —masculló, dándose la cabeza contra la pared. Esta se agitó suavemente. Zoey, parada todavía contra la puerta, siguió sus movimientos con la mirada. Frunció el ceño y negó. Así que lo que Adam había visto a sus espaldas había sido nada más y nada menos que la cara de Zack a través de los cristales, vigilándolos.

—Ustedes dos —dijo Zoey. Zack dejó de golpearse— me tienen harta.

—¿Y yo que hice ahora? —se quejó.

—Actúan como perro y gato. Tú contra él y él contra ti. Pero ahora entiendo muchas cosas.

—¡Adam es la persona más falsa y maléfica que hay en el mundo! —exageró Zackary, apretando los puños y discutiendo como un niño pequeño.

Zoey se cruzó de brazos. No creía que él fuera «*maléfico»,* pero sí tenía algo en su carácter que era un poco turbio. Había estado a punto de lastimarla, ¿verdad? Al final tenía que darle la razón a su compañero, ese chico no era de fiar. Y era un idiota maleducado.

—¿Y ahora qué?

—¿Con Adam?

—Sí.

—Que mejor siga pensando que solo vio un fantasma.

—¿Y si él en este momento no lo cree?

—¿Qué fue lo que él te dijo? —tanteó Zack enfurruñado, caminando hasta ella.

Zoey mantuvo una expresión neutra y fue sincera. No tenía sentido ocultarle sus dudas e impresiones. Aun si Zack enloquecía de ira irracional, era mejor que no se guardaran secretos, sobre todo con un chico tan extraño como Adam.

—Creo que no cree que estés del todo muerto, la verdad —contó—. Está absolutamente seguro de que tengo el dije. Se lo negué, pero no me creyó.

—No, yo también eso lo creo. Pero si te digo lo que escuché —Zack optó por sentarse en la cama, siguiéndola con la mirada, a la espera de sus reacciones—, te enfadarás conmigo por atacarlo.

Ella se giró hacia él y suspiró.

—No lo haré, él no estuvo amable conmigo. Y creo que intentó zarandearme o amenazarme —declaró, alzando el mentón. Ya no sentía miedo del ataque, ahora estaba plenamente convencida de que la próxima vez lo patearía con seguridad.

Zack se paró de un salto.

—¿Qué cosa dices? —masculló entre dientes—. ¿Qué quiso hacerte?

—Iba a sacudirme —repitió Zoey—, cuando me hice la tonta sobre este tema y lo amenacé si no me dejaba en paz.

Zack apretó los puños y el crujido de sus dedos fue bastante audible.

—Él está aliado con alguien. No creo equivocarme al decir que con el tipo del bosque. Lo oí hablando por teléfono. Él le negaba que estuviera vivo, pero sabe que hay alguien contigo. Por supuesto, estando en todo este tema, debe saber de magia. Debió notar que dejo un escudo cerca de tu cuarto y sobre ti todo el tiempo.

Zoey permaneció en silencio y caminó hasta sentarse en la cama, donde él había estado antes.

—Estoy preocupada.

Zack suspiró y se sentó junto a ella. Le pasó un brazo por encima de los hombros. Trató de reconfortarla, pues era lógico que estuviera asustada.

—Tranquila, todo estará bien. Yo estoy aquí —le sonrió—, con o sin ese idiota.

Zoey tembló ante la caricia fuerte de Zackary en su hombro. Tuvo muchos deseos de llorar, de abrazarlo con fuerza y rogarle que nunca se fuera. Sin embargo, tenerlo cerca era un recordatorio de que en verdad él no existía, no al igual que ella. Luchó contra la tentación, pero al final cayó. Se giró y escondió la cabeza en el pecho del chico. Zack tenía un aroma tan sobrenatural que le nublaba los sentidos. Lo sentía tan firme debajo de sus dedos mientras lo abrazaba que le costaba creer que de verdad estuviera muerto. Y entonces lloró por eso, más que por miedo. Lloró porque él estaba muerto.

Él la abrazó con fuerza, pensando que su llanto era por otra cosa. Le besó la cabeza y eso descargó en ella más dolor.

—Ya, Zoey, verás que nadie va a hacerte daño. Te cuidaré mejor de lo que lo estoy haciendo ahora, lo juro.

—Ya cállate —gimió ella, golpeándolo débilmente con la mano en el pecho—. ¡No entiendes nada!

—¿A qué te refieres? —Él se mostró extrañado.

—*No quiero que te vayas.*

Zack suspiró dolido por el sufrimiento que notaba en su voz.

—Ay, Zo, ya quisiera yo estar vivo.

—Sí, y aunque vivo nunca te fijarías en mí, prefiero eso a cualquier cosa —gimió ella, apretando la cara llena de lágrimas en su camisa—. No es que muerto espero que lo hagas, por lo menos hablamos, pero… Daría lo que fuera para que tuvieras otra oportunidad.

Él hizo una mueca ante su sinceridad y sus buenos deseos.

—Esta es mi otra oportunidad. —Sonrió tristemente—. Soy un idiota, de verdad —negó con la cabeza—. Eres una chica increíble, Zoey. Si no es conmigo, será con alguien que te merezca de verdad y pueda cuidarte en vida. Cuando yo me vaya, seguiré contigo de todas formas. Te ayudaré cada vez que pueda.

Ante la idea de no volver a verlo, de pensar en él como un espíritu o un ángel de la guarda, Zoey volvió a llorar. Zack la estrechó nuevamente y apoyó la mejilla en su cabeza. La verdad es que él *odiaba* hacerle eso.

El día siguiente transcurrió con más tranquilidad. No volvió a cruzarse a Adam y ni siquiera tuvo que cerciorarse de que no estuviese en el pasillo o en el comedor antes de entrar. El muchacho desapareció prácticamente de su vista, lo que era mucho más agradable que tener que estar pendiente de él. Para patear pelotas había que tener puntería y fuerza y ella todavía no había practicado con nadie.

Después de pasar más horas con deberes tontos y sin ánimos, se sentó con el cuaderno viejo y reconsideró las opciones de traducir eso. Miró hacia la ventana y sintió esa punzada en el pecho, producto de los deseos del dije. Parecía que eso se hacía cada vez más común y cada vez que se acercaba a esa parte de los terrenos o miraba en su dirección, su cabeza daba vueltas entre pensamientos extraños y antojos difíciles de refrenar.

Sabía a qué se debía, pero cuando ocurría tardaba en crear conciencia sobre lo que de verdad pasaba. Tardaba en darse cuenta de que no era ella.

Sin embargo… estaba segura de que había una razón lógica detrás de todo eso.

Cuando Zack se giró hacia ella, aburrido de contar la cantidad de monedas que había en su alcancía, le dijo lo que pensaba:

—Debemos ir al templo. Creo que deberíamos empezar por allí.

Él negó de forma automática.

—No me parece buena idea.

—¿Y si allí está la respuesta?

—No hemos tenido suerte traduciendo el libro, ¿por qué la tendríamos con el templo?

—¡Zack, por algo el dije quiere ir allí!

—No es de nuestra incumbencia —argumentó él—. Deja de husmear en sus deseos.

—Yo no husmeo en sus deseos —replicó Zoey, poniendo los brazos en jarra—. Él me los incrusta como si fueran un par de inyecciones. No puedo evitarlo, ¡a veces me confundo! —agregó—. Miro hacia la ventana y ya siento ganas de arrojarme por ella y correr hacia el templo.

—Ya lo sé. Por eso, cada vez que sientas ganas de hacer cosas sin sentido para un humano, o cosas que surgen de la nada, ignóralas.

Zoey arrugó la frente. ¡Qué gran ayuda! Normalmente a ella le pasaba así. A veces quería un helado, de la nada. ¿Qué tal si era el dije el que quería un helado, eh? ¿Debía ignorarlo?

—Hay una forma de sacarlo, estoy segura —continuó y Zack se llevó las manos a la frente, cansado de ese tema—. ¿Además, no te das cuenta de que es así? ¿Siendo que tú fuiste el que primero se liberó de él antes de morir?

—Morí, se resume en eso —respondió Zack con elocuencia.

—No antes de quitarte el dije, sino después —recalcó ella—. ¡Eso quiere decir que hay una forma!

—Quizás solo él lo decide, no podemos hacerlo nosotros.

—Tal vez hay que obligarlo —susurró Zoey, caminando hasta la ventana. No podía ver el templo con tantos árboles, pero sabía que estaba allí. Otra vez algo se agitó dentro de su caja torácica. Era su corazón latiendo junto al dije.

—No le gusta que lo obliguen, créeme. ¿Y a soltarse? Eso es como un nivel superior.

Ella aceptó sus palabras; tenía razón, pero confiaba en que en el templo y en ese libro había respuestas de nivel superior. Se volteó hacia él.

—¿No crees que con el poder del collar podrías volver a la vida?

Zack la miró con la boca abierta, mientras se levantaba del suelo y pateaba la pila de monedas.

—No lo sé… ¡y no lo intentes! —murmuró, totalmente alarmado—.

¡Es muy, muy peligroso! ¿Recuerdas ese simple hechizo para reparar mi cuerpo, las heridas que te causó? Imagina lo que te pasaría si intentaras devolverme a la vida. No vuelvas a pensar en eso.

Zoey frunció los labios y apretó los labios. Para ella no era tan descabellado. Si conseguían la información necesaria, así como tenía fe, tal vez eso era incluso posible. ¡Zack no podía quedarse con eso como segunda oportunidad! Merecía algo más.

Pero de ahí a convencerlo…

—Bien —aceptó, con la voz cortante.

—De acuerdo.

Miró a Zackary confundida.

—¿De acuerdo qué?

—Iré contigo al templo, a ver qué podemos hacer.

Zoey sonrió anchamente, emocionada e incrédula. Pegó un brinco en el lugar.

—¿En serio?

—¿No lo ves? —ironizó el chico—. Te estoy diciendo que lo haremos. Aunque… —ella borró la sonrisa al verlo dudar—, eso signifique que me vaya antes. —La miró con intención—. ¿Lo sabes, cierto?

Despacio, Zoey asintió. Dejó la emoción a un lado en menos de un segundo. Bajó la mirada y volvió a mirarlo con debilidad.

—Tengo que aceptarlo, ¿no? —preguntó con tristeza, más que afirmando. Si todavía cabía en sus posibilidades revivirlo, lo haría, aunque él no lo supiera.

—Sí, se complicó todo con esto —Zack se señaló—, pero al final lo harás. Los humanos tenemos la suerte de poder seguir adelante, por más pérdidas que tengamos. Cuando me vaya, de alguna forma —Sonrió—, te perderé a ti. Pero uno sigue, hacia el más allá, supongo.

Intentando retener las lágrimas, ella negó seriamente. Se llevó una mano al rostro e inspiró profundamente.

—No me perderás. Nunca voy a olvidarte —anunció, dejando caer los brazos.

Zack sonrió con verdadero agradecimiento.

—Te dije que eras una chica increíble —dijo con sinceridad y Zoey sorbió por la nariz y contuvo todavía más las ganas de llorar.

—Gracias —dijo, sonriendo otra vez. Se limpió las lágrimas y durante un momento, todo fue buena voluntad y alegría.

—Ya que te acompañaré al templo —dijo él, entonces, mirando el techo; bajó la mirada, al tiempo que sonreía picaronamente,

ignorando los verdaderos sentimientos que a ella la aquejaban—, me merezco un buen pago.

Extrañada, Zoey frunció el ceño; se vio forzada a olvidar lo anterior.

—¿Para qué querrías dinero? Podrías haberte robado mis centavos —le recordó, señalando el mar de monedas por el suelo.

—¿Quién hablaba de dinero? Yo hablaba de tus senos —dijo él, tan serio que pareció un chiste. Pero no, no lo era—. Visita al templo por dejarme ver tu sostén. —Y le tendió la mano como para cerrar un trato.

Zoey lo miró con la boca abierta.

«Tiene que estar bromeando…»

—¿Es que has enloquecido? —soltó—. ¿Por qué crees que te mostraré mi corpiño?

—Ya sabes que mis intereses por el cuerpo femenino son muy profundos. —Zack ensanchó la sonrisa.

—¡Oh, sí que lo sé! —se quejó ella, alejándose dos pasos de la mano estirada de Zack—. Pero eso no me va a hacer tomar tu mano.

En el momento en que se miraron a los ojos, ella supo lo que venía. La sonrisa de Zack dejó de ser divertida, inocente y ansiosa; se volvió peligrosa, astuta y desafiante.

—*¿Ah, no?*

Capítulo 13

Tratando de que fuera imperceptible, Zoey retrocedió.

Zack se ajustó rápidamente a su posición, estrechando los ojos y con su sonrisa maliciosa en el rostro.

Parecían dos pistoleros a punto de desenfundar sus armas. «Quizás ese es el problema», pensó ella. «Él tiene dos manos rápidas y fuertes como armas, y yo dos torpes manitas con *manicure*».

Tal vez, *solo tal vez*, debía empezar a correr.

El pensamiento habrá sido muy trasparente en su rostro, porque en ese momento, Zack pegó un brinco irreal. Ella lo miró con la boca abierta y él acortó la distancia entre ellos antes de que pudiera correr. Giró, sujetando sus brazos, que había estado escondiendo detrás de su espalda, para llegar hasta sus manos.

—¡NO! —chilló Zoey, pataleando. Zack la alzó con un solo brazo y con el otro alcanzó su mano para estrecharla.

—¡Trato hecho! —se rió el chico—. ¡Ahora quítate esto!

Zoey se quejó y logró zafarse de él antes de que le pusiera una mano encima.

—¡Tú no tienes idea de lo mucho que voy a golpearte! —chilló ella, evitando que le quitara el suéter con un manotazo.

Él hizo una mueca y bajó las manos.

—No finjas —la acusó—. Sé que te gusta. Yo te gusto.

Ella infló las mejillas, completamente rojas, acumulando orgullo.

—¡Claro que no! ¡Que tú me gustes no quiere decir que quiera mostrarte mi sostén como si nada! —tartamudeó, levantando la mano logró apartarlo—. ¡Me incomoda! No puedes quitarle la ropa a la gente así como así.

Zackary hizo un gesto extraño, aparentemente triste.

—Digamos que ya lo vi una vez. ¿En verdad no quieres?

—Y esa vez también fuiste más rápido que yo. Si me hubiera defendido a patadas no lo hubieras logrado. Y no, no quiero —ella puso una mano en su pecho y lo apartó suavemente, al fin.

Él se mojó los labios, de pronto algo confundido.

—¿Segura? Es lo que veo en tu lenguaje corporal. Entendí que tú quieres esto conmigo.

—¿Esto? ¡Ni siquiera sé qué es esto! ¿Qué crees que quiero? —masculló Zoey, con el rostro muy sonrosado por las verdades que le estaba cantando Quizás sí quería y quizás Zack sí había entendido muy bien—. No sabes nada, así que mejor cierra el pico, Zack.

—¡Sí sé!

—No, así que, ¿qué piensas hacer? —Lo miró de mala gana. Él no podía ser más insufrible, ¿verdad?

—¿Por qué siempre haces esas preguntas? —contestó él—. Solo quiero mostrarte que esto es algo normal —suspiró—. El deseo... Querer una caricia no es malo.

Zoey dio de pronto un respingo. Zackary había acercado la mano a su cuello.

—¿En verdad? —casi chilló, viendo con los ojos como platos cómo él llevaba sus dedos a la cartera de la chomba, a través del escote del suéter.

Zack asintió, acercándose tanto que a Zoey se le atoró la respiración en la garganta.

«A la mierda. Yo lo amo».

«No, no lo amas, tonta, golpéalo». Pero no estaba segura de querer golpearlo, menos aun cuando las yemas de sus dedos se detuvieron en su pulso.

—Sí, si en verdad a la chica le gusta —siguió él—. A ti te gusta. Entonces, yo no estaría haciendo nada malo; pero para eso, sería lindo que lo admitieras…

—No es cierto —lo interrumpió ella, intentando una vez más. Era un poco absurdo; en ese momento, si no ingresaba oxígeno a su cuerpo, moriría antes de que Zackary continuara con sus palabras.

—¿Es que no te halaga? ¿Que quiera tocarte no es un punto a tu

favor? —recalcó Zack y Zoey cerró los ojos. El corazón estaba a punto de explotarle, así que no sabía cómo explicarlo directamente.

—Zack —gimió, aún suplicante—, no se trata de eso. Por favor, me da vergüenza. ¡No a todas las chicas nos gusta mostrar!

Él negó, más suave que antes. Ya no había desafío ni burla en su mirada, sino un brillo profundo y serio.

—No tienes que mostrarme de verdad. Deja que te muestre yo que puedes sentir cosas bonitas —insistió, tirando cuidadosamente hacia abajo y desajustando el último botón de la chomba.

Zoey tragó saliva y no fue capaz de decir nada más. Zack avanzó con ella hasta la pared, mientras su mano libre acariciaba delicadamente su clavícula.

Cerrando los ojos, ella gimió entre asustada y avergonzada. Lo que sentía era demasiado bueno, pero no podía ordenar sus ideas en cuanto a eso. Cuando su espalda chocó contra la blanca pared, Zack soltó sus brazos y ella no hizo ningún amague por detenerlo. La caricia era dulce y de pronto estaba temblando por algo que jamás había experimentado. Trató de no suspirar llena de placer, porque eso sería más vergonzoso, pero tampoco pudo evitar derretirse entre la pared y sus brazos.

Sin embargo, cuando sintió su lengua trazar caminos en la piel de su cuello, por debajo de la oreja, estuvo a punto de desmayarse de verdad. Sin duda alguna, él tenía razón. Por más que tuviera vergüenza o se sintiera incómoda, aquello le gustaba y lograba que su triste corazón golpeteara contra su pecho con una fuerza casi sorprendente.

Gimió, sin poder controlarlo por los nervios y a la vez por el extraño goce que le provocaba ser su presa.

—Zack… —suplicó, por enésima vez. Pero, de pronto, él alzó la cabeza y fijó sus ojos grises en la puerta del cuarto. Zoey respiró aliviada, aunque aún temblaba, pensando que había decidido finalizar con eso por su propio bien. Entonces, él avanzó hasta la puerta y ella lo miró con la boca abierta—. ¿Qué…?

—Shh —dijo Zack, casi sin mover los labios, haciendo un gesto con el dedo índice para acallarla.

Sabiendo que algo no estaba bien, ella se quedó inmóvil contra la pared, mirando de reojo la ventana y luego a Zack y a la puerta. Entonces, él la abrió de un tirón, esperando quizás encontrar a alguien en el pasillo.

—¿Qué diablos…? —soltó cuando vio tan bien como él que no había nadie allí.

—Tranquila, ya sigo contigo —dijo el muchacho con tono tranquilizador, asomando cuidadosamente la cabeza por el marco de la puerta.

—Ah, ok. —Sin tranquilizarse, puesto que en realidad su corazón estaba mejor ahora, Zoey aprovechó para acomodarse la ropa. Nerviosa, se apresuró dentro del baño y cerró la puerta para poder descargar todo lo que la abrumaba en soledad.

Oyó a Zack protestar, enfadado, segundos después.

—¡Ya te pagué! —le dijo a través de la madera—. Ahora llévame al templo de una vez.

Zack refunfuñó, justo cuando ella se pasaba las manos por la cara y por el cuello, allí donde la había besado.

—Dios mío —musitó, temblando como una hoja. Se sentía tan revoltosa por dentro que no esperaba mantenerse en pie sin vomitar las mariposas que tenía en el estómago.

—Bien —gruñó él, desde el otro lado—, lo haré.

Tomando aire por última vez, después de acomodar su cabello y limpiarse las mejillas rojas, abrió la puerta y lo encaró.

—No vuelvas a tocarme sin mi permiso —le advirtió.

Zack hizo una mueca, pero aceptó.

—Algún día, tú me darás permiso —dijo, por lo bajo.

Ella lo miró amenazadoramente, tomó el libro y un anotador y se metió por el hueco de la ventana. Esperó a que Zack la siguiera y entonces se aferró a su cuello y cerró los ojos.

Casi ni se dio cuenta del brinco. Cuando los abrió, él ya estaba firmemente parado en el césped.

Zack corrió los cincuenta metros que separaban el edificio del bosque, hasta que el dosel de ramas los cubrió de las miradas indeseadas.

—Pondré un escudo.

—Como cuando te escapas al cuarto de Adam —dijo Zoey, bajando de sus brazos. Estaban bastante cerca del templo. No lo veía, pero lo sentía.

Caminó delante de él, casi guiando el camino. Zack la siguió sin parecer extrañado por eso. En unos minutos encontraron el templo, vacío por suerte.

—¡Esto será difícil! —exclamó ella, entrando.

Zackary dio vueltas por el lugar, mirando sin interés las letras en las paredes. Había estado tantas veces allí que no era nada nuevo para él.

—¿No irás a copiar todo, no?—ironizó cuando Zoey abrió la libreta.

—¡No, claro que no! Tardaría años. Solo quiero ver si hay algo que pueda ser diferente, alguna pista.

Pasó la vista sobre las paredes, tratando intensa pero inútilmente encontrar algo desigual en todas esas escrituras, algo que pasara desapercibido y que no encajara.

Era casi imposible, la verdad, mucho más que solo difícil. Todo allí parecía pensado y preparado para no desencajar. No había espacios libres, ni puntos ni comas, y aquellas líneas sin fin en ese templo circular despertaban tanto su curiosidad como el final de una película sin acabar. Una película de acción, terror y vivencias peligrosas. Lo peor era que ella era, probablemente, la protagonista de esa película. La siguiente entrega trataría del próximo portador del dije y entonces se preguntó, frunciendo el ceño, cómo terminaría su propia historia.

La película de Zack había terminado con él muerto.

«Bueno, ¿ha terminado con su muerte o sigue con él después de muerto?», se dijo.

Él rondó a su alrededor; sus manos brillaban cuando se acercó a ella. Zoey no preguntó, pues supuso que era su hechizo de escudo. El brillo se apagó antes de que hablara.

—¿Qué piensas? —preguntó, mirándola con seriedad.

—Que tiene que *haber* algo. Realmente… Si no, ¿cuál es la explicación? El libro está relacionado con esto, con el pueblo. Alguien lo construyó y las personas que lo construyeron sabían de qué estaban hablando. —Señaló las paredes, muy convencida—. Ese libro no es la copia de otro texto, pareciera armado como una perfecta narración y además… tenía dibujos, ¿no los viste? Parecía un diario de investigación.

Zack hizo una mueca. La verdad era que meterse en todo ese tema no lo hacía feliz y se le notaba en la cara.

—¿Dibujos? No, los vi.

Zoey estrechó los ojos, así que él había estado pasando hojas sin verlas realmente.

—Porque no quisiste hacerlo —dijo en voz baja, acusándolo. Él desvió la mirada y no dijo nada al respecto—. Sé que lo intentaste, pero aun así todo esto no te gusta. Te pones rabioso cuando intentas buscar algo en el libro. Al principio creí que era frustración, pero luego… me di cuenta de que no quieres tener nada que ver con el dije.

—Siempre me aconsejaron no inmiscuirme demasiado, por eso me siento contrariado. Pero de verdad que lo intento. Lo juro. —respondió él y llevó una mano a su pecho.

—Bien, entonces ayúdame ahora a buscar algo.

Zack asintió solemnemente.

—Tienes razón.

Se dividieron en dos, ella hacia un lado y él hacia el otro. El tiempo pasó muy lento; ninguna letra para ella significaba algo. Reconoció las que había visto en el libro, pero seguía sin saber qué eran.

Se sentó en el suelo y miró fijamente, durante largos minutos, la pared desgastada.

Era obvio que ese lugar se había mantenido tan bien por ser desconocido para el pueblo.

—¡AQUÍ! —gritó de pronto Zack y Zoey se levantó de un salto.

—¿Qué cosa?

—¡Esta! Esta letra. Juro haberla visto en algún lado. —Zackary señaló la pared del templo, muy seguro de sí mismo. Ella se acercó despacio.

—¿Y qué letra es? —preguntó, parada junto a él. Lo tallado en piedra parecía una **P** gigante e incompleta.

—No tengo idea. No pertenece al abecedario latino antiguo ni al griego ni a ninguno que conozca.

Ella frunció el ceño y lo miró con pocas ganas

—¿En serio?

—Ese es el problema, sé que la vi, pero no recuerdo dónde.

La pequeña letra parecía insignificante junto a sus compañeras. Eso era lo que habían estado buscando, algo que no encajara. ¿Pero podría servir si no tenían idea de por qué no encajaba?

—El problema —repitió Zoey. El problema era que no sabían de dónde había salido esa letra y en esa instancia, el descubrimiento significaba nada.

—*¿Dónde la vi?* —jadeó Zack, tan serio y preocupado como ella.

Zoey permaneció quieta, muy inmóvil en aquella silla de plástico. No tenía una postura relajada, sus brazos estaban firmemente anudados debajo de la mesa.

El oficial de policía iba de un lado a otro, mirando unos papeles. Era un hombre de unos cuarenta años, casado. Podía verlo en su anillo dorado. Él no habló, y ella tampoco, hasta que se detuvo y la miró.

—Muy bien, Zoey —dijo el oficial, dejando las planillas sobre la mesa. Ella mantuvo la mirada gacha—. Tan solo debes comentarme qué fue lo que pasó desde que entraste en el sótano.

Zoey se mojó los labios. ¿Por qué todos siempre quieren saber la parte morbosa?

—Solo seguí el ruido de la máquina y luego, lo vi allí. No sé qué pasó después —admitió. Era la pura verdad, claro—. Había bajado por las maquetas de Biología con mis amigas.

El hombre asintió, como si entendiera todo. Se sentó en la mesa frente a ella y anotó en sus papeles.

—¿Qué pensaban ellas del sonido?

—Que era raro.

—¿Por qué entraste sola? —Esa vez, ella apretó los labios. Si decía que había oído la voz del muerto pidiendo ayuda, la tomarían por loca —. Me han dicho que creías haber escuchado algo —continuó el detective y ella suspiró.

—Si —confesó—, pensé que había oído a alguien hablar, así que entré. Jessica me siguió después de eso.

El hombre alzó las cejas.

—¿Qué oíste?

—Oí a alguien pidiendo ayuda. Pedía que lo ayudaran —susurró, mirando hacia otro lado—. No me gusta decirlo, creerán que estoy loca —agregó, más para sí misma.

El detective negó lentamente.

—Para nada. Está bien. A veces nos confundimos un poco —agregó, volviendo a escribir—. ¿No eras amiga de Zackary?

—Claro que no.

—Hablas de él como si lo conocieras.

Zoey frunció el ceño y lo miró, molesta por el juego de palabras.

—No he hablado de él, en realidad —replicó.

—Entiendo. ¿Escuchaste algo antes de bajar allí con tus amigas? ¿Lo oíste decir algo en los recreos?

—No, ya le dije que no era cercana a él.

—Ya veo. ¿Ocurrió alguna otra cosa? ¿Qué recuerdas de ese día que fuera algo extraño en el colegio o en Zack? Tal vez viste algo de lejos —insistió.

—Nada, todo era normal hasta ese momento. Lo único que recuerdo es que él entró a la hora del almuerzo a dejarle su mochila a una compañera. Volvió a salir y luego tuvimos clase y bajamos al sótano. Después lo encontré allí —dijo ella al final. Eso también era verdad y aunque ahora ella sabía que todo eso había sido producto de algo más, no creía que el oficial sacara algo de verdad de su discurso.

—¿Eso es todo?

—Fue lo que sucedió —contestó Zoey.

—Quiero que me digas qué tipo de relación tenías con él.

Automáticamente, ella se arrastró en la silla lejos de la mesa. No le gustaba a donde estaba llegando eso.

—Yo no hablaba con él —repitió—. No sé si lo notó, pero Zack era un chico popular. Todos lo conocían —contestó de mala gana— pero él no conocía a todos. Yo soy de esas que nadie conoce, comprenderá que ningún chico popular me daría siquiera la hora.

—¿Él te gustaba, Zoey?

—Eso es personal —Zoey apretó los dientes—, mi vida personal no tiene nada que ver con la muerte de Zack.

—Él ya no está aquí, querida, decirlo no te hará daño.

—Usted no entiende nada —gruñó ella—, claro que me hará daño. —Y entonces decidió refregarle en la cara que no tenía nada que ver —. ¿Qué gana con que le diga lo mucho que él me gustaba? ¿Y lo traumático que fue encontrarlo destrozado?

—Encajo las piezas —respondió el oficial, volviendo anotar en su planilla. Ella frunció el ceño, muy tentada de levantarse y arrancárselas de las manos para saber qué tanto escribía—. Ahora sé cuál es tu papel en todo esto.

—¿Mi papel?

—No sabemos en realidad qué llevó a Zackary a romper las cerraduras del sótano ni qué pensaba hacer allí. Tampoco si estaba solo —suspiró—. Lo único que hacemos es recaudar los datos necesarios.

—Yo no sé más nada.

—Lo sé

Guardaron silencio durante un segundo, hasta que ella lanzó la pregunta esperada, esa que la carcomía por dentro. Acercó la silla.

—¿Cree que alguien lo mató? ¿Qué alguien lo empujó? —reprimió el tono agudo de su voz—. ¿Y que yo tengo que ver? ¿Cree que yo lo maté?

Él se rió.

—No, sinceramente, no lo creo. Sabemos que tú no estabas allí cuando él murió.

—No, estaba arriba.

El hombre convirtió su sonrisa divertida en una más cálida.

—No te preocupes. Si alguien lo empujó, lo sabremos.

Capítulo 14

—¿Cómo fue exactamente que tu ropa se enganchó en la máquina? —susurró Zoey sin mirar a Zack a la cara. Él suspiró. Levantó la cabeza y la miró con tranquilidad, pero sabiendo que sus posibles palabras la llevarían de nuevo a la escena del crimen.

—Dudan de un accidente, ¿verdad?

—Por lo menos buscan justicia para ti.

Zack sonrió y negó con la cabeza.

—No van a encontrarla. En este mundo la única justicia es la que uno consigue por propia mano. Aquí todos tienen magia y unos simples oficiales no podrán con ellos. Nadie me empujó físicamente, así que es en vano.

—Todos menos yo. Yo no tengo magia.

—Yo cuento para ti —corrigió él.

Zoey guardó silencio. Aquella frase anterior de Zackary la llevó a pensar en quién no había estado en clases, en todo el colegio, como para ser acusado. Y nuevamente, pensó en Adam. Zack lo acusaba a él. ¿La policía pensaría en Adam Smith, siquiera? ¿Dónde estaba él ese día?

—¿Qué sucede? —Zack se acercó lentamente a ella. Zoey negó con la cabeza, acurrucada en la cama, antes de que él llegara a sentarse—. ¿Por qué no quieres decirme?

—No he quedado de buenos ánimos —contestó, de todas formas.

Él suspiró

—¿Te molestaron mucho? ¿Qué te preguntaron?

—Si me gustabas —admitió ella. Zack no se inmutó demasiado—. Fue algo incómodo.

—¿Y Adam? A él no lo interrogaron, ¿verdad?

—No que yo sepa.

Volvieron a guardar silencio, hasta que ella bajó la mirada y volvió a encogerse.

—Zoey —llamó él, despacio—. ¿Qué te dijeron exactamente?

Ella levantó la mirada.

—Que buscarían justicia. Y quería saber si tú eras mi novio o algo así. Insistió mucho con eso.

—¿Mi novia? ¿Por qué?

—Querían obtener pistas. O tal vez saber si yo te seguía como loca por todas partes. Como no saben qué hacías en el sótano…

Él se quedó callado medio segundo.

—¿Me seguías?

—¿Qué? —soltó Zoey, de pronto perdiendo la mala cara—. ¡Claro que no! Tengo dignidad, ¿sabes? Aunque no lo parezca —agregó.

Zack sonrió, satisfecho con el resultado de sus palabras.

—Oye, si estabas tan enamorada de mí no me resultaría extraño que supieras en dónde estaba a cada segundo de mi vida.

Zoey estrechó los ojos y se cruzó de brazos. Lo miró con verdadero odio por unos cuantos segundos.

—No te burles de mí, idiota. Me gustabas mucho pero no andaba como un perrito faldero espiándote.

«Y que no sepa lo de Facebook, Zoey, porque estarás frita», pensó justo en ese momento. Zackary rió y negó con la cabeza, divertido.

—¿Quieres que sigamos buscando pistas?

—¿Qué cosa? —contestó ella, todavía altiva.

—Libro, templo —él se encogió de hombros—, si te sirve para distraerte.

Zoey lo miró durante un segundo.

—Todavía no sabemos de dónde salió esa letra.

Habían estado buscando sobre ella en los últimos días sin buenos resultados. La emoción se estaba disipando.

—También pude haberme confundido —razonó él—, ya que no aparece en ningún libro de latín ni de otros idiomas.

Ella hizo una mueca.

—¿Y por dónde seguir, entonces? Si con esa letra no tenemos nada.

—Propongo volver al templo, con el libro y algo para anotar otra vez. Quizás si le dedicamos más tiempo podremos encontrar algo que valga la pena.

Zack no esperó que ella le contestara. Mientras hablaba, fue y vino por el cuarto, tomando las cosas. Metió todo dentro de la mochila azul.

Ella lo miró en silencio. Era raro que Zack quisiera ir de buena gana al bosque, pero seguramente lo hacía para animarla después de aquella cháchara con los oficiales de investigación. Dispuesta a no seguir mal por eso, a tener confianza y a aceptar su buen humor, se levantó de la cama y se puso las arruinadas botitas que había llevado el día que Zack la había obligado a darse un chapuzón en el río… Y luego una vuelta por el bosque lleno de lodo.

—Ponte algo, que hace frío —advirtió él, como si en verdad pudiese sentir la temperatura.

Pero tenía razón, claro. Estaba bastante fresco para ser mediados de otoño.

Caminaron por el bosque muy despacio y sin hablar y, una vez en el templo, vaciaron la mochila en el suelo. No hubo mucho que hacer y Zoey terminó hecha un bollito en el piso, aburrida cuando no obtuvieron ningún resultado significativo por largo rato. Zack no la molestó y ella pasó varios minutos con los ojos cerrados.

Zack empezó a hablar solo en algún momento. Cuando tocaba la letra que les quitaba el sueño, preguntándose si quizás no la había visto en algún otro lado para nada relacionado con eso, Zoey estiró el brazo para alcanzar el viejo diario.

Lo abrió y pasó las hojas. Justo antes del final clavó el dedo entre las páginas y, al abrirlo en la seleccionada, descubrió una palabra que estaba totalmente fuera de lugar.

Pertenecía a otra mano y, además, tenía otra tinta.

Sótano

Zoey frunció el ceño, preguntándose por qué diablos habían escrito eso sobre el margen superior de la hoja. ¿Qué sentido tenía? ¿Y qué significaba?

La observó por largos segundos, sin hablar, sin avisarle a Zack. Trataba de entender por sí misma qué quería decir aquello, pero claro que pensaba en *una* sola cosa al leer esa palabra.

Pensaba en la muerte del chico que estaba a metros de ella. Lo primero que se le venía a la mente era el sótano del colegio, aunque

sabía que era imposible que se refiriera a lo mismo. ¿Cuántos sótanos había siquiera en el pueblo? Además, no sabía si el libro había sido escrito por alguien de allí, incluso. Por otro lado, era tremendamente viejo. Podría haber pasado por miles de manos.

Pero el encontrar una palabra en castellano era algo realmente sorpresivo. Lo del sótano con la muerte de Zack era solo coincidencia, ¿no?

—¿Zack? —lo llamó irguiéndose.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué fuiste al sótano el día de tu muerte?

Zack se volteó, despacio, soprendido por la pregunta. Se pasó la lengua por los labios, antes de intentar hablar.

—Algo me lo dijo, ¿no te lo expliqué?

Zoey se mantuvo inexpresiva. No estaba segura de si él lo había explicado de la forma en la que ella pretendía entenderlo, así que siguió:

—¿Algo?

—Como cuando sientes por dónde debes ir para llegar al templo.

—¿El dije fue quién te lo indicó?

—En realidad no quiero pensar eso. —Él sonrió—. Si fue así, significa que él complotó en contra mía, colaboró en mi asesinato.

—¿Y si… lo fue? —tanteó ella, mirándose el pecho. ¿Y si esa cosa había obligado a Zack a marchar a su muerte?

—No lo sé. —Zackary bajó la cabeza—. Yo pasé mucho más tiempo que tú con el dije y a veces creí haber sentido sus preocupaciones.

Zoey se sentó.

—¿El dije tiene preocupaciones?

—Supongo que a veces… —dudó—. Ese día estaba inquieto, molesto, ansioso —miró el techo del templo y carraspeó—. ¿Sabes qué creo? Creo que el hechizo que pusieron en el sótano, ese que me arrastró a la máquina, fue lo que me llevó allí. Y el dije lo sabía, sabía que había algo allí.

—Pero quizás él no sabía que ibas a morir.

—¿Entonces por qué se desprendió de mí antes? Yo creo que sí lo sabía.

—O al menos lo comprendió justo a tiempo.

Se quedaron callados y, al final, ella levantó el librito hacia él.

—Alguien escribió algo aquí —susurró.

Zack se acercó a ella, bastante rápido, y sus ojos brillaron de

manera extraña al ver esa palabra.

—Hum… —dijo, ahora sabiendo por qué había salido el tema—. ¿Y qué querrá decir solo con eso?

—No tengo idea.

Ella suspiró y soltó el libro. Volvió a recostarse y se aovilló en el piso. Zack hizo una mueca al verla allí tirada.

—Creo que es suficiente por hoy, vamos al colegio. Deberías dormir un poco.

Zoey se puso de pie sin chistar y dejó que recogiera todo antes de seguirlo en silencio por el bosque. Él se volteó y le regaló algunas sonrisas, tratando de animarla un poco, pero ella no se las devolvió. Tan solo se sujetó de su cuello en el momento de saltar a la ventana y se dejó caer sin ganas en la cama una vez en el cuarto. Se metió bajo las sábanas y enterró la cara en la almohada. Sí, necesitaba dormir un poco.

Zack caminó por el cuarto, sin saber qué debía hacer con Zoey. No quería verla mal por eso, pero temía que al hablarle empeorara las cosas. No era bueno consolando chicas y ella ya estaba pasando por mucho.

En cuanto ella se durmió, vestida, sobre la cama, sus manos brillaron suavemente y abandonó el cuarto protegido por sus buenos escudos.

Quería ver si a Adam lo habían investigado.

Avanzó como humano. Ya era bastante tarde para aquel entonces y nadie andaba por los pasillos. No tenía prisa y estaba seguro de que no encontraría a Adam en su cuarto. Por alguna razón, fue así.

La habitación estaba vacía, la puerta sin traba, pero lamentablemente él no había dejado su celular para que Zack pudiera revisar las llamadas o buscar algún mensaje sospechoso. Así que, después de dar una pequeña vuelta por el cuarto y ver que no tenía caso, abandonó el recinto con paso desganado.

Se puso las manos en los bolsillos y anduvo mirando el techo.

De pronto, alguien jadeó. Zack bajó los ojos y los posó en un alumno de segundo año, compañero de Zoey. Sabía quién era, había hablado con él una vez. ¿James… algo?

El chico tenía los ojos claros como platos y su pecho subía y bajaba tan rápido como su respiración agitada.

«Oh, Dios».

Zack lo observó sin saber bien qué hacer y, entonces, decidió actuar como un verdadero fantasma. Corrió hacia el muchacho, tratando de hacerlo muy ligero. El chico pegó un grito y se alejó por el pasillo lo más rápido que le permitían sus zapatos negros.

En cuanto estuvo a la altura del pasillo, giró y se convirtió en conejo antes de que alguien más lo viera. James siguió gritando por el otro pasillo y él se apresuró a llegar al cuarto de Zoey y cerrar la puerta detrás de él.

—¡LO VI! ¡Te lo juro! ¡Zack está aquí! ¡Su espectro me persiguió, quiere venganza!

Zoey removió la comida de su plato, mirando incrédula a James. No podía ser que lo gritara tanto. Suspiró, puso los ojos en blanco y se metió un pedazo de carne en la boca.

—Mira el escándalo que has armado —se quejó, en voz muy baja, como si no le estuviera hablando a nadie en particular. La mochila medio abierta estaba en el suelo y Zack asomaba la cabeza para espiar a los niños que gritaban y se asustaban con la historia del fantasma.

—No me di cuenta —refunfuñó el peluche.

—Lo sé, otra vez fuiste a ver qué andaba haciendo Adam. ¿Qué pensabas encontrar? —replicó, sin mirarlo.

—¡No puedo evitarlo! Quería saber si ya lo han investigado.

—Zack, déjalo en paz, ¿quieres? Te comportas como un idiota cuando buscas pelear con él. Si sigues así, él no parara de hacerme preguntas. Y no quiero que me moleste. Todavía no practiqué de forma seria cómo pegarle a alguien en las pelotas de forma premeditada. —La única vez, había sido con el loco del bosque y había sido de puro impulso.

Él hizo un puchero.

—*Sé que fue él.*

—Claro. —Zoey terminó de comer lo que le quedaba en el plato.

—¡No me des la razón solo porque sí!

—Eres como un niño pequeño. —Ella bajó la vista—, y a veces debo tratarte como uno.

Zack bajó las orejas.

—Se trata de mi muerte, es importante.

—Claro que sí —resumió Zoey—. No estoy diciendo lo contrario, solo digo que peleas como un niño pequeño. Todo por culpar a Adam… mira lo que dicen de ti ahora. Eres un fantasma que busca

venganza.

—Pues en cierta forma —el conejo hizo una mueca—, es verdad.

—Tu prioridad es cuidar de mí —dijo ella, pinchándolo con el tenedor e inclinándose hacia él.

Zack lo apartó con una pata. No le contestó, probablemente porque no podía refutar eso. Pero era cierto que por esas ideas en su cabeza, se había expuesto demasiado. Y también la exponía a ella.

Zoey abrió los ojos de golpe. Algo estaba en su cama y el miedo le hizo pegar un buen grito.

—¡ZACK! —lo llamó, antes de correr las sábanas. ¿Pero cómo iba a buscarlo a él para defenderla, si era él mismo el que estaba en su cama? Las orejas del conejo se bajaron y su boquita en forma de cruz se curvó hacia arriba—. ¿Qué mierda haces allí?

—Estoy triste —murmuró, pero su cara no decía lo mismo. Zoey se apresuró a retirar las piernas. Sabía por dónde iba todo eso.

—¡Sí, claro! ¡Salte! —le ordenó.

Zack negó.

—Por favor… ¿Un abrazo? —tanteó, gateando hasta ella. Zoey se acurrucó.

—¿Seguro que quieres solo eso? —preguntó con desconfianza.

—Me siento algo solo —respondió el conejo, parándose a su lado. Ella lo miró de reojo y se dejó convencer por su carita tierna. Suspiró y sujetó al conejo con sus manos.

Lo abrazó con cuidado y Zack puso sus cortas patas en sus hombros.

—¿De verdad estás triste? —susurró Zoey, acomodándose en la cama, con el conejo en sus brazos.

Él asintió y apoyó la cabeza en el hueco de su cuello.

—Cuando estás muerto de la forma en la que lo estoy yo, es fácil sentirme solo… No sé si aún me quieren, o si me extrañan.

Ella se cubrió con la colcha y apoyó la cabeza en la almohada. Zackary, a su vez, se recostó a su lado.

—Claro que te extrañan. Aunque dices que fueron desconsiderados al entregarte al dije, yo veo que tú los quieres. —Lo miró a la cara y él bajó los ojos.

—Es cierto, yo sé que esto era muy importante para mi abuelo.

Ella sonrió apenas y, cansada, cerró los ojos. El conejo se arrimó, con mucho cuidado, y Zoey volvió a abrazarlo. Pronto, se durmió en

medio de un cariño tierno que solo antes había ocurrido en sus sueños.

Capítulo 15

La luz de la mañana le daba directo en los ojos. Zoey los apretó, intentando no despertarse, pero era tarde. Levantó los parpados y volvió a cerrarlos, molesta.

Gruñó. Tenía ganas de seguir durmiendo, pero pronto comprendió por qué no podría. Zack había recuperado su forma humana y la sostenía con firmeza contra su pecho. Se habían dormido abrazados —él como conejo— y un abrazo así hinchaba su corazón enamorado. Pero el problema eran las manos de Zack en la parte baja de su cintura, casi de camino a su trasero.

Se quedó dura, sin saber bien qué hacer, puesto que Zack no dormía y no tenía ni idea si él se había percatado de cuán despierta estaba. Tembló ligeramente cuando se imaginó la cantidad de cosas que él pudo haberle hecho mientras soñaba dulcemente. De pronto, lo sintió mover la mano medio centímetro hacia abajo, e incluso antes de que llegara algo más, se irguió de golpe.

—Vaya, creí que estabas dormida. ¡Buenos días!

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Yo?

—Ni se te ocurra tocar mi trasero.

Zack sonrió.

—¿Crees que no lo hice por la noche?

Zoey no solo se quedó viéndolo con la boca abierta al escuchar lo que su mente ya había temido: su rostro se tiñó de rojo y su ceño se

frunció lo más posible.

—¡IDIOTA! —Se removió en la cama, de modo que las manos de Zack, quien se reía de ella sin parar, se alejaran de su cuerpo. Una vez que estuvo libre, apuntó sus pies hacia él.

Lo pateó hasta tirarlo de la cama, gruñendo de la bronca y la humillación.

«Ya, puede haberme gustado el beso en el cuello. ¡Pero este es un imbécil de primera!», se dijo mientras clavaba los talones en su pecho.

—¡Ya, Zoey! ¿No ves que esto no me duele? —recalcó él, desde el suelo. El chico le dirigió una mirada aburrida.

—¡Ya me canse de ti, bobo! ¡No me trates como un pedazo de carne!

—Pero si eres un bonito y bien dotado pedazo de carne —admitió él con dulzura, ladeando la cabeza.

Zoey se agachó para darle un buen golpe en la coronilla y se alejó de la cama rápidamente.

—¡Idiota! —repitió, y se encerró en el baño, a tratar de relajarse para salir nuevamente y dar la cara.

—Pero si no te toqué nada, ¡era una broma! —soltó el muchacho dejando de lado el tono burlón y las ganas de molestarla, cuando ella abría la puerta y le arrojaba un frasco de champú en la cabeza.

Había determinado que no le hablaría, pero era completamente imposible si tenía a Zack en forma de conejo colgado de su cuello todo el maldito día, preguntando cosas vanas, haciendo chistes malos. Parecía que él estaba desesperado por entablar una conversación insulsa con alguien.

Intentaba concentrarse en las tareas que les habían dado por la falta de clases. Aquello ya no era divertido, *si es que alguna vez lo había sido*. Todavía no terminaba los ejercicios de Matemáticas y luchaba con un proyecto de Historia en el que debía buscar información de internet.

Zack se volvía insoportable conforme pasaban las horas. Ella trataba de buscar información y él seguía deambulando por el escritorio, pisando sus papeles con las patas de conejito y corriéndole los lápices.

—¡Zack! ¡Por Dios! ¿No tienes algo más que hacer?

Zack frunció el ceño.

—Me voy si quieres —dijo de mala gana—, tal vez a seguir

buscando cosas de Adam —la tentó.

Zoey juntó las cejas, a su vez.

—Solo no camines por aquí encima, necesito terminar esto. —Señaló la pantalla de la computadora.

—Bien, entonces sí creo que me iré a husmear por ahí —contestó él, bajando del escritorio de un salto.

—Te van a ver de vuelta —le avisó ella.

—¡Iré como conejito! Si alguien me ve, me tumbo en el piso —sonrió.

Zoey suspiró. Bien, si podía terminar el trabajo, daba igual.

Zackary salió por la puerta, aferrándose al picaporte del otro lado para cerrarla, y al fin quedó sola.

Revisó *Wikipedia* y varios blogs de Historia para sacar lo que necesitaba, pero con todo eso todavía le faltaba mucho para llenar las cinco hojas del trabajo. Volvió a suspirar; por lo menos había avanzado algo en esos escasos quince minutos.

Pronto se dio cuenta de que no podía concentrarse, incluso sin Zack alrededor, y comenzó a mirar el techo. Bajó la mirada y observó la puerta. Claro que él no se había ido sin dejar un escudo alrededor del cuarto.

Volvió a mirar el escritorio y sus ojos se posaron en el librito viejo. Recordó instantáneamente la palabra en castellano que había encontrado y cómo se había acordado del sótano del colegio y la muerte de Zack. Lo abrió y miró la hoja escrita durante tres largos minutos.

Para ella tenía algo que ver y si él salía a husmear por ahí, pues Zoey también.

Se levantó, tomó su celular, se puso las botas y una campera encima; la noche estaba fresca. Salió de la habitación y caminó por los pasillos con cuidado. Era bueno que fuera tan tarde, nadie estaría husmeando, porque se llevaría flor de castigo si la encontraban bajando al sótano; pero no estaba de más ser precavida.

Cuando llegó a las escaleras que bajaban a tan tétrico lugar, se dio cuenta de que no lo había visitado desde el accidente. Tembló al pensar que aún había sangre allí, seca y absorbida por el suelo de cemento. Decidida a olvidarlo, y a encontrar algo a costa de su propia vida, bajó los escalones, alumbrando las sombras de la noche con el celular.

Lo que le sorprendió fue que el sótano tuviera la puerta abierta y, cuando la vio, comprendió que había olvidado completamente que ese lugar debería haber estado cerrado y que su investigación podría

haber acabado allí. Pero estaba abierta, al fin y al cabo, lo que quizás no era buena señal.

Tomó aire y empujó la puerta gris de metal. Caminó por el hall del sótano hasta el cuarto de máquinas y no se sorprendió esta vez cuando encontró aquella otra entrada abierta. Las máquinas nuevas estaban funcionando, manteniendo la calefacción del colegio y la buena circulación de agua, gas y luz; podía escuchar las cañerías golpear ante las diferencias de calor. La mayoría de los armatostes estaban viejos y oxidados, y no funcionaban, claro. El que había atrapado a Zack tenía un engranaje que se suponía que no giraba. *Se suponía.*

Entró cuidadosamente, manteniendo la distancia de los aparatos. El cuarto tenía las luces apagadas y durante un momento se quedó allí, a dos metros de la puerta, sosteniendo el celular tembloroso en sus manos. ¿Y si avanzaba y se mataba al igual que él? Sería posible si no veía nada… Y tal vez el dije estaba planeado matarla al igual que a Zack.

Buscó, con las manos en la pared, el interruptor de la luz y lo encontró segundos después. Las lámparas del techo tardaron en encenderse y, al principio, la calidad era mala. Cuando se aclaró la perspectiva, avanzó despacio, con los brazos pegados al torso y controlando cualquier posible movimiento con sus ojos.

Otra vez estaba en esa especie de pasillo que no le dejaba ver más allá y sabía que, cuando doblara la esquina, ahí estaría la escena de la tragedia. Se estremeció al recordar a Zack destrozado, cuyos ojos grises veían sin mirar. Pero tenía una fuerte corazonada con respecto al dije, el libro y el sótano. Siguió dando pasos cortos hasta doblar la esquina.

Todo estaba limpio. El piso de cemento estaba un poco más oscuro donde la sangre se había derramado, pero no quedaba nada. Se tapó la cara con las manos, para tratar de borrar las memorias de su mente y no mirar el lugar que para ella aún seguía cubierto de dolor.

De pronto, un sonido metálico, de más allá, la hizo saltar y destaparse la cara. Titubeó y pensó si correr o no. «Oh, Dios». ¿Acaso se lo estaba preguntando? Así moriría muy pronto. Pero antes de que pudiera moverse, Zack apareció por entre las máquinas y la hizo gritar hasta el cansancio. Él se lanzó contra ella y le tapó la boca.

—¡Va a escucharte hasta el Intendente, Zoey! —le dijo, cuando ella calló y lo miró horrorizada. Molesta entonces, le quitó la mano.

—¡Me asustaste, tonto!

—¿Qué haces aquí, boba? —replicó él, empujándola suavemente contra la pared.

—Vine a ver algo.

—¿A ver qué? ¿Eres tan morbosa que te fijas si todavía hay sangre? ¿O planeas hacer un ritual con restos de mi cuerpo de la máquina para revivirme como esclavo sexual?

—¿Qué estupideces estás diciendo? —musitó ella confundida y asqueada por lo dicho—. ¿Por qué te reviviría si ya estás aquí? Y… ¿esclavo sexual? ¿De qué miércoles estás hablando? —cuchicheó.

—¿Entonces no me quieres para tener sexo?

—¡No, Zack, para ya! ¿Qué haces tú aquí? —Ella lo corrió con la mano para liberarse de su agarre, pero Zackary la puso de vuelta contra la pared, lejos de los peligros.

—Ni creas que voy a dejar acercar a una de esas máquinas después de lo que me pasó a mí.

—Sería demasiado cliché si pasara de vuelta. —Zoey frunció el ceño—. ¿Tú abriste la puerta?

—Pues claro —asintió él, seriamente—. ¿A qué viniste?

Ella refunfuñó.

—Vine por la palabra en el libro.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que era *este* sótano? Podría ser cualquiera, eso es viejo.

—¡No lo sé! Pensé que… ¿A qué viniste tú?

—Aquí morí, ¿no sabes que los muertos rondan los lugares donde fueron brutalmente asesinados? —cuestionó Zack, irónicamente—. Quería ver… si había algo.

—¿Lo ves? Estamos iguales. Busquemos juntos.

—No, tú te vuelves al cuarto.

—No lo haré, me compete a mí también.

Zack rechinó los dientes y ella arqueó las cejas. Él sabía que Zoey tenía razón y que podía usarlo en su contra, aun cuando eso iba en contra de sus miedos. Lo miró ceñuda hasta que lo venció.

—Bien —gruñó—. ¡Pero no toques nada!

Ella sonrió y asintió. Él la tomó de la mano y la guio con cuidado por el laberinto de aparatos y herramientas en desuso. Las cañerías pasaban a la altura de sus cabezas; otras más abajo, creando pasillos y recovecos.

—¿A dónde vamos?

—Creo que encontré algo por aquí. —Zack la ayudó a pasar por debajo de un caño de agua bastante gordo.

—¿Qué cosa es? —susurró Zoey, algo emocionada. La llevó a la

pared del fondo del sótano, tal vez diez metros más allá de la puerta de entrada—. ¿Qué hay aquí?

—¿No ves esto? —dijo él, tocando la pared.

Ella agudizó la vista. Lo único que veía era que la pared tenía un tono más oscuro, del ancho de un metro, justo frente a ellos.

—¿Qué tiene?

—Es humedad, solo en este pedazo.

—Se habrá roto un caño.

—No, no funcionaría así —contestó Zack—. Detrás de esto hay vacío, hay aire. Otro cuarto.

Zoey intercaló miradas con él y la pared.

—¿Estás seguro?

—Muy. Hazte para atrás.

Confundida, obedeció y observó atónita cómo Zack ponía ambas manos en la pared. Con un crujido bastante audible, esta tembló y de a poco se derrumbó en pequeños trozos de cemento y ladrillo. El polvo la hizo toser y retrocedió, chocando con los caños de agua. Tan solo se había caído ese metro humedecido, pero al fin pudo ver que tenía razón. Oscuro y tétrico, ante ellos y del otro lado de la pared, había un largo pasillo de roca y tierra.

—Es un túnel —jadeó, tapándose la boca por el polvo.

—Así es. Te lo dije. —Sin temor, Zack pasó por encima de los restos de la pared.

—No, espera, ¡no me dejes sola aquí!

Él se volteó y le tendió la mano, para que no tropezara con los cascotes. Zoey saltó por encima de los restos y se metió en la oscuridad.

—Ten cuidado por donde pisas —le indicó, sin soltarla.

Ella tembló ante la oscuridad. No podía ver nada delante y le parecía más segura la luminosidad del sótano.

—¿Estás seguro de esto? —gimió, sin avanzar—. No me gusta nada, me da miedo.

—¿Si la pared estaba sellada, quién podría estar aquí? Hay que ver dónde nos lleva —respondió Zackary.

Así, asustada y sin importar nada, se aferró a su cuerpo. Era valiente muchas veces, pero otras que incluían fantasmas y túneles oscuros… tenía bastante miedo. ¡Era hasta lógico! Podía haber cualquier cosa, como el cadáver del cura de la leyenda del colegio. ¿No habían contado miles de veces que un sacerdote se había suicidado en la escuela? O tal vez había sido asesinado y allí estaba

escondido su cuerpo… Y su espíritu.

—En serio, no me gusta. ¿Y si me ataca un monstruo por detrás y me aleja de ti? ¡Como los zombis de la otra vez!

Zack se rió limpiamente, mientras la obligaba a avanzar.

—¿Quieres ir delante de mí?

—¡No! ¡Ni loca! ¡No me sueltes!

Él volvió a reírse.

—Ven aquí. —Y sin que ella pudiera verlo, él la alzó en sus fuertes brazos, como si fuera un bebé—. ¿Qué te parece así, eh?

Ella se quedó dura, sintiendo la mano de Zack muy cerca de su cintura; pero tenía que admitir que de esa forma estaba segura y no se sentía tan aterrada. Él continuó caminando con paso tranquilo y, a medida que se fueron alejando de la luz del sótano, Zoey se apretó más contra su pecho.

—¿Qué… tan largo será? —murmuró mirando hacia arriba. No podía ver nada, sus ojos se habían acostumbrado, pero la visión era nula. Zackary avanzaba sin miedo y sin titubear—. ¿Puedes ver en la oscuridad?

—Estoy muerto, puedo hacer muchas cosas —respondió él. Guardaron silencio y ella se mordió el labio inferior.

De pronto, pegó un salto y su rostro se contorsionó. Zack se rió de su rostro.

—¿Por qué esa cara? ¿Estás asustada? —se burló.

—¡No es eso! ¡Zack, sube tu mano!

—Ah, era eso. Perdón, se perdió de camino.

Ella pataleó, pero no cambió nada. La mano que estaba en sus piernas se había deslizado un poquito hacia arriba.

—¿Es que no paras ni un solo segundo? ¡En las situaciones menos indicadas haces estas estupideces!

—¡Solo te estoy sujetando mejor! Ya no me retes —respondió él, con sinceridad.

—¿Cómo no voy a retarte? ¡Estás casi tocándome el culo! ¡Eso se llama violación de intimidad!

—¿Intimidad? Vivo contigo —respondió el muchacho.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que tu intimidad ya está violada, niña. —Zack se mordió los labios, a punto de reventar de risa por el tono de su voz—. Es muy fácil ver tu ropa interior seguido.

Zoey rechinó los dientes y lo golpeó en la cara.

—¡Tú eres un tonto! ¡Bájame!

—¿Y si viene un monstruo? —Él la sujetó con más fuerza, pero quitó la mano de donde estaba, deslizándola hacia sus piernas otra vez.

—¡Que me coma y qué! ¡Eres un sexópata! Creo que prefiero a un monstruo que a un sexópata.

—Me gustan las lindas mujeres. Ya cálmate, tampoco voy a colarme en el baño mientras te duchas. Era solo señalar un hecho. Vivo contigo y sé que tus bombachas tienen corazones y lunarcitos. —Su fuerza implacable la mantuvo inmóvil en sus brazos, pero Zoey frunció el ceño, cruzó las piernas y los brazos, y se negó a hablarle durante largos minutos—. Oye… —Zack habló con calma, pasado ese tiempo —, me estoy mojando, ¿y tú?

—¡OH, POR FAVOR!

—¡No estoy hablando de sexo! Me estoy mojando la cabeza, en serio.

Zoey miró hacia arriba y una gruesa gota de agua embarrada le cayó en medio de la frente.

—¡Es verdad!

—¿No crees que… —se detuvieron—, estemos debajo del río, o sí?

—¿No se nos caerá todo encima? —Ella se apretó de nuevo contra él.

—No, si no se cayó antes no creo que lo haga ahora.

Ella tiró de sus ropas.

—Muévete, anda. No me gusta esto.

Zack volvió a avanzar y, cuando ella se calló de nuevo, buscó una forma de mantenerla hablando.

—¿Y cuándo… comenzaste a gustar de mí?

Zoey levantó la cabeza hacia él.

—¿Qué cosa?

—¿Desde cuándo?

Ella bajó la mirada, roja como un tomate. En realidad no tenía ganas de admitir eso.

—Bastante.

—¿Bastante, cuánto? ¿Un año, dos, tres?

—Hace… —Zoey tragó saliva— tres años.

—Eso es mucho.

—Sí.

—Yo…

—Pero estabas con Mariska —lo interrumpió Zoey—, es fácil mirarla a ella, pues es bonita y tiene un lindo cabello lacio —dijo, con un encogimiento de hombros. Aunque intentó disimularlo, se notó la molestia en su voz.

Él quiso rápidamente corregir sus pensamientos.

—Mariska se comporta igual que un gatito —cuchicheó—. Quiere jugar mucho, pero no es muy fiel que digamos. Le gusta creer que es una reina y que todo le pertenece, incluso la gente. Tampoco era muy buena como amiga. Los perros, al contrario que los gatos, son mejores para la amistad y el cariño; son siempre compañeros.

Zoey hizo una mueca.

—¿Me estás comparando con un perro?

—No. Eres más linda que eso.

—Porque en realidad —contestó ella. Se permitió seguir con las metáforas para no sentirse mal por ser el perro de la relación—, hay perros más tiernos que yo… Y su pelaje es más dócil que mi cabello. ¿Has visto lo que es cuando hay humedad o salgo de ducharme? Uf, es un espanto.

—Esta genial así.

Ella bajó la cabeza, mientras sentía su corazón temblar sin control. Había tratado de ignorar la palabra «*linda*» todas las veces que él la había dicho, pero cada vez le costaba más.

Por lo menos, ya no estaba tan nerviosa por eso.

—Y ahora que ya estoy muerto… ¿no te gusta nadie más?

—¿Eh?

—Ya sabes —Zack se trabó—, a veces defiendes tanto a Adam que…

—No me gusta Adam —contestó ella, con sinceridad—. Es feo y ahora creo que tiene problemas de genio. A Jessica sí le gusta, no a mí.

—Ah.

—Además, aunque estés muerto me sigues gustando. No creo que eso cambie —continuó. Ya había dicho bastante de sus sentimientos y en la oscuridad resultaba mucho más fácil decir todo lo que en verdad pensaba. Si estuviera viéndolo a la cara sería otra historia.

Zack sonrió ampliamente, aunque ella no podía verlo.

—Gracias, Zoey. —Y se estiró para besarle dulcemente la mejilla.

Entonces el túnel se abrió y la tierra desapareció debajo de sus pies, dejando ver unas lisas rocas en forma de adoquines. Zoey no tuvo tiempo de desmayarse ni de hiperventilar. Le tocó tragar la saliva que

había acumulado en la boca y recomponerse

—¿Dónde estamos? —susurró ella, tomando más aire de lo normal. De alguna forma había más luz allí. Seguía estando oscuro, pero distinguía formas borrosas.

—No tengo idea. ¿No trajiste el celular?

Se lo tendió y Zack accionó los botones para iluminar el recinto. Se trataba de un hall circular con muchos arcos en las paredes que eran nada más y nada menos que accesos a otras habitaciones. Estaba tan lleno de telarañas que estas formaban cortinas. Aquella era una construcción subterránea hecha de madera y cubos de piedra enormes. En el centro había una mesa de roca también, deforme y gastada.

—¿Qué diablos es esto? —Él la bajó con cuidado, mientras ella apartaba unas telarañas de su cara. Zack se alejó unos pasos hasta un bol de metal del tamaño de un *wok;* metió la mano y revolvió un poco —. Aquí hay yesca seca, es una lámpara antigua —afirmó.

—Lástima que no suelo llevar encendedores conmigo —comentó Zoey. Se abrió paso hasta él, quitándose más telas de araña de la cabeza con desagrado.

Zackary no contestó y alzó un poco de yesca con los dedos.

—Solo una pequeña chispa —musitó y se alejó de ella, buscando en la oscuridad cosas que ella no podía ver.

—¿No vienes con un encendedor incorporado?

Sin responderle, Zack regresó al *wok* y en seguida sacó chispas de lo que tenía en las manos. Curiosa, Zoey lo alcanzó.

Él simplemente golpeaba dos pequeñas piedras.

—¿Y eso funcionará?

—Lo hice muchas veces —contó el joven, golpeándolas una vez más.

Al tercer intento, una chispita saltó a la yesca y lentamente el fuego se apropió de todo dentro del *wok*.

—Vaya —Zoey asintió con la cabeza—. ¿Qué no puedes hacer, eh?

—La muerte no tiene límites, aunque esto no tenga que ver con eso —sonrió él, de costado. Ella se rió y le lanzó un comentario divertido, justo cuando él se lo tomaba muy en serio. Jugó con su dedo como si fuera un arma y se alejó nuevamente para inspeccionar—. Esto es bastante interesante, ¿no crees? Estoy seguro de que aquí no hubo seres vivos desde hace más de setenta años. Y no vale contar a las arañas.

—¿Qué se supone que es, eh?

Zoey trató de seguirlo. No le agradaba quedarse muy lejos de él en

ese sitio. Zack encontró otro bol de metal lleno de yesca y se apresuró a trasladar fuego de uno a otro, sosteniéndolo con los dedos como si fuese un cachorro.

Al tener más luz, pudo divisar otras tantas lámparas distribuidas a lo largo del establecimiento.

Así, siguió a su protector, pasando junto a las lámparas, hasta que la tenue luz del fuego alumbró el interior de una de las habitaciones vecinas. Se acercó despacio y se quedó muda de asombro. Tardó varios segundos es poder hablar en voz alta.

—¡ZACK! ¡Ven aquí!

Él estuvo en un instante junto a ella y Zoey solo tuvo que señalar la pared.

—Ahora sí no entiendo nada.

La pared de ese cuarto, también circular, tenía las mismas letras que el templo y el libro. ¡Entonces sí tenían relación! *El templo, el libro, el sótano y aquel sitio.*

¿Había sido coincidencia que el dije hubiera decidido abandonar a Zack justo allí, que él muriera justo ahí, a pasos nada más de aquel oculto lugar?

—¿Qué es entonces? ¿El código de una logia? —murmuró Zackary, entrando con cuidado—. Porque tiene toda la pinta de ser el refugio secreto de una secta secreta.

—¿Logia? —repitió ella, con la boca abierta—. Quizás, ¡tendría sentido! Si lo pensamos así, podría ser que una logia construyó el nuevo templo sobre el viejo, como dijiste, y lo llenaron de estas escrituras. Seguro el libro era de alguno de ellos. Como un diario. Ya te dije que parece ser un diario.

Zack se adentró y maldijo en voz baja. Ella lo vio agachar la cabeza y mirar el suelo contrariado.

—¿Qué es esto? —gruñó el muchacho, hincando una rodilla en el piso.

—¿Qué pasa?

Él levantó varias cosas del suelo y se encaminó hacia la luz. Eran papeles viejos, llenos de polvo, amarrillos, enrollados y atados con cintas rojas.

—¡Son pergaminos! —exclamó Zoey, repleta de emoción.

Como ella, él se apresuró a abrir uno de ellos. Estaba escrito en ese mismo extraño idioma.

—Genial. Más de donde no entender nada.

Sin más, Zoey le quitó otro de los pergaminos y lo abrió con

impaciencia. Tal fue su sorpresa esta vez al ver la hoja repartida en dos. En la parte de arriba había un texto escrito en español; en la parte de abajo, aquellas letras desconocidas.

—¡Esto parece estar traducido! Si es así, podríamos traducir el libro sacando comparaciones lógicas.

—No creo que eso sea fácil —dijo el muchacho, pero él también miraba interesado el descubrimiento.

Ella negó con la cabeza, pero entró al cuarto para buscar más de aquellos papeles. Había montones en el suelo y tomó los más que pudo.

—Esto es como la película de *La leyenda del tesoro perdido*. —Ahogó un gemido de emoción y corrió de vuelta al hall. Depositó los pergaminos en la mesa de piedra y se dirigió a una estructura de madera polvorosa más allá—. ¿Eso es una escalera?

Él siguió callado y, sin esfuerzo alguno, corrió algunas vigas caídas que obstruían el paso. Efectivamente, quedó al descubierto una vieja escalera.

—Ven, Zo —la llamó. Ella se apresuró a seguirlo, cada vez más excitada. Subieron las escaleras con mucho cuidado puesto que, por lo que imaginaban, estas debían tener más de cien años y podían estar llenas de termitas o rotas por el tiempo.

—¿Dónde crees que estemos?

—Quizás ya debajo del pueblo.

Las escaleras conectaban varios pisos de esa extraña guarida secreta; finalmente, llegaron a unos peldaños más firmes, de roca y cemento. Alumbrando con el celular, se abrieron paso por las telarañas hasta que el camino se cerró con una pared y en una especie de marco.

Ambos miraron confundidos y él estiró la mano hasta tocar la pared interior, que no parecía ser totalmente sólida.

—¡Es tela! —exclamó y, acercándose más, pudo ver dos pequeños hoyos en el textil—. Es la parte de atrás de un cuadro.

—¡Buena entrada secreta!

Zoey se arrimó junto a él y pegó la cara al lienzo para ver por uno de los agujeritos. Todo estaba bastante oscuro del otro lado, pero era imposible no reconocer las ventanas, con vidrios de diferentes colores, de la inmensa catedral del pueblo.

—Esto es de película —susurró Zack, espiando también.

—Estábamos debajo de la iglesia, tal y como en la película del tesoro, ¿no te dije yo?

Él se rió.

—La única diferencia es que esto es la realidad.

Sin detenerse a ver cómo se abría el cuadro, bajaron las escaleras. Querían llevarse todos esos pergaminos y volver al cuarto antes de que alguien viera las luces encendidas de la sala de máquinas del sótano. Tenían que caminar todo el túnel de vuelta todavía.

Sujetaron los papeles y, ya sabiendo que nada iba a pasar, Zoey caminó de buena gana todo el trayecto. Hablaron de lo que habían encontrado y de que deberían volver de día para seguir investigando. Luego de unos exactos siete minutos llegaron a la luz del sótano.

Saltando los escombros que habían quedado en la entrada, ella se volteó a verlo con una sonrisa.

—¿Qué haremos con este hueco? ¿Y si alguien lo ve? —Señaló con el dedo, bastante curiosa por cualquier idea que funcionara. Zack extendió una de sus manos y una pared se materializó donde antes estaba el hueco—. ¡Pero así no podremos volver!

Él negó y sonrió. Estiró la mano y esta atravesó el nuevo muro.

—Es una ilusión. —Y enseguida empujó todos los escombros detrás para esconderlos también.

Sorprendida de la inteligencia de su compañero, Zoey se volteó para volver a los pasillos del colegio. Él la siguió de cerca, sin hablar esta vez, a menos que fuera para indicarle que tuviera cuidado con las máquinas. Ya faltaba poco para llegar cuando alguien se interpuso en el camino. Ella se detuvo de golpe y casi dejó caer lo que tenía en las manos.

Adam Smith la apuntaba con un arma. Zack se adelantó rápidamente y, en el momento en que sus ojos chocaron, hubo una batalla de miradas de odio. El arma dejó de apuntar a Zoey y se centró en Zackary.

—Adam.

La voz de Zack fue un gruñido rencoroso.

—¿Así que andas aterrando niños, eh, Zacky? —sonrió Adam, manteniendo el arma bien alta, firme, apuntándole a la cabeza—. Aléjate de él, Scott.

Zoey tragó saliva, con los ojos fijos en la pistola, al tiempo que Zack se ponía delante de ella.

—Atrévete a tocarla.

Adam lo ignoró.

—¡Que te alejes de él, Scott! Es peligroso.

—¿Peligroso yo? —escupió el chico delante de ella, asqueado y cabreado—. ¿Quién es el asesino aquí, eh?

Pero Adam no se dejó amedrentar; sonrió y negó con la cabeza.

—¡Qué ingenuo eres! Te tenía más inteligente. Ya deja de husmear en mi cuarto, Zack, porque yo... *yo no fui quien te asesinó.*

Capítulo 16

—¿No? —siseó Zack—. ¡Sé que fuiste tú! ¿Quién más podría meterse en el sótano sin que nadie lo notara? Tú sabías del dije y me eliminaste para quedártelo.

—¡JA! —Adam se rió sin humor—. La verdad es que no sabes nada… Y siendo tu abuelo uno de los portadores, creí que estarías más orientado, Zack. Ahora... —agregó, preparando el arma.

—Sabes que no vas a dañarme con eso —gruñó él—, ya estoy muerto.

—Ah, sí, claro que no, no puedo dañarte. Pero a ella sí. —Y movió el arma para apuntar a Zoey justo en la frente, que se ocultaba detrás del brazo contorsionado de Zackary—. Aléjate de ella o la mato.

Zack lo insultó con fuerza, mientras Zoey comenzaba a temblar de forma descontrolada. ¿Él realmente iba matarla? Tuvo deseos de llorar. En ese momento, la adrenalina que la había ayudado en el bosque brillaba por su ausencia. Un arma no era lo mismo que una espada…

—Lo repetiré solo una vez más: muévete o le estallo la cabeza —dijo Adam entre dientes.

—¡Quiero ver que lo intentes!

Adam también insultó y preparó de nuevo el arma, dejándola a punto para disparar; Zoey no pudo aguantar más. Si se quedaba allí una bala le daría sin lugar a dudas. Tenía que correrse de su camino y dejar que Zack se encargara de ese tema, como con las flechas en el

puente. Soltó los pergaminos y se dio la media vuelta para correr por entre las máquinas, lejos de ese loco y sus balas.

—¡ZOEY, NO!

No se detuvo a ver si Zack la seguía o no, pero escuchaba sus pasos con precisión y, detrás, a Adam pegando gritos.

Las balas no se hicieron esperar. Cuando los disparos chocaron contra el techo y las cañerías sacando chispas, Zoey chilló y se encogió sin dejar de correr; pero era solo cuestión de tiempo. Dobló en una esquina entre las tuberías y tropezó. Dejó de escuchar a Zack, como si lo hubiese perdido en un sitio más grande que ese.

Se arrastró por el suelo al ver que aquel pequeño pasadizo no tenía salida y que no podía seguir corriendo. Tendría que esconderse. Gateó y de pronto su pie se trabó con algo. Aterrada por lo que le había pasado a Zackary en ese mismo lugar, volteó para ver qué la sujetaba y se quedó muda de la impresión. Una masa negra, deforme, le apretaba el tobillo con tanta fuerza que terminó por arrastrarla hacia atrás.

Gimió aterrada, mientras clavaba las uñas en el pavimento. Si gritaba, ¿quién llegaría primero? ¿Zack o Adam?

Pero no hizo falta; alguien se detuvo a dos metros y soltó un jadeo. Zoey pegó un chillido al ver que Adam había llegado antes.

¿Y entonces dónde diablos estaba su protector?

—¡ZACK! —gritó.

Adam jaló el gatillo, pero no le apuntó a ella sino a la masa negra que la sujetaba.

—¡MIERDA! —exclamó, al ver que la cosa se resistía y que las balas no le hacían daño. Disparó una y otra vez hasta que el tobillo de Zoey se vio liberado.

Ella quiso aprovechar la distracción que la sombra causaba alejándose por el suelo pero él no perdió el tiempo y la levantó antes de que pudiese huir. La sostuvo contra su pecho, mientras todavía apuntaba con el arma a aquella cosa.

Zoey trató de apartar sus brazos, pero se detuvo cuando Adam volvió a hablar.

—Oh, Dios…

Y se fijó en la máquina de calefacción del colegio, que trabajaba con aire comprimido y gas caliente, que Adam había llenado de agujeros. El artefacto temblaba y ambos supieron lo que iba a pasar.

—¡Corre, corre! —gritó él, empujándola, y en ese momento apareció Zack.

—¡DÉJALA!

—¡No, idiota! ¡LA MÁQUINA!

Zackary fijó sus ojos grises en el aparato a punto de estallar y estos se dilataron del pánico.

—¿Qué hiciste, imbécil?

—¡No hay tiempo para eso! —Como si Adam fuera el dueño de la chica, volvió a sujetar a Zoey del brazo e intentó pasar con ella. Zack no se movió y ella se aferró a su camisa. No lo dejaría allí y no dejaría que Adam se la llevara.

—No, Zoey, suéltame.

—¿De qué estás hablando? Va a explotar —chilló ella.

—Llévatela de aquí —le dijo a Adam sin mirarlo—. Contendré la explosión mientras ustedes corren. Yo ya estoy muerto, no hay problema.

Adam no le contestó y no lo dudó dos veces. Tiró de ella y la alzó en brazos. Sin embargo, Zoey se negó a quitar los dedos de Zackary.

—¡No! ¡Zack, no! ¡No sabes si tu cuerpo durará! —Ella pataleó con fuerza, tirando de su camisa—. ¡No te dejaré! ¡NO! —Sus chillidos se volvieron un llanto de terror y desesperación. Adam tiró de su brazo para que lo soltara y, una vez libre, se alejó tan rápido como podían correr sus piernas y tanto como ella lo dejaba moverse—. ¡ZACK! ¡ZACK! ¡ZACK! —Zoey tiró con todas sus fuerzas para liberarse, pero él fue más fuerte y la soltó con brusquedad contra la pared del sótano para cerrar la puerta del cuarto de máquinas—. ¡No, iré por él! ¡Puede morir!

—¡Ya está muerto! —gruñó Adam, trabando la puerta; así frenaría más la explosión.

En ese momento, ella encontró su única oportunidad para librarse de él. La había soltado. Quería salvar a Zack, pero no podía quedarse allí con Adam más tiempo. Giró hacia las escaleras y corrió velozmente hasta ellas. Pero era demasiado tarde; él volvió a sujetarla justo cuando ponía un pie en el primer escalón.

—¡Cierra la boca o todo el mundo va a oírte!

—¡Que me oigan! —trató de patearlo, pero la aferró con maestría y la subió rápidamente por las escaleras, tapándole la boca con la mano para frenar los gemidos y gritos desconsolados que daba—. ¡No puedes decirme qué hacer!

—Despertarás a todos.

—¡Antes de que me asesines, sí!

Adam le dirigió una extraña mirada, pero esta vez logró taparle la boca de una manera que ella no pudo aguantar. Se quedó sin habla y hasta con riesgos de perder la capacidad de respirar. Toda su fuerza se

hizo verdaderamente presente y Zoey dejó de luchar cuando se encontró con el dolor recorriéndole las extremidades y cuando percibieron un pequeño temblor en el suelo.

La explosión fue un hecho… y mientras más se debatiera, más él la apretaría y la lastimaría.

Así y en lo que a ella le pareció una eternidad después, Adam cerró la puerta de su cuarto y Zoey se dejó caer en el suelo, ahogando lágrimas en sus manos, llena de dolores físicos y anímicos.

—¡Es tu culpa! ¡Es tu culpa! —sollozó—. ¡*Zack…!*

—¡Él ya estaba muerto, tonta! ¿De qué te preocupas? ¡Ni siquiera debería estar caminando entre nosotros!

Zoey frunció el ceño y rechinó los dientes. Las lágrimas bajaron por sus mejillas, coloradas por la ansiedad y la adrenalina del peligro.

—¡Él estaba aquí porque tenía que protegerme! ¡Él cuidaba de mí, de imbéciles como tú, para que no me partieran la cabeza de un tiro!

—¿Qué te hizo pensar eso? ¿Su carita de niño bueno? ¡Está muerto, no puedes confiar en él!

—¿Y en ti? ¡ME DISPARASTE!

—¡Para que él se corriera como el cobarde que es!

—¡Zack no es un cobarde, tú sí! ¡Y no me toques! —añadió con un tono agudo cuando Adam estiró un brazo hacia ella—. ¡Déjame ir! ¡AHORA!

—No. —Adam se cruzó de brazos y se pegó a la puerta.

—¡QUE ME DEJES!

—No lo haré, ¡de ahora en más te quedarás conmigo! Menos mal que ahora sí voló en miles de pedazos, ¡ya no tendré que volver a aguantarlo!

Ella jadeó, sorprendida por el odio que había en sus palabras. Nunca había creído a Adam el verdadero asesino de Zack, pero ahora sabía que era una persona despreciable. Referirse así a alguien y agradecer su muerte era espantoso.

—¡Eres despreciable! —le espetó—. ¡Él perdió su vida, todo por esta mierda! —Sacando el collar de entre sus ropas, lo retó—. ¡Lávate la boca antes de hablar de él!

—Sí que Mariska tenía razón —dijo entonces él, en voz baja. Zoey apretó los puños.

—¿De qué?

—Sí estabas enamorada de él.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy enamorada de él —lo corrigió, con un tono más bajo, pero

firme y seguro.

—Él ya no existe —replicó Adam entre dientes—. ¡Quítalo de tu cabeza! No vale la pena estancarse en recuerdos idiotas.

Zoey intentó contener la ira. ¿Cómo esa persona podía ser tan insufrible? Era un completo desgraciado que no sentía ni la más mínima pena por la partida de una persona al otro mundo. Apretó la mandíbula, enfurecida, y levantó la mano derecha para trazar una perfecta trayectoria con ella hasta la cara de facciones severas de ese imbécil.

Adam se quedó duro, con los brazos cruzados, viéndola atónito y sin poder creer que esa enana rubia acababa de golpearlo.

Cuando bajó sus ojos pequeños y oscuros hasta ella, Zoey recordó que él había intentado hacerla parecer a un colador. Tragó saliva, pero mantuvo la frente en alto mientras intentaba ocultar un temblor. Todavía podía matarla y era allí justo en donde estaba: en sus manos. Lo único que tenía a su favor era que él sabía que si disparaba, esta vez el tiro se escucharía en todo el colegio.

Pero podía matarla de otras maneras.

—¡Zack no es un recuerdo, idiota! ¿Cómo puede ser que entonces fingieras ser su amigo? ¿Por qué estabas cerca de él si no lo tolerabas? —dijo, pero se calló ante lo obvio—. Ya, claro. Era todo por esta mierda —musitó, llena de rencor, sujetando el dije otra vez—. ¿Te acercaste a él para ver cuándo podías meter la mano en el collar, no? ¿Cómo puedes ser tan hijo de puta y desearle la muerte a otra persona? —siguió, alzando la voz. Adam continuó duro en su lugar—. ¡Que para ti él no sea alguien importante me vale! ¡Él es importante para mí! Nunca voy a olvidarlo. Sigue existiendo y lo seguirá siempre —gimió al recordar de nuevo que él había explotado en miles de pedazos hacía minutos—, en mi corazón. —Nuevas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Qué tonta eres —gruñó Adam—. Creí que tenías más cerebro, incluso para estas cosas. No tiene sentido seguir enamorada de alguien que está muerto.

—¿Y a ti qué? ¡Es mi vida! ¡No tienes por qué meterte en mi vida!

—Se va a acabar pronto si sigues así.

Zoey dio un paso hacia él, más enojada de lo que podía estar jamás.

—¡No te metas en lo que no te importa! No te importan mis sentimientos ni lo que hago con ellos. ¿Te importa el dije? Pues ven a recogerlo cuando me acaben, por favor. ¡Ni se te ocurra estar cerca de mí! Me las arreglaré sola y lejos de alguien tan extraño y cínico como tú, porque prefiero estar muerta antes que depender de un hijo de perra como Adam Smith.

Él la miró, con los ojos pequeños fríos y calculadores. Esta vez Zoey no sintió miedo. Ella era mucho más baja, delgada y débil, pero si tenía que morir a manos de Adam para intentar huir, lo haría. Jamás se quedaría junto a alguien como él.

—No te dejaré salir, Zoey.

Y claro que no. Tenía muy claro que no sería sencillo, que derribar a Adam sería como derribar un muro. Supo que iba a tener que tomar medidas desesperadas.

Se retiró hacia atrás, buscando algo con lo que defenderse. Él era más grande de lo que Zack era al lado de ella, y si con él tenía ya pocas posibilidades, con este chico iban a ser nulas. Pero se obligó a recordar que Adam estaba vivo y sentía dolor, por lo que debía idear una estrategia en la que él saliera bastante herido, lo suficiente para distraerlo y girar la perilla de la puerta.

De pronto sintió algo extraño. Como si alguien le hubiera jalado el brazo derecho. Confundida, miró hacia su costado y comprobó que nadie estaba allí. *¿Y si era el alma de Zack junto a ella?*

Entonces sus ojos se enfocaron en un bate de beisbol junto a la cama, tirado en el suelo y fuera de la vista de Adam. Sintiéndose segura por aquel extraño jalón, confiada de que no estaba sola, se agachó rápidamente y alzó el bate.

Arremetió contra Adam, que se descruzó de brazos, sorprendido. Esquivó el primer golpe con suerte, pero a la siguiente vez que Zoey intentó golpearlo, lo atrapó con la mano, empujándolo con eficacia hacia abajo.

Zoey gimió. Él tenía demasiada fuerza.

—¿Para qué lo intentas? —gruñó él, arrebatándole el bate, haciendo un movimiento brusco con él hacia ella.

Asustada, creyendo que iba a golpearla, ella se alejó rápidamente y se pegó a la ventana. Adam se detuvo con el bate y lo soltó, justo en el momento en que ella se giraba para ver el vidrio. *¿Cuántas* posibilidades tenía de abrir la ventana y saltar de allí antes de que Adam la sujetara?

Pero él notó sus intenciones y salió corriendo hasta allí. Zoey tironeó de los cerrojos, pero solo logró levantar el vidrio hasta la mitad antes de que la sujetara de la cintura y la alejara.

—¡NO! ¡DÉJAME! ¡AUXILIO!

Adam gruñó y la lanzó a la cama. Zoey se empujó con los brazos para escapar y fue en vano. Adam se puso sobre ella, aprisionándola contra el colchón. Ahí vino tal vez el verdadero pánico, cuando sus cuerpos quedaron tan cerca como para poder robarle algo más que un

beso.

—Quítate —gimió ella, aterrada. ¿Y si él le hacía algo? Ya no tenía alternativa de escape, puesto que quitárselo de encima era como, de nuevo, intentar apartar trozos de concreto—. O… gritaré.

Adam no sonrió.

—Inténtalo. —Y se inclinó más hacia ella.

Zoey giró la cabeza justo a tiempo. Nunca en su vida iba a permitir que él la tocara de esa forma. Nunca iba a darle su primer beso a alguien como él.

—Ni te atrevas —amenazó.

—¿Por qué no?

«¡Porque no quiero!», quiso gritar, pero mantuvo la boca cerrada, impenetrable, y la cara hacia un lado. Sin embargo, estuvo a punto de berrear llena angustia cuando él puso los dedos en su mentón. «No, no, por favor». Era realmente lo que faltaba para terminar de arruinar su existencia; ese chico se convertiría en el ser más odiado de toda su vida.

Pero, entonces, alguien aporreó la puerta. Quién fuera que estuviera del otro lado, parecía desesperado. Adam se separó de Zoey y tomó el arma. Ella aprovechó rápidamente para salirse de la cama y atrincherarse contra una esquina del cuarto. Más balas, no quería saber nada de eso.

Pero la verdad, ¿es que él estaba loco? ¿Y si era la directora que había escuchado sus gritos? ¿Le iba a disparar?

Él apuntó a la puerta y Zoey se tapó los ojos.

—¿Quién es?

Se escuchó una risa espectral y divertida que reconoció. Pero Adam no. La risa parecía del mismo aire.

—Bien —dijo la voz—. Realmente eres un idiota *si creías que iba a irme tan fácilmente.*

Adam no bajó el arma, pero retrocedió un paso. Zoey se alejó de la pared, conmocionada por oír esa voz tan burlona. Entonces, un puño rompió la madera, creando un agujero enorme en la puerta, y ella sonrió con verdadero alivio y felicidad al ver la cara de Zack a través de él. Zackary le devolvió la sonrisa y levantó el otro puño para destrozar lo que tenía adelante.

—*Ahora sí vas a pagármelas, imbécil.* —Él seguía sonriendo, pero sus ojos grises y etéreos avecinaban otra cosa.

Capítulo 17

—¡ZACK! —exclamó Zoey, llena de felicidad.

El chico pateó la puerta y esta cayó al suelo. Al ver la salida libre, ella se lanzó hacia él, pero Adam la sujetó y la aventó hacia atrás, impidiendo que huyera. El envión la llevó al suelo y la tensión aumentó.

—Vuelve a tocarla y te juro que te mato —gruñó Zackary y Adam rechinó los dientes, sin pensar en Zoey y la agresión.

—¿No deberías ser polvo?

Él sonrió.

—No, contuve la explosión. Soy mejor de lo que pensaba. Ahora —señaló a Zoey—, *apártate de ella.*

—Ni lo sueñes.

Adam dio un paso hacia delante y Zack caminó por encima de la puerta, alzando los puños.

—Zoey es *mi protegida* —replicó Zack con impaciencia —. ¿Es que no comprendes que no puedes contra mí? No importa tu tamaño, grandullón lleno de esteroides, soy más fuerte ahora. Me prepararon para cuidarla. No volví más que para eso.

—¿Esteroides? —Adam apretó los puños y desde el suelo, Zoey le echó una mirada. Sí, Adam tenía esa pinta.

Se levantó lentamente y esperó cualquiera señal de su compañero. Todo podía salir muy mal, pues el captor todavía tenía una pistola en

la mano.

—Sí —sonrió Zackary—, los míos son naturales. —Y se tocó el pecho a través de la camisa.

Adam rechinó los dientes y se lanzó a por él. Zack le hizo frente y se mantuvo en su lugar. Cuando estuvo cerca, se corrió antes de ser golpeado y estiró el puño hacia su cara.

El golpe fue tal que lo noqueó y cayó a los pies de Zoey, inconsciente. Ella lo miró con la boca abierta durante escasos segundos; luego, recordando que ya nada la separaba de Zack, corrió hacia él. No tardó en anudar los brazos por detrás de su espalda, derramando lágrimas de alivio.

—¡Creí que morirías! —gimió en su pecho. Zack sonrió y le devolvió el abrazo.

—Ya estoy muerto, Zo, la gente no puede morir dos veces. —La separó brevemente para guiñarle un ojo.

Salieron rápidamente de allí, sin tocar nada de primera mano. Suponían que estarían fuera de amenaza por horas; el noqueo debería sacar a Smith de circulación hasta la mañana.

Una vez en el cuarto, ella cerró la puerta y se dejó caer en la cama, cansada. Zackary la abrazó una vez más y volvió a prometerle que ese idiota las pagaría.

Al día siguiente, Zoey no estaba haciendo más que mirar el techo desde su cama. Había salido poco del cuarto y había pasado todo el día con mucho cuidado y atenta a todo.

Así estaba, con el ceño fruncido a las grietas de la pintura, cuando alguien abrió la puerta de su cuarto como si nada. El susto que se pegó y la exaltación la llevaron a pensar que se trataba de Adam, listo para sembrar problemas otra vez, y sujetó el cuchillo de cocina que había robado del comedor.

Pero solo era Jessica, que arrastraba sus maletas con una buena sonrisa en la cara. Su amiga se detuvo al verla con el arma en mano y borró la alegría.

—¿Zoey, qué diablos estás haciendo? —chilló.

—¡JESS! —Zoey soltó el cuchillo y corrió a abrazarla—. ¡Estás de vuelta!

—Casi todo el colegio está de vuelta. Ahora, ¿qué haces con semejante cuchillo…?

—¡No es nada! Creí que eras alguien más…

—¿Quién? ¿Freddy Krueger? —preguntó su amiga, con la voz aguda y bastante perturbada.

—No, alguien real, tonta. —Zoey no dejó de sonreír. Hasta se había olvidado por completo del conejo de peluche en la cama—. Qué bueno que has vuelto. —Volvió a abrazarla.

—¿Alguien real? ¿Bromeas? —jadeó ella, dejándose abrazar—. ¿Cómo quién, Zo? ¿No estás un poco…?

—¿Qué? —Zoey se apartó, dejando de lado la sonrisa—. Es que ha habido incidentes otra vez y creo que es mejor estar preparada para todo.

Jessica hizo una mueca, pero asintió con la cabeza.

—Oí que Adam Smith ha tenido problemas —comentó, como si nada. Zoey asintió, disgustada—. ¿Lo sabías? ¿Que lo encontraron inconsciente esta mañana con la puerta de su cuarto fuera de cuajo?

—Sí, lo oí.

—Además de que en el sótano hay cosas rotas… —siguió Jessica. Zoey sabía muy bien que había cosas rotas, pues Zack se había encargado de ocultar bien los restos de las balas y las marcas que estas habían hecho en el sótano. También había recogido los pergaminos y los había escondido debajo del colchón con un bonito escudo. Quería evitar cualquier tipo de problema. Sin embargo, Zack solo había vuelto a la habitación del muchacho para dejar las llaves del sótano y por consecuencia, no había tocado el arma que había quedado en sus manos al caer al suelo.

Si los directivos sabían de ese revólver o no, o lo ocultaban, no estaban seguros. Por el momento esa información no se había filtrado. Por más que era sábado, el chisme del fin de semana se había corrido con mucha facilidad.

—¡Parece que lo golpearon!

—¿Ah, sí?

Pues sería bastante obvio, ¿no? El golpe de Zack en su mandíbula podría habérsela dejado un desastre, pero tampoco eso se sabía con seguridad. Nadie había visto a Adam desde el encuentro por la mañana.

Así, la llegada de Jessica no era más que un presagio de que las clases volverían a la normalidad y ella no pudo detestarlo más. Si bien se había aburrido, ¡justo cuando necesitaba el tiempo para traducir el libro, con los pergaminos encontrados en la iglesia, este se le escapaba de las manos!

Pero lo bueno de la vuelta de su amiga era que las cosas se tornaban algo más normales de nuevo. Jessica le hacía reír,

contándole los pleitos que había tenido con sus padres por regresar a la escuela. Se sentía más resguardada, pues Jess siempre había sido la más fuerte de las dos y, socialmente, la más aceptada y notada. Ahora que había vuelto, ya no se sentía tan sola a la hora de relacionarse con los demás.

Por su parte, Zack estaba *ciclotímico* otra vez. Estaba molesto con Jessica porque de esta forma él no estaría solo con Zoey, y aclaró en voz alta, mientras su amiga dormía, que le frustraba no poder espiar sus bombachas con corazoncitos. Esta vez, Zoey entendió muy bien que lo dicho no era más que una necesidad de manifestar su existencia. Al final, con Jess ahí, él no estaba a sus anchas y no podía hablar ni moverse cuanto quisiera.

Por otro lado, con Jessica en el medio era más difícil para Adam acercarse. Había otras cosas que aceptar, entonces. Zoey admitió que Adam parecía estar loco y que seguramente tenía algún trastorno psicológico. No era mal genio ni mal humor, era algo que se iba de tema. Ninguno de los dos, ni Zack ni ella, comprendía el extraño actuar del chico.

¿Quería a Zoey diciendo que Zack era peligroso, pero luego amenazaba con matarla?

Y lo peor de todo, ella lo había callado. No le había dicho en ningún momento que Adam había intentado besarla. Como habían estado las cosas últimamente, temía que eso creara más problemas. Tampoco quiso mencionar el verdadero odio y desagrado que él había profesado hacia su muerte. Por ahora se limitaría a alejarse todo lo que pudiera de Smith.

Sin embargo, aunque ella estaba dispuesta a tener cuidado y a mirar antes de pisar, las cosas no se desarrollaron como esperaba. Jessica llegó al aula corriendo, apenas tres días después del incidente en el sótano y le soltó cosas que no quiso aceptar.

—¡ZOEY!

Zoey soltó las carpetas con sus tareas; por suerte la clase todavía no había comenzado, si no hubieran sido reprendidas por esos gritos.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada, a Jessica, que estaba agitada pero sonriente.

—¡No sabes lo que pasó!

Ella negó suavemente.

—¡Ya, dímelo!

—¡Adam! —gimió Jessica conteniendo la satisfacción. Pero no obtuvo la reacción esperada de su amiga. Zoey frunció el ceño y apretó los labios—. ¡Me invitó a salir!

Aquella palabra sí que arruinó todo. Zoey dejó caer la mandíbula al mismo tiempo que soltaba una maldición.

—¡Oye! —Jessica se alejó un paso—. ¿Qué te pasa?

—¡No puedes salir con Adam, Jessica! —exclamó, totalmente aterrorizada, se echó para atrás y no disimuló para nada su desagrado. ¿Cómo diablos le explicaba que Adam había querido matarla y que, para colmo, luego besarla? No era posible que Jess saliera con él.

—¿Por qué no? —Ella se cruzó de brazos.

Zoey titubeó.

—Él no es un buen chico. No has estado aquí en días, ¡créeme que no es una buena opción!

Jessica estrechó los ojos.

—¿Por qué dices eso? A ver, ¿qué hizo de malo?

—Tiró una puerta abajo y se metió al sótano, ¿recuerdas? —soltó rápidamente, antes de que se notara que sabía algo más. Jessica era buena sonsacándole información.

—Lo del sótano no es nada, él me contó lo que sucedió. Tiene un golpe horrible en la cara, Zoey. Lo atacaron. Y en primer lugar, Zack ya estuvo ahí.

Zoey estrechó sus ojos esta vez.

—Zack está muerto —replicó con frialdad.

—Si no hubiera entrado no lo estaría —contraatacó Jessica, logrando que ella apretara las carpetas con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlas—. Además, Adam y Zack eran amigos, ¿no crees que él quisiera ir al lugar donde murió su mejor amigo?

—No —contestó ella y Jessica hizo una mueca—. Lo que haces está mal. No puedes creerle a ese. Smith es jodido, Jessica. No es solo su mal humor o su actitud, si no que no es un tipo normal.

Jess también se mostró molesta, dándole a entender de golpe que para ella Adam era mucho más que un chico lindo.

—Da igual, ya le dije que sí.

Zoey cambió de golpe su actitud. Asustada, pasó a suplicar. Si Jessica salía con ese chico saldría herida de un modo u otro.

—¡No, Jess! ¡No salgas con él! —rogó—. ¡Te lo ruego!

—¡No, Zoey, te comportas raro! —Jess apartó la mano y la miró con una expresión contrariada—. ¡Adam me gusta y no desperdiciaré esta oportunidad! —Se sentó en el banco junto a ella y clavó la vista en otro lado, dando por terminada la conversación.

Zoey permaneció parada, con la cabeza dándole vueltas. Aquello no estaba bien, no estaba nada bien. En vez de quedarse en clase, salió

volando por la puerta. ¿Y si eso era una jugarreta de Adam? ¿Acercarse a ella a través de Jessica, usándola como un trapo? Adam Smith era capaz de todo, ahora lo sabía, y sus acciones no eran claras ni tenía razones lógicas.

Corrió escaleras arriba, ignorando al preceptor que le llamaba la atención por no estar en el aula. Zack se había quedado en el cuarto, confiando ahora que Adam no podía tocarla estando Jessica de por medio. Con un escudo alrededor de su protegida, él permanecía como conejo, investigando los pergaminos de la iglesia.

Casi pateó la puerta de la habitación y, al entrar, encontró a Zack en posición de ataque.

—¿Qué te pasa? —exclamó, asustado por la expresión de su rostro.

—¡Adam invitó a salir a Jessica! —soltó.

Zack se quedó mudo durante un segundo.

—¡Maldito tramposo y manipulador! —despotricó luego—. ¡Es más que obvio que lo hace para acercarse a ti!

—Ya lo pensé, ¿por qué crees que estoy aquí? Apenas estamos a martes, Jessica regresó el sábado, ¡y él ya está haciendo esa jugada! Realmente no lo entiendo y como que Jess se enojó cuando le pedí que no saliera con él. Dijo que Adam contó que había sido atacado, ¡qué le habían jugado una treta con lo de las llaves! Obviamente le cree, y el golpe que le dejaste en el rostro ayuda a esa versión.

Zack se transformó en un humano y caminó rápidamente hacia ella.

—Debería haber dejado las marcas del arma, debería haberse asegurado de que encontraran el revólver. ¿Es que los preceptores no lo vieron? Estaba junto a él.

Zoey se encogió de hombros, nerviosa.

—¡No sé qué decirte! Está jugando mejor que nosotros.

—Y más rápido. Hay que impedir que esté con ella. No solo lastimará a Jessica, sino que te pondrá en peligro otra vez.

—¿Y qué hago?

—¡Convéncela! Dile que se droga, que es un borracho y que se comporta mal con las mujeres. —Zack se alejó de ella maldiciendo en voz baja—. Si pone a Jessica de su lado, si insiste en pasar tiempo con ella…

Zoey lo miró marchar.

—Zack… —lo llamó. Él se detuvo y la miró expectante.

—¿Qué?

—No creo que funcione, ¡Jessica no suele tragarse mis mentiras! ¡Intenté decirle que él tenía las llaves del sótano y que rompe las

reglas! Que no es un tipo normal y que actúa raro. Pero le dio igual… Salió con excusas de que tú también te metiste en el sótano.

Él frunció el ceño y su expresión se tornó peligrosa y malhumorada.

—Tenía mis motivos.

—¡Quiero suponer! —contestó ella—. Pero el punto es que estás muerto. Zack… —bajó la voz— hay que decirle la verdad, solo así sabrá que Adam quiso matarme y se alejará de él.

Zackary saltó por encima de la cama para llegar hasta ella.

—¿Es que estás loca? —exclamó, alzando las manos muy cerca de su rostro—. ¿Qué crees que hará cuando me vea? Además, eso es lo de menos, ¿recuerdas el dije acaso? Es por eso que solo tú sabes de él. Mientras más sepa Jessica, ¡más en peligro la pondrás a ella también!

—¡Saldrá con un loco! ¿Eso no es peligroso?

—Buscaremos una forma de alejar a Jessica de él sin decirle del dije —contestó él, sujetándole los hombros—. Tranquila, ya veremos qué haremos. Como primer punto… —Suspiró y se dirigió a la puerta —. Iré a matar a ese idiota.

Zoey se quedó viéndolo, en silencio, sin ser consciente de sus palabras hasta que habló segundos después:

—No hablas en serio.

—Matarlo, golpearlo de vuelta. Le diré que se aleje de Jessica. —Él apoyó la mano en el picaporte.

—Zack, estamos en pleno día. ¿No saldrás como humano, o sí?

Él negó y soltó el picaporte.

—Esto ya es demasiado —susurró, como diciéndole que todo eso lo confundía un poco—. Creí que la muerte sería más sencilla.

—Por eso debemos traducir el templo y el libro con el pergamino. —Ella bajó la cabeza y alzó los ojos cuando Zack se volteaba—. Así podrás descansar.

Él sonrió.

—Lo haré cuando estés a salvo.

Zoey asintió levemente. ¿Entonces? ¿En qué quedaba todo?

—¿Tendré que inventarle cosas a Jessica?

—Haz lo que sea para alejarla de él hasta la noche, cuando pueda salir y ponerlo en su lugar.

Sin más, ella abandonó el cuarto. Debía volver a clases, ahorrarse los problemas y mantener a su mejor amiga lejos de un loco psicópata y desquiciado.

Pero esa noche cuando quedó sola, luego de que Jess se marchara a

estudiar con Penélope, Zack regresó de su escapada nocturna con el rostro lleno de ira y miró a Zoey, que esperaba sentada en la cama abrazada a la almohada

—¿Hablaste con Adam? —susurró.

Él negó.

—Ese es el bendito problema —gimió. Ella se levantó de pronto.

—¿Qué quieres… decir?

—¿No tienes idea de dónde está Jessica?

—Dijo que iba… —Y allí Zoey cayó en la cuenta. Jessica le había mentido. Ella no había ido a repasar Matemáticas por los días que habían estado fuera del colegio—. ¿*Dónde está Adam*? —tembló.

—*Salió del colegio... Le dieron un permiso para ir al pueblo.*

Capítulo 18

—¿Cómo es que le dieron un maldito permiso estando castigado? —chilló Zoey, aferrada a la espalda de Zack, mientras él saltaba la reja del colegio hacia el puente—. ¡Y de noche! ¿Cómo pasó?

—No tengo idea; alguna trampa, magia… ¡No lo sé!

—¿Cómo los encontraremos? —titubeó ella, viendo hacia el pueblo a oscuras.

La penumbra le resultaba aterradora. Ni una sola alma deambulaba por aquellos lares y se le antojaba aún más como una tétrica película de terror. Recordó a los escalofriantes zombis saliendo de sus tumbas en el cementerio y se apretó contra su protector. No creía que ningún zombi fuera a aparecer en ese momento —por más que la niebla se arremolinara junto a los árboles y las partes más bajas de la calle, tornando la atmosfera increíblemente fantasmagórica—, pero ya había aprendido que todo podía pasar.

—Hay formas de seguir a las personas —Zack miró hacia ambos lados cuando llegó al final del puente—, algunas dejan estelas. Las personas que han usado magia alguna vez dejan marca. Adam… ciertamente usa magia. ¿Cómo nunca lo vi?

Zoey estiró la cabeza hacia arriba y escudriñó los alrededores. ¿Ella tenía una estela, cierto? Si la tenía, al menos no la veía.

—¡Será imposible! Yo no veo nada.

—Para ti —se rió Zack, nervioso—, no para mí que estoy muerto.

—¿Y cómo es la marca de la magia?

—Como una estela —reitero él—, como un humo suave de colores.

Zoey se sujetó con más fuerza, al ver que volvía a correr. Llegaron a la plaza, desierta a esa hora de la noche, y ambos se quedaron quietos; el viento les agitaba los cabellos rubios.

Tironeó de su ropa, para preguntarle qué iban a hacer ahora. No había rastro alguno de Adam y Jessica y empezaba a asustarse más de la cuenta ¿Y si no lograban llegar a ella a tiempo? ¿Qué le haría ese loco? Zack habló justo a tiempo.

—Estuvieron aquí —dijo, seriamente—, al menos Adam estuvo. El problema es que no sé hace cuánto.

—Y… ¿y entonces?

Él rechinó los dientes y señaló el único restaurante decente del pueblo, que estaba cerrando.

—La llevó a comer —gruñó, como si fuera lo más terrible del mundo

Zoey frunció el ceño.

—Mientras no decida comérsela a ella…

—El punto es… —Zack miró a su alrededor—, a dónde fueron luego.

Zoey sacó su celular y marcó, otra vez y en vano, el número de Jessica. Ya lo había intentado, pero albergaba la esperanza de que esta vez ella contestara. El sonido interminable del pitido del teléfono fue insoportable. Abrumada, cortó la llamada que nunca sería respondida.

—¡Rastrea su estela! —propuso, tirándole del pelo sin querer.

Zack no se quejó y se giró sobre sí mismo.

—¡Por aquí! —Atravesó la plaza en un correteo veloz y apresurado, con Zoey agitándose por el movimiento en su espalda.

Bordearon la calle principal, completamente a oscuras, y se dirigieron a la costanera pavimentada del río. Habían hecho recientemente un boulevard y era un sitio realmente bonito para pasear. La municipalidad estaba orgullosa, al igual que los habitantes, de tan lindo detalle en su pueblo. Zoey nunca había ido allí, aunque sabía de la novedad. Casi nunca salía del colegio, pues para los permisos hacia poco que había conseguido las firmas.

A esas horas el boulevard no carecía de encanto. En medio del frío, Zoey no imaginó que ese sitio pudiera ser tan bonito. Escuchaban el agua correr detrás de la baranda de cemento decorada; pero además de eso, el silencio era absoluto, como un perfecto pueblo fantasma.

Eso aumentaba su desesperación. El aspecto del pueblo por las noches era el condimento ideal para el secuestro de Jessica, para volverlo una verdadera película de suspenso.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver que Zack bufaba.

—La estela vuelve hacía allí, es más reciente ahora. Un poco.

Zoey miró hacia donde señalaba.

—Hacia el colegio. Pero… si así fue, ¿por qué no captaste su marca allí primero?

—Quizás no fueron al colegio —titubeó Zackary—. El bosque también está en esa dirección. Y si no, pude haberme confundido con ambas estelas, la vieja y la más nueva.

Ella dio un respingo.

—¿Y si lo que quería Adam era atraerme al templo, para reunirse con el tipejo del cuchillo?

Ahora parecía probable que fuera cierta la idea principal de Zack desde hacía unos cuantos días, esa de que Adam era el socio de aquel que casi la mataba en bosque. Y con eso, solo quedaba volver a decir lo mismo: él estaba loco.

Zack tembló ligeramente.

—Si ese es el caso, tú estarás bien, tranquila. También Jessica. Yo me encargaré de eso.

Ella lo miró con ternura, olvidando por un momento todos sus miedos. Si alguien podía tranquilizarla, era Zack.

—Te tomas todo esto muy a pecho. Gracias.

—¡Por favor! ¿Crees que dejaría que tú y ella pagaran por esto? —Zack se rió un segundo—. Primero, son damas y los caballeros tienen que asistirlas cuando lo necesitan. Segundo, y hablando en serio, ustedes son inocentes. Ya te lo dije, esto es mi culpa y me hago cargo de mis errores.

Zoey negó.

—Esto no fue tu culpa, ya basta. Una vez mencionaste que alguien te envió de regreso como castigo por haber perdido el collar. Creo que ese alguien te metió una idea errónea, o al menos que tú malinterpretaste la idea. Créeme, Zack. Esto no fue tu culpa.

Él ya estaba negando con la cabeza cuando ella se estiró hacia delante y le plantó un beso en la mejilla con mucha dulzura. Zackary sonrió como reflejo. Hacía tiempo que alguien no le hacía un mimo y el calor del beso de Zoey se desparramó por su rostro como mantequilla líquida. Fue muy placentero. Sus labios, muy suaves, le produjeron un cosquilleo.

—Gracias, Zoey —dijo—. Vayamos por Jessica.

Cuando cruzaron el puente de la escuela, él viró hacia el edificio.

—¿No están en el bosque?

—No. ¡Él la trajo realmente de vuelta!

No tardaron en ingresar y apresurarse al seguir la estela. Corrieron por los pasillos del colegio, con Zack guiando el camino con precisión y, a pesar de que ella nunca había estado de ese lado de los dormitorios, al menos por propia voluntad, sabía a dónde iban.

La última vez Adam la había arrastrado por esos pasillos, tapándole la boca para que los demás alumnos no oyeran sus gritos, poco se había fijado en el camino. Entre la desesperación por Zack y su propio destino, las lágrimas habían nublado sus ojos.

Pero esta vez era diferente. Había otra clase de desesperación.

Más allá de que intuía que Jessica estaba en el cuarto del tipo que había intentado abrirle agujeros en el pecho, no se imaginaba la razón de aquello… más que solamente un cebo para atraerla. Se detuvieron frente a la puerta nueva del cuarto de Adam.

—¡Ya hazlo! —siseó Zoey, aferrada a su brazo. Zack asintió y golpeó la puerta con sus manos. Esta se abrió de par en par y ella agradeció no haberla sacado de cuajo.

Lo que vio la tomó por sorpresa y deseó golpearse la cabeza contra la pared por no haber pensado en esa posibilidad. El miedo y las sospechas la habían cegado más de la cuenta: apenas podía ver las piernas de Jessica asomando por la cama y el acolchado azul. No localizaba su rostro. Ella se veía tan pequeña debajo de Adam.

Él, al verlos entrar, tomó una posición sobre su cuerpo desnudo bien a la defensiva. No le permitió a Jess ver quién entraba al cuarto, y menos al chico que debía estar muerto parado en el umbral.

Zoey se quedó congelada. Adam estaba tirándose a su amiga, no torturándola como ella había creído. Entonces, Jessica asomó la cabeza por detrás del cuello de Adam.

—¡ZOEY! —chilló, primero sorprendida y luego con algo más: vergüenza—. ¿Qué crees que haces?

La indignación fue palpable justo después, tanto así como su furia. En aquel momento, Zoey se forzó a hablar y notó que Zack estaba bien oculto detrás de la pared, impidiendo que ella pudiera verlo.

—¿Qué crees que haces tú? —contraatacó. ¿Cómo podía estar con ese maldito loco? Si ella supiera cuántas balas había disparado Adam en el sótano, lo hubiera pensado dos veces. Pero allí estaba el punto, Jess no lo sabía—. ¡Te dije que él no era bueno! ¡No confiaste en mí! —soltó, también llena de vergüenza e incomodidad. No quería ver a dos personas desnudas. ¡No quería ver a Adam desnudo!

—¡Sal de aquí!

Zoey negó y miró a Adam con pura furia.

—¡Eres un malnacido! ¡No te bastó con querer llenarme de plomo, ahora también te atreves a usar a mi mejor amiga!

Jessica se incorporó un poco, tapando su desnudez.

—¿Estás loca o qué? —exclamó—. ¡Deja de decir idioteces, por Dios! ¡Necesitas un psicólogo!

—¡Él quiso matarme, Jessica!

—¿Qué dices? —bufó su amiga, completamente roja.

—No sé de qué habla. Tu amiga está loca, Jessica —añadió Adam con cara de póker.

Jessica estrechó los ojos.

—Lo sé, y no tiene una pisca de tacto. ¡SAL DE AQUÍ!

—¡BIEN! No vengas a llorar a mí, si es que te deja entera y no te descuartiza, ¡cuando te des cuenta de que no es más que un psicópata!

—¡ESTÁS LOCA, LOCA!

Zoey rechinó los dientes, lanzó un insulto y se giró para alejarse de esa escena. Cerró la puerta con fuerza detrás de ella y marchó, sin esperar a Zack, por los pasillos.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. ¿Cómo no pensé en esto? ¿Cómo ella hizo esto tan pronto? ¡Siempre hablamos que la primera vez debía ser especial!

Zackary la alcanzó y, al ponerse a su lado, notó que algunas finas lágrimas caían de sus ojos.

—¿Zoey? ¿Entonces Jessica nunca había estado con nadie antes?

—¡No solo va a matarla! ¡Si no que además puede hacerle muchas cosas peores! —gimió ella, negando con la cabeza—. ¡La está usando! No tiene idea… ¡No tiene idea! Él nunca se había fijado en Jessica hasta ahora, irónico, ¿no?

—Lo irónico es que crees que hay algo peor que la muerte —razonó él. Estaba más calmado, pero aún preocupado. Claro que Adam la estaba utilizando, ¿pero qué podía hacer frente a esa escena? ¿Exponerse y sacar a rastras a Jessica de esa cama?—. Pero si ella ha llegado a aceptar esto…

—¡No lo entiendes! Él no quiere nada con ella, ahora simplemente juega, ¡le romperá el corazón! ¡Incluso después de que Adam intentó besarme él es capaz de usarla de esa forma y…!

—¿Qué? —dijo él, de pronto, deteniéndose en el pasillo. Zoey solo pudo dar dos pasos más, puesto que él la sujetó para que no avanzara —. ¿Qué dijiste? —Ella se quedó con la boca abierta, recordando que no debía decir eso—. ¿Intentó… besarte? ¿Contra tu voluntad?

Su tono fue violento y sus ojos grises se oscurecieron. Ella asintió

despacio y, mientras él la observaba con furia en la mirada, aprovechó para abrazarse a sí misma.

—Justo antes de que llegaras… Si hubieras tardado más, hubiera perdido mi primer beso con él —susurró.

Zack rechinó los dientes.

—Hijo de puta… —masculló—. ¿Cómo se atrevió a obligarte? ¿De *verdad*? —Se giró peligrosamente hacia el cuarto de Adam.

—No. Ya, déjalo. Vamos… —Zoey tomó aire. Estaba temblando. El frío se colaba por las ventanas del colegio y desde allí se podía apreciar la nube de tormenta que se acercaba con ferocidad. Las lágrimas se habían detenido a la mitad de sus mejillas y, aunque sus ojos parecían listos para dejar salir un río salado, nada de eso ocurrió —. Vamos al cuarto, tengo sueño y frío y… no quiero hablar más de Jessica.

Zackary la observó con los ojos entrecerrados. Ella ya había tenido demasiado por esa noche. Últimamente, las salidas nocturnas del colegio amenazaban con acabar con su buena salud. El invierno se aproximaba con rapidez.

—La vigilaremos —gruñó el chico. Pasó un brazo por encima de su hombro y la guio nuevamente por los pasillos, hacia la habitación—. Mantendremos a ese hijo de puta lejos de ti.

—¿Y Jess?

—Ya te dije, la vigilaremos. Más no podemos hacer. Ella es libre de tomar sus propias decisiones.

—Adam está loco —hipó Zoey, limpiándose las mejillas.

—Tengo una leve impresión de cómo va a terminar esto. —A pesar del enojo acaecido en su voz, Zack sonrió—. Veremos cuánto tarda en darse cuenta que usar a Jessica no le servirá para nada.

Para Zoey era horrible. No solo ver a su mejor amiga en las manos de aquel loco psicópata era terrible, sino que no recibir de ella ni la más mínima palabra, o declaración de que al menos la notaba, era todavía más feo.

Jessica dormía en el cuarto y luego se alejaba todo lo que podía. Ni siquiera habían discutido otra vez, y a pesar de sus intentos, ella se negaba a hablarle y Zoey entendía que su irrupción en el cuarto había sido descabellada y carente de vergüenza. Pero era por su vida, no por desear molestarla. Y no podía explicárselo así nomás.

—Jessica, ¿podrías escucharme solo un momento? —intentó por decimoquinta vez, pero cuando pronunciaba su nombre, la amiga

huía. Zoey sabía que no tenía mucho tiempo y que al final idearía una forma para decirle porqué entró así. Le diría las veces que Adam la molestó durante su ausencia, pero mientras tanto, no tenía una forma de encararlo.

Y luego estaba el tema del beso. Comentarle a su mejor amiga que el chico que se había acostado con ella había intentado besarla antes, sería más una alegación de egocentrismo y riñas en una ya delicada situación.

¿Cómo salvarla entonces? Jessica parecía caer hacia el fondo del abismo. Eso empeoró.

Tal y como Zack imaginaba, había tenido la esperanza de que Adam se aburriera rápido de ella —al ver que las amigas no se hablaban y ya no andaban juntas—, pero a los pocos días se enteró por boca de otros que Jessica y Smith habían formalizado su relación. Así de rápido.

Fue entonces que su protector le prohibió volver a andar sola en el colegio. Él iba con ella todo el tiempo y procuraba que Zoey se encerrara en el baño cada vez que Adam acompañaba a Jessica al cuarto.

La primera vez que ella vio entrar a ese tipo, con Jessica todavía ignorándola, se le heló la sangre. Zackary, como conejo, fulminó con la mirada a Adam y este le devolvió un vistazo neutro, como si no entendiera demasiado de lo que estaba pasando, como si hubiera olvidado la pelea en el sótano.

Automáticamente, Zoey corrió al baño e ignoró, al borde de las lágrimas, el bufido burlón y rabioso de Jess al verla atravesar la puerta blanca. Zack tomó forma humana en cuanto Jessica se agachó junto a su cama para recoger unas cosas. Fue solamente una forma de marcar territorio, de demostrar que la inocente propietaria del dije no estaba sola y desprotegida. Le pasó un brazo por la espalda y fue él quien, sin perder contacto con los ojos del muchacho, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Abrazó a su protegida, manteniendo su espalda ancha pegada a la puerta, ese día como tantos otros. Podía parecer exagerado, ¿pero hasta qué punto Adam podía enloquecer?

—Tranquila, todo estará bien.

¿Qué debía hacer para salvar a Jessica y seguir protegiendo a Zoey?

Capítulo 19

Zoey suspiró sobre la almohada. Sin Jessica, se sentía sola.

Tenía compañeras, más no amigas tan cercanas como ella. Zack no llenaba su vacío y eso tal vez se debía a que él estaba muerto. Su existencia no podía completarla a todo momento del día, especialmente cuando tenía clase y no podía hablar con él. Lo poco que conversaba lo hacía con él en las noches, cuando Jessica no estaba o cuando a ella no le quedaba otra que encerrarse en el baño.

—No sufras —suplicó el espectro a su lado, afligido y preocupado —. Recuperaremos a Jessica, Zoey, lo prometo.

Ella negó, refregando la cara contra la tela de las sábanas.

—Ella me odia. Nunca me había tratado así. Jamás tuvimos problemas por nada.

—No es cierto —replicó Zack—, está influenciada por Adam, nada más. La alejaremos de él y Jessica volverá a ser tu mejor amiga. Tienes que pensar que él está metido con la magia. Sería muy sencillo volver a Jess en tu contra si lo deseara. Sintiéndote sola te tiene más vulnerable.

—Ella cree que quiero arruinar su noviazgo. Si ella termina con Adam… —Zoey hipó con fuerza—, ¡me echará la culpa!

El chico parpadeó, atónito.

—¿Por qué te echaría la culpa a ti? No tendría pruebas… Jess no es tonta, tampoco.

—Cualquier cosa que pase con Adam ahora para ella será mi culpa

—Zoey giró la cabeza hasta encontrarse con esos ojazos grises y perfectos—. Eres hombre, no puedes entenderlo —se quejó.

—¿Cómo que no?

Zoey negó y volvió a apretar la cara contra la almohada.

Hacía días que Jessica no le hablaba ni le dirigía la mirada. Adam se metía en el cuarto cada vez más y su amiga ahora desaparecía en las noches con él. Jess se sentaba ahora lejos de ella en las clases y en el almuerzo se iba con Adam, dejando a Zoey completamente sola, a excepción de Zack.

Los días que sucedieron a esos fueron incluso más angustiosos.

Sus compañeros intuían que algo andaba mal entre ellas y aunque Jessica no parecía decir nada sobre eso, la mayoría lo relacionaba con Adam.

Un extraño rumor pareció extenderse y no pudo saber finalmente si Jessica lo había negado o no. Las palabras se movieron en su contra en algún punto y Mariska Sullivan no tardó en saberlo también.

Una tarde, camino a Química, se la cruzó en el pasillo y le hizo saber lo mucho que la despreciaba y cuán zorra era.

—Primero con Zack, ¡ahora con Adam! ¿Es que no te cansas de querer romper relaciones, Piojo mugriento?

Zoey contuvo la ira, se mordió el labio inferior y se alejó de Mariska antes de que pudiera seguir descargando insultos. Quería alejarse de todos, terminar con la clase e irse a la cama, pero para su decepción, al intentar entrar en su cuarto horas más tarde, lo encontró firmemente atrancado.

—¿Jessica? —preguntó, pegando la oreja contra la puerta.

—Estoy ocupada. ¡Vuelve más tarde!

Zoey supo inmediatamente que Adam estaba allí dentro.

—¿Qué? ¡Ábreme! ¡Ya quiero acostarme!

—Pues lo siento —Jessica habló con verdadera ironía—, vuelve más tarde.

Zoey golpeó la puerta con fuerza, chillando desesperada. Todos los alumnos estaban en vías de acostarse en sus respectivas camas y, con el invierno avanzando, los pasillos estaban fríos. ¿Cuánto tiempo la dejaría allí esperando?

—Voy a matar a ese imbécil —gruñó Zack desde la mochila. Zoey dejó de golpear, cansada y con los puños doloridos.

—¿Qué voy a hacer? —gimió—. No quiero esperar a que salgan. ¡No quiero verlo!

El conejo asomó la cabeza por entre el cierre.

—No. Nos vamos.

Ella lo miró confundida.

—¿A dónde?

—Esperaremos un rato en la azotea. Hace frío, lo sé —añadió Zack al ver la cara de congoja de la chica—; pero allí no te verá al salir, ni tampoco los profesores. Si te atrapan a deshora en los pasillos te llevarás flor de castigo. Y si explicas por qué, Jessica tendrá problemas también y te echará la culpa.

Contrariada, Zoey asintió. En eso tenía razón. Jessica creería que la había acusado y eso podría hundir más el cuchillo en la herida. Le quedaba confiar en Zack y creer en él más que en nada, aunque el frío de la azotea la helara por un rato.

Apurada, y mirando hacia todos lados por si alguien la veía, subió las escaleras que la llevaban a la terraza. Saltó los escalones de dos en dos y, al llegar a la puerta metálica que dejaba pasar el aire fresco, Zack salió de su mochila. La puerta se abrió y Zoey salió.

Se sentó en el suelo junto a la pared y se abrazó a sí misma. Zack se agachó junto a ella con forma humana. En un segundo, la levantó del suelo y ocupó su lugar. Antes de que ella terminara de entender qué era lo que él hacía, descubrió que estaba sentada entre sus piernas, con los brazos del chico rodeándola fuertemente.

—Así no sentirás tanto frío.

Trató de no ponerse nerviosa ante la forma en la que estaban. Se sentía tan protegida por él, tan querida. Se acurrucó en su regazo y apoyó la cabeza en su hombro. Suspiró, tan casada de todo eso que la venía agobiando y se esforzó por pensar solo en él, aunque fuera un rato; pensar en el amor que todavía le profesaba. Aspiró su aroma y se relajó.

Zack la abrazó con más fuerza al sentir sus temblores y apoyó la barbilla en la coronilla rubia y rizada de la joven. Comenzó a pensar en todo lo que sucedía.

Zoey era lo más importante que tenía ahora y le molestaba demasiado la forma en la que Adam le amargaba la vida. Odiaba, con todo el resto de existencia que le quedaba, cuánto había hecho para que Jessica la detestara. Ella no merecía eso —Jessica tampoco, ciertamente—; después de todo lo que su protegida había pasado, tan solo quería liberar a su amiga para liberar a la chica que a él le importaba. En cuanto Jessica comprendiera todo, Zo la perdonaría y tendría de vuelta ese apoyo incondicional que tanto necesitaba.

Sabía muy bien que él no era suficiente para ella, no de la misma forma que la chica llenaba sus vacíos. Si estuviera vivo, la cosa sería distinta. Podría completarla, llenar su vida y sus desdichas.

Zoey comenzó a temblar de manera descontrolada apenas cuarenta minutos después. Estaba adormilada, muy cansada después del largo día, pero el frío no la dejaba caer en la inconsciencia de una vez. Rechinó los dientes, maldiciendo a Adam en todos los idiomas que sabía. Si enfermaba, iba a degollarlo con el cuchillo más desafilado que encontrara, para que la tortura fuera aún más dolorosa.

Luego de esperar unos diez minutos más, gruñendo por lo bajo, tomó a la chica en brazos y entró al colegio. Iba a tirar la puerta abajo, sin importar si Jessica lo veía y se espantaba. Tal vez sería mejor así, incluso. Ella sabría por qué Adam era peligroso.

Se detuvo frente a la puerta cerrada del cuarto de las chicas y escuchó. Había un completo silencio dentro y estuvo a punto de insultar si Jessica había sido tan malvada de despedir a su novio y no avisarle a Zoey por el celular para que volviera. Podía llegar a ser posible, si él la hubiera contaminado demasiado. Su estrategia resultaba ser otra, al final: alejar a Jessica para debilitarla. Y así lo estaba logrando.

Despacio, estiró una mano libre hacia la cerradura y, con un movimiento simple de sus dedos, esta se abrió. El cuarto estaba a oscuras y Adam no estaba allí.

Entró despacio al sentir la presencia de Jessica, acurrucada bajo las sábanas, pues no sabía si estaba despierta. A pesar de que sus teorías sobre cómo la amiga de su chica se había ido a dormir sin avisarle, no quería que ella entrara en pánico al verlo. No ahora que no era necesario; sin Adam no tenía caso.

Recostó a Zo en la cama, le quitó los zapatos y, cuando estuvo a punto de convertirse en conejo otra vez, escuchó un quejido a sus espaldas. Se giró lentamente para ver el pequeño bulto que era Jessica. El cómo se agitaba le hizo comprender rápidamente que la chica estaba llorando.

Durante un segundo, se quedó duro, sin saber qué hacer, hasta llegó a pensar en ir a consolarla. Algo malo había pasado y, como todo, Adam tenía la culpa.

Sin hacer ruido alguno, se convirtió en conejo y saltó al regazo de Zoey, ya bien calentita y dormida. Por el momento, Jessica no parecía herida físicamente, solo de forma emocional, y lo cierto era que aún estaba algo molesto con ella. No tenía deseos de pelear con Adam por herirla justo a esas horas.

Tratando de ignorarla, se metió entre las sábanas de su niña y se tapó fuertemente las orejas. Mañana sería momento de arreglar ese pequeño embrollo. Zoey se encargaría de su amiga y él de ese imbécil.

A la mañana siguiente, despertó bien metida dentro de su cómoda cama. No recordaba haber llegado hasta allí, pero le atribuía el suceso a Zackary. Se dio cuenta de que llevaba el uniforme puesto desde la noche anterior y al destaparse se alegró de que fuera así. ¡No tenía que cambiarse! Tan solo la falda estaba algo arrugada.

Sonriente, corrió hasta el baño.

Después de peinarse un poco, recordó lo de Jessica con toda claridad. Cautelosa, salió y miró la cama de su amiga. Jess todavía estaba en la cama, totalmente tapada por las colchas y, a pesar de que el reloj marcaba que le quedaba diez minutos para empezar las clases, ella no parecía tener intención alguna de moverse de allí.

Despacito, se acercó.

—¿Jess? Se hace tarde —dijo, esperando recibir una pataleta como respuesta. Pero en vez de eso, Jessica le contestó con la voz apagada.

—No voy a ir a clases.

El tono de su voz la alarmó. Allí había algo raro.

—¿Por qué? ¿Estás enferma, te sientes mal?

—No, solo quiero estar sola.

Zoey no movió ni un músculo. Comprendió en menos de un segundo lo que había pasado allí y no supo cómo no había interpretado antes la angustia en la voz de su amiga.

—¿Qué fue lo que te hizo? —dijo, en un susurro bajo.

Jessica no contestó y Zoey, entre maldiciones, la destapó de un tirón.

—¡Déjame! —gimió ella, acurrucándose hasta darle la espalda.

—¡No! Quiero saber qué te hizo, ¡ahora! —exigió, muerta de rabia. No podía ser que ese animal la hubiera golpeado, ¿o sí?—. ¡Jessica! ¿Te golpeó? ¡Dímelo!

Jess volvió a quedarse callada.

—¡Sí fue eso! —chilló Zoey—. ¿Dónde? ¡Dime dónde te golpeó!

—¡No! ¡Que no lo hizo! ¡No me golpeó! —Jessica agitó los brazos y se arrastró por la cama hasta ponerse bien contra la pared.

—¿Y entonces? ¡Dime ya mismo que pasó!

—¡ÉL ME DEJÓ! —gritó Jessica, dándose vuelta por fin, con la cara mojada de tanto llorar—. ¿Era eso lo que querías escuchar? ¿Quieres que ahora te diga que tenías razón?

Zoey se quedó dura. Eso sí que no lo esperaba, no al menos tan pronto. ¿Qué diablos estaba haciendo Adam?

—No… Es decir, ciertamente esperaba que tú lo dejaras a él —susurró, con los brazos flácidos colgando a sus costados.

—¿Por qué iba a dejarlo? —despotricó Jessica, envuelta en lágrimas otra vez—. ¡Siempre me gustó y cuando me dio su atención…!

En ese momento su amiga se echó a llorar con fuerza sobre la almohada, desconsolada. Zoey suspiró, dolida de verla así. Se arrimó, despacio, la abrazó y le dijo miles de palabras tratando de reconfortarla. Pero aquello iba a ser largo y las dos iban a tener que llegar tarde, muy tarde a clase.

—Zoey… —Jessica se abrazó a sí misma, tres horas después—. ¿No estás enojada conmigo? Te traté realmente mal. Ni siquiera sé porque hice algo tan feo.

Zoey le tendió un pañuelo.

—No, todo lo que hiciste lo hiciste por culpa de él.

Jess hipó.

—Pero… tienes que reconocer que aparecerte en su cuarto…

Zoey puso los ojos en blanco. Claro, cualquier pensaría que lo hizo por celos. O por estar loca.

—Yo te buscaba a ti. No quería arruinarte la noche, para nada. Es solo que Adam es peligroso. La verdad es que no imaginé lo que podían estar haciendo hasta que lo vi. Lo siento.

Jessica guardó silencio otra vez y se sonó la nariz con el pañuelo por tercera vez.

—Eso de que quiso matarte… ¿de dónde lo sacaste?

Ella suspiró. ¿Cómo explicarle eso a su amiga, sin revelarle la verdad sobre el conejo que permanecía inmóvil en su cama? Tomó aire, abrió la boca varias veces y volvió a cerrarla. Se llevó las manos a la cara, sin saber exactamente qué decir.

—Es difícil de explicar.

Jess frunció el ceño, por suerte con los ojos menos hinchados.

—Dijiste que te disparó —le recordó.

La rubiecita hizo una mueca. Cierto, se le había escapado. Entonces no quedaba más que contar un poco de la verdad.

—Sí lo hizo. Adam trama algo raro.

—¿Cómo fue que te disparó, entonces? —Jessica entrecerró los ojos, recelosa.

—Él… Fue en el sótano.

Jess casi salta de la cama.

—¿Qué hacías tú en el sótano? —preguntó.

Zoey se alejó brevemente de ella, pero Jessica la acercó sujetándola por el brazo.

—Fui… a ver algo.

—¿Qué fuiste a ver? ¡Olvida la muerte de Zack! Te tiene hecha una psicópata. ¿No ves que actúas raro?

Ella se liberó su brazo. No estaba de humor para que Jessica le diera órdenes ni la acusara de nada. Más después de su actitud, por más que Adam tuviera la culpa.

—¡Solo quería ver algo! —le espetó—. Y allí apareció Adam y me disparó. ¡Está loco, Jess! Por eso no quería que te acercaras a él.

Jessica miró el suelo sin tener deseos de contestar. Sabiendo que la chica no le creía, Zoey no insistió. Quizás ese era un tema que deberían hablar luego. Ya habían pasado toda la mañana encerradas en el cuarto y las únicas palabras que había cruzado se habían referido a un consuelo. Había hecho su parte perdonándola y por las miradas asesinas que había captado por parte de Zack, supo que él se encargaría de Adam.

Antes del almuerzo, obligó a Jessica a ducharse y a ponerse el uniforme.

—Hay que dar la cara. Que no vea que te afecta.

Sin embargo, ni ella misma creía en sus palabras. Si le pasara lo mismo, si Zack la dejara —en el hipotético caso en el que fueran pareja—, no querría salir y verle la cara. Pero para que Jessica saliera de allí con la frente en alto, debía fingir.

La empujó hasta el comedor y solo cuando estuvieron seguras de que Adam no estaba allí, se acercaron a la fila.

—¡Oh, no! —gimió Jess de pronto—. ¡Ahí viene él! Te espero en la mesa. —Y la chica desapareció de su lado.

Zoey miró de reojo la dirección por la que Adam se acercaba y, decidida a ignorarlo, se paró más recta. Mortificada, observó a Jess sentada en la mesa más alejada del comedor.

Entonces alguien le tocó el hombro y, cuando escuchó un gruñido saliente de su mochila, se imaginó que las cosas se iban a poner muy feas.

—Vaya, ¿será que tu conejo tiene rabia? —susurró Adam sobre su hombro.

Zack lo insultó audiblemente en menos de un segundo y ella rechinó los dientes. Ese tipo sí que era insufrible. ¿Qué debían hacer para sacárselo de encima?

—Aléjate de mí y de Jessica —le advirtió, sin voltearse a verlo.

—Me temo que lo primero no será posible, Scott. ¿Podríamos hablar a solas sin tu molesto peluche de por medio?

—Te voy a arrancar los ojos y cada falange de tus malditas manos si le tocas un solo pelo, hijo de puta —gruñó Zack con voz de ultratumba.

—Qué encantador, el bicho muerto —ironizó Adam con asco—. ¿Y qué dices, Scott?

—¡Que te alejes de mí y de mi amiga! —le gritó Zoey, dándose la vuelta por fin. Varios alumnos se giraron al escuchar el bramido. Él no cambió su expresión dura. No dijo nada y se marchó de allí, antes de que se armara más alboroto.

Malhumorada, ella apenas prestó atención a las maldiciones de Zackary mientras agarraba el almuerzo. Comenzó a pensar en si Jessica había visto el embrollo, justo cuando recogía las bebidas. Ciertamente, era imposible que no lo hubiera visto. Sabía muy bien que ella estaría pendiente de Adam, en cualquier caso.

Caminó, fastidiada y con la cabeza gacha hasta la mesa, preguntándose cuáles serían las palabras de Jess. Los ojos de su amiga se veían ansiosos y durante unos segundos evitó mirarla.

—¿Te preguntó por mí?

Zoey titubeó.

—No —dijo finalmente—, solo quería molestar.

—¿Cómo?

—No sé, Jess, lo eché.

—Pero algo te dijo…

—No mucho.

—¿Segura que no…?

—¡Él quería hablar conmigo! —contestó de mala gana. Jessica se quedó dura y la observó incrédula.

—¿Contigo? —soltó, como si no pudiera creerlo.

—Él aún quiere matarme, lo sé. Y… —se mordió el labio inferior. Sabía que Jessica no iba a creerle, pero prefería hablar antes que quedarse tan callada—, creo que se acercó a ti por eso. —Y sí, estaba sonando como una loca.

Jess la miró en silencio durante unos segundos.

—Quiero que te escuches, Zoey —dijo seriamente—... ¿Matarte? Seguro él fue al sótano como tú, te vio mal y creyó que eras el tipo que asesinó a su amigo. Si es que murió de esa forma, claro.

Zoey negó rápidamente, enfadada porque ella se empecinaba con

defenderlo. Pero Jessica solo quería encontrarle la lógica a lo que decía, tenía que grabarse eso y tranquilizarse.

—Adam es la primera persona de la cual sospecho —contestó duramente—. Sabe que lo sé, por eso quiere eliminarme. Jess, realmente no te estoy mintiendo. Fue agresivo conmigo. Dijo un montón de cosas sin sentidos. ¿Crees que yo hablo raro? Pues él lo hace el triple.

Eso no era del todo cierto. Adam quería matarla, pero solamente por la cosa que le colgaba del cuello.

—Esto es un drama…

—Lo sé —admitió—, y tampoco tengo pruebas. Pero espero que algún día… —Se contuvo, pero luego pensó: ¿para qué? Si Adam la agarraba, Jess debía saber que había sido él—. Si aparezco muerta… échale los perros.

Jessica puso los ojos en blanco y no dijo más nada. Otra vez, debía esperar para que su amiga entendiera todo.

—¡Aléjate de mí!

—¡No! Hablaré contigo sea como sea.

Zoey trató de patear a Adam, pero este la sujetó contra la pared.

—¿Qué te dijo Zack de los pergaminos?

—¡Que me dejes! ¡Loco!

No tenía idea de por qué Zack no estaba en su mochila y moría por llamarlo a gritos. La presión que Adam hacía sobre su brazo le lastimaba la piel.

—Mira, Zoey, ya no puedo perder el tiempo. Tú me lo hiciste perder a mí cuando no me dejaste darte un simple beso. —Adam le sujetó la mandíbula, en un fiero agarre, manteniendo su rostro firmemente recto, cerca de su propia cara. Se inclinó hacia ella y lo único que ella pudo hacer fue chillar y observar otra vez cómo ese cretino pretendía besarla.

—¿Zoey? —Jessica apareció en el pasillo y ella quiso gritar de alivio. Los ojos castaños de su amiga se fijaron en el agarre brusco de Adam y de cómo su boca estaba tan cerca de sus labios—. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó con la voz helada como un cubito de hielo.

—Nada. —Adam soltó a Zoey de golpe y se alejó de ellas tan tranquilo, como quien no quiere la cosa.

Las dos chicas permanecieron calladas e inmóviles durante unos largos segundos, hasta que Jess se largó a llorar. Zoey la abrazó, tan

dolida como ella y, además, asustada. Odiaba a Adam tanto que ni podía creer que alguna vez lo había defendido. Terminó llorando también y tuvo que hacer fuerza para parar y entrar a la habitación arrastrando a su amiga.

Horas más tarde, Zack regresó al cuarto —cuando Jessica ya se había dormido—. Tenía forma humana, estaba agitado, pálido como un verdadero cadáver y con los ojos grises bastante confundidos.

—¿Qué paso? ¿Dónde estabas? —sollozó Zoey, sin poder aguantar ya más el llanto que se había obligado a reprimir—. Adam… —comenzó a decir, pero algo en la mirada de Zackary la acalló.

—Adam —repitió él—, justamente.

—¿Qué?

—Desapareció.

Capítulo 20

Zoey dejó caer la mandíbula. El llanto se esfumó.

—¿Cómo que desapareció?

Zack la calló con un dedo, mirando de reojo a Jessica.

—Fui a buscarlo para golpearlo un poco, pero no hay rastro de él. Pensé que quizás había estado aquí, pero luego de seguir su estela lo perdí en el río.

—Sí estuvo aquí —gimió ella—, pero antes de la cena. ¿Dónde estabas entonces?

Él gruñó.

—Pensé que estando con Jessica no se te acercaría.

—Jessica se retrasó y yo la esperé en el pasillo. ¿Dónde estabas? —insistió la niña.

Zack le indicó que entrara al baño. Abrazándose a sí misma, Zoey salió de la cama y corrió hasta el pequeño cuarto. Una vez que la puerta estuvo cerrada, él levantó la voz.

—Fui a dar una vuelta por el sótano. Temía que Adam hubiera hallado la pared que lleva al túnel. Pero nadie ha estado allí además de los hombres que vinieron a mirar los daños de la caldera. Nadie con magia, por lo que él no bajó.

Zoey no contestó enseguida, puesto que los recuerdos de esa noche ocuparon su mente. De pronto recordó la masa negra que la había atacado y cómo había olvidado decírselo a Zack.

—¡Olvidé decirte algo! —exclamó, segura de que él la retaría a pesar de todo.

—¿Qué cosa?

—Cuando Adam le disparó a la máquina de calefacción había una cosa negra, como una sombra, que quería llevarme. Él le disparó a la sombra y le dio a la máquina.

Zack abrió la boca desmesuradamente y, en efecto, se enojó.

—¿Cómo no me dijiste eso? ¿Cómo diantres voy a protegerte de algo que ni idea de su existencia? ¡Es tu vida, Zoey, pero a mí me encargaron protegerla!

Sabía muy bien que él tenía razón, pero ya era un poco tarde para lamentarlo. Hizo un puchero y esperó que eso apaleara su enfado. Zack no cambió la cara y no le quedó otra que defenderse.

—¡Con lo de Jessica lo olvidé!

—¡No es excusa!

—Pues ya pasó —contestó ella, sin ganas de discutir por eso. Al pasado pisado, ¿no?—. ¡No podemos hacer más nada!

Él suspiró y asintió.

—La próxima vez no cierres esa boca, o no podrás decir más nada con ella —susurró mirando el techo, bastante preocupado—. Ni siquiera has dado tu primer beso, así que procura mantenerte viva para ese momento.

Con un leve sonrojo, ella le contestó con la cabeza. No le gustaba pensar en su primer beso, aún inexistente, justo con él delante. Ya había soñado demasiado cuando estaba vivo que le robaba un fugaz roce. Además la ponía nerviosa la forma en la que Zack hablaba de su boca.

—Aunque —él seguía pensativo—, no olvides el sexo, eso vale aún más la pena.

Esta vez ella no pudo evitar chistar. Sin embargo, se tragó la vergüenza.

—Eso no es lo más importante —dijo con más sinceridad de lo que pensaba.

Zack bajó automáticamente los ojos hasta su rostro.

—¿Que no? —casi pareció indignado—. No dejaré que mueras virgen —contestó decidido, quizás demasiado—. Yo mismo me encargaré de eso de ser necesario.

Otra vez roja, hasta la raíz del cabello, Zoey dejó caer la mandíbula. Obviamente él debía de estar bromeando, pero su rostro serio le hizo quedar la risa histérica pegada a la garganta. Tragó

saliva.

—Sí. ¡Claro! Está bien —soltó siguiéndole el juego.

—Muy bien —contestó Zack, bien serio.

—Sí… por eso, *claro* —se rió ella.

—Pues de acuerdo.

—¿De acuerdo? —Zoey frunció el ceño, ahora confundida. ¿Estaban jugando o no?

—Sí —él titubeó—, pero… ¿De acuerdo qué?

—¿Que, qué?

—Yo te dije que sí.

Zoey pestañeó, ahora sí fuera de línea.

—¿De qué diablos hablas?

Zack también parpadeó.

—¿No estamos hablando de sexo?

—Tú estás hablando de sexo, no yo.

—No —Zack sonrió, burlonamente—, tú sí. Dijiste que te acostarías conmigo, ¿no es cierto?

Zoey negó, tratando de volver a tomar aire, porque por un momento se había olvidado de respirar.

—¡Yo no dije eso! ¡Además tú estás muerto!

Él se encogió de hombros.

—¿Y eso qué tiene?

—No cometeré necrofilia. —Se alejó tres pasos de él, viendo cómo ensanchaba esa atractiva sonrisa que siempre la volvía loca.

Se la veía venir. Zack siempre disfrutaba molestarla de esa forma, poniendo sus sentimientos en juego como una excusa.

—La necrofilia se refiere a sexo con cadáveres, en realidad. —Zack estrechó los ojos y avanzó los tres pasos que ella había retrocedido—. No soy un cadáver, este cuerpo es nuevo y está sin estrenar.

Ella tomó aire y alargó los brazos entre sus cuerpos para mantenerlo apartado.

—¡Pues no pensarás hacerlo ahora!

Zack ladeó la cabeza, divertido.

—Bueno, estamos en tu baño con Jessica del otro lado de la puerta. No es conveniente que la despiertes con tus gemidos.

Acortó la distancia entre ellos, corriéndole los brazos en el movimiento para dejarla contra la pared. Zoey ahogó un gemido de sorpresa y miró la enorme sonrisa de Zack muy cerca de su boca. Su

aliento dulce le tapó la nariz y le distorsionó los sentidos. Sus labios se veían tan atractivos y deliciosos… ¿Por qué diablos se resistía a ellos? Tomó aire y se decidió. Si él llegaba a intentar besarla…

Zack puso ambas manos en la pared, junto a su cabeza.

—¿Te vas a quedar callada? ¡Mira si te escucha quejarte de mí! —rió él.

Zoey no contestó. Si decía que estaba dispuesta a soportar sus exquisitos besos, seguramente se burlaría de ella. Pero… ¿y si no tenía siquiera intenciones de besarla? ¿Solo de joderla?

—¿Por qué siempre…? —soltó, con un tono histérico cuando él se inclinó hacia ella.

«A la mierda, voy a morir».

—Sh, recuerda que no debe oírte —susurró él en su oído.

—¡Yo no dije nada! No esperaba que…

—¿Qué? —Zack apretó de pronto los labios contra su piel y una de sus manos se deslizó por la curva de su cintura, hacia sus caderas—. ¿No es lo que esperabas? ¿Qué esperabas?

—¡Nada! —se apresuró a contestar Zoey, con los cachetes muy rojos. Más vergonzoso que ser acosada y encima disfrutarlo, era admitir que esperaba un beso de él.

—¿Nada? —Con la otra mano, Zackary le sujetó el rostro. Era obvio que él no le creía nada—. ¿No esperabas que te besara?

Había una burla suave en su voz y Zoey tardó medio segundo más del necesario en reaccionar y negar todo rápidamente. Él había dado en el clavo.

—¡Que no!

Él rió con tranquilidad.

—Mi pequeña Zoey. —Acarició su mentón con la punta de los dedos—. Tengo que enseñarte a mentir.

Zack se inclinó lentamente hacía ella, sin dejar de sonreír, sujetando firmemente su rostro para que no pudiera correrlo. En ese momento de ilusión, llegó a creer que realmente la besaría. Llegó a creer que la suavidad de sus labios la harían sentir en el mismo cielo. Pero Jessica golpeó la puerta del baño y él se detuvo a milímetros de sus labios.

—Bendita tu amiga —masculló, sin moverse, casi tan frustrado como ella.

Ella soltó el aire que estaba conteniendo en sus pulmones. «¡Maldita Jessica!». Estaba a un escaso centímetro de esa boca, de ese sueño platónico perfecto y… ¿Por qué no acortaba la distancia entre

ellos? ¡Solo faltaba balancearse un poco y sus labios se unirían! Pero cuando pensó que realmente podría hacerlo, se preguntó por qué él no hacía lo mismo… y también por qué no se alejaba de ella, entonces. Tal vez solo seguía jugando.

—Zoey… me hago —gimió Jessica del otro lado de la puerta.

—Ya. —Zack se convirtió en conejo y cayó en sus manos, dejándola con la duda y con la esperanza rota.

Salió del baño, con una expresión mortífera en la cara y al meterse en la cama, notó cómo su pequeño corazón repiqueteaba como las alas de un colibrí. Así de agitada estaba; el pecho le ardía en fuego. Rezó por qué Zack no lo notara, o de verdad iba a hacerle la vida imposible en los próximos días.

Un par de minutos después, Jessica salió del baño, apagó las luces y se acostó, dispuesta a conciliar de vuelta el sueño. Habiendo olvidado lo de Adam por el momento, ella también terminó por dormirse, con la cabeza en el beso que no había sucedido.

Jessica estaba sentada en el auditorio junto a ella con la mirada perdida. Los alumnos se levantaban confundidos de sus sillas, para marchar a sus cuartos a hacer los bolsos. La directora, a su vez, bajó del escenario con cara larga y preocupada.

—Jess. —Zoey tironeó de su suéter.

La noticia de que Adam Smith había desaparecido desconcertó a todos y cada uno de los estudiantes y docentes, pero Zoey jamás imaginó que enviarían a todos a sus casas.

—No entiendo nada —susurró su amiga—. ¿Cómo que desapareció?

—No sé, Jess. —Zoey se mordió el labio inferior. No era buena idea irse a casa con todo lo que estaba pasando y hasta le parecía más seguro ahora el colegio que Adam no estaba—. Pero hay que irnos.

Jessica hipó de pronto.

—¡Se fue por mi culpa! —estalló en sollozos.

Zoey bufó y golpeó a Jess en la cabeza.

—¡Pero qué dices, estúpida! Ese idiota te absorbió el cerebro. Solías ser más inteligente, ¿cómo va a irse por tu culpa? —le espetó. Jessica la miró con los ojos llenos de lágrimas—. Ya olvídalo, no vale la pena preocuparse por él.

Tironeó de su ropa para sacarla del auditorio. En su mochila, Zack se mantuvo silencioso, tal vez pensando, al igual que ella, en lo peligroso que era meter a su familia en el medio.

La directora anunció que ya habían comenzado a notificar a los padres y Zoey ya se esperaba lo que iba a decir su mamá. Iba a encerrarla en casa de por vida. Más tarde, justamente, recibió un llamado histérico donde ella le confirmaba que estaría allí a las 10:00 am.

Esa noche, tan preocupada por Jessica como por el destino de su familia si volvían a compartir la misma casa, evitó dormir inconscientemente. Zack permaneció quieto a su lado, susurrando cosas por encima de la almohada. Aun él, siendo conejo, se veía casi asustado.

Por la mañana, justo cuando recién lograba dormirse, el celular la despertó con su estridente melodía. Muerta de sueño, estiró la mano hacía la mesita de luz y en el trayecto empujó al conejo de la cama. Él no se quejó para nada y continuó en el piso, con los ojos bordados bien estirados.

—¿Hola? —contestó el teléfono bien deseando arrojarlo lejos. Su mamá empezó a reprenderla por no haber estado despierta antes y le exigió que bajara enseguida al vestíbulo.

De mal humor, salió de la cama y se apresuró a quitarse el pijama, sin siquiera pensar en que había un hombre observándola.

—Zoey —la llamó él desde el suelo. Ella se volteó a verlo, con los ojos chiquitos por el sueño.

—¿Qué?

—Nada. Me gustan mucho los lunares de ese corpiño. Es como tierno —dijo con tranquilidad, sin deje de burlas o la intención de sonar descarado. Zoey agradeció bajito y siguió vistiéndose. Se puso lo primero que encontró y levantó a Zack del suelo para meterlo en la mochila.

La habitación estaba casi vacía después de que ella empacara sus cosas y ayudara a Jessica a empacar las suyas —ya que el día anterior se había convertido en una muerta viva.

Suspirando casi al mismo tiempo que Zack, tomó su maleta y la acercó a la puerta. Jess se removió en la cama entonces y aprovechó para saludarla. Se despidió suavemente y rezó porque se mantuviera así de tranquila hasta que llegaran sus padres.

—Hay que pensar cómo mantenerte segura allí —divagó Zackary desde la mochila, mientras ella arrastraba la valija escalera abajo.

—No hay mucho que hacer en casa, solo hay campo.

—Eso te hace un blanco más fácil.

—Da igual, no queda otra, ¿o sí?

—¿Hablando sola, Scott?

Alzó los ojos. Mariska estaba al pie de la escalera, también con su maleta. Cansada de la mala lengua de esa tonta, puso cara de póker y siguió tirando de su bolso.

—No, hablaba con Zackary, en verdad —soltó.

Mariska palideció durante un momento.

—¡Pero por favor! ¡Deja de meterlo en tu patética vida!

—Yo no lo meto. Desgraciadamente, por encontrarlo muerto ahora pesa en mí una maldición que pretende acabar con mi vida. ¿Quieres que te cuente cuántas veces casi muero en lo que va del mes?

—Qué boberías dices, ¡sigues metiéndote con Zack!

Zoey apretó los dientes, no tenía humor para lidiar con una idiota como ella.

—Yo me meto si quiero, Mariska.

Tanto ella como Mariska se quedaron mudas por la intromisión masculina que ninguna podía ver. En realidad porque la voz salía de su mochila. Mariska se tensó y luego tembló.

—¿Za… Zack?

Él ahogó una risa.

—Deja de molestar a Zoey, perra detestable —dijo entonces en voz alta, otra vez—. Y deja de hablar como si hubiese sido de tu propiedad. Tú y yo no éramos pareja, eso siempre estuvo bastante claro entre nosotros.

Mariska miró para todos lados, buscándolo, tan blanca como un papel del miedo.

—¡Pero si estás muerto! —lloriqueó.

—¡Soy un fantasma, imbécil!

Y de pronto la valija de Mariska se movió medio metro, aparentemente sola. La chica chilló aterrada y se alejó del objeto con rapidez.

—¡Dile que no haga eso! —le gritó a Zoey.

—Es un espíritu, no un perro —murmuró ella encogiéndose de hombros.

—¿Cómo es que no le tienes miedo?

—No hay por qué, los muertos no pueden hacerte daño. Los vivos sí.

—Yo podría lastimarla si quiero —interrumpió Zack, con evidente tono de queja—. Los fantasmas somos geniales.

Mariska retrocedió varios pasos.

—¡NO! ¡Déjame!

—Lo haré cuando jures que no volverás a molestar a Zoey. Ella es MI amiga, *mi amiga preferida*. Es mi favorita y la seguiré a todas partes. Sabré si le haces daño, si la haces sentir mal. —La maleta volvió a moverse sola violentamente.

Mariska asintió rápidamente.

—¡Esta bien! ¡Lo juro, lo juro! No la molestaré.

—Súper. Ahora lárgate, bruja —ordenó el «*fantasma*».

Temerosa, Mariska tomó la valija y se alejó por el pasillo a las corridas.

—Eso… —Zoey sonrió encantada—, fue demasiado trucho —agregó entonces, dejando de sonreír—. No puedo creer que se trague que los fantasmas dicen «*Súper*», «*Bruja*» y «*Perra detestable*». O que eres genial.

—¡Oye! Lo hice muy bien, no tengo idea de lo que es estar muerto en verdad. Me merezco más punto por eso. Y sí soy genial.

—Igual, lo de «*Perra detestable*»… Reconozco que eso sí fue bueno.

—Siempre supe que era una perra, pero lo detestable lo descubrí de muerto. —Se rió.

Zoey negó con la cabeza, de mejor humor que antes, y continuó arrastrando su bolso. Al llegar al vestíbulo se cruzó nuevamente con una Mariska aterrada, que instaba a sus padres a abandonar rápidamente el colegio.

Los señores Scott estaban cerca de la puerta y, al verlos hablar rápidamente entre ellos, le regresó la ojeriza. Su madre estaba como loca y no tenía ganas de tratar con ella en ese estado. Casi hasta que temblaba de los nervios y, de mala gana, esperó a que la vieran.

La señora Scott soltó un gritito y apuró a su hija a salir de allí.

—No voy a poder tolerarla por demasiado tiempo —gimió, por lo bajo, solo para Zack.

—Volveremos pronto al colegio, Zo. No soportaremos todo un mes allí, estoy seguro.

—¿Qué? ¿Tres semanas entonces?

—¿Tres semanas qué, hija? —preguntó el señor Scott, en cuanto estuvieron a su lado.

—Que espero que esto se solucione en menos de tres semanas. —Su madre apretó los labios en una fina línea; no dijo nada, pero Zoey supo que se aguantaba algo grande—. ¿Qué? —la increpó.

—Nada —dijo la mujer—, vamos al auto de una vez.

Salieron de los terrenos del colegio sin mediar palabra alguna, hasta que su papá carraspeó.

—Vaya tema este, el de la desaparición.

Zoey dejó de mirar por la ventana.

—Él huyó.

Los señores se mostraron extrañados.

—¿Cómo dices?

—Que él huyó solito, por propia voluntad —explicó.

—¿Cómo sabes eso? —dijo su mamá, incrédula. Ella se encogió de hombros.

—Lo sé porque estuvo saliendo con Jessica hasta hace dos días. Es mejor así; no es un buen chico.

La mujer chistó.

—Un desencuentro amoroso con tu amiga no lo hace una mala persona.

Ella frunció el ceño.

—Sí, claro. Luego él intentó besarme a mí y me lastimó porque no quise.

El señor Scott estuvo a punto de chocar.

—¿Qué él, *qué?*

—*Eso.* Aun saliendo con Jessica me acosó contra una pared y me hizo doler el brazo. —Volvió a mirar por la ventana, más seria que antes. Zack se agitó dentro de la mochila, tal vez pensando lo mismo que su padre.

—Si lo tuviera en frente… —gruñó el hombre.

—¿Por qué no lo acusaste con la directora, Zoey? —chilló su madre.

—Fue antes de ayer, la noche de su desaparición. Pensaba hacerlo, pero ahora no tiene caso.

—¡Pendejo de…!

—Ya, papá, no tiene caso —lo cortó.

No sabía dónde estaba Adam, pero eso no era lo primordial en esos momentos. En su casa estaba poniendo a su familia en riesgo. Incluso dentro de ese auto eran un blanco fácil.

Si fueran atacados, ¿qué sucedería? Estaba Zack, claro. ¿Pero Zack podría salvarla a ella y a sus padres?

Uno solo no podía con todos. Entonces, ¿a quién perdería en esa batalla sin nombre?

Capítulo 21

—Esto es como la boca del lobo —rezongó Zack, espiando desde la mochila, cuando bajaban del auto para entrar a la casa.

Ella frunció el ceño. Era consciente de que vivía en uno de los pueblos menos urbanizados de la zona y de que su hogar constaba más de campo que de edificaciones. Pero tampoco era feo. A decir verdad, tenían un lindo jardín trasero.

—Oye… —le susurró molesta.

—Podrían darte un tiro en la cabeza desde una distancia considerable. ¡Mierda! Protegerte aquí va a ser difícil.

—Ya no te quejes, no queda otra.

—¡Entra de una vez, cariño! —la llamó su padre desde la puerta. Él llevaba la pesada valija hacia su cuarto.

—¿Que no me queje? —Zack bufó—. Eres tú la que debería quejarse, siempre es tu vida la que está en juego.

Zoey no respondió. Ya tenía demasiado pensando en su inminente muerte como para que estuviera recordándoselo. Sabía que podía morir, y luchar contra ese saber era difícil para alguien de dieciséis años.

Pero lo cierto era que ahora estaba más preocupada por lo que él pudiera ver en su habitación que por cualquier otra cosa. Recordaba muy bien que tenía una foto impresa de Zackary pegada en la pared junto al respaldo de su cama. No quería pasar una vergüenza terrible. Él podía ser muy molesto con sus burlas cuando quería.

Así que, pensándolo bien, arrojó la mochila, con conejo incluido, al sillón de la sala y subió a toda prisa los escalones hacia el primer piso de la casa. Se encargaría de quemar esa foto, si era necesario, antes de que él la viera.

Su habitación estaba ordenada, no como ella la había dejado el último día de vacaciones de verano, y la foto de Zack y su bella sonrisa estaba aún adherida a la pared con cinta adhesiva. La arrancó, la dobló en cuatro y corrió hasta su pequeña biblioteca, donde guardaba ese diario íntimo de la infancia, ese que se abría con una llave especial. Rebuscó entre los cajones de su ropa interior la pequeña llave y metió la foto doblada entre las hojas del diario.

Una vez que el cuadernito de plástico estuvo bien oculto debajo de la biblioteca, arrojó la llave de vuelta al cajón de sostenes.

—¡Dejaste aquí abajo tu mochila, Zoey!

Dejó salir un largo suspiro. Seguro que ahora Zack se quejaría por dejarlo allí con sus padres en la sala. Bajó las escaleras corriendo y tomó las correas de la mochila. Su madre le sonrió de forma extraña cuando pasó a su lado, pero ella no se detuvo mucho a entenderla. Volvió a su cuarto y dejó el bolso sobre la cama.

—Tú… —chistó el conejo, asomando la cabeza con cautela por el cierre azul—, me lanzaste a un sillón —le increpó.

—¿Y qué? Ni que te doliera. —Ella se encogió de hombros y se agachó frente a la maleta que su padre había subido. Comenzó a sacar algunas prendas para guardarlas en el armario. También sacó el uniforme y lo dejó en la cesta de ropa sucia.

—Lindo cuarto. —Zack salió del bolso y caminó sobre su acolchado rosa bebé, lleno de dibujitos campestres de ovejas y flores.

—No te burles. —Zoey ya no se sentía muy a gusto con esa habitación tan rosa. La habían decorado así cuando tenía seis años y después de tanto tiempo, y ya siendo una adolescente, el cuarto le daba vergüenza, especialmente si lo comparaba con el de Jessica —que tenía las paredes pintadas de diferentes colores fuertes y sus muebles combinaban a la perfección—. En cambio, ella tenía unos modestos muebles de pino blanco y cortinas con puntillas.

—No me burlo —contestó Zack—. Es un cuarto grande.

Bueno, eso era cierto. Al ser su vivienda una vieja casa con techo de madera y tejas, ella tenía un cuarto amplio, el más grande del primer piso.

—Sí, puede ser —le respondió sin mirarlo.

—Es más grande que el mío. Creo que esa es la ventaja de ser hija única, ¿no? Yo tengo, *o tenía*, dos hermanas. El cuarto más grande lo

tenía mi hermana mayor.

Zoey dejó algunas prendas dobladas sobre la alfombra.

—Sí, supongo que ser hija única, en ese sentido, es genial.

Despacio, y con mucho cuidado, sacó de entre las prendas la carpeta en la que había guardado los viejos pergaminos hallados en la iglesia. Zack brincó junto a ella, con las orejas bajas.

—Realmente no sé por dónde empezar con esto.

Ella suspiró.

—Bueno, tendremos que hacer prueba y error. Con la parte que ya está traducida armar algún tipo de abecedario. No es que vaya a resultar certero.

—El punto es que si no es certero y terminamos uniendo letras que no tienen sentido, habremos perdido nuestro tiempo.

—O quizás no —siguió ella—, recuerda que *quizás* aquí dice cómo librarme del collar.

—O quizás no —repitió Zack, serio—. No puedes ilusionarte, Zo. ¿Qué tal si no dice nada? ¿Si solo es un diario con tontas frases sin sentido?

Ella frunció el ceño.

—Es nuestra única esperanza.

—Y puede que se rompa fácilmente también —terció él, caminando hasta pararse delante de ella. Observó su rostro y dejó salir un largo suspiro—. Escucha, he estado pensando en que puede que todo lo que diga aquí no sea cierto. Es nuestra única esperanza, es verdad, pero de momento en lo único que podemos confiar realmente es en que yo voy a protegerte.

Zoey bajó la cabeza. Él tenía razón, la única certeza que tenía era el mismo Zack. El cuaderno no representaba un camino seguro, tenía que tener eso presente.

—Es verdad —admitió—. Es solo que… a lo mejor…

—Tal vez sí tenga lo que buscamos, pero también es probable que no sea así. —El conejo puso la pata sobre su mano, que sostenía la carpeta con firmeza—. Y a pesar de eso, yo voy a seguir cuidándote.

—Pero ya hablamos de esto, Zack. Ambos queremos que esto termine algún día, y no precisamente con mi muerte. Tú también mereces un descanso eterno.

Él asintió quedamente.

—Claro que sí, pero tampoco es para tanto. Es más importarte cuidarte. Si pudiera solucionarlo sería espléndido, pero si no…

—Lo sé, entiendo tu punto. Lo mejor es que tomemos con pinzas

este asunto. —Zoey balanceó la carpeta.

No pudieron hablar de nada más. La madre de Zoey la llamó para almorzar con una voz demasiado alegre para esa hora del día. Su histeria había desaparecido al tener a su hija segura bajo techo hogareño.

Ignorando el canto con el que la había llamado, ella dejó a Zack solo en su cuarto y bajó al primer piso.

—Hice tu comida preferida —lanzó su madre en cuanto entró a la cocina.

Zoey frunció el ceño, desconcertada.

—¿Cómo es que hasta hace unas horas estabas al borde de la histeria por el cierre del colegio y ahora cantas y me haces mi comida favorita?

Su madre se encogió de hombros y le señaló con emoción su lugar en la mesa. El señor Scott llegó justo a tiempo y, sin obtener respuestas serias, Zoey se limitó a poner los ojos en blanco y a sentarse a comer.

No era que no le alegrara el estupendo almuerzo, pero desde que habían pisado la casa su mamá estaba extraña.

—¿Mamá…? —preguntó, luego de meterse el tenedor en la boca. La señora Scott la miraba radiante.

—Es solo que me alegra tenerte en casa, cielo.

Zoey miró a su padre buscando respuestas, pero él fingió estar absorto en las vetas de la madera del techo. Sin más, siguió comiendo, procurando ignorar a su madre. Pero fue difícil, la señora Scott apenas si toco su plato y continuó observando a su hija con atención.

—¡Mamá!

—¿Por qué no se lo dices ahora, querida, en vez de esperar a que termine? —terció su padre.

¡Ah, pues ahí estaba la cosa! Había algo que querían decirle.

—¿Qué sucede?

Su mamá pegó un brinco en la silla.

—¡Ay, Zoey! —sonrió—. Es que todavía no sé cómo decírtelo. —Zoey esperó con las cejas arqueadas—. Bien, verás… es que… —la chica asintió, esperando por más—, ¡tendremos un bebé!

Okey, eso sí que no se lo esperaba. Zoey soltó el tenedor.

—¿Un… *qué?*

—Vas a tener un hermanito, Zoey —aclaró el señor Scott, y allí, Zoey dejó caer también el cuchillo.

«¿QUÉ?»

—¡No me digas que estás celosa!

—No estoy celosa, Zack —Zoey se dejó caer en la cama—. ¿Por qué estaría celosa de un niño al que casi ni voy a ver estando en la escuela?

—Dejarías de ser hija única —contestó él, en forma de peluche—. Quizás hasta te quiten el cuarto más grande.

—No seas ridículo, ¿para qué querría un bebé un cuarto tan grande?

—No lo sé, tal vez le guste tener un espacio apropiado en el que berrear, vomitar y cagar al mismo tiempo. —El conejo se encogió de hombros.

Zoey lo fulminó con la mirada.

—Ya, no tendrá mi cuarto. Y pensándolo bien, mejor que no esté aquí en el año para conocerlo, o tendré que ayudar a cambiar pañales.

—Y pero… ¿cuántos meses tiene tu madre?

Zoey hizo una mueca.

—Mamá ya tiene cinco meses y medio.

Lo que quería decir que en tres meses y medio un bebe estaría ocupando la atención de sus padres. Eso era más que bueno. Si se preocupaban poco por ella, no estarían atosigándola con el tema del colegio y los ataques producidos en él.

Pero por otra parte, ahora había una vida más por la cual preocuparse. Estando ella allí, su familia estaba continuamente en peligro.

—Cinco meses y no me lo dijo antes —se quejó. Pero su mamá siempre fue curvilínea, y con la edad había ganado algunos quilos de más. Por eso no se había dado cuenta antes de que tenía un embarazo tan avanzado—. Es como el programa de Tv: «*No sabía que estaba embarazada*».

—La diferencia es que no lo parió en el inodoro.

Miró a Zack, que a su vez miraba el techo.

—Aún no ha parido, así que no es tarde para eso. —Se encogió de hombros.

Zoey se había quedado dormida con los pergaminos en las manos. Era una hora extraña para dormir la siesta, pero Zack no quería despertarla. Con cuidado, le quitó las hojas y las guardó en la carpeta

nuevamente. Como la puerta del cuarto estaba cerrada, él estaba seguro en su forma humana. Acomodó bien los pies de la chica, que colgaban fuera del colchón, sobre la cama. Daba igual si eran las 7:30 de la noche, si ella quería dormir, la dejaría.

Los días en el campo pasaban lentos y si no fuera por internet ambos se hubieran aburrido mucho. No podían sacar nada de los pergaminos y tampoco estaban del todo tranquilos tratando de traducir documentos antiguos en esa casa, más cuando la madre de Zoey insistía en que su hija la ayudara a bordar batitas para bebés.

Era impresionante cómo esa mujer había cambiado de actitud al tener a su hija segura en su hogar. Mientras Zoey había estado en «*ese peligroso colegio»,* la señora Scott había estado loca de los nervios.

Así que, para escapar de su madre, Zoey metía a Zack en su mochila y se alejaban por las calles hasta unos prados estatales que estaban siempre vacíos en épocas de clases.

Allí se dedicaban a intentar traducir algo, más tranquilos, pero terminaban pasando la tarde compitiendo por quién lanzaba más lejos alguna piedra —siempre ganando Zack, por supuesto—. Apenas una semana y media después ya renegaban de llevar los pergaminos con ellos.

Zack suspiró. El método del que Zoey había hablado no había resultado. Obtuvieron letras que formaban palabras inexistentes, y ni que las ordenaran de formas distintas ganaban algo coherente.

El pequeño cuaderno se había caído al suelo, junto a la cama, y cuando él se agachó para recogerlo, alguien abrió la puerta. Tuvo apenas un segundo para convertirse en conejo y observó, aterrado, a la pequeña persona que estaba parada en el umbral de la puerta.

Zoey gimió, pero siguió durmiendo, y la niña de cabello oscuro que tenía su mano en el picaporte fijó sus ojos en él. Zack tragó saliva, cuando la pequeña ahogó un gritito lleno de ternura y corrió hasta él.

—¡Oh! Lindo conejito. —Y sin que nadie pudiera evitarlo, se metió a Zack debajo del brazo y abandonó el cuarto feliz de la vida.

Capítulo 22

Zoey despertó ya muy entrada la noche. Era viernes, o al menos ya era sábado. Se sentó en la cama algo desorientada y con el estómago protestando por haberse saltado la cena. Recorrió la habitación a oscuras con los ojos y, con un encogimiento de hombros, se levantó y marchó hasta la cocina.

No tenía idea de si quedaba o no algo de comida, pero al menos encontró algo con lo que hacerse un sándwich. Devoró lentamente su cena y volvió al cuarto. Impresionantemente aún tenía sueño, así que creía que no iba a tardar en volver a dormirse.

Prendió las luces del cuarto para buscar su pijama y localizar a Zack, pero no lo vio a simple vista.

—¿Zack?

El conejo no le respondió y después de un rato solo pensó que él se había marchado a caminar por los campos. Tal vez a pensar, no lo sabía en realidad.

Desde que habían llegado a la casa, Zack había usado todas sus energías mágicas en poner un escudo protector en todo el recinto, así que, aunque él no estuviera, estaba protegida.

Se cambió rápidamente y se metió en la cama. Efectivamente, dormir no fue tan complicado. Pero a la mañana siguiente, cuando despertó y volvió a llamar a Zack, este no respondió. Esperó sentada en su cuarto y todavía en la tarde no recibió señales de su amigo muerto.

—Esta noche iremos a cenar a lo de tu tía. —Su mamá le avisó, abriendo la puerta del cuarto—. Daremos la noticia del bebé a toda la familia. Ponte algo lindo.

Zoey hizo una mueca. ¿Algo lindo? Daba igual lo que se pusiera, su prima de quince años siempre iba a ponerse algo más atrevido y a criticarla por su atuendo tierno.

—Claro —le contestó, pero ahora que lo pensaba, le preocupaba que Zack volviera a la casa y no la encontrara. Luego de elegir un simple vestido de lanilla y unas botas chatas, escribió una nota para Zack en caso de que volviera, avisándole dónde estaba y cómo llegar a ella.

La mayoría de su familia vivía en el pueblo; otros vivían en pleno campo, o en otras localidades cercanas, por lo que reunirse no les tomaba demasiado tiempo.

A Zoey le aburrían esas desastrosas reuniones. Los únicos «*niños*» en la familia eran sus dos primas hermanas y ella; ahora el bebé se uniría al pequeño grupo. Y desde hacía un par de años, ella no se llevaba bien con Maggie. De alguna manera, cuando su prima entró en la adolescencia, algo cambió en la forma en la que la trataba. Maggie se pasaba todo el tiempo criticándola, burlándola y presumiendo con facilidad de su largo cabello oscuro y su esbelta figura.

Zoey sabía claramente que ella no era perfecta, que era más bien un piojito, pero aun así tenía un cuerpo delgado y un buen trasero, lo que su prima resaltaba como un culo de hormiga, debido a que el de ella era pequeño y delgado.

A estas alturas, Zoey ya había adivinado que lo que sentía su prima eran celos. Y tal vez era la primera vez que alguien sentía celos de ella, porque generalmente nadie sentía celos de los rizos rubios incontrolables y de los grandes ojos azules de libélula. Claramente, Maggie no tenía nadie más con quién competir.

Subió al auto desganada, pensando en Zack y en su paradero, pero sabiendo que no debía preocuparse. Él sabía lo que hacía, ¿no?

Al bajar en la casa de sus tíos, la ausencia de Zack se hizo más notoria. Allí no había ningún escudo y si él no estaba cerca, simplemente estaba bastante desprotegida.

La que abrió la puerta de la casa fue la tía abuela Mary, que le sonrió con sus dientes postizos, encantada de verla.

—¡Pero si no pensábamos verte hasta las vacaciones de invierno!

—Hola, tía Mary. —Zoey suspiró. La tía Mary era más veces molesta de las que era simpática. Pero lo peor era que detrás de la tía Mary estaba Maggie, enfundada en una falda tubo, medias oscuras y tacos.

—¡Zoey! Realmente no pensábamos verte hasta el invierno —terció su prima con una sonrisa. En los meses que no la había visto, Maggie había aprendido a usar el delineador de ojos, al parecer.

—Eso demuestra que la vida da sorpresas inesperadas —contestó ella, sin sonreír, al tiempo que Maggie la recorría de arriba abajo con la mirada. Zoey mantuvo una expresión neutra, su vestido de lanilla era pegado al cuerpo, pero jamás tan ajustado como la falda de Maggie.

Le daba igual. Le gustaba, era bonito y se sentía cómoda con sus botas.

Su madre la empujó un poco al pasar, tan emocionada por lo que iba a anunciar más tarde que hasta palmeó la cabeza de Maggie como si aún tuviera diez años. Su prima hizo una mueca.

—¡Ya tengo quince, tía!

—Oh, pero si aun así no creciste mucho —terció su madre, y Zoey estuvo a punto de reventarse de risa. Bueno, era verdad que Maggie no había madurado nada.

La casa de los tíos Miguel y Brenda era muy parecida a la de Zoey: una casona de campo, algo vieja y arreglada, pero en el primer piso habían varias habitaciones más que las que había en casa de los Scott. Incluso el ático había sido transformado para ser otro cuarto de invitados.

Zoey se movió por entre sus tíos, luego de saludarlos, para intentar llegar a los sillones de la sala; no tenía ganas de que Maggie insistiera en que visitaran su cuarto recién remodelado. Se dejó caer entre los almohadones color crema y suspiró nuevamente. Ya quería irse a casa, donde seguro Zack la estaba esperando.

Su pequeña prima de cuatro años, Micaela, pasó corriendo junto a ella, con un peluche blanco bajo el brazo.

—Hey, Micky, ¿ni siquiera me saludas? —la llamó Zoey. La pequeña se detuvo con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Zoey! Fui ayer a tu casa con mamá, pero la tía dijo que estabas durmiendo. Subí hasta tu cuarto y sí dormías. —Saltó sobre ella, mostrándole a la vez el lindo vestido con moños que la tía Brenda le había puesto—. ¿Te gusta? Mamá lo hizo.

—Vaya que sí es muy bonito.

—¡Y mira! —Micaela alzó el muñeco que llevaba, poniéndolo frente a su cara. A Zoey no la dejó pasmada lo cerca que su prima le puso el conejo de la cara, sino la mirada fastidiada y suplicante que le dirigió el peluche.

—Auxilio —gimió Zack.

—Oh, por Dios —contestó Zoey.

—¿No es bonito? —insistió la niña.

—¿Micaela? ¿Tomaste esto de mi cuarto? —inquirió ella molesta—. ¿Por qué lo hiciste? —Le quitó el peluche a la niña de las manos y, automáticamente Mica pegó un chillido.

—¡Pero es mío!

Zoey se mantuvo seria.

—No, no lo es. Tomaste algo que era mío, de mi habitación.

Micaela negó rápidamente con la cabeza, y estalló en lágrimas. En seguida la tía Brenda y la propia madre de Zoey estuvieron junto a ellas.

—¿Qué pasa, amor?

—¡Zoey me quitó mi muñeco! —Y allí, las mujeres adultas miraron a Zoey con desaprobación.

—Zoey, ¿por qué se lo quitaste?

—Este muñeco es mío —contestó ella, bastante enojada en verdad, aferrando con fuerza a Zack—. Estaba en mi cuarto y Micaela lo tomó sin permiso mientras yo dormía. Lamento si ella no comprende que no debe tomar las pertenencias de los demás.

Su madre puso mala cara.

—Es solo un peluche, Zoey. No seas egoísta, que tú ya estás muy grande como para jugar con muñecos.

Con la cara roja, Zoey se paró de un salto e ignoró la repentina presencia de Maggie.

—No soy egoísta. Me regalaron este muñeco con mucho cariño, es importante para mí. Desde ayer que lo venía buscando, y por supuesto… Micaela se lo había llevado.

—Pues podrías prestárselo, ¿no?

Zoey negó.

—¡Claro que no, mamá! ¿Qué parte de que «*Es un regalo especial*» no entiendes? No puedo prestárselo.

—¡Pero es mío! —volvió a chillar Mica y la tía Brenda la alzó en brazos.

—Te compraré otro, pequeña.

—¡Yo quiero ese!

—¡Oh, Zoey! ¿Puedes dárselo de una vez? —Su madre puso los brazos en jarras y Zoey rechinó los dientes.

—No —gruñó.

—Es que seguro se lo regaló un chico —intervino Maggie—. Por

eso no quiere dárselo. ¡A que te lo regaló el chico que te gusta!

Extrañamente, Zoey agradeció el comentario de su prima, dejando de lado que no estaba muy lejos de la realidad. Solo que el muñeco *ERA* el chico que le gustaba.

—¿Te lo regaló un chico? —su madre frunció el ceño.

—¡Pues sí! Me lo regaló y por eso no voy a dárselo a Micky —con eso, su madre calló y la tía Brenda se llevó a una llorosa y mentirosa Micaela. Una vez que la misma Maggie se alejó también, Zoey suspiró y agarró mejor con las manos a Zack—. Oh, Zack, lo siento —murmuró.

—¡Gracias al cielo! —exclamó él, aferrándose a su mano, como si la estuviera abrazado—. ¡Fue horrible! No podía huir, esa niña se pega como goma de mascar al cabello.

—Ya, ya. Tranquilo, te llevaré a casa. —Con ternura, le acarició con la punta de los dedos el espacio entre las orejas. Zack cerró los ojos, disfrutando del cariño—. Oh, genial —masculló ella después—. Incluso te ha ensuciado las orejas.

Zack asintió despacio.

—Empujó una cuchara con agua lodosa a mi boca. —Se estremeció —. Y luego me metió en el lavarropas, sin agua. ¡Solo quería verme girar en el tambor!

—No podemos irnos todavía —le susurró Zoey—. Mamá quiere decirles a todos sobre el bobo bebé.

Zack asintió, y a pesar de que ambos tenían la esperanza de que eso pasara rápido, la cena fue tormentosamente larga. Como ella se pasó la noche con el muñeco aferrado, Mica no paró de dirigirle miradas resentidas, miradas que Zoey ignoró olímpicamente.

Cuando su madre anunció la próxima llegada del faustuoso bebé, todos festejaron, brindaron e incluso abrazaron a la futura hermana mayor.

—Esto es horrible —se quejó ella una vez en casa. Zack se dejó caer en la cama, tan agotado como si estuviera todavía vivo—. No quiero ser hermana mayor.

—Yo tampoco quiero que lo seas si resulta ser una niña que disfrute metiéndome en los lavarropas.

Zoey no respondió. Con una toalla húmeda, comenzó a frotar las orejas del conejo.

—¿No puedes tomar una forma más aterradora? Como conejo eres muy tierno.

Zack negó.

—Tampoco soy un transformista.

Ella dejó la toalla a un lado. Tomó su pijama del armario y salió del cuarto. Desde que estaba allí, solía cambiarse en el baño, a puertas cerradas con llave, cosa que llamaba mucho la atención y que ella solía mostrar como si no fuese nada raro.

Al volver al cuarto, Zack estaba en su forma humana rascándose el cabello rubio, bastante distraído. Zoey se detuvo en la puerta. Hacía muchos días que no lo veía como él mismo, y la imagen impactante de su desinteresada belleza masculina le enrojeció las mejillas. Cerró la puerta detrás de ella, ocultando la cara con sus espesos rizos.

—¿Puedo quedarme un rato así? —pidió él—. Estoy algo cansado de ser siempre un conejo.

Ella asintió con la cabeza y, luego de apagar las luces del velador de color rosa, se metió en la cama. Zack caminó en silencio por el cuarto durante algunos minutos, y al final se quedó sentado en el alféizar de la ventana, mirando la noche oscura del campo.

—¡Que te vuelvas conejo, ahora!

—¡No lo haré, esa niña vendrá por mí de vuelta!

Zack y Zoey se inclinaban por encima de la baranda de la escalera. Abajo, la tía Brenda, Micaela y Maggie estaban hablando entretenidamente con Helena Scott.

—Peor será si alguna de ellas ve que tengo a un chico en mi cuarto.

Zack chistó y negó con la cabeza.

—Eso es más normal.

—No lo creo. —Así que Zoey tomó la mano de Zack y lo arrastró a su cuarto—. Al menos quédate aquí calladito.

Zack puso los ojos en blanco y se sentó en la cama, con los brazos cruzados.

—No veo la hora del volver al colegio. No hay mucho que hacer aquí.

—Al menos aquí no tenemos que preocuparnos por Adam, por Jessica ni por el templo…

—Pero esas preocupaciones nos mantenían entretenidos —dijo él—. No nos aburríamos como hongos.

—Yo no me aburro como hongo. —Zoey se cruzó de brazos.

—Y aquí no es como si pudiera ir mirándote el trasero o espiándote cuando te bañas… ¡O intentando levantarte la falda… porque aquí no usas faldas! —bromeó.

Esta vez fue Zoey la que puso los ojos en blanco. Chistó, pero no le

siguió el juego. Había empezado a comprender que él era más de palabras ordinarias que de acciones irrespetuosas.

—Cada vez hace más frío, no voy a usar faldas en casa. Es más cómodo usar pantalones.

—Lo sé —contestó el chico—. Y admito que esos jeans hacen ver tu trasero todavía más precioso —hizo un puchero.

Ahora sí, roja como un tomate, Zoey se cruzó de brazos.

—¡Aquí están mis padres, Zack! —murmuró—. No puedes andar de degenerado *aquí*.

—Ellos no saben que estoy *aquí*. —Zack recalcó lo obvio.

—Da igual… Andar diciendo esas tonterías bajo el mismo techo donde mi madre canta canciones de cuna me pone nerviosa.

—Qué va. —Él arqueó las cejas—. Tampoco es que he intentado tocarte en estos días. Solo cuando dormías me atreví a acariciarte un poco. Como duermes tan profundamente…

Zoey dejó caer la mandíbula, indignada. Ese chico era… ¡imposible! Se tragó las quejas que iba a darle, porque justo en ese instante alguien golpeó la puerta.

Zack se hizo conejo en medio segundo y ella dejó pasar a Maggie al cuarto.

—¡Hola! —saludó su prima, escudriñando la habitación con la mirada—. Venía a invitarte a una fiesta que voy a dar en casa el próximo viernes.

Zoey dudó.

—¿Con los chicos de tu escuela?

—Oh, sí. —Maggie se cruzó de brazos—. Tal vez no sean los riquillos de tu colegio, pero son divertidos, ¿sabes?

—No me estaba refiriendo a eso —negó Zoey—. Solo preguntaba.

—Ya, de acuerdo. ¿Vienes?

Despacio, Zoey giró la cabeza hacía Zack.

—Este… Tengo mucha tarea que hacer para el colegio, en verdad.

Maggie ni siquiera fingió desilusionarse.

—Oh, yo pensé que tú y tu amigo querrían venir.

En ese momento, Zoey y el mismo conejo blanco en la cama se congelaron.

¡Santa madre…! ¿Ella los había escuchado hablar?

—¿Mi… amigo? —balbuceó Zoey.

—Sí, ese con el que hablabas recién, ese que seguro ha desaparecido dentro de tu ropero o algo así. —Durante unos cuantos

segundos ella no contestó, completamente en blanco. Empezó a negar con la cabeza, pero no había mucho que decir si ya Maggie había oído todo—. ¿Entonces es tu novio? ¿Él te regaló el conejo, verdad?

—No, él no es…

—¿Cómo se llama? ¿Es de por aquí? ¿Va a mi escuela? ¿O va a la tuya?

Zoey retrocedió hasta la biblioteca, abrumada. Tenía que mentir y rápido.

—¡Su nombre es Adam! ¿Sí? Y no está en mi armario —suspiró, luego de decir lo primero que se le vino a la cabeza—. Salió por la ventana.

Maggie se detuvo en seco.

—¿Adam? ¿Cómo ese que desapareció en tu colegio?

Su prima la observó a la espera y Zoey volvió a maldecir en su fuero interno.

—No. Digo… sí. Él no desapareció, solo huyó porque… — Realmente no sabía qué inventar. Se mordió el labio inferior.

—¿Van a fugarse?

Zoey asintió por inercia, pero cuando escuchó bien la pregunta, se detuvo.

—¿Qué? ¿Fugarnos? ¿Para qué?

Maggie se encogió de hombros y se paseó por la habitación, mirando bien en cada rincón, como si esperase encontrar al chico escondido por ahí.

—No sé, decía.

—Él ya no está aquí, Maggie —insistió Zoey, al ver cómo su prima abría el armario. Maggie lo cerró, aceptando que ella decía la verdad.

—De acuerdo. Entonces, ¿vendrán a la fiesta?

—No lo sé, él se supone que está desaparecido, ¿lo recuerdas? — Ahora más tranquila, Zoey fingió naturalidad—. No se lo digas a mis padres, por amor al cielo.

Maggie se lo pensó. La miró a los ojos, en silencio y con una expresión neutra. Luego se sentó en la cama junto al mismísimo Zack y cruzó sus piernas desnudas. La falda negra que llevaba se le subió bastante.

—Quiero conocerlo. No les diré nada si me lo presentas.

Zoey arqueó las cejas. ¿Qué ganaba ella conociendo a «*Adam*»? Miró a Zack durante una fracción de segundo y de pronto recordó lo mucho que a él le gustaban las piernas desnudas. Las de Maggie estaban relativamente cerca.

—Bien, te lo presentaré. Pero no podrá ser ahora, tienes que irte.

Maggie se levantó de un brinco.

—Claro, llévalo a la fiesta.

—Bien —contestó entre dientes—, lo llevaré a la fiesta.

Maggie sonrió y salió del cuarto balanceándose como una modelo. Rápidamente, Zoey cerró la puerta. Suspiró, mortificada por haber hablado tan fuerte con Zack anteriormente.

Pero no tuvo tiempo de quejarse, porque Zack se sentó en la cama, con sus orejas bajas y una expresión contrariada.

—*¿Adam?*

—Fue el primer nombre que se me vino a la cabeza —contestó ella, ignorando el tono irritado del conejo.

—Sí, pero se ve que él no estaba muy lejos de tu mente, ¿eh? —masculló Zack.

Zoey frunció el ceño, incrédula.

—¿De qué diantres me estás hablando? Se me ocurrió Adam porque lo de su desaparición es difícil de olvidar, ¿sabes?

De pronto, él tomó forma humana.

—¿Y por qué no dijiste mi nombre? Tampoco soy difícil de olvidar, ¿o sí?

Zoey abrió la boca para contestar, pero no dijo nada. Zack había caminado hasta ella y ahora sus ojos grises la fulminaban a menos de treinta centímetros de distancia.

—No, claro que no. Pero… Zack…

—¿Él te gusta? —la interrumpió él. La pregunta la dejó más pasmada que antes. Lo miró, absorta y confundida, incluso algo intimidada.

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso tan ridículo?

—No es ridículo —dijo Zack, inmóvil como una estatua y con los nudillos blancos. Su tono se había suavizado y ahora tenía un matiz de incomodidad—. ¿Te gusta?

—¡Claro que no!

—¿Estás segura?

Esa era una pregunta estúpida. ¿Qué no sabía Zack lo enamorada que estaba de él? Por supuesto que sí, no había necesidad de preguntarle todo eso. Adam no era la clase de chico con el que ella soñaba y, además de ser un cerdo mentiroso, no le parecía lindo para nada. En cambio Zack… Él era el amor de su vida. Ni siquiera podía contar con los dedos la cantidad de sueños maravillosamente románticos que había tenido con él. No podía incluso describir lo

mucho que deseaba que él estuviera vivo, para tener una sola oportunidad.

—¡Por supuesto que sí! Yo sé muy bien quién me gusta y no es él.

Zack no contestó, pero no relajó los músculos. Sus ojos se mantuvieron en ella, entre desconfiados y preocupados.

—¿Ni un poco? ¿Ni siquiera lo pensaste después de mi muerte?

—Ya te dije eso una vez, te dije que incluso así eras el único que me gustaba —contestó Zoey temblorosa.

Zack negó.

—Las cosas pudieron haber cambiado…

—Las cosas no cambiaron —terció ella.

En un arranqué de valor, en un impulso que jamás pensó que tendría, se inclinó hacia él. Lo besó en la boca, demasiado suave y temerosa, pero lo suficiente como para lograr que una corriente eléctrica la cubriera de arriba abajo.

Los labios de Zack se relajaron con el tímido roce y a Zoey le parecieron tan dulces y tibios que creyó derretirse allí mismo. Suspiró, tan complacida con eso, que tardó en percatarse cómo los brazos de Zackary la rodeaban con fuerza, atrayéndola a su pecho. Más bien, lo primero que comprendió fue la ferocidad con la que él comenzó a besarla, desarmándola por completo.

Gimió envuelta en la intensidad y no perdió tiempo en abrazarse a su cuello. Zack respondió a su gemido con firmes caricias en su espalda y nuca; respondió también empujando su lengua a través de sus labios.

Tan dulces, tan esperados.

Tan deseado por ambos.

Capítulo 23

Zack hundió los dedos en los sedosos y esponjosos rizos rubios, atrayendo así la boca de Zoey a la suya. Ella suspiró en sus brazos y eso lo encendió por completo, llevándolo a desear más de su pequeño cuerpo.

Podía sentir cada desbocado latido de su corazón. En algún momento, su pecho blando quedó tan pegado al suyo que imaginó que esos latidos también le pertenecían, como si también él estuviera respirando.

Zoey aprendía más rápido de lo que había esperado. Durante un breve segundo, se preguntó si ese realmente había sido su primer beso, pero apartó la idea cuando ella, tímidamente, empujó su lengua contra la suya.

Era tan malditamente perfecta y él no quería alejarse de ella. Mordió su labio inferior, mostrándole lo encantado que estaría si ella hiciese lo mismo.

Pero no hubo tiempo; alguien abrió la puerta y Zack solo tuvo un milisegundo para convertirse en un peluche.

—¡Zoey! —La mamá de la chica se quedó en la puerta, sosteniendo la cesta de ropa sucia—. Veo que amas mucho al chico que te dio ese conejo.

Zoey abrió los ojos y, roja de vergüenza, apartó al conejo blanco de su cara.

—Ay, mamá —respondió en un susurró, sin atreverse a mirar a

Zack.

—Aquí está la cesta, por si tienes más ropa sucia. Tu… tía ya se fue.

La señora Scott cerró la puerta algo contrariada y Zoey dejó caer al conejo al suelo. Sin detenerse a mirar a Zack, tomó la cesta, la acomodó junto al escritorio y salió volando de allí, dejándolo solo.

Zack no tomó forma humana; se quedó viendo cómo la puerta se cerraba. De pronto, a pesar de que ese beso había sido todo, no estaba muy seguro de haber hecho las cosas bien.

Miró el techó de madera, disgustado. Había besado a una chica viva, una chica que estaba terriblemente enamorada de él, y él no podía darle nada a ella.

Tal vez había cometido un error muy grande.

Zoey se dejó caer entre los pastos crecidos junto al sendero de tierra. Se puso una mano en el pecho y exhaló largamente.

Tenía los labios hinchados, no hacía faltar palparlos con los dedos para notar eso. Su corazón estaba como loco y se sentía mareada, confundida y feliz a la vez. Apoyó la cabeza en la tierra seca. Ese había sido el mejor primer beso que alguien podría haber recibido jamás.

Gimió, embelesada. Era un extraño sueño hecho realidad y había sido más fácil de lo que había imaginado. ¿Por qué no lo había besado antes? Eso hubiera resuelto todo, y se hubiera ganado esas poco sutiles pero pasionales caricias.

Suspiró una vez más, mientras palpaba su pecho y, en el intento, también palpó el pequeño dije que colgaba de su cuello, oculto bajo la blusa.

—¿Zoey?

Se sentó rápidamente. Zack estaba a tres metros de ella, en forma humana.

—Sé que… —él se trabó, y ella creyó que estaba imaginando un poco lo rozado de sus mejillas—, seguramente quieres un pequeño tiempo para ti después de… eso. Pero… no es buena idea que estés sola fuera de la casa. Sin mí, ya sabes.

Ella asintió.

—Tienes razón. Es que… me dio algo de vergüenza. Yo no quería besarte así… es que…

Zack parpadeó.

—¿No querías? No parecía que no quisieras. —Entonces, un pequeño atisbo de esas sonrisas malignas tan típicas apareció en su rostro.

Ella frunció el ceño, otra vez con toda la cara caliente.

—No entiendes —se quejó—. No me refiero a eso que tú dices.

—¿Entonces?

—Yo no quería… obligarte a eso.

Zack bufó.

—¿Actué como si me estuvieras obligando?

Zoey calló, bajando la mirada otra vez.

—Entonces… ¿te gustó?

Zack se carcajeó. Se agachó frente a ella y le tomó la cara con las manos.

—Ese fue uno de los mejores besos de mi vida —le dijo, con una sonrisa sincera—. Pero… —su rostro se entristeció.

Zoey retuvo el aire en los pulmones, esperando que siguiera; pero él no lo hizo.

—¿Pero qué?

—Pero, Zoey…. —Zack volvió a trabarse y se alejó brevemente de ella—. Yo estoy muerto.

Ella entendió perfectamente lo que estaba diciendo. Él tenía razón, estaba muerto, y no era la primera vez que se planteaba alejar sus sentimientos por su propio bien. ¿Le estaba diciendo que había cometido un error?

—Sí, estás muerto.

Zack no dijo nada más. Zoey lo repasó. Ahora mismo, sentía que su corazón iba a explotar. Recordaba la intensidad, el sabor, sus brazos alrededor de su espalda. Aquello era algo tan maravillosamente esperado, algo que necesitaba repetir. Pero… ¿por cuánto tiempo podría repetirlo?

Con eso se estaba atando a alguien que en algún momento la dejaría. Y si no era así, si no lograba sacarse el dije y Zack no subía al cielo, ella crecería, al fin y al cabo, y tendría que seguir con su vida.

Gimió. Sí, habían cometido un error.

—Zoey, no quiero lastimarte. —Zack se sentó. Tomó una de sus temblorosas manos y la apretó con fuerza—. Eres muy importante para mí, eres lo único que tengo. ¿Lo sabes, verdad? —Zoey dejó caer una pequeña lágrima. Asintió con la cabeza, pero no dijo nada—. El día en que yo me vaya, quiero que te quedes aquí feliz, sin… sin pensar en mí realmente.

—¡No! ¿Quieres que te olvide?

—No —negó él, tranquilamente—. No quiero que me olvides. Pero quiero que el recuerdo que tengas de mí no sea doloroso para ti. Si tú realmente me amas esto no tendría sentido en verdad. Y tal vez es culpa mía, yo estoy molestándote todo el tiempo. Te provoco. Y admito que lo hago a propósito, porque me encanta tu cara cuando te sonrojas. Pero… No lo hago en serio. Cuando digo que voy a tocarte o que lo hice, generalmente miento, ¿sabes? En la noche solo acaricié tu cabello. Y no es que no quiera. Me gustaría incluso que me dieras el permiso, pero…

—… pero tú estás muerto y yo estoy viva —terminó ella.

—Sí. —Zack suspiró—. Estoy muerto, y no puedes amar a un muerto, aunque a mí eso… me gustaría demasiado. A veces me olvido que no tengo un cuerpo vivo, pero tú no debes olvidarlo.

Zoey dejó caer otra lágrima.

—No puedo volver a besarte —murmuró.

—No puedo volver a besarte —repitió Zack.

Se miraron a los ojos, quizás prometiéndose cosas en silencio. No dijeron nada y Zack volvió a apretar sus manos con cariño.

—Es que te quiero —gimió ella, ya al borde del llanto. Él se mostró afligido, pero no la apartó cuando Zoey se abrazó a él, al final, llorando con fuerza.

—Lo sé —le dijo, dándole un beso en la cabeza, mientras la abrazaba también—. Pero a partir de aquí, yo solo puedo ser tu amigo.

El tiempo en el campo se hizo todavía más lento de esa forma. Durante algunos días Zack y Zoey casi ni hablaban, y él pasaba mucho más tiempo como conejo que como humano.

Para alegría de la chica, en medio de tanto drama, las autoridades del colegio llamaron por teléfono el miércoles, anunciando que no habían encontrado ni una prueba que impidiera el correcto funcionamiento de la institución. Y Adam… se suponía que Adam había llamado a su madre de alguna manera y le había dicho que no lo buscaran.

Zoey estaba desesperada por volver al colegio; necesitaba a Jessica y además quería evitar la fiesta de Maggie.

—Debo volver el domingo a la escuela —le dijo a su prima, rápidamente, por teléfono—, y mi amigo ya se ha marchado, por lo que tampoco hubiera podido ir.

Maggie rezongó, pero no supo qué más decirle.

Así que, de esa forma, Zoey comenzó a guardar sus pertenencias otra vez en su maleta. Había usado pocas cosas en esas dos semanas y media, incluso los pergaminos habían sido poco tocados; y eso que, luego de su pequeña charla, los muchachos habían intentado concentrarse más en el dije que en ellos mismos.

El domingo Zoey se levantó temprano. Como siempre, Zack estaba listo y bien despabilado. Después de jalar su maleta escaleras abajo, ella se detuvo frente a su madre, quien no la acompañaría hasta la escuela debido a que su embarazo ese día la tenía mala.

—Cuídate, mamá —le pidió, dándole un abrazo.

Helena la abrazó fuerte.

—También tú, Zoey. Y si algo extraño sucede, enseguidita me llamas y te saco de ese colegio endemoniado en dos segundos.

El señor Scott bufó, casi al mismo tiempo que Zoey.

—No exageres, querida.

—¡Pero si no exagero! Un niño murió allí, luego los atacan en el cementerio, luego explota la caldera y por último desaparece un muchacho.

—Un muchacho que quiso toquetear a mi hija —gruñó su padre—. Está mejor desaparecido.

Zoey se encogió de hombros. No recordaba haberle dicho a su madre que la caldera había explotado, incluso no recordaba que la directora hubiera mencionado algo al respecto.

—Pero lo de la caldera seguro que también fue culpa de Adam —intervino—. Porque creo que fue el día en que a él lo encontraron con las llaves del sótano.

—Tú sí sabías de la caldera —se quejó su madre—. La directora dijo que los alumnos no sabían de eso.

—¿Y los padres sí? —terció ella.

—No todos los padres. —La señora Scott alzó el mentón, orgullosa —. Ella nos lo confió a nosotros, porque después de la muerte del chico que encontraste en el sótano y de la flecha que casi te parte la cabeza, tú estabas muy metida en medio.

Zoey rezongó.

—Bien, claro.

—Ya vámonos, Zoey —suplicó su padre.

Deseando lo mismo que él, Zoey abrazó a su madre una vez más, se colgó mejor la mochila azul al hombro y siguió al señor Scott al auto.

Capítulo 24

Jessica ya estaba en su cuarto cuando Zoey entró, arrastrando su maleta por el suelo.

—¡Te extrañé! —exclamó su mejor amiga, abrazándola antes de que pudiera cerrar la puerta.

—¡Ay, Jess! Yo también —le dijo con dificultad, debido a la presión extrema que Jessica hacía en sus costillas.

—Te necesité tanto estas semanas —gimió—. Han sido terriblemente solitarias para mí.

—Para mí también.

—Con todo esto de Adam… —Jessica miró la puerta, como si estuviera viendo algo más allá. Pero se recuperó rápidamente y esbozó una sonrisa tranquila—. Estoy bien, te lo juro. Me he convencido de que es un idiota —dijo, pero Zoey notó cómo se le quebraba la voz en la última palabra.

—Claro que lo es, pero no tienes que fingir conmigo. Si te duele, yo no voy a retarte por eso.

Jessica volvió a sonreír y Zoey la abrazó nuevamente.

—Eres la mejor amiga, ¿lo sabías?

Pasaron juntas el resto de la tarde, hablando de las tres semanas que habían estado lejos la una de la otra, y por la noche, miraron películas de comedia desde la *laptop*. Recién cuando Jessica se metió en la cama, Zoey sacó a Zack de la mochila y se dispuso a dormir también.

Las clases se reanudaron con normalidad al día siguiente y en seguida tuvieron mucha tarea. Todos los profesores dieron trabajos excesivamente largos y, durante esa primera semana, Zoey se enfurruñó consigo misma.

—No entiendo nada de Matemáticas —gimió, escondida en la biblioteca. Jessica estaba haciendo su trabajo de Plástica en la habitación, y allí todo era un desastre como para intentar estudiar hacer ejercicios—. Si el profesor sigue dando temas tan rápido, voy a reprobar.

Zack negó desde su mochila.

—No es tan difícil, solo debes prestar mucha atención. Lo que no entiendas, yo te lo explico —le susurró.

—Pero es demasiado —se quejó ella, pasando la goma de borrar una vez más por encima de la hoja cuadriculada—. Entre todas las materias han comenzado a atosigarme.

—Eso es porque no hicieron mucho en lo que va del año, se perdió mucho tiempo de clase. —Él lo dijo como si no fuera obvio—. No creo que tengas vacaciones de invierno.

—Pero nada de aquello fue mi culpa —replicó Zoey.

—Pero ahora que todos los alumnos han vuelto al colegio, y… —Zack echó una mirada por la ventana de la biblioteca. Abajo, dos oficiales de policía recorrían los prados del colegio. Algunos padres habían exigido la presencia de efectivos en las entradas en las horas nocturnas—, y ahora que hay tanta seguridad… Es normal que quieran adelantar todo lo posible.

Zoey suspiró. Sí, tenía razón. Pero aun así, eso no resolvía sus problemas con Matemáticas.

—Y tampoco entiendo Química —susurró—. Todo eso de los números atómicos, de los minerales. No lo entiendo.

—Si lo dices tan negativamente, entonces reprobarás. —Zack agitó sus orejas—. Además no es solo eso, Zoey. Esta noche debemos ir a buscar los otros pergaminos a la iglesia.

—¿Los otros? ¿Para qué? Si no hemos avanzado nada.

—Y pues de eso se trata. Dejamos muchos pergaminos allí, y tal vez hay algo que nos sirva. Nos estancamos, pero debemos continuar.

También en eso tenía razón. Por lo que esa noche, después de que Jessica se quedará profundamente dormida, Zoey se calzó unas botas altas, se abrigó con un anorak y salió del cuarto con el conejo Zack colgando del brazo.

—No me agrada esto de volver al sótano —le dijo, pero él insistió.

La puerta del sótano tenía una cerradura nueva y Zack tuvo que

romperla con la fuerza de sus dedos humanos para pasar. También encontraron otra cerradura nueva en la puerta de la sala de máquinas, *otra* que él tuvo que romper.

Todo estaba oscuro dentro y las luces tardaron en encenderse. La nueva caldera era silenciosa y con ella la sala de máquinas parecía más olvidada. En verdad no habían estado allí desde el incidente con Adam y ahora ella sentía como si él fuera a aparecer de un momento a otro con un revólver en sus manos.

Zack la guio hasta el hueco en la pared, tapado ilusoriamente con ladrillos que en verdad no estaban allí. El túnel se veía más tétrico de lo que recordaba y, cuando comenzaron a recorrerlo, Zoey no pudo evitar sujetarse de Zack con fuerza.

Él no dijo nada, pero también le sujetó la mano.

No se detuvieron ni un segundo, y pronto llegaron a las habitaciones ocultas debajo de la iglesia.

—¿Dónde estaban los demás pergaminos? —preguntó Zack, alumbrando con una linterna que habían tenido el cuidado de llevar.

—Creo que estaban en ese cuarto circular.

Con cuidado, pasando por encima de maderas viejas y rotas, al igual que escombros, se dirigieron a la habitación circular. Zack alumbró de arriba abajo, hacia ambos costados.

—¡Mierda! —masculló.

Zoey contuvo el aire.

—No hay nada —susurró.

—Alguien se los llevó —jadeó él. La habitación estaba completamente vacía.

—¿Adam?

—No lo sé, tal vez sí.

—Tal vez están en los otros cuartos. —Zoey se alejó de él, para husmear en el resto del recinto, pero, efectivamente, con la poca luz, no encontró nada.

—No están, Zoey —rectificó Zack, detrás de ella, alumbrado la escalera de madera que subía a la iglesia.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —Zack suspiró—. Ahora nada. Ahora volvemos al colegio. Alguien estuvo aquí, si fue Adam o no, no me interesa. —Miró a Zoey y la acercó a él, pegándola a su costado—. Tengo que llevarte de vuelta a tu habitación, rápido.

—¿Por qué? ¿Por qué rápido?

—Si alguien estuvo aquí, no creo que sea alguien bueno.

La alzó en brazos, dispuesto a correr todo el camino del túnel a toda la velocidad que era capaz de lograr. Saltó los escombros y los ladrillos sueltos y se dirigió apurado hacia la entrada.

Comenzó a andar, pero apenas hizo unos metros. Se detuvo en seco, en total silencio.

—¿Zack?

Algo se movió dentro del túnel, y esta vez Zoey lo escuchó claramente. Zack no esperó ninguna invitación, se dio la media vuelta y corrió con Zoey hacia las viejas escaleras de madera. Los peldaños crujieron y se quejaron ante el peso y la brusquedad de los pasos apurados del muchacho, pero a él poco pareció importarle. En seguida estuvieron arriba, detrás del lienzo del cuadro.

—¿No vas a romperlo, o sí? —casi chilló Zoey, nerviosa.

—¡No tenemos tiempo de ver cómo se abre! —Pero apenas él intentó romperlo, el marco del cuadro cedió solo, abriéndose como una pequeña puerta trampa.

Zack apenas si se mostró sorprendido sobre eso. Salió a trompicones y corrió por la oscura catedral. Sus pasos resonaban con facilidad en tan inmenso lugar.

Llegaron hasta una de las puertas de salida de emergencia y salieron al fresco aire nocturno del pueblo, nerviosos y alertas.

Se alejaron hasta la desierta plaza principal.

—¿Qué había en el túnel?

—Da igual, vamos por el puente.

Zack le indicó que se subiera a su espalda, por lo que, cuando Zoey se bajó y puso los pies en el suelo, la cosa se complicó.

Algo alejó a Zack de ella y terminó en el piso, mareada y confundida. Levantó los ojos tratando de localizarlo, pero no lo vio de primera mano. En cambio, escuchó una maldición a unos cuantos metros.

—¡Zack! —lo llamó, buscándolo con la mirada.

—¡Corre!

Zoey logró ponerse en pie y lo vio, a más de cincuenta metros de ella en el suelo, incapaz de moverse. Forcejaba con cuerdas invisibles, o eso parecía.

—¿Zack? —Corrió hacia él, pero el chico comenzó a gritarle con más urgencia, suplicándole que se largara de allí. Zoey se detuvo, justo a tiempo para esquivar un cuchillo enorme que alguien blandió por delante de su cabeza.

Soltó un chillido y cayó de trasero al piso. El tipo que manejaba el

cuchillo volvió a apuntarle y ella solo tuvo un segundo para arrastrase lejos.

—Tiempo que no te veía, niña —dijo él.

Ella lo reconoció. Era el tipo que había intentado abrirle la cabeza en el bosque. Él sonrió y volvió a atacar, ignorando totalmente las serias amenazas que gritaba Zackary, mucho más allá.

Girando sobre sí misma, Zoey logró ponerse en pie y también logró correr unos cuantos metros. El tipo solo se carcajeó, sin esforzarse en perseguirla. Dejó el cuchillo a un lado y sacó un buen revólver de sus vaqueros.

—¿A dónde crees que vas, preciosa? —le dijo, ajustando el arma.

Zoey se detuvo, a pesar de que Zack le gritaba, más fuerte, que no dejara de correr. Pero, ¿qué sentido tenía correr si él tenía un arma y podía acertarle a distancia? Al parecer, no había escapatoria. Despacio, se giró a enfrentarlo.

—¿Qué dices, muchacho? —El hombre volvió a reír—. ¿No quieres que la asesine? ¿No quieres que la degüelle como logré degollarte a ti?

Aquello dejó a ambos congelados. Zoey dejó caer la mandíbula y Zack enmudeció por completo.

—Oh, Dios —gimió ella y el atacante se regocijó por la reacción de los jóvenes.

—¿Qué no lo sabías? ¿No sabías que fui yo quien se las arregló para acabar contigo?

Zack tembló de ira y, desde donde estaba, Zoey pudo ver muy bien cómo se debatía consigo mismo y con esas cuerdas invisibles que lo aprisionaban. Por un momento, la escena le recordó a *Hulk*, cuando estaba por despertar.

—Te voy a matar —gruñó, con la mandíbula dura y la cara transformada.

El tipo sonrió.

—¿Antes de que yo la mate a ella? —Apuntó a Zoey nuevamente con el arma y, sin más, disparó. Ella tuvo el tardío reflejo de echarse al suelo, pero una vez que cayó sobre la acera, no estuvo segura de si le había dado o no. Su propio cabello le tapó la visión y solo escuchó a Zack gritar como loco.

—¡TE VOY A MATAR!

Cuando logró quitarse el cabello de la cara, Zack no estaba en el sitio donde lo había visto antes de caer. De alguna forma, se había liberado de aquel extraño hechizo y ahora saltaba como un puma sobre su aclamado asesino.

Se escuchó otro disparo y Zoey volvió a tumbarse sobre la acera. Al

menos ella no sentía dolor alguno. Si le había dado, no debía ser tan grave. Giró la cabeza para observar a los hombres que ahora peleaban cuerpo a cuerpo.

—¡Eres un idiota! —gritó Zack, golpeándolo en el estómago—. ¡Yo no puedo morir otra vez!

El tipo detuvo el próximo golpe y cayó al suelo ante la presión del puño de Zackary.

—Irónico, ¿no? —le dijo él, lleno de rabia, con los ojos grises abiertos de par en par, presa del descontrol—. Voy a vengar mi propia muerte.

Pero aquello no fue posible. El hombre pateó a Zack en los tobillos, logrando que perdiera el equilibrio, y le dio tiempo de alcanzar el cuchillo largo y filoso con el que había querido rebanar a Zoey momentos antes.

—¡Zack! —chilló ella, observando cómo le enterraba la hoja de metal, afiladísima, en el abdomen.

Zack volvió a sujetar su brazo y lo giró en un ángulo antinatural. De esa forma, el descubierto asesino de Zackary Collins se retiró hacia atrás, con el brazo derecho roto. Pareció que captó rápidamente su desventaja y comenzó a alejarse a las corridas.

—¡NO! —Zack se quitó el cuchillo, sin sangre en la herida, y salió andando detrás de él.

Zoey no se entretuvo. Corrió tanto como pudo, pero Zack era mágicamente veloz, y así como estaba —furioso, lleno de ira y resentimiento— era todavía más rápido. Lo perdió en cuanto se alejó de la plaza, hacia las calles oscuras del pueblo. Se frenó, sin saber hacia dónde ir, sintiéndose tan sola como asustada.

—¡Zack! —lo llamó, después de girar sobre sí misma, buscándolo con la mirada. Se encogió, al ver cuán vulnerable estaba allí, y marchó hacia la calle que tenía en frente, hacia una de las más viejas del lugar.

Durante la corrida, lo único que se escuchaba era su agitada respiración y tal vez el solitario ladrido de un perro en la medianoche.

—Zack —gimió. Al llegar a la otra cuadra, se detuvo, otra vez indecisa.

Unos pocos gritos le llegaron desde la costanera y reconoció la voz del chico a la distancia. Giró hacia la izquierda, rumbo al río. Avanzó con más fuerza, al oír terribles maldiciones, y al llegar solo se detuvo a mirar la escena que se había desencadenado.

En la costanera, Zack había acorralado al asesino contra las barandas nuevas que había puesto la alcaldía.

—¡Zackary! —lo llamó, logrando que él se distrajera un solo segundo. El tipo aprovechó ese pequeño margen de tiempo para ponerse a salvo, saltando al río.

Zack escupió veneno otra vez en sus palabras y puso un pie encima de la baranda, justo cuando Zoey llegó hasta él. Logró aferrarlo de la ropa y lo jaló con todas sus fuerzas hacia atrás.

—¡DÉJALO! ¡ZACK, YA!

—¡TÚ NO LO ENTIENDES! —Zack se deshizo bruscamente de su agarre, recorriendo furiosamente el río con los ojos. No había señales del hombre en la superficie.

—¡Lo que yo entiendo es que me dejaste sola y vulnerable en la plaza! —chilló ella, volviendo a jalar de él—. ¡Me dejaste sola! ¡Tenía miedo! —sollozó—. ¿Qué tal si él no estaba solo y te estaba distrayendo? ¿Qué tal si me atacaban mientras tú no estabas? —le increpó. Entonces Zack bajó el pie de la barandilla.

Tembloroso por la ira, se alejó del río unos pasos.

—Lo… lo siento.

Zoey lo volteó y, cuando lo tuvo frente a ella, le sujetó la cara con las manos. Los ojos grises del muchacho seguían destilando profundo odio.

—Zack… Zack —lo llamó, en voz baja. Él no la miró—. Tienes que controlarte, no dejes que esto te domine.

—¿Que me domine? —Ahora la miraba a la cara—. Él me asesinó, dijo que fue él. Él robó mi vida.

—No, aguarda un segundo. Él pudo haber provocado tu muerte, pero no fue él quien robó tu vida. —Zoey inspiró el fresco aire de la noche, para conseguir valor para esas palabras—. Esto sí lo hizo. —Tomó el dije con la mano, con fuerza—. Y tú sabías a lo que te atenías.

—¡Sí, lo sabía! Pero así y todo él provocó mi muerte, él me asesinó y quiere hacer lo mismo contigo. ¿No lo entiendes? Si yo no hubiera muerto, tú y yo… —Zack se detuvo, y rechinó los dientes, mientras ella pretendía ignorar lo que había tratado de decir.

—Zack, si vas por él y lo asesinas, terminarás en el infierno.

—Me da igual.

—¡A mí no me da igual! —replicó ella—. A mí me importa lo que te pase. Ya es mi culpa que estés aquí, no quiero que por venganza termines en un lugar horrible, exista el infierno propiamente dicho o no.

—Ya maté antes, Zoey —terció él.

—¡Para protegerme!

—¡También lo mataré para protegerte!

—¡No es cierto! —contestó ella, con lágrimas en los ojos. Gritar no le agradaba a nadie—. Lo harás cruel y desmedidamente porque no podrás olvidar que fue él quien te asesinó. Él va a pagarlo algún día, pero tú no vas a mancharte con esto. ¡Si tienes que matarlo, no será así!

Zack guardó silencio, totalmente en desacuerdo con ella. Pero lo cierto era que le había faltado, la había dejado sola y expuesta solamente por perseguir a un asesino. A su asesino.

Eso era verdad; Zoey era más importante.

—Vamos —susurró, abrazándola—. Hay que volver.

La alzó en brazos y corrió con ella hacia el puente, manteniendo una expresión tranquila, pero con la mente en otra cosa.

Capítulo 25

Zack permaneció callado el resto del camino, cabizbajo y retraído. Ella no se atrevió a decir alguna otra palabra. No podían ver si había o no guardias de seguridad, pero preferían no arriesgarse.

Al detenerse justo debajo de la ventana de su cuarto, la dejó en el suelo y ella le tomó la mano.

—Zack.

Él la miró, sin ningún brillo de emoción en sus ojos. Por un momento, lo que Zoey vio realmente parecía muerto.

—Vamos, que te subo. —Él volvió a acomodarla en su regazo y saltó los metros que separaban la ventana de ellos.

Jessica dormía tan profundamente que ni se enteró cuando abrieron la ventana. Rápido, Zoey se quitó las botas y la campera y se metió en la cama. Zack, en cambio, no se movió de la ventana que acababa de cerrar. Ella lo observó en silencio y él apenas le dirigió la mirada. Contrariada, se dio la vuelta en la cama y ocultó el rostro con la almohada.

Al despertar al día siguiente, en la ventana seguía quieto y frío el muñeco de conejo, que ni siquiera respondió cuando ella lo saludó con un: «*Buenos días*».

La cosa siguió así por un tiempo. Zack la acompañaba a todos lados, escondido en su mochila, pero casi ni hablaba; incluso cuando ella le preguntaba algo se mantenía callado si podía.

Eso comenzó a exasperarla. Entre los muchos exámenes que tenía

por delante, la falsa alegría de Jessica y la era de hielo impuesta con Zack, estaba comenzando a estresarse apenas a la segunda semana de clases intensivas. Para colmo, la llegada del invierno se hizo notar al finalizar la semana, con una ola polar que congeló a todos por completo, y Zoey no fue la excepción.

Y luego de que los alumnos supieron que las cerraduras del sótano y de la sala de máquinas habían aparecido rotas días atrás, el rumor de que el fantasma de Zackary Collins no quería que cerraran el lugar de su muerte se instaló en cada pasillo y aula. Pero ni ante eso Zack se inmutó, siguió callado.

—Zack. —Otra vez en la biblioteca, Zoey intentaba entender algo de Matemáticas. Habían explicado dos temas más en clase y ella no había entendido ni la mitad. También habían anunciado el examen para dentro de los próximos quince días, y las profesoras de Química y Biología no se habían quedado atrás, dando también fecha para las evaluaciones—. ¿Podrías ayudarme? —susurró.

Zack giró su cabeza hacia ella, con esa fría expresión de conejo de peluche de vidriera. Cuando se ponía así, tan inexpresivo como un mismo muñeco, daba miedo. Resultaba tétrico.

—¿Qué es lo que no entiendes? —dijo con voz de ultratumba, casi sonando desagradablemente ofensivo.

—Nada —respondió ella, con un gesto de súplica—. ¿Podrías ayudarme a estudiar? No quiero reprobar.

Hizo un puchero, esperando así conmoverlo de alguna manera. *Y de alguna manera*, funcionó, porque Zack salió de su mochila, trepó por la silla hasta la mesa y se sentó delante de sus hojas de Matemáticas.

—Tienes que imaginar que es una regla de tres simple —explicó, mirando los cálculos borroneados—. Con las exponenciales debes recordar siempre las equivalencias. De todas formas, aquí —señaló con la pata—, acuérdate que todo número elevado a «0» será siempre 1.

Zoey asintió, con el ceño ligeramente fruncido.

—Siempre olvido eso.

—A veces, la profesora Gauto pone el elevado a «0» en los exámenes y, si no lo recuerdas, podrías terminar haciendo un cálculo innecesario.

—Entonces, ¿cómo hago este ejercicio?

Zack suspiró y se acercó un poco. Le explicó con mucha paciencia y, asombrosamente, Zoey pudo terminar el ejercicio con rapidez. Él era bueno explicando, y solo tuvo que exponer dos más sobre el tema para que ella pudiera finalizar la tarea del día.

—Tampoco entiendo Química —le dijo, esperanzada.

Pareció que él le arqueaba una ceja de conejo.

—Bien, esta noche iremos a la terraza, allí te explicaré Química y los siguientes temas de Matemáticas. ¿Te parece? Tienes razón, no debes reprobar.

Ella hizo mala cara.

—¡Pero hará frío en la terraza!

—¿Dónde más quieres que nos reunamos sin que nadie nos descubra? Prepárate un termo con café y ponte varias medias.

Jessica no parecía tan decidida a estudiar como ella. «*¡Faltan dos semanas!»,* le decía, pero Zoey estaba enloquecida. Las últimas noches había dormido poco, puesto que pasaba al menos dos horas en el frío de la terraza, tratando de entender algo. Y ese martes la profesora Sheperd les había dado dos temas nuevos en solo dos horas de clase. Sentía que se le iba a quemar el cerebro, pero no tenía claro de si por congelamiento por el invierno, o por el fuego que producían sus neuronas al estudiar.

Ansiaba desesperadamente que llegara el fin de semana, para poder dormir un poco más. Pero rápidamente Zack, quien de a poco comenzaba a reponerse de su shock furioso por conocer a su asesino, le advirtió que continuarían estudiando con intensidad el sábado en la tarde.

Para Zoey aquello era la muerte. ¡Y es más! La muerta viva realmente parecía ella y no Zackary. Para el fin de semana, él incluso le había prohibido husmear en el libro de runas, y para ella quedó claro que era un profesor demasiado exigente.

—¡Pero yo necesito dormir! —gimió el viernes por la tarde, cuando intentó dormir la siesta.

—¡Tendrás tiempo para dormir cuando mueras! —exclamó Zack, saltando como conejo sobre ella—. O al menos cuando apruebes los exámenes.

Zoey gimoteó.

—Pero si duermo ahora, esta noche no tendré tanto sueño. ¿No lo entiendes? Estaré despierta y podré estudiar mucho.

Él dejó de saltar y aceptó su trato, pero dejándole muy en claro que esa noche harían tantos ejercicios de Química como pudieran.

A pesar de que ella puso mala cara y suspiró afligida, sabía que tenía mucha suerte de tenerlo de profesor. Jessica siempre había sido buena alumna en esas materias y siempre había sido la encargada de

explicarle las cosas cuando no entendían. Pero ahora que ella estaba todo el tiempo en la luna, fingiendo felizmente que todo era perfecto, no podía contar con sus tutorías. Zack era incluso mejor profesor que ella y Zoey jamás imaginó que él supiera tanto de Matemáticas. Al parecer, a él le había ido bastante bien en el curso anterior.

Esa tarde, durmió hasta el anochecer. Despertó gracias a los parloteos animados de Jess, que hablaba por teléfono. Algo sobre una fiesta. Tapándose la cara con la almohada, esperó pacientemente a que su amiga colgara el teléfono. Jessica tarareó una canción de moda y, al final, salió de la habitación.

Suspirando, Zoey se destapó. Zack ya había tomado forma humana y se había sentado en el escritorio a leer los apuntes que ella había tomado en Biología.

—¿Jessica fue a cenar?

—Probablemente —respondió él, ojeando los resúmenes—. Deberías hacer lo mismo en cuanto ella vuelva, así aprovechamos la soledad para repasar.

Zoey hizo una mueca.

—Me preocupa más Matemáticas. Estoy segura de que la maestra dará un tema más antes del examen.

—Pero casi ni tocaste Biología. Falta una semana para el examen. —Zack dejó los apuntes.

—Exacto, será el último.

—Pero te olvidas que en Inglés tendrás una lección oral este jueves.

—No soy mala en Inglés.

—De acuerdo —él se alejó del escritorio—, pero no está de más repasar un poco. Por otra parte, en Educación Física tendrás prueba de salto.

—También soy buena en Deportes.

—Pero si estás cansada y no practicas nada…

—Ya, si vas a hacerme un calendario de estudio es mejor que lo hagas ahora.

Zack arqueó las cejas.

—No necesitas un calendario de estudio. Yo recuerdo todas las fechas de tus exámenes, no necesito escribirlo.

—Siento que esto es para ti más personal de lo que es para mí —bromeó ella, saliendo de la cama.

Él se encogió de hombros, pero sonrió un poco.

—Si puedo convertirte en la mejor estudiante, lo haré. Estoy aquí para ayudarte, ¿no?

Zoey sacó ropa abrigada de uno de los cajones. Colgó una camiseta negra y un suéter grueso de su brazo.

—Estas aquí para protegerme, no para ser mi instructor, pero… —tomó también unos pantalones de jean— te lo agradezco mucho. Sería un desastre sin ti estos días.

Zack hizo un gesto desinteresado.

—Oh, vamos, no es nada.

Sonriéndole al pasar, Zoey se metió en el baño.

—Ya, claro. Tendría la peor nota en Matemáticas si no me hubieras explicado. Ahora, al menos me sacaré un siete.

Se encerró en el baño, pero ni se molestó en girar la llave. Desde aquel beso en el campo, Zack no la había tocado ni había sido cercano a ella. Desde hacía más de tres semanas que ni siquiera le hacia un comentario sobre su trasero. Nada, absolutamente nada de situaciones desubicadas.

Mientras se cambiaba, pensó en que tal vez añoraba algo de aquello, no la parte desubicada, pero sí la cercanía y el cariño que él le compartía; pero más que nada, añoraba aquellos besos incandescentes que le había dado. La verdad era que estaba siendo bastante hipócrita con Jessica, que fingía todo el tiempo, puesto que ella también fingía haber olvidado todo eso.

Era imposible no amar a Zack, y más después de todo lo que él estaba haciendo por ella, ayudándola hasta el cansancio.

Pero si había algo que él había dicho y estaba cumpliendo al pie de la letra, era aquello que le había dicho en medio de los juncos.

«Solo puedo ser tu amigo». Y en esta instancia, él estaba siendo su mejor amigo.

Zoey sostuvo el examen de Matemáticas, casi incrédula. Lo miró bien, lo alejó y lo acercó. A su lado Jessica también miraba su examen, bastante desanimada.

—Te sacaste un ocho —suspiró su amiga, que sostenía su propio examen con desagrado.

—No me lo creo.

—¿En qué momento estudiaste? No te vi hacerlo —preguntó Jessica.

Zoey hizo una mueca, mientras Zack parecía bailar de emoción dentro de su mochila.

—Estudié en la biblioteca.

—Oh. —Jess no dijo nada ni tampoco comentó su nota, pero Zoey sabía muy bien que ella había reprobado.

Apenas salieron de la clase, se apresuró a la biblioteca. No podía subir a la terraza de día sin ser vista y, como la mayoría de los alumnos detestaba el lugar, ahí tenía espacio para estudiar con Zack. Le restaba ver el último tema de Química y, para su desgracia, la profesora de Historia había agregado una evaluación para el lunes siguiente.

Zack saltó de la mochila en cuanto llegaron a su mesa predilecta, una que siempre estaba bien oculta entre los estantes.

—¡Bien hecho! —la felicitó

Zoey sonrió, realmente feliz.

—Te lo debo a ti. Pero no es momento de ponernos muy contentos. —Sacó todos los apuntes de Química, Biología, Historia, Economía y Geografía—. Tengo que hacer un trabajo práctico para Geografía, la profesora dijo que contaba como nota de evaluación.

—Estaba allí —le recordó Zack—, lo oí. ¿Qué tal si haces el trabajo ahora y esta noche repasamos Química?

Zoey estuvo de acuerdo y pasó las siguientes dos horas revisando mapas y libros para completar su trabajo. Lo bueno de estar en la biblioteca era que siempre tenía todo al alcance. Zack colaboró buscando algunas preguntas, dictándole palabras y dándole datos extras que él recordaba.

A las cuatro de la tarde, un rato antes de que empezara la clase de Educación Física, ella cerró los libros y guardó el trabajo, al cual le faltaba una pregunta para terminar. El pequeño conejo blanco se ofreció a buscar la respuesta, para ahorrarle tiempo, mientras ella estudiaba Biología.

En Educación Física fue una de las primeras en rendir examen, y si bien había practicado poco, logró saltar por encima de la marca más alta dos veces, lo cual calificaba para un ocho.

Mientras el resto de sus compañeras rendían, ella sacó los ya maltrechos apuntes de Biología, que era, por el momento, lo único que podía estudiar sin Zack. Al final de la clase, hasta Jessica había aprobado con un sencillo siete.

Por la noche pasó dos horas en la terraza practicando lo último de Química. Zack le ordenó hacer los ejercicios más complicados del libro, y luego la obligó a recitar la teoría de la materia. Ya con sueño, cansada, Zoey terminó de dar su pequeña prueba con los ojos cerrados, pero al día siguiente, en el examen, estuvo muy feliz de haber hecho tal esfuerzo. Sabía todas las respuestas y, encantada, entregó la prueba primero que nadie.

Aunque la cosa no acababa allí. Al salir del examen se apresuró a terminar el trabajo de Geografía, y luego releyó la lección de Inglés, la

cual rindió exitosamente una hora después. Esa noche, ambos estuvieron de acuerdo en que sabía suficiente para el examen de Biología y que podía dormir toda la noche en paz, sin necesidad de subir a la terraza.

En la mañana del viernes tan solo le quedaba recordar algunos nombres. Entró a rendir nerviosa, pero a la vez confiada. Después de todo lo que había estudiado, debía de irle bien.

—Estoy seguro de que te fue bien —asintió Zack en su hermosa forma humana, mientras le subrayaba algunos datos del libro de Historia Latinoamericana. El frío de esa noche era supremo, y en la terraza se sentía peor, así que ella se encargó de preparase un buen termo lleno de té caliente.

—Eso espero.

—¿Cómo vas con Economía? —inquirió él, tomando otro libro para comparar lo que decía con la página de internet que veía en la *laptop*.

—Tengo tiempo para repasar eso —le dijo Zoey, copiando cosas en sus resúmenes.

—De acuerdo —contestó el chico, sin querer meter presión. Zoey había salido bien en los exámenes hasta ahora, muchísimo mejor que cualquiera de sus compañeros. Incluso Jessica había desaprobado el de Química. Por desgracia, la profesora no había corregido su examen todavía, como para saber si había aprobado o no.

Estuvieron largo rato callados y Zoey soportó el frío como pudo. Al menos al día siguiente podría dormir una bonita siesta abrigada en su cama.

Suspiró.

Como le ardían los ojos del sueño, los despegó un rato de sus apuntes. Dejó vagar la mirada por la terraza oscura, por el bosque más allá, y finalmente, sus ojos cayeron sobre Zackary, que miraba la computadora muy concentrado.

Él nunca tenía frío con la fina camisa del colegio con la que había muerto. A su lado, ella parecía un esquimal en la Antártida. Y a su lado, también parecía una oruga desgarbada. Zack siempre se veía sexy, sin importar la posición en la que estuviera sentado, o recostado sobre el suelo. Él se veía tan malditamente bien.

Volvió a suspirar, pero esta vez de anhelo. Claramente, lo extrañaba demasiado.

Él dejó de ver la computadora, al escuchar su trágico suspiró. Como Zoey lo observaba sin percatarse de que él ya la había visto, se irguió despacio. La chica parpadeó y desvió los ojos.

—¿Pasa algo? ¿Estás cansada?

Zoey intentó no ponerse colorada.

—No. Es solo que… —guardó silencio durante un momento. Se mordió el labio inferior y se levantó del frío suelo para estirar un poco las piernas—. Es solo que no me hubiera ido tan bien sin ti —le dijo.

Zack sonrió y también se levantó.

—De nada —rió.

Zoey negó.

—¡Es en serio! —exclamó, acercándose a él—. De veras te lo agradezco, Zack. Has sido el mejor.

Y tímidamente, se estiró para abrazarlo. No quería que él lo malinterpretara, puesto que aquel era un abrazo lleno de cariño, pero con las mejores intenciones de demostrarle que lo consideraba su mejor amigo.

Él la abrazó también. Sin embargo, luego de unos segundos, lanzó algo parecido a un quejido.

—¿Zack?

—Lo siento —susurró, esta vez abrazándola con más fuerza, estrechándola contra él—. Es que en verdad necesitaba un abrazo.

«Obviamente que lo necesitaba», pensó ella. Desde que se habían enterado de la identidad de su asesino, Zoey lo había presionado para ayudarla a estudiar y también lo había presionado a dejar de lado su venganza. Pero Zack también necesitaba una contención. Estaba segura de que dentro tenía mucha ira y dolor.

—Yo lo siento. Has sido el mejor conmigo, pero yo no he sido la mejor amiga para ti. —Se separó un poco y aprovechó para sonreírle como disculpa—. No te pregunté cómo te sentías, no te apoyé.

Zack la miró a los ojos, de nuevo con un brillo peculiar en sus orbes, pero Zoey comprendió que ese brillo era simplemente tristeza. Estiró la mano para acariciarle la blanca y pálida mejilla.

—Zoey…

—¿Podrías perdonarme? De verdad sí me importa cómo te sientes —lo interrumpió—. Y yo sé que esto ha de dolerte mucho, pero te dolerá más si cometes un error. Matarlo no solucionará tu muerte, eso lo sabes. Es más, te hará mucho más desdichado.

—Zoey… yo…

Zack bajó la cabeza y no siguió. Sabía que ella tenía mucha razón y que él estaba allí para protegerla, no para vengar su muerte. Si a Zoey le pasaba algo por su estúpida venganza nunca iba a perdonárselo.

Volvió a mirarla a los ojos, a esos profundos e inocentes ojos azules. Era tan buena con él y con otros. Era lógico que el dije quisiera

estar con ella, que fuera feliz con ella… que lo hubiera abandonado a él.

No pudo evitarlo más.

Se inclinó y, antes de que Zoey pudiera siquiera alejarse, la besó. No había nada que deseara más en el mundo que sentir el sabor de su boca. Suspiró, llevó la mano a su nuca y profundizó el beso tanto como pudo.

Notó exactamente cuando ella salía de su confusión. Pasó de recibir el beso torpemente, a devolvérselo con urgencia.

Encantado por los rápidos latidos de su corazón y por los dulces suspiros que Zoey exhaló en su boca, deslizó su mano izquierda por la espalda pequeña pero abultada por los abrigos. Llegó hasta su cintura y la estrechó, ansioso.

Zoey jadeó y se abrazó con más fuerza, anudando los brazos detrás de su cuello y enterrando la yema de los dedos en el cabello corto de Zack.

Así, con esa pasión y ese fuego, él se sentía verdaderamente vivo otra vez.

Capítulo 26

Pero algo volvió a tirar de ellos en direcciones contrarias. Se separaron como si les hubieran dado una corriente eléctrica y durante un segundo se vieron a los ojos, afligidos.

—Oh, no… —gimió Zoey, retrocediendo otros dos pasos.

—Zoey, lo siento. —Zack se apresuró a disculparse. El idiota había sido él. ¿Cómo se le había ocurrido besarla, después de todo lo que habían hablado?—. Fue mi culpa, por favor, perdóname —suplicó pero no se acercó—. Te estoy fallando.

—No, yo… —Ella se calló y se tapó los labios rojos con la mano.

—Tú nada. Esto no es tu culpa. ¡El que lo arruina soy yo! —Zack se tapó la cara con las manos—. Soy el idiota más grande del universo. ¡Estoy muerto, carajo! ¿Qué estoy haciendo?

Zoey no contestó, ni tampoco se movió. Para ella ese beso había sido, otra vez, la cosa más maravillosa de este mundo y de cualquier otro existente. *Los labios de Zack mordiendo los suyos, suspirando en su boca, sus manos acariciándola tiernamente…* Todo eso, y más, volvía loco de amor a su corazón palpitante.

Palpitante. *Vivo.*

Observó a Zack, tristemente. Él estaba muerto, ¿por qué no se convencían de eso?

—No volveré a tocarte, lo juro —prometió él.

—Es por eso que tampoco me has estado molestando —susurró ella.

Zackary gimió, entre molesto y amargado.

—¡Por supuesto! Zoey… —se detuvo—. Desde ese beso en tu habitación me cuesta horrores mantenerme alejado de ti… de esa forma.

Ante esa confesión, Zoey no pudo hacer nada más que mirarlo boquiabierta. Si bien un beso suyo siempre había sido un sueño que nunca creyó hacer realidad, que él le dijera eso era… más que irreal.

—¿Qué? —soltó, aunque había oído todo bien.

—Te deseo demasiado. —Zack cerró los ojos—. Siempre te he mostrado lo mucho que me gusta tu cuerpo, ¿verdad? Pero simplemente… Tu beso me desarmó —al abrirlos, sus ojos tenían un color más apagado. Despacio, él se alejó un poco más de ella.

No le respondió. ¿Qué podía decirle? ¿Que ella siempre se había estado completamente enamorada de él? ¿Que había sido su mundo, su sueño, su fantasía? ¿Que no podía evitar comérselo con los ojos? ¿Que ahora mismo ansiaba arrojarse sobre él para volver a recibir esos besos fantásticos?

Zack debía saber todo eso, al igual que ella. Decirlo no tenía sentido, más cuando ambos estaban plenamente conscientes de que esto era más serio de lo que él incluso había pensado cuando comenzó a decir comentarios fuera de tono. Las cosas se habían… complejizado.

—Zack —gimió—. Esto me va a matar.

Lo amaba, ¡lo deseaba! A ella no le hubiera molestado seguir con eso hasta el final, solo si era con él.

—No, Zo —pidió él, acercándose a ella. La abrazó fuertemente, apoyando el mentón en su cabeza—. Tienes que rechazarme. Tienes que mirar a alguien más. Incluso aunque eso te cueste, incluso si eso a mí me… —Zack guardó silencio—. Yo seré tu mejor amigo siempre, sin importar de quien te enamores, con quien te cases, con quien tengas hijos. Yo siempre estaré ahí para cuidarte. *Seré tu mejor amigo* —repitió eufóricamente, casi para sí mismo.

—Mi mejor amigo… —sollozó Zoey. Eso era lo que menos deseaba de él.

Zoey debería haber sido muy feliz después de las excelentes notas que le quedaron en su boletín. Había aprobado todos y cada uno de los exámenes, y en algunos había obtenido los mejores resultados de su vida. Pero eso no era totalmente suficiente como para apalear la desilusión y la tristeza que le causaba recordar los intensos y

maltrechos besos de Zack.

Desde esa noche, él había estado todavía más alejado de ella, más distante que nunca. Si bien seguía animándola, ayudándola, cuidándola, él ni siquiera la tocaba. Y en forma humana, siempre estaba a dos metros de distancia. Una posición segura, se ve.

Lo que sumaba e inflaba esa atmósfera pesada y angustiosa, era la actitud de Jessica frente a los exámenes que había desaprobado, que eran la gran mayoría. Jess dejó de fingir felicidad, y cuando les llegó el rumor de que habían visto a un muchacho muy parecido a Adam Smith en el sur del país, a más de 1.000 km de allí, ella directamente se encerró en el baño por más de dos horas, a ahogar un llanto desconsolado.

Zack retuvo sus conjeturas sobre esa reacción, pero Zoey leyó muy bien su opinión. Él creía que aquella desilusión con Adam estaba yendo demasiado lejos y, al fin y al cabo, ella también lo creía.

Pero… ¿podía ser que Jessica estuviera en verdad enamorada de Adam, así como Zoey de Zack? Al menos, Jess nunca había sido muy expresiva conforme a sus sentimientos por los chicos, de modo que ella no tenía cómo saber hasta dónde habían llegado sus sentimientos por ese desgraciado.

Más tarde, días después de haber acabado los exámenes, los peritos que llevaban el caso de Zack declararon que no había pruebas de que la muerte hubiera sido provocada adrede, y la familia Collins se negó a hacer juicio al colegio y menos a recibir la indemnización adecuada. Solo Zack y Zoey sabían que eso se debía a que ellos comprendían la muerte de su hijo como algo más que posible en esas condiciones.

Pero ese anunció no fue muy bueno para el chico. Después de saber quién era su asesino, ahora que aquel tenía cara, estaba bastante disconforme con el resultado del caso. Para Zoey, era lógico que él quisiera justicia, aunque para Zack esta tuviera que ser por mano propia.

Casi al mismo tiempo, a los alumnos se les confirmó que se suspenderían las vacaciones de invierno. Algunos se quejaron, pero era esperable. Además, las cosas se tranquilizaron un poco después de tantas evaluaciones, por lo que Zoey aprovechó para volver a concentrarse en el cuaderno del dije.

Se dedicaba a ojearlo de arriba abajo en las noches, mientras Jessica intentaba estudiar para recuperar alguno de los exámenes que había desaprobado. Zack la observaba inmóvil desde su lugar junto a la cama, aquel que había tomado para mantener sus distancias.

Una de esas noches, Zoey estaba a punto de quedarse dormida. Jessica estaba estudiando debajo de una carpa de acolchados y

Zackary miraba por la ventana, ausentemente. La tranquilidad en el cuarto se vio interrumpida por el melódico sonido de llamada entrante del celular de Jess.

Bufando, su amiga desarmó la carpa. Zoey se giró a verla, extrañada. Eran casi las doce de la noche, ¿quién podía llamar?

Jess hizo eco de sus pensamientos.

—¡Cuando una pretende estudiar, alguien se empecina en molestar! —masculló alcanzado su teléfono—. ¿Quién mierda es?

Pero al atender, Jessica se quedó muda, perdió el color que tenía en la cara y tembló ligeramente.

—¿Quién es? —preguntó Zoey, al verla tan mal de un momento a otro.

Jessica no le contestó a ella, sino a quien había llamado.

—Tú… ¿Qué quieres? —dijo en un murmullo—. ¿Zo…Zoey?

Zoey se sentó en la cama, pero comprendió luego que Jess había contestado una pregunta con su nombre.

—¿Quién es?

Su amiga bajó el teléfono, sin atreverse a mirarla.

—Es Adam. Y… quiere hablar contigo.

Zack, sentado en la ventana, giró su cabeza automáticamente, sin importar si Jessica podía ver lo tétrico que había sido. Sin embargó, se quedó quieto otra vez, sin decir nada. Tan solo miró a su protegida.

Ella se levantó de un salto, repentinamente hecha una fiera. Le arrebató el celular a Jessica de las manos y se lo puso al oído.

—¡Déjala en paz! —le gritó a Adam—. Me importa un comino lo que quieras hablar conmigo, no vuelvas a llamarla nunca en tu desgraciada vida.

Adam no le contestó en seguida, pero cuando lo hizo, lo hizo calmadamente.

—Escúchame bien, Scott. No tengo tiempo para escuchar cosas estúpidas sobre tu amiga. —Zoey sostuvo el teléfono, tan bruscamente que creyó que iba a romperlo—. ¿Crees que te llamó para hablar sobre ella? Por favor, sabes que hay cosas más importantes que esa.

—Déjame en paz, a mí, a Jessica y a Zack —dijo ella, olvidando brevemente que Jess seguía ahí—. Aléjate de nosotros.

—Tú tienes el dije. Eso es imposible —terció Adam, aún tranquilo —. Y hablando de Zack —entonces su voz se tornó burlona—, ¿por qué no le dices que Jude tiene preparado algo muy bonito para ti, eh? Romperle un brazo no va a detenerlo, debería haberlo matado en cuanto pudo.

A Zoey no le quedó la menor duda de quién era Jude. Ahora el asesino de Zack no solo tenía cara, sino también nombre.

—¿De qué estás hablando? —inquirió en voz baja. Jessica alzó los ojos hasta ella, interesada pero a la vez dolida. Zack se había bajado sutilmente del alféizar de la ventana.

—Jude va por ti, Scott. No hay tanta ciencia. ¿Quieres que te diga cómo planea matarte? Pues me ahorraría los detalles para no darte pesadillas. —Adam suspiró—. Si Zack quiere mantenerte con vida va a tener que hacer un esfuerzo mayor que andar rompiendo huesos por ahí. Jude puede tener altibajos, pero es una máquina de matar y un buen hechicero. Aprende de sus errores, mejora sus tácticas, y si quieres escapar de él la próxima vez, más vale que también tú aprendas de los errores de tu protector, o le irás a hacer compañía al cementerio.

Adam cortó. Zoey se quedó con el teléfono en las manos, dura como una roca. Esa había sido la conversación telefónica más corta y más aterradora de toda su vida. ¿Ahora Adam le advertía sobre el peligro que corría?

—¿Qué… te dijo? —preguntó Jessica, cabizbaja. Allí Zoey recuperó algo de compostura, ya que debía mentir.

—Quería decirme algo sobre Zack —murmuró.

—¿Sobre Zack? —Jess se mostró incrédula.

—Sí, él… —titubeó—. Él me dijo que Zack había tenido sexo con Mariska en su última noche de vida.

Con cada palabra, Jess parecía más reacia a creerle.

—¿Qué? ¿Por qué te diría eso?

—Creo que estaba drogado. —Zoey le devolvió el teléfono y se sentó en la cama junto a ella—. Solo quería molestar, Jess. Es una oveja muy descarriada. Huyó del colegio. Quién sabe en qué anda ahora. Solo quería molestar.

Jessica suspiró y se metió en la cama otra vez.

—Ya no tengo ganas de estudiar.

Zoey se levantó, caminó hasta la ventana, tomó el peluche de conejo del piso y se dirigió al baño.

—Ya me acuesto —le avisó a su amiga y cerró la puerta.

Zack se liberó de su agarre suavemente.

—Palabra por palabra, ¿qué te dijo? —ordenó, serio como un dictador.

—Que el tipo ese planea algo para matarme —le dijo—. Lo llamó Jude. Dijo que… —se trabó—, dijo que me va a hacer algo horrible,

algo que si me lo contaba me iba a dar pesadillas.

Zoey tragó saliva. No sabía si creerle o no a Adam, pero aunque siempre supo cuán cerca estaba de morir por miles de motivos, el hecho de saberlo y tener que esperarlo, como en este caso, era peor.

—No te hará nada, Zo —dijo Zack, tratando de sonar tranquilo, pero su voz estaba seca.

—Dijo también que debiste haberlo matado cuando pudiste, que un brazo roto no iba a detenerlo.

—Sí, debí haberlo matado —gruñó el conejo—. Y lo haré la próxima vez que pretenda tocar un solo cabello de tu cabeza.

—Zack…

—No es venganza —la interrumpió él—. Se trata de ti, no de mí. Si *Jude* intenta tocarte yo… —se quedó callado. Zoey, desganada, se sentó en el suelo—. Ya no sé qué papel juega Adam en esto.

Ella no le respondió. Eso nunca estuvo claro. Adam cambiaba de bando como un bebé cambiaba de pañales. O era un idiota muy inteligente, o tenía un trastorno de personalidad múltiple.

Y lejos de pensar que ese troglodita tenía algo de cerebro, prefirió quedarse con el trastorno de personalidad, un perfil que encajaba mejor con Adam Smith.

Posesión

Zoey observó la palabra escrita con tinta negra sobre el margen derecho de una de las hojas del cuaderno. Abajo, justo debajo, había un nombre propio.

J. D. Clarence

Escribió esas dos palabras en una libreta, y marcó la hoja con un rectángulo de cartulina, mientras pensaba cómo averiguar quién había sido Clarence.

¿Estaría en la biblioteca? Al menos debería haber algo en Wikipedia.

Alcanzó la *notebook* y tecleó en el buscador. Los resultados aparecieron segundos después, pero no había algo que concordara. Existía un hombre llamado Josh Dylan Clarence en Facebook y una tal Jane D. Clarence vivía en Sudáfrica, casada y con cuatro hijos. No tenía mucho que ver. Buscó durante algunos minutos más, y luego tecleó: «*Dijes, collares embrujados»,* por si encontraba alguna relación.

Las fotos de los antiguos collares embrujados poco se parecían al dije. También podía jurar que no estaban embrujados en verdad. Cerró el buscador, con un suspiro.

—¿Algo importante? —preguntó Zack desde la ventana.

Ella negó y cerró la tapa de la *laptop*.
—No. Nada, en verdad.

Capítulo 27

El celular de Jessica vibraba olvidado sobre el escritorio. Zoey lo observó dudosa. Jess estaba estudiando en la biblioteca, y ella y Zack sabían muy bien que el que llamaba podía ser Adam otra vez.

—Yo lo hago. —Zackary estiró la mano, tomó el teléfono y contestó sin pensar—: dime qué quieres rápidamente y luego decidiré si te arrancó los ojos o no —dijo. Zoey puso los ojos en blanco. ¿Qué tal si no era Adam? ¿Y si se trataba de la mamá de Jessica? ¿Cómo le explicarían esa frase terrible de ultratumba?

Pero como Zack siguió serio y duro como una estatua, ella sí entendió que se trataba de Adam.

—¿Así que piensas que me creeré tus estúpidas amenazas? —masculló él—. Podrás asustar a Zoey, pero no a mí.

—Ponlo en altavoz —suplicó ella, sin entender bien de qué hablaban.

Zack obedeció, concentrado en escuchar a Adam, o al menos en insultarlo.

—Maldito idiota —dijo, justo cuando presionaba el botón de altavoz.

—¿Yo? ¿Maldito idiota? —repitió Adam, carcajeándose—. Sé más de lo que crees, Zack. Y a mí no me vengas con rodeos. Iré por Zoey y no vas a evitarlo. Tú no sabes cuidarla.

Zoey se congeló y Zack gruñó.

—¿Qué? —dijo—. ¿Piensas que te dejaré acercarte a ella, pedazo

de imbécil? ¡Yo soy su protector! ¡Yo volví de la muerte para cuidarla! ¿Piensas que puedes venir y tomar ese papel cuando se te de la puta gana? Muérete primero, luego veremos si estás preparado para eso. ¿Sabes más de lo que yo creo? Nunca has tenido el dije encima, Adam. No creas que formas parte de esto. Zoey es mi responsabilidad y si tú pretendes rondar a su alrededor, no tendré reparo alguno en romperte más de unos cuantos miembros. Arrancarte las pelotas tampoco está de más.

—Mira, estúpido. —Adam ya no se reía—. Tu papel de héroe ya me sacó de mi sitio. Me vale mierda si alguna vez fuiste un portador. Tu sucia muerte solo explica que eras un desastre. Sigue rompiendo miembros por ahí, no soy tan imbécil como para permitir que lo hagas conmigo. No matas ni una mosca, Zackary. Tienes un problema con eso. Eres tan patéticamente débil que ella también morirá por tus estúpidos deseos de venganza. Y luego, claro, lo dejarás huir igual.

Zoey se adelantó, ya cansada de su parloteó.

—Si él no te arranca las bolas —terció—, yo lo haré, te las haré tragar —lo amenazó. Zack sonrió automáticamente, orgulloso de sus palabras, y Adam guardó silencio durante unos segundos.

—Ya la oíste, Adam —Él seguía sonriendo—, no tienes nada que hacer aquí. No tienes nada que buscar aquí. Quédate por donde estás. No vuelvas a llamar, no vuelvas a buscarla. Ella no es de tu propiedad como para exigir moverla de un lado a otro. ¿Lo comprendes?

—*¿No es de mi…?* —Adam sonó incrédulo, y bastante molesto.

—Como oíste. —Zack apretó el botón y cortó la llamada. Puso el celular en silencio, por si él volvía a llamar, y se giró a mirar a la pequeña rubia de ojos azules que lo observaba con los brazos cruzados y una expresión de mal genio—. ¿Ves que sí tienes una gran boca? —se rió—. Nunca me equivoqué con eso.

—No sé de qué hablas —Zoey bufó—. ¡Solo me molestó! ¿Cómo es eso de que dice que vendrá por mí, eh?

—Cree que él puede cuidarte mejor.

Zoey dejó caer la mandíbula.

—¿Cuidarme? ¿Ya se olvidó de que casi me hace tantos agujeros con ese revólver que podría disfrazarme de colador?

—Adam es un idiota, y aun así sigo sin entender para qué lado juega.

—Él estaba en el bosque con ese Jude la primera vez que lo vi. Es decir, no se atacaron entre ellos —repasó Zoey—. Y luego nos atacó en el sótano.

—Pero cuando te tuvo a solas no te hizo daño.

—Y ahora nos advierte sobre Jude.

—Y quiere protegerte.

—No lo entiendo —suspiró al final. Zack negó.

—Solo hay que ignorarlo. Nada de lo que nos diga es fiable.

Ella asintió, pensando cómo mantener alejado a Adam de ella, y también de Jessica.

Jessica dejó caer todos los apuntes y Zoey, con desgano, se agachó junto a ella para ayudarla a recoger las hojas. Durante los minutos que estuvieron juntando las cosas del piso, su amiga no dejó de despotricar.

«Al menos», pensó «ya no parece tener ganas de llorar en público». Ahora Jess se la pasaba protestando por todo.

—Vaya, que mal hablada, Jessica —dijo Mariska Sullivan al pasar. Jessica no se molestó en contestarle y estiró la mano para alcanzar la última hoja.

Zoey en cambio, miró con intención a Mariska.

—¿Qué tal te fue en los exámenes, Mariska? —le preguntó, sonando amigable. Mariska se detuvo. Bastante nerviosa, la saludó y le contó que había aprobado la mayoría de ellos. Luego, apresurada, se alejó por el pasillo.

—Tengo que aprobar Historia —suspiró Jess, acomodando sus apuntes, antes de meterlos en la mochila—. Mi mamá va a matarme si repruebo este recuperatorio. Me dejé estar mucho con los exámenes.

—Ha estado complicado, en verdad. Tampoco es anormal que te fuera mal en algunos —dijo Zoey, levantándose del suelo.

Jessica arqueó las cejas en su dirección.

—¿Algunos? No estudié nada para ninguno, Zo —le dijo, señalando lo obvio—. Solo aprobé Plástica porque me pasé toda la tarde arrojando pintura sobre un cartón.

Ella hizo una mueca. Ciertamente, Jess estaba abriendo los ojos, concientizándose de todo lo mal que había hecho debido a su depresión. Por supuesto, tampoco iba a nombrar a Adam como el culpable.

—Bien, lo sé —aceptó, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse—. Pero han sido tiempos difíciles.

—¡Difíciles! —exclamó su amiga—. Tú lo has hecho mejor que yo. A mí solo me han engañado, pero a ti… te han quitado al único chico que querías.

Ante esa mención, Zoey no contestó. Jess no dijo nada más, tal vez porque no pretendía que ella dijera algo sobre su comentario. Caminaron juntas en dirección a la biblioteca. Si Jessica supiera que en verdad ella no había perdido a Zack, que aunque él estuviera muerto siempre estaba con ella, seguramente no se sentiría tan mal consigo misma. No se creería más débil.

Suspiró, dándose cuenta de que para ella, Jess siempre había sido la más fuerte de las dos. Ahora la cosa parecía haberse dado vuelta, o por lo menos eso creía su amiga. Pero, ¿quién decía que Zoey no se había vuelto algo más fuerte de lo que era antes? Sin duda alguna, todo lo que había pasado desde la muerte de Zack había cambiado mucho las cosas.

Doblaron en el pasillo de la biblioteca. A esa hora de la tarde, con la noche cerniéndose sobre el colegio, a nadie se le ocurría andar en la solitaria librería. Hacía frío, y la mayoría de los alumnos estaban esperando ya la cena en el comedor. Para ellas era un poco temprano para comer, así que gozaron con esa ventaja.

—¿El tomo III de Historia Latinoamericana? —preguntó Zoey en voz alta, mientras Jessica husmeaba en otros estantes, en otros pasillos repletos de libros.

—Búscalo rápido —dijo su amiga, desde donde estaba—. Ahora sí tengo hambre.

Zoey se paseó por las estanterías. Zack, entonces, sacó la cabeza por entre el cierre de su mochila.

—¿Qué tal si también llevas el tomo IV, eh? —le dijo—. Así podrás ir leyéndolo para el próximo examen.

Zoey hizo un mohín.

—Aún no hemos visto eso.

—Por eso —dijo Zack, señalando los libros indicados con su pata blanca—. ¿Quieres seguir con esas buenas notas o no?

Ella asintió y al final tomó los dos.

—Pero no empezaré a leerlo —le advirtió al conejo. Zack chistó, y ella, sin más, se propuso a buscar a Jess para volver al cuarto y luego marchar a cenar.

En cuanto dobló por uno de los pasillos, saliendo detrás de una estantería, se llevó una horrible sorpresa. Una masa negra, de más de dos metros de altura le cerraba el paso. Era una mezcla extraña entre una sombra y algo sólido, y esta no era la primera vez que la había visto.

—¡Ah! —gritó ella, y como automático reflejo, se dio la media vuelta y corrió hacia el lado contrario.

—Muévete, muévete —le indicó Zack, instándola a correr lejos de allí, en donde había tan poco espacio.

—¿Zoey? —preguntó a su vez Jessica, extrañada por su grito. Zoey no contestó y continuó corriendo, al ver por el rabillo del ojo como esa cosa iba tras de ella—. ¿Qué sucede…?

Casi se chocan al girar en el pasillo. Jessica la observó, desconcertada.

—¡Corre! —Zoey tiró de su blazer, alejándola a ella también de la sombra que no había visto.

—¿Qué? —preguntó su amiga, pero aun así, terminó corriendo detrás de ella. Salieron de los abarrotados pasillos de estanterías hacia la puerta de la biblioteca, justo cuando la sombra les tapó el paso—. ¡Zoey! —Jess se detuvo abruptamente con los ojos como platos y tiró de su manga de vuelta hacia atrás.

—No, no —Zack le urgió en susurros—. ¡Hay más de una, deben salir!

Zoey no se movió, dubitativa, y en ese mismo instante, Jessica le confirmó, con un grito nervioso, que otra de esas cosas estaba detrás de ellas.

—Zack —gimió, sin saber qué hacer.

—¡Al suelo! —gritó el muchacho, y ella no perdió tiempo. Se arrojó sobre Jess derribándola, y un desastre se armó sobre sus cabezas. Apenas si pudo ver como conejo, salía de la mochila y saltaba sobre una de las sombras.

Una de ellas desapareció, en algún momento incierto, y mientras Jessica gritaba aterrada debajo de Zoey, la otra sombra salió despedida por la puerta de la biblioteca.

Entonces todo fue silencio.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué… qué pasó? —Jess también se levantó, confundida y temblorosa.

—No… no sé. —Más que asustada, ahora Zoey estaba preocupada. Zack no estaba en la biblioteca y quería saber dónde se encontraba.

—¿Eran… fantasmas? ¿Nos atacaron fantasmas?

Le balbuceó una respuestas vaga. La verdad era que no sabía que eran esas cosas. Claramente iban tras ella, ya que la habían perseguido en el sótano una vez, y en ese momento ni siquiera Adam había comprendido qué eran.

—Oh, Jess —gimió, recorriendo la estancia con los ojos—. No podemos decirle esto a nadie.

—¿Cómo que a nadie? —Jessica se quitó el pelo de la cara.

—¿Estás loca? —preguntó Zoey—. ¿Quién va a creernos que… nos… atacaron fantasmas?

Obviamente que nadie, y Jess lo notó al instante.

—Okey… como primera medida —dijo—, propongo que nos larguemos de aquí. Ahora.

Se levantaron tan rápido como pudieron, recogieron sus cosas y salieron corriendo por la puerta de la biblioteca, más veloces de lo que habían sido jamás.

—La seguí hasta el túnel —declaró Zack, rabioso.

Zoey le hizo un gesto con las manos, para que bajara la voz. Había abierto la canilla de la ducha para simular que se estaba bañando —cosa que debía hacer al final, si no a Jess le parecería raro—.

—Entraron por ahí, estoy seguro.

—¿Y entonces?

—Tendré que cerrarlo. De todas formas, ya no hay nada que rescatar de allí. —Zack se apoyó en la pared del baño—. ¿Fue eso lo que viste cerca de la caldera, no? Lo que Adam quiso balear.

Ella asintió.

—Sí, me agarró de la pierna.

—También estoy seguro de que lo que vimos la otra vez en el túnel moviéndose era una de esas cosas.

—¿Y qué son?

—¿Espíritus? ¿Espectros? —Él contó con los dedos—. ¿Demonios? No lo sé.

Con eso último, Zoey titubeó.

—¿De… monios?

—La magia del dije no es la única existente. Yo soy la prueba de que eso es así, aunque no recuerde ni entienda bien cómo llegué a este estado, por ejemplo. Ya sabes que solo sé cuál era mi misión —aclaró Zack—. Pero también hay miles de cosas desconocidas para el hombre, las cuales poco pueden entenderse.

—Entonces… quieren el dije —murmuró ella, tomando con las manos el pequeño objeto de cristal y plata.

—Sí, supongo.

—¿Por qué?

—¿Por qué no hay nada más poderosamente mortal que el dije? —

inquirió Zackary—. En realidad no lo sé. Yo tengo entendido que es lo más poderoso en el mundo terrenal. Pero no hay nada que establezca que así sea —suspiró—. De momento, solo tengo que cerrar el túnel. Tú quédate aquí. Dúchate, volveré pronto.

Caminó hasta la puerta y empezó a girar el picaporte, cuando ella lo detuvo.

—¡Jessica está afuera!

Zack chistó.

—Tengo que salir de alguna forma. Y además… no quiero quedarme aquí mientras tú te… —Él dirigió una rápida mirada a la ducha.

—Bien —Zoey se quitó algunas prendas de ropa y Zack, al verla, se pegó a la puerta del baño.

—Zoey… —gimió, sin quitarle los ojos encima. Cuando ella se quedó en sostén, tragó saliva—, ¿qué haces?

—Finjo que estoy a punto de ducharme —explicó ella, bajándose los pantalones.

Zack cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al segundo. La tentación de mirarla era terriblemente grande. Zoey se paró delante de él en ropa interior, ignorando su sufrimiento. El lindo conjunto color crema con moños negros le quedaba como un guante.

—Zoey —repitió Zack, sin poder evitar comérsela con los ojos. Ella, totalmente tranquila, lo ignoró. Había cosas más importantes en las que concentrarse.

—Conviértete en conejo, ahora.

Él obedeció sin que tuviera que rogarle. Zoey lo atrapó justo a tiempo y abrió la puerta del cuarto. Jessica alzó los ojos hacia ella.

—¿Aún no te metiste en la ducha?

Zoey le sonrió.

—Me distraje depilando mis cejas —mintió. Zack comprendió que Jessica la viera en ropa interior era justamente lo esperado. Ayudaba a la mentira, pero no lo ayudaba a él —. Me olvidé de agarrar bragas limpias —le aclaró a su amiga.

Jessica se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en la computadora.

—Estoy buscando cosas de fantasmas —le dijo. Zoey se detuvo a mitad de camino.

—¿Fantasmas? ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —terció la jovencita—. Hoy nos atacaron unos espectros que se parecían al monstruo sombra sin cara de «*El*

viaje de Chihiro». Debe de haber algo para protegernos.

Fingiendo que pensaba en eso, Zoey se acercó a la ventana. Abrió los vidrios unos diez centímetros, ante las quejas de Jessica.

—Es que hay un aroma extraño aquí, hay que ventilar —le explicó, al tiempo en que tapaba con su propia espalda a Zack, que se escabullía rápidamente al exterior.

—¡Ventila cuando haga calor, loca!

Para cuando el agua de la ducha le mojó el cabello, Zoey meditó sobre protegerse. ¿Qué tal si las sombras entraban por otro sitio? Aunque Zack cerrara el túnel del sótano, todavía esas cosas podían atraparla…. ¡Si es que entraban por ahí! Como todo en ese asunto, era algo sobre lo que no había certeza.

Comenzó a preocuparse por el asunto cuando Jess se durmió y su conejo protector todavía estaba ausente. Intrigada e inquieta, salió de la cama, se puso un abrigo y zapatos y abandonó la habitación.

Por supuesto, la puerta del sótano se había quedado, otra vez, sin cerradura. Si Zack seguía rompiéndolas, iban a terminar poniendo cámaras de seguridad. Pero con suerte, si cerraba el túnel, no tendrían por qué volver allí.

Caminó por la sala de máquinas, cuidadosamente.

—¿Zack? —preguntó. Las luces estaban encendidas, por lo que él tenía que estar allí. Llegó hasta el túnel y lo encontró todavía abierto. Ni siquiera tenía esa fachada ilusoria de ladrillos que Zack había puesto allí para que nadie lo viera.

Se asomó, pero era imposible ver algo. ¿Dónde diantres estaba Zack?

Esperó allí, sin atreverse a entrar sola. El túnel era húmedo y una pequeña corriente helada de aire le congeló las mejillas. Trató de agudizar la vista y pronto descubrió movimiento. Se asustó un poco, solo hasta que distinguió un cabello rubio claro.

Zack caminaba hacia el sótano, con los hombros encogidos y tensos. Cuando la vio, hizo una mueca.

—¿No te dije que te quedaras en el cuarto? —dijo llegando hasta ella—. ¡Y mira! Tienes el cabello húmedo, Zo. —Le tocó un mechón—. Te vas a enfermar.

—Me preocupé. ¿Por qué tardaste tanto?

—Fui a chequear una vez más, por si encontraba algún otro pergamino. Pero no hay nada.

Ella asintió

—¿Vas a cerrarlo ahora?

—Es la idea. —Él sonrió un poco.

Entonces, la oscuridad del túnel se salió de su sitio. Sombras se echaron sobre ellos, envolviéndolos. Asustada, Zoey ahogó un gritó, se aferró a Zack y escondió la cabeza en su pecho.

Pero algo no salió bien, porque en un segundo él la sostenía y en el otro, algo la arrastraba en el aire, a lo largo del túnel totalmente oscuro. Zack y la luz del sótano se alejaban de ella, tan rápido que lo perdió de vista.

Capítulo 28

Gritó, llena de pánico. La arrastraban, eso era lo que pasaba, pero no podía entender otra cosa. No veía quién la estaba secuestrando de esa forma tan brusca. El aire que tenía en los pulmones se agotaba cada vez que rozaba el suelo y se tragó la tierra y el polvo que se levantaba a su alrededor.

Llegaron rápidamente a las habitaciones ocultas debajo de la iglesia, y cuando vio que se dirigían a la escalera, hizo un nuevo intento.

—¡ZACK!

Flotó por encima de los escalones y antes de que pudiera gritar otra vez, salió despedida a través de la tela de la puerta secreta de la iglesia. Cayó en el suelo, pero ignoró el dolor del golpe. Allí, ante la luz que ingresaba por los vitrales, pudo ver bien que eran los espectros de la biblioteca quienes la arrastraban.

—¡No! ¡Déjenme!

No supo, exactamente, cómo salió de la iglesia. Había más de una sombra sobre ella, acarreándola y envolviéndola. Lo único que oyó fueron cristales rompiéndose encima de su cabeza. Se cubrió los ojos con las manos y, en seguida, cayó en la plaza del pueblo.

Las sombras siguieron tirando, llevándola a través de la inmensa plaza, hacia una de las vacías calles. Se vio inmersa en un Déjà vu. ¿Aquello sería obra de Jude, también?

Cuando estaban a punto de dejar la plaza, Zoey escuchó una voz que conocía, pero que no era la de Zack. Buscó con la mirada y encontró algo increíblemente desagradable.

Adam corría hacia ella.

Zack localizó a Zoey al otro lado de la plaza principal, pero para su desgracia… no fue solo él. Observó cómo Adam corría hacia ella, aunque sin saber si para ayudarla o para dañarla.

—¡ZOEY! —gritó, y cuando ella quitó sus ojos de Adam para verlo a él, sintió satisfacción al ver su expresión aliviada.

Pero la satisfacción se esfumó. Las sombras tiraban de ella y Adam estaba más cerca que él.

Saltó, tan inhumanamente como era posible, para llegar a tiempo. Las sombras se desparramaron en cuanto cayó en medio de ellas, junto a Zoey. Ella gimió y no se movió del suelo. Para cuando Adam llegó, una de las sombras había desaparecido.

La cosa se complicó apenas un momento después. Salieron más y Zack no pudo ver desde dónde. Saltaron sobre él, incapacitándolo brevemente. Y ese momento fue suficiente como para que tomaran a Zoey de nuevo.

Adam llegó hasta ella y la sujetó antes de que pudieran llevársela. En medio de su desesperación, de ver a Zoey en las manos de ese imbécil, Zack se distrajo y las sombras tomaron revancha.

Cuando las hizo a un lado, Adam no estaba, y con él, se había ido Zoey.

Zoey jadeó. Le dolía todo. Ya no la jalaban por el aire, pero en verdad, prefería las sombras antes que a Adam.

—¡SUÉLTAME! Tú, maldito… ¡IDIOTA!

Adam la ignoró y la alejó de la plaza cada vez más y más lejos de Zack.

—Te he alejado de los problemas, ¿no agradeces eso?

—¡Tú me estás secuestrando! —chilló ella, con la voz seca.

—Zack no sabe protegerte. Estarás mejor conmigo.

Desesperada, intentó patearlo. Pero Adam era enorme, muy difícil de derribar. Anduvieron unos cuantos metros más, hasta que al final, él la dejó en suelo, para luego acorralarla contra la pared de una abandonada casa colonial que casi se venía abajo.

—¿Es que no lo entiendes, Zoey? —inquirió pegándose a ella.

—¡Lo único que entiendo es que estás violando mi espacio personal! ¡QUÍTATE! —pero ella estaba demasiado agotada como para poder golpearlo con fuerza.

Adam no se movió, sino que continuó apretándola contra la pared.

—¡Él nunca va a amarte! —exclamó de pronto. Zoey se calló. ¿Por

qué hablaba de eso?—. ¿No lo entiendes? Él está muerto, no puede hacer nada por ti. ¡ÉL NO TE SIRVE!

—¡Qué te importa! —chilló ella—. ¡ALÉJATE DE MÍ!

—¡NO! ¡Zack no te merece!

—¡No sé de qué mierda me estás hablando!

—Sí lo sabes —Adam estrechó los ojos—. Él no es para ti.

Y sin más, estrelló los labios contra su boca. Zoey luchó, luego de que el shock la dejara inmóvil, pero él le sujetó la mandíbula con una mano y, con fuerza, empujó su lengua dentro.

Quiso gritar, pero no podía hacerlo. Se sintió violada, asqueada. Eso jamás sería como los besos hermosos de Zack. Gimió en su boca, como si pudiera chillar en voz alta. Varias lágrimas cayeron por sus mejillas y sus tontos golpes no apartaron a Adam.

—Aléjate de ella. —Zack tomó a Adam del hombro y lo apartó con brusquedad. El chico cayó al suelo dos metros más allá.

Cuando lo vio, allí frente a ella, Zoey no pudo evitar el llanto a mares. Se abrazó a él con toda la fuerza que tenía.

—Zack, Zack, Zack… —gimió, enterrando la cara sucia en su siempre pulcra camisa blanca.

—Ya, Zo. —Él le tomó la cara con las manos, para limpiarle con los dedos las lágrimas y la tierra que tenía en las mejillas—. Ya estás a salvo.

—Quiero irme, quiero irme a casa —lloró.

—Ella —Adam se levantó del suelo—, vendrá conmigo.

Zackary se giró, enfrentándolo. Puso a la joven detrás de él. Quizás este era el esperado momento para arrancarle las bolas.

—Vuelves —gruñó Zack, destilando odio en sus palabras— a tocarla y te juro que desearás no haber nacido.

Smith rió.

—¡No me digas! ¿Me matarás? ¿Por haberla besado? —Zack asintió hecho una fiera—. ¿Pero qué hay de malo en eso, eh? —Entonces Adam sonrió cínicamente—. Yo estoy vivo, besarla no va contra las leyes de la naturaleza. No como tú, tú vas en contra de la naturaleza. ¡Vuelve por donde viniste! Vete a tu tumba de una vez —masculló—. Estás bien muerto. No puedes pedir nada de ella.

—¡Tú no puedes pedir nada de ella! Besándola en contra de su voluntad tan solo demuestras lo despreciable que eres. Tú no tienes derecho a tomar eso.

—¿Y tú sí? —exclamó Adam, señalándolo con el dedo—. No eres quién para hablar. ¡Principalmente porque nunca la miraste en tu estúpida vida! ¡Ella siempre estuvo allí, mirándote con ojos de cachorrito abandonado! ¡Y tú jamás la viste! ¡JAMÁS*!*

Zack se quedó mudo y Adam se rió de su expresión.

—¿Lo ves? Perdías tu tiempo con Mariska y ahora, porque gracias a

ti ella está metida en esto, crees que eres de vital importancia en su vida. Yo estaba allí desde antes, yo esperé el doble de tiempo, Zack. Yo esperé por ella mucho más de lo que cualquiera podría haber esperado.

Ambos se quedaron callados, viendo al chico escupir el suelo, rabioso.

Zoey lo escuchó absorta. ¿Smith estaba... confesándose?

—Esto no se trata de mí o de ti —Zack habló más tranquilo—. Se trata de ella, y tú no la respetas. Te negó, Adam. Da igual cuánto hayas esperado, no te quiere a ti.

—Eso es porque sigues aquí —terció él—. Si te hubieras ido, ya no estarías atándola. Ella no sabe lo que hace, no lo sabe.

Zoey abrió la boca para acotar una vez que la sorpresa pasó. Ella sabía muy bien lo que hacía, ¿verdad? Pero la cerró, recordando el asqueroso beso y se concentró en no vomitar.

Sin esperar más, Zack se giró, la alzó en brazos y volvió a mirar amenazadoramente al chico.

—Seguiré aquí toda su vida, no vas a poder impedir eso.

Se alejó de él a toda velocidad, decidido a alejar a Zoey de ese loco. Ya no tenía ánimos para golpearlo. Adam era un idiota, un asqueroso, pero ahora sabía algo que nunca había comprendido. Su antiguo amigo siempre había estado enamorado de la chica que siempre había estado enamorada de él.

Y para colmo, la mejor amiga de Zoey estaba enamorada de ese idiota que no respetaba. Era un maldito cuadrado amoroso que hasta ahora no había contemplado y, patéticamente, Smith tenía razón. Él había perdido mucho tiempo de su corta vida en Mariska y en otras relaciones que no había sido serias, no en la dulce Zoey que nunca había logrado ver.

Pero Adam sí la había visto y había luchado con los claros sentimientos de Zoey desde siempre.

—¡Mierda! —gruñó. ¿Eso verdaderamente le daba derecho sobre su cariño?

No. Tal vez él sí había visto a esa pequeña chica, pero todo contaba a partir de la decisión de Zoey. Y aunque Zack se sintiera mal consigo mismo por no haberla notado nunca, el notarla ahora y que ella siguiera eligiéndolo era lo que le daba derecho a su cariño.

Zoey elegía, siempre sería así.

—Vamos, el agua sale caliente.

Zoey gimió mientras Zack le ayudaba a sacarle el pijama sucio. Tenía algunos raspones en la cara y en los brazos, producto de los roces contra el suelo que había experimentado.

—Me va a doler —susurró ella al quedarse en corpiño.

—Tienes que lavarte, Zo. Estás llena de lodo —dijo él, bajándole los pantalones. Ahora, con todo lo que había pasado, le resultaba más fácil ignorar su cuerpo casi desnudo.

Ella entró en la ducha con la ropa interior; se la sacó detrás de la cortina mientras se mojaba con cuidado.

En la habitación, Jessica seguía durmiendo, por lo que él había tenido que poner un escudo sobre su cama para impedir que el sonido de sus voces y del agua corriendo la despertara.

Zoey estuvo mucho rato dentro del agua, y cuando salió, él la ayudó a secarse y a vestirse con un camisón limpio y seco. Otra vez, ignorar su cuerpo desnudo era fácil.

Intranquilo, la observó cepillarse los dientes una y otra vez, mientras se miraba al espejo con tristeza.

—Zo —Zack le sacó el cepillo de la mano—, ya está.

—No, no está —se quejó Zoey—. ¡Él metió su lengua dentro de mi boca!

Ignorando la punzada de odio, Zack suspiró.

—Yo ya hice eso, dos veces.

—¡No es lo mismo! —Zoey hipó, acongojada—. Tú no eres él. Esa fue la cosa más asquerosa que me pasó en la vida.

—¿Incluso más asquerosa que el ataque de los zombis?

Ella asintió.

—Fue tan asqueroso como si un zombi me hubiera besado —declaró. Zack estuvo a punto de reír, pero recordó en seguida que Adam hubiera puesto su apestosa lengua dentro de ella le provocaba deseos de asesinar a alguien—. Y lo peor es que ni siquiera pude decirle todo lo que pensaba después —se lamentó.

—Te ayudaría a limpiarlo —murmuró él—. Pero nada bueno va a salir de eso.

Zoey bajó la cabeza. Justamente, lo que le hubiera venido bien en ese momento era uno de sus increíbles besos. Pero él tenía razón, ¿para qué diablos intentaban terminar con eso si después se chupeteaban por cualquier motivo?

—Si hubiera una forma de que… volvieras —dijo.

Zack se irguió de pronto.

—Ni pienses eso, Zoey. Estoy muerto. No hay nada más real en este mundo ni más irreversible que la muerte.

—Pero el dije…

—El dije nada —replicó él con dureza—. Ya hablamos de esto alguna vez. Tú no vas a usar esa cosa por mí. ¿Lo entiendes? Te matarías en el intento.

—Quizás sí vale la pena intentarlo. —Ella lo miró a los ojos, seria.

—¿Qué perder tu vida vale la pena por recuperar la mía? —la voz

de Zack se volvió aguda—. ¿Para qué estoy aquí entonces? ¿Para dejar que te sumerjas en un suicidio programado?

—No voy a morir. —Zoey negó con la cabeza.

—Sí, sí lo harás. El dije es muy grande, demasiado fuerte para alguien humano y mortal. Hacer un hechizo para revivir a alguien destruiría tu cuerpo.

Ella guardó silencio.

—Es que si pudieras revivir…

Zack la tomó por los hombros.

—¡No! No dejaré que arriesgues tu vida. ¡Nunca! Es horrible decirlo, Zoey, pero lo nuestro nunca va a llegar a ningún sitio —murmuró—. Es por eso que lo charlamos, ¡es por eso que no te toco! Da igual lo que podamos sentir, todo da igual porque ya hace tiempo que no soy como tú. Y darlo todo por una relación… darlo por algo que al final puede no funcionar…

Zoey balbuceó.

—¿Crees que si estuvieras vivo las cosas no funcionarían? —dijo, dolida.

—No —él negó—. Dije que darías tu vida y quizás el hechizo termine por no funcionar. *Y estaremos los dos muertos.*

Se metió rápidamente en la cama, justo cuando Zackary quitaba el escudo protector de la cama de Jess.

No hablaron más del tema. Él estaba más reacio a eso que ella, en verdad. Zoey seguía pensando que sí valía la pena, pero con Zack no podía plantearlo nuevamente.

Además, había otras cosas de las que preocuparse. Las sombras, Jude, ahora Adam. Zack juró que cerraría el túnel esa misma mañana, antes de que todos se levantaran, pero por el momento decidió quedarse para que ella pudiera dormir un poco.

Cuando la muchacha despertó en la mañana, él no estaba y Jessica estaba saliendo del cuarto rumbo a clases.

—¡Apúrate o llegarás tarde! —le dijo, antes de cerrar la puerta.

No pudo siquiera levantar la cabeza. El *pacífico* trato que le habían dado las sombras la noche anterior ahora se notaba con creces. No podía moverse del dolor. Con una mueca, esperó tumbada bajo los acolchados a que Zack regresara, y cuando él lo hizo, lo llamó con un gemido.

—Fui hasta el aula de Economía —explicó él, cerrando la puerta tras de sí, en forma humana—. Te busqué junto a Jessica, pero no estabas. ¿Qué sucede? ¿Te sientes mal?

Zoey negó.

—Sentir… no es justamente la palabra.

Zack se arrodilló a su lado.

—¿Te duele algo?

—Todo —gimió ella—. No me dolía tanto anoche.

Él quedó con ella como humano hasta la hora del almuerzo, hora en la que Zoey llamó a Jess para pedirle que le trajera algo de comida. Jessica llegó al fin con trozos de pizza tibia.

En cuanto la chica se fue para la siguiente clase, él recuperó su físico y la entretuvo con algunos chismes de alumnos de tercer año. La tarde pasó rápidamente, y a eso de las cinco Jess le mandó un mensaje avisándole que estaría en la biblioteca estudiando un largo rato, a pesar de que le temía a los fantasmas negros de la otra vez.

«*Creo que estaré bien»,* le había escrito, «*porque Tamara me prestó un collar que aleja espíritus»*.

—Estará bien, pero no por ese collar.

—Gracias a mí —se rió Zack.

Después de haberse tomado varios calmantes y antiinflamatorios, Zoey se levantó de la cama e hizo algo de tarea. Ya estaba bien oscuro cuando empezó a desear la cena y miró el reloj mientras esperaba a Jessica. Pero su amiga se hizo tardar.

A las nueve de la noche ella todavía no había regresado.

—¿Es que se ha olvidado de mí? —se quejó Zoey, volviendo cuidadosamente a la cama.

—¿Quieres que vaya por comida? —inquirió Zack, con un encogimiento de hombros.

Antes de que pudiera contestar, su celular se hizo oír. Lo tomó, viendo el número que llamaba. Era el de Jess.

—¡Aquí está ella! —Atendió con una sonrisa—. ¡Al fin! Me estaba preguntando dónde diablos estabas y…

—Tenemos un problema —contestaron del otro lado. Zoey se calló y abrió los ojos como platos.

El primer problema era que aquella voz no era la de Jessica.

Capítulo 29

—¿Qué haces con el celular de Jessica? —chilló Zoey, saltando de la cama e ignorando el dolor—. ¿Dónde está ella?

—Ese es el tema —terció Adam de mala gana—. Me vio, me vio en el bosque. No tengo idea de qué diablos hacía ella en los jardines del colegio tan tarde. Me siguió.

—¡Te mataré si algo malo le sucede! ¿No te has dado cuenta de que ya la has lastimado demasiado?

—Dame con ese enfermo —pidió Zack, dando cuenta de quién era. Zoey extendió una mano hacía él, deteniéndolo.

—¿Dónde está Jessica?

—¡Ya te dije que ese es el tema! Jessica no está conmigo. ¡Ella nunca llegó hasta mí!

—*¿Qué?*

Adam no parecía contento, incluso parecía preocupado.

—La vi perseguirme hasta el bosque. Planeaba girar para detenerla y convencerla de que volviera al colegio, pero solo encontré su celular en el suelo. Llevo buscándola varios minutos. Da igual que grite su nombre, ella no me responde. No tengo idea de dónde está Jessica.

Zoey se puso más pálida que antes y aflojó el agarre del teléfono. Zack aprovechó para quitárselo de las manos.

—Ahora tú, imbécil, vas a decirme que está sucediendo —ordenó. Él escuchó toda la historia en silencio, y cuando Adam se calló, tan

solo dijo—: ¿Y cómo me aseguro de que no fuiste tú él que se llevó a Jessica, eh?

A Zoey le pareció que Smith contestaba: «*¿Eres estúpido?*». Pero a ella le parecía que esa había sido una buena pregunta. ¿Cómo podían confiar en lo que decía?

—Discúlpame —rió Zack, siniestramente—, pero tu prontuario no está muy claro, Smith. Un día quieres dispararle a mi chica y al siguiente la besas contra su voluntad. Creo que tengo razón al no confiar en ti.

Ella intentó ignorar el tierno «*mi chica*», puesto que el paradero de Jessica era más importante. Y al final, él estaba muerto y por lo tanto tampoco podía ser *su chico*. Se puso unas botas, a pesar de que sentía el corazón hinchado de orgullo por *su chico*, y se calzó un abrigo sobre el pijama.

—Sí, mi chica —repitió Zack ante la pregunta formulada por Adam que ella no oyó—. Qué sé yo si no estás confabulado con ese Jude para matarla, ¿no es cierto que ella te vio en el bosque con él junto al templo?

Zoey tembló. ¿Qué tan lejos habría ido Jessica en el bosque y por qué había dejado caer su celular? ¿Y si Jude la había atrapado?

Estiró la mano para recuperar el celular.

—Habla claro, Smith. Necesito saber en dónde viste a Jessica la última vez.

—Te digo que no estaba muy lejos de mí —explicó Adam—. Iba a emboscarla. Tampoco iba a dejar que se acercara al templo.

—¿Y si ella está cerca de ahí ahora?

—Pues no será muy bueno si es así —masculló él—. Te dije que Jude no se detiene por unos huesos rotos, sé muy bien que está rondando la zona. Sé muy bien que está aprovechando el momento para atraparte. ¿Crees que él no sabe que Jessica es tu mejor amiga?

Eso era lo que ella temía. Que Jude la estuviera usando de carnada no era justamente lo mejor que podía sucederle.

—¿Con quién diablos estás en este juego, eh? —inquirió entre aterrada y enojada—. ¿Estás con Jude?

—Claro que no, idiota —Adam bufó.

—¿Entonces qué tienes con Jude?

—Yo no tengo nada con él

—Qué raro —Zoey se rió histéricamente—. No te creo.

—Mira, me da igual si me crees o no, Scott. —Él suspiró—. Yo no estoy aquí para matarte, ¿de acuerdo? No justamente a ti —hizo una

pausa—. Yo no soy un asesino. No asesino a inocentes. Tú eres más inocente que todos nosotros juntos, Zoey. Incluso Zackary tenía su grado de inocencia; él es bastante ignorante en todo este asunto. Lo entregaron como un corderito al asador, sin tener ni la más puta idea de lo que se colgaba en el cuello.

—¿Y eso qué?

—¿Y eso qué? ¡Yo no estoy asociado con Jude! Si lo dices porque sé cosas, porque amenacé con dispararte… Esas son estrategias, niña —dijo—. Si hubiera querido matarte, ya lo hubiera hecho antes.

—No confío en ti.

—No es necesario que lo hagas. ¿Quieres saber dónde está Jessica? Yo solo te aviso que no la encuentro y que tal vez Jude pueda tener algo que ver en esto. ¿Vendrás por ella o no?

Allí, Zack recuperó el teléfono.

—Eso no es algo que te importe —le escupió, habiendo escuchando la última pregunta—. Tú no sabrás nada de Zoey y de mi, menos qué decidimos hacer —y le cortó.

Zoey no dijo nada. Discutir con Adam era una pérdida de tiempo, más si Jessica estaba en manos de Jude.

—Hay que ir por ella —susurró.

—¡Ah, no! —Zack la detuvo.

—¿Cómo que no?

—¿Y si tal vez eso es lo que quiere Adam? ¿Que te lleve al bosque conmigo, en una estúpida carrera por salvar a Jessica?

—¿Pretendes que la dejemos allí? —inquirió, horrorizada.

—¡No! Lo que digo —Zack se pasó las manos por la cara—, lo que digo es que quizás ella ni siquiera salió del colegio. Digo que esto puede ser una trampa.

—¡Adam tenía su celular!

—Pudo haberlo robado, Zoey.

Ella se frenó delante de la puerta. Tal vez él tenía razón, ¿pero cómo lo comprobarían? Tomó el celular nuevamente y marcó el número de Tamara.

Ella respondió y para su desgracia, le dijo que no había visto a Jessica desde hacía rato.

—¿Y ahora qué?

—Pasaremos por la biblioteca. Quizás aún esté allí —dijo Zack.

Salieron del cuarto a los pasillos, con él como conejo por si se cruzaban a alguien. Algunos de sus compañeros salían del comedor, por lo que pasaron junto a ella comentando que estaba en pijama.

Zoey los ignoró y bajó los escalones tan rápido como pudo.

La biblioteca ya estaba cerrada, y la bibliotecaria estaba marchando por el pasillo en dirección al comedor.

—¡Señorita Andrade! —llamó Zoey. La mujer de mediana edad se volteó a verla—. ¿No ha visto a Jessica?

—¿Jessica?

—La chica de cabello corto y marrón, que ha venido a estudiar los últimos días.

—¡Oh! —La mujer sonrió—. Ella estuvo aquí hasta las siete, tal vez algo más. Supongo que habrá ido a cenar.

Zoey asintió, preocupada.

—Sí, supongo lo mismo. ¡Gracias!

Se giró rápidamente para alejarse de allí.

—Esto lo complica. —Zack estaba tan preocupado como ella.

—¿Entonces? ¿Vamos al bosque?

—Tú no iras a ningún lado.

Zoey se detuvo, molesta.

—¿Cómo que no? —le increpó al conejo.

—¡No voy a exponerte! —Él tomó forma humana, sin preocuparse por si alguien los veía.

—¿Y si esto es lo que ellos quieren? —Ella dio vuelta a su inquietud —. ¿Y si quieren que me dejes sola aquí?

Zackary se mordió el labio inferior.

—Esa también es posible. —Se quedó callado, pensando. Tenía dos opciones y las dos eran igual de peligrosas y complicadas. ¿Llevarla o dejarla sola? Sabía muy bien que Zoey haría lo que fuera por ir con él. Y de primera mano, ya habían pasado otras oportunidades en las que ella se salía para perseguirlo—. Bien —gruñó—, vendrás conmigo. Tengo la leve impresión de que si no te llevo, te las arreglarás para ir al bosque igual.

—Claro que sí —afirmó ella.

Él caminó hasta la ventana para cerciorarse de que fuera no quedara ningún guardia cerca del edificio. Abrió la ventana y le tendió la mano a la chica, que se estaba ajustando la capucha.

—Espero que me lleves y no me hagas correr —le dijo—. No creo que pueda ir muy rápido.

Zack sonrió y ella se subió a su espalda. Estaban a punto de saltar, cuando alguien detrás de ellos ahogó un jadeo. Se voltearon para ver el rostro estupefacto de Mariska.

Ella no dijo nada, solo se quedó allí, viéndolos, blanca como la pared y temblorosa como una hoja de otoño.

—Hola, Marie —saludó Zack con un gesto de la mano—. Tú no viste nada, ¿cierto? —Arqueó una ceja.

Mariska negó rápidamente y retrocedió tantos pasos como pudo.

—¡Mantén tu boca cerrada! —le gritó Zoey, antes de que él se lanzara de la ventana.

Corrieron por el bosque, mirando en todas direcciones. No había rastros de Jessica, y tampoco de Adam. Zack no quería ir directamente al templo, porque pensaba, al igual que ella, que Jude podía estar allí esperándolos. Y no iban a entregárseles de esa forma.

Se detuvieron después de peinar el bosque silencioso.

—Ella tampoco está aquí —masculló Zack—. Jessica no deja ninguna estela visible. Y tampoco percibo otra más que la de Adam dando vueltas por aquí. Lo más extraño, es que tampoco percibo la de Jude. Puede que ella se haya perdido o asustado con algún animal…

Seguro que se debía a la búsqueda que él había hecho minutos antes.

—No queda otra que ir al templo.

—Ella no está en el templo —intervino la voz de Adam, al tiempo en que salía de atrás de unos arbustos. Se lo veía algo demacrado, como si no hubiera dormido en un tiempo. Tenía el celular de Jessica en la mano—. Tampoco lo está Jude. He estado buscándola desde que los llamé.

Zack y Zoey no se movieron, y ella apenas lo espió por detrás de la cabeza del chico.

—Ya sabes que no confío en ti. ¿Dónde encontraste el celular de Jessica?

—No muy lejos de aquí. —Adam señaló con el dedo—. Ya se los expliqué. Les juro que he estado buscándola. Que la haya engañado para llegar a Zoey no quiere decir que desee meterla en esto.

Zoey frunció el ceño.

—La metiste en cuanto te acostaste con ella. Rompiste su corazón.

Adam sonrió.

—Y tú rompiste el mío.

Entonces, Zack chistó.

—No me vengas con eso, Smith. Como si ahora fueras la víctima de un amorío que no pudo ser.

—No veo cómo pensabas ganarte mi cariño lastimando a Jessica.

—A veces hay que dejar el cariño a un lado por otros motivos. —Adam miró directamente al dije que pendía de su cuello.

Los chicos lo miraron en silencio, desconfiados. De pronto, un grito agudo, no muy lejos de allí, los puso alerta.

—¡Es Jess! —chilló Zoey, clavando las uñas en el cuello de Zack.

—¡Por allí!

Los tres se lanzaron en la dirección correcta, siguiendo la pista del grito de Jessica. Corrieron, saltando ramas y troncos, y Adam se quedó rápidamente atrás.

Debido a las sensaciones del dije, Zoey supo que se habían pasado del templo. Se detuvieron. Adam llegó un minuto después, jadeando.

—Qué… necesidad de ir tan rápido —jadeó.

Zack lo fulminó con la mirada.

—Jessica puede estar herida.

Volvieron a oír un grito. Esta vez, mucho más ahogado, por lo que Zack enfiló, sujetando bien a Zoey, hacia el este. Adam los siguió de cerca.

—Alto —susurró Zackary. Se paró en medio de un claro. Confundida, Zoey recorrió con la mirada el pequeño sitio sin árboles. Sus ojos se centraron en Jude, cuyo enorme cuchillo brillaba a la luz de la luna. El muy cínico sonreía encantado.

—Ya me estaba preguntando dónde estaban.

Jude no parecía molesto por su brazo roto. ¡Es más! No parecía tenerlo roto… e hizo una demostración de eso segundos después, estirándolo.

Zack gruñó, al tiempo en que Adam lo sujetaba del brazo, impidiéndole que se lanzara a matarlo.

—¿Dónde está Jessica? —le gritó Zoey, irguiéndose sobre la espalda del muchacho que la cargaba.

—¿Jessica? —dijo Jude, parpadeando inocentemente—. ¿Te refieres a esa chica de pelo corto que andaba por aquí, perdida? ¿Ella se llama Jessica? ¿La conoces?

—¡No te hagas! —masculló Zack—. ¿Dónde está?

—Da igual. —Jude sacudió su cuchillo—. No hay mucho que puedan hacer por ella.

Zoey casi se derrumba. Jude sonrió, mirándola fijamente, pero ella estaba estancada, con su mente en Jessica y en lo que ese maldito le había hecho. ¿Dónde estaba ella ahora? ¿Estaba… muerta? ¿Jessica estaba muerta?

Sollozó, embargada por el pánico y el dolor. Aflojó el agarre que mantenía alrededor del cuello de Zack y este tuvo que sacudirla para llamar su atención.

—¡No, Zoey! Aún no sabemos si ella…

—¿Si ella qué? —interrumpió Jude—. ¿Si la asesiné? —Los chicos, incluso Adam, se quedaron duros—. Pueden ir a comprobarlo si quieren. —Él giró la cabeza hacia un lado.

Zoey siguió la línea de su mirada y descubrió un bulto uniforme en el suelo, junto a los árboles. Aquel bulto se veía pálido en la noche, pálido debajo de una falda escolar.

—¡JESS!

Como pudo, se deshizo del agarre de Zack. Corrió hasta su amiga, sin importar lo que Jude pudiera hacer.

Claramente, eso era lo que el enemigo esperaba. Jude saltó en dirección a Jessica, dispuesto a bloquearle el paso para asesinarla, por lo que Zack tuvo que salir a la carrera. Chocó contra él y lo empujó varios metros más allá, detrás de unos cuantos árboles.

Para cuando Zoey llegó hasta Jessica, Adam había desaparecido del claro. Desesperada, volteó a su amiga, que estaba helada. No tenía ningún abrigo encima, tan solo el uniforme del colegio.

—Jess, Jess —gimió. Pero Jessica no despertó, estaba blanca como la nieve, y tan fría... Zoey se negó a aceptar eso. Hasta hace unos segundos, ella había estado gritando. Busco heridas y tan solo encontró un poco de sangre en su cabeza. Trató de encontrar su pulso, pero no lograba hallarlo—. Oh, Jess, por favor.

—¡Está muerta! —exclamó Jude, volviendo al claro—. Estallé su cabeza contra ese mismo árbol. ¿No ves la sangre, pequeña?

Zoey no lo miró. Llena de dolor, pasó los dedos por la sangre en la frente de Jess.

—No… —lloró. Se arrojó sobre ella, incapaz de pensar en algo más. No prestó atención a los gritos de Zack, que peleaba nuevamente con Jude. Tampoco se interesó por Adam y, menos que menos, se dio cuenta del viento tormentoso que se había levantado en el bosque.

El dolor en su pecho se volvió insoportable. Gimió, incapaz de controlarse. Su mejor amiga había acabado metida en eso, en algo tan horrible. Y si ella era inocente en esa historia, Jessica lo era más. ¿Cuánto dolor le había causado por culpa del dije? ¿Cuánto habría sufrido ella antes de morir?

—¡Jess! —Tiró de sus brazos, de sus mangas, pero no hubo respuesta. Jessica siguió tan flácida como antes. Gritó, llena de ira y sufrimiento. Aquello había sido su culpa.

—¡Zoey! —gritó Zack. Sin embargo, ella no tuvo fuerzas para levantar el rostro del abdomen de Jess.

De pronto, los brazos de Zackary la alejaron de Jessica.

—¡NO! ¡Déjame!

—¡ZOEY, tenemos que salir de aquí!

Abrió los ojos, llenos de lágrimas, y lo que vio la dejó anonadada. Algo extraño estaba sucediendo.

El viento levantaba polvo y ramas, y los árboles se agitaban con furia. La lluvia cayó estrepitosamente sobre ellos y la visión que tenía por delante empeoró en un solo segundo. No podía ver nada más allá de un metro de distancia.

Estaban en medio de una poderosa tormenta. Se estremeció, mientras empujaba sus miedos hacia las tempestades al fondo de su cabeza. Eso no importaba en ese momento.

—¿Y Jessica? —gritó.

Zack la abrazó, tratando de cubrirla del viento, pero era imposible. Durante un breve segundo, creyó que ambos saldrían volando y el cuerpo de Jessica los seguiría.

—¡Zoey, Zoey! Tienes que escucharme. —Ella negó, estirando la mano para alcanzar a Jess, tirada en el suelo ya toda mojada—. ¡NO! —Zack la puso contra el árbol—. ¡Tú estás haciendo esto! ¡Mira al dije!

Zoey bajó la cabeza. El dije brillaba con fuerza en su pecho. Era casi un faro de luz en medio de ese huracán.

—¡Tienes que calmarte! ¡Jessica no está muerta!

Ella lloriqueó.

—¡Sí, lo está!

Zack negó. Alcanzó el cuerpo de Jessica y lo puso a su lado, junto al tronco del árbol.

—¡Está respirando! ¿Lo ves?

Jessica se movió de forma tan imperceptible, en medio de todo ese caos, que casi le resultó imposible verlo. *Pero lo vio.*

—¡Ella solo está inconsciente!

Emocionada hasta la última célula de su cuerpo, abrazó a su amiga, ahora llorando de alegría.

—¡Jess, Jess, Jess! —La sostuvo tan fuerte como pudo—. Estás viva.

—¡Sí! ¡Sí lo está! —insistió Zack—. ¡Ahora detén esta tormenta!

Zoey lo miró.

—No entiendo de qué me estás hablando —dijo. Detrás de ellos, un

árbol se rompió y cayó en medio del claro.

—¡Tus sentimientos están afectando al dije! Si esto sigue así, destruirá todo el pueblo. —Ella lo miró absorta. ¿La tormenta la había hecho ella? ¿Justo ella que odiaba las tormentas con todo su ser?—. ¡El creer a Jessica muerta ha desatado esto! ¡Tienes que pararla!

Sin soltar a Jess, Zoey parpadeó confundida. Estaba tan mojada y caía tanta agua del cielo, que se atragantaba cada vez que quería hablar.

—Pero… ¿cómo lo hago?

—¡Pues cálmate! —exclamó Zack, tan mojado como ellas. Él estaba usando su propio cuerpo para proteger a las chicas de las ramas que volaban para todas partes.

—¡Ya estoy calmada! —respondió ella.

Efectivamente, sentía un alivio terrible. Jess estaba viva y el dolor en su pecho había desaparecido. Pero la tormenta no. Seguían volando ramas, la lluvia que le golpeaba la cara era tan fuerte que le dolía y el viento era capaz de llevarse a cualquiera.

Si el dije estaba tomando sus sentimientos para desatar sus poderes, entonces eso quería decir que estaba fuera de control.

—¡Hay que movernos! —gritó Zack, por encima del ruido del huracán.

—¿A dónde?

—¡Solo movámonos!

Con una sola mano, Zack levantó a Jessica del suelo. Con la otra, alzó a Zoey.

—¡Haz un escudo!

—Aunque lo hiciera —dijo él en su oído—, la tormenta no va a detenerse.

—¡Pero es que no sé qué hacer!

Zoey se concentró, pensando una y otra vez en que Jessica estaba viva. Eso tenía que bastar, ¿o no? La tormenta no se detuvo y la lluvia siguió cayendo con creces.

Zack se frenó justo a tiempo, antes de que una rama les cayera en la cabeza.

—Zoey, ¡hazlo!

—¡No sé cómo!

Él se movió para esquivar otra rama voladora y se refugió con las dos chicas en medio de dos gruesos árboles que crecían juntos.

—Tú tienes el dije, tú eres la portadora. Si el dije ha hecho eco de tus sentimientos, tienes que forzarlo a entender ahora.

Ella lo miró, estupefacta.

—¿Quieres que lo obligue a parar? —chilló.

—Pende de tu cuello, pende de ti. ¡Él está conectado contigo en todo momento, sabe todo de ti!

—¿Y qué pretendes que haga? —terció ella, quitándose el pelo mojado de la cara. Más allá, el sonido del agua correr les alertó que estaban cerca del río—. ¿Que hable con él? ¿Que le pida que se detenga?

—¡No lo sé exactamente! Pero tú eres la única que puede hacerlo.

Se tuvieron que mover. Un rayo cayó cerca de ellos, partiendo un árbol por la mitad.

—¿Dónde está el maldito escudo? —reclamó Zoey, gritando como loca.

—¡No puedo hacerlo si tengo las manos ocupadas!

Zoey se liberó de él, dejándole una mano libre y el viento la arrastró lejos, tumbándola al suelo. Viéndose desprotegida, se tapó la cabeza con las manos, por si alguna rama le caía en la cabeza. Escuchó a Zack maldecir, seguido de un fuerte golpe.

Cuando levantó la cabeza, no lo vio. Él y Jessica debían de estar en algún sitio cercano, pero al menos no podía ubicarlo entre tanta agua, tierra y viento. Se arrastró por el lodo, buscando un lugar más seguro, temblando y sin saber realmente si lo que chorreaba por su cara eran lágrimas o agua.

Realmente, *odiaba* las tormentas.

Logró levantarse después de tropezar varias veces. Los rayos iluminaban el cielo nocturno y los árboles del bosque. Gracias a esa repentina luz, una que llegaba más lejos que la del dije, pudo ver qué tan cerca estaba del río. Tan solo a tres metros. El cauce estaba creciendo peligrosamente, con la amenaza de llevarse todo a su paso, incluso a ella.

—Oh, por Dios —gimió.

Del otro lado del río solo veía árboles que se agitaban con fuerza, lo que quería decir que estaban bastante lejos del colegio. Si Zack no ponía un escudo sobre ella y Jessica, no llegarían antes de que alguna rama o rayo les arrancara la cabeza.

Bueno, eso tendría sentido si ella supiera dónde estaba Zack. Lo llamó, pero no oyó respuesta. Volvió sus ojos al río, impresionada por lo que estaba sucediendo.

—Por favor, esto tiene que parar —susurró. El dije seguía brillando en su pecho, debajo de su mojada pijama—. Por favor, detente —habló—. Tienes que hacerlo, vas a matarnos a todos…

«… Por favor, para».

Capítulo 30

—Por favor, para.

Todo cesó abruptamente. El viento dejó de soplar, la lluvia dejó de caer y los rayos se esfumaron. Zoey contempló la repentina tranquilidad incrédula, con la boca abierta. El cauce del río se normalizó y descendió sus crecidos niveles hasta correr veloz, pero no amenazadoramente. La luz en su pecho también se extinguió.

Jadeó sorprendida. Ni siquiera voló un insecto.

Se sostuvo como pudo en pie. El lodo le llegaba por las pantorrillas, dejándola bien hundida en la tierra. Los únicos rastros de esa terrible tormenta quedaban en el terreno: las ramas arrancadas, los árboles rotos, incluso las nubes que se estaban alejando. La otra prueba era ella misma, tan bañada en agua y barro como nunca en su vida.

—¡Zoey!

Zack la estaba buscando, obviamente. Ahora con todo en silencio, era fácil distinguir desde dónde venía su voz.

—¡Estoy aquí!

Él llegó enseguida, con Jessica en sus brazos. A pesar de que él cargaba a una chica herida, Zack dejó en el suelo a Jess solo para tener las manos libres para ella. La atrajo a su pecho aliviado, feliz.

—Gracias a Dios —murmuró en su oído—. Estás bien.

Zoey lo rodeó con los brazos también, suspirando. Aquello había terminado.

—Sí, lo estoy.

Volver al cuarto con Jessica inconsciente, fue complicado. El terreno estaba irregular, pantanoso y aguado. Tardaron más de lo necesario en llegar hasta el jardín del colegio. Al pasar por la ventana de la habitación, solo pudieron suspirar agotados.

Como primera medida, Zoey se sacó toda la ropa mojada. Zack abrió la ducha mientras ella desvestía a Jessica —en esos momentos, daba igual que él las viera en ropa interior—. Con su ayuda, llevó a Jess a la ducha y se metió con ella debajo del agua caliente.

Se quedó allí, tumbada en la bañera durante unos cuantos minutos, agradecida por el calor reconfortante. Afuera, con el agua y el frío, se le habían puesto los dedos morados. Pasó, entonces, las manos por la herida en la cabeza de Jessica y ella se quejó suavemente.

A pesar de todo, estaba preocupada por su salud. ¿Y si estaba muy lastimada? Iban a tener que llevarla a un hospital. La inconsciencia no era buena señal después de un golpe así.

Suspiró acongojada.

—Oh, Jess, por favor, abre los ojos —pidió.

Detuvo sus dedos sobre la herida que ya no sangraba, y entonces, Jessica abrió los ojos.

—¿Zoey?

—¡JESS! —Feliz, Zoey la abrazó—. ¡Estaba tan preocupada!

—¿Qué pasó? —Jessica miró el cuarto de baño, confundida. Claramente no esperaba despertar allí—. Vi a Adam en el bosque y fui por él. Luego me perdí… creo. Apareció un tipo y no… no me acuerdo qué…

Zoey se mordió el labio inferior. Así que ella recordaba…

—El tipo te golpeó en la cabeza —le explicó—. Adam me avisó que te habías metido en el bosque. Él te vio perseguirlo. Me dijo que planeaba emboscarte para convencerte de que volvieras al colegio, pero solo halló tu móvil. Me llamó y fui a buscarte. Luego se desató una tormenta y… por eso estamos en la ducha.

—¿Una tormenta? —preguntó la morena con una mueca—. ¿Y Adam?

Zoey negó con la cabeza.

—No lo sé. Cuando se largó la tormenta lo perdí de vista. Te traje aquí como pude.

—Él no… ¿Él no te ayudó?

Ella volvió a negar y Jessica bajó el mentón. Ni siquiera preguntó por el tipo que la había golpeado; mucho menos cómo habían logrado volver al colegio y a la habitación así de sucias. Se quedó callada, debajo de la ducha hasta que a ambas se le arrugaron los dedos. Zoey la ayudó a levantarse para salir de la bañera, y luego se secaron con cuidado con varias toallas.

—Me duele la cabeza. —Jess se tocó el chichón que tenía en la frente. Debajo de las toallas ya no tenía nada, por lo que al salir del baño, Zoey le hizo señas al conejo Zack para que no mirara.

Él se movió lentamente, hasta taparse con el acolchado que caía de su cama.

—No puedes decirle a nadie que viste a Adam. Menos que salimos de aquí —le dijo Zoey, buscando ropa seca—; nos castigarán si saben que fuimos al bosque.

Su amiga asintió quedamente mientras intentaba vestirse. Al final, ambas cayeron rendidas sobre la cama, cansadas y agarrotadas.

Zoey se acurrucó entre las sábanas, disfrutando de la sensación. En cuanto apagó la luz del velador, Zack se subió a la cama para acostarse a su lado.

—Ya, descansa. Ha sido mucho por hoy —le susurraron sus labios en el oído. Allí ella supo que estaba en su forma humana, y lo confirmó cuando él acarició su mejilla con cuidado.

Exhaló, pensando lo mismo que él. Que en esos dos días ya había pasado por demasiadas cosas. Solo quería descansar.

Jessica seguía tocándose la frente cuando le tendió a Zoey su examen corregido.

—Por favor, si reprobé, solo golpéame —le pidió.

Zoey se rió y después de ver la nota, golpeó a su amiga en la cabeza, en el lado contrario donde ella aún tenía el chichón.

—Te fue bien, mensa.

Jessica dejó salir un gran suspiró. La temporada de exámenes y recuperatorios había finalizado de una vez por todas.

Durante unos cuantos días no volvieron a tener noticias de Adam o de Jude, lo que suponía un alivio para Zoey. Después de esas sesiones agitadas de acción, drama y pelea, solo deseaba ser una adolescente medianamente normal. Pero dentro de lo normal, para ella, estaba volver a concentrarse en el cuaderno, el dije y los pocos pergaminos que tenían.

Seguían estando estancados, y por más que Zoey buscaba *J. D*

Clarence en todos los libros, jamás hallaba algo. Estuvo pensando en el bibliotecario del pueblo, aquel ancianito que hacía noventa y cuatro años que andaba por allí. Tal vez él supiera algo, pero Zack no creía que salir del colegio fuera buena idea. De alguna forma, el instituto volvió a ser un punto seguro sin Adam y con el túnel cerrado.

Le parecía increíble lo muy idiota que había sido al creer que nadie más conocía ese pasadizo. ¿Cuántas veces Jude pudo haber pasado por allí? Era más que seguro que él había utilizado ese camino para preparar la muerte de Zack en el sótano, del otro lado de la pared. Además, las sombras habían literalmente desaparecido desde que el hueco había sido sellado. ¿Coincidencia? Tal vez, pero ahora la pregunta era: ¿Por qué con el túnel cerrado las sombras no podían entrar? ¿Por qué el colegio era un sitio seguro? ¿Qué relación había entre el templo, la iglesia, el colegio y el dije?

—No conozco ese nombre —dijo Zack, leyendo *J. D Clarence* en el libro—. Realmente no tengo idea de quién es.

Zoey suspiró. En la terraza ya no hacía tanto frío como días atrás, pero aun así, estaba bastante abrigada.

—Estaba pensando —dijo—… ¿Crees que Adam sepa más de lo que dice saber? —Zack alzó los ojos del libro—. Él sabe del dije, sabe de Jude, de ti… Pero la otra vez me dijo que incluso tú eras muy inocente en este asunto. Que te entregaron al dije sin decirte cosas importantes.

Zack bajó el libro, serio.

—Bueno, a veces… yo también lo creo. Es cierto que no sé un montón de cosas. —Señaló el cuaderno—. Esto es una prueba de eso. Pero no creo que Adam sepa en verdad algo de este cuaderno, el templo y el dije. Él debe saber lo mismo que yo.

Con los días, Zoey se fue convenciendo de eso. Adam había desaparecido, o huido, del claro del bosque en cuanto las cosas se complicaron con la tormenta. Jude había hecho lo mismo, gracias a Dios. Pero lo importante, lo que le decía eso, era que su ex compañero del colegio era un charlatán.

Y sí que lo era. Fruncía el ceño cada vez que recordaba a Adam diciéndole que le había roto el corazón. ¿Cómo podía ser eso posible? Antes de la muerte de Zack, ella nunca le había prestado atención a Adam, nunca había hablado con él. Y luego de su muerte… tampoco le había dado muestras de… algo. Adam estaba loco, sin duda alguna, y esperaba no verlo jamás.

Pero, a pesar de eso, lamentaba no haberle dicho todo lo que detestaba que él quisiera decidir por ella. Muchas veces Adam la había tratado como un objeto, empecinado en que sabía qué era lo mejor

para mantenerla con vida. Y, sin embargo, era capaz de diferenciar su actitud con la de Zack, que generalmente era bastante sobreprotector; eso se debía, a fin de cuentas, a que él ya había muerto y sobre sus hombros pesaba su seguridad.

A diferencia de Smith, tenía mucho que agradecerle a Zackary Collins.

Cuando la primavera llegó, tranquila y liviana, hacía tiempo que nada extraño pasaba. Pudo relajarse y asistir a clase con normalidad. Hasta Jessica parecía más feliz que antes, como si Adam nunca hubiera existido. Ella también olvidó las extrañas confesiones de ese chico y se concentró más bien en intentar formular una relación con Zackary que rayara en lo amistoso.

Sus alergias anuales también llegaron con alegría, aunque Zoey las detestó con toda su alma. Su madre le envió el medicamento necesario, lo que apaleó el goteo nasal y los estornudos durante los primeros días en que el polen deambulada por el medioambiente.

Una noche, mientras ella gastaba todo el papel higiénico en su nariz, Zack le comentó algo de su abuela.

—Ella debe saber algo —le dijo—. Hace rato que lo vengo pensando.

—¿Por qué no lo pensaste antes? —preguntó Zoey, por simple curiosidad.

—Bueno, sí lo había pensado, es lo que te digo. El punto es que mi abuela me cree muerto, no es que pueda ir a preguntarle cosas sobre el dije y mi abuelo cuando quiera.

Ella se sonó la nariz una vez más.

—Pero yo sí puedo, ¿no?

Zack se quedó viéndola, estudiando su respuesta.

—Tú si puedes —repitió.

—Claro, tendrías que llevarme a lo de tu abuela. Y habría que salir del colegio e ir de noche —siguió Zoey.

—Sí, habría… pero…

—Pero podría hacerse con cuidado.

Ambos lo pensaron. La abuela de Zack efectivamente debía de saber cosas sobre el dije, cosas que le habría dicho su marido alguna vez. Pero para obtener esa información, Zoey debía entrar en la casa, hablar con la mujer casi ciega y exponerle su necesidad de respuestas sin asustar a la vieja.

La abuela Collins vivía sola con un mayordomo y dos empleadas en una vieja casa, no lejos del pueblo, pero sin duda alguna, había que hacer toda esa excursión de noche.

Zoey se mostró entusiasta con eso y lo único que Zack pensó fue que, después de tanto tiempo, ella añoraba la acción.

Al final, decididos, planearon cuidadosamente el día, la hora y cómo llegarían a la casa de la abuela Collins, y cuando el momento llegó, Zoey se encargó de verter algunas gotas del antialérgico en el agua de Jessica.

—Tiene un efecto somnífero —le explicó a Zack cuando vieron cómo Jessica se quedaba dormida después de un largo rato sobre el escritorio—. Me pasó igual la primera vez que lo tomé. Ahora estoy acostumbrada.

Metieron a Jessica en la cama y se alistaron.

Salir del colegio siempre era simple. Esta vez optaron por brincar desde la terraza.

Los jardines los encontraron apacibles, sin ninguna muestra de peligro en el aire. Así avanzaron con cuidado, rápidamente hasta el puente. Había un guardia del otro lado de la ribera del río, sentado sobre un banco medio dormido, pero Zack saltó por el aire, fuera de su vista.

Corrió por el pueblo hasta la carretera estatal que se dirigía al sur, hacia la casa de la abuela. Había que dar gracias a los santos porque las temperaturas fueran más agradables en las noches, pues con esa corrida en medio de la oscuridad, Zoey podría haber terminado como una paleta helada.

Aminoraron la marcha al entrar a la zona residencial donde vivía la nana Collins, que estaba en penumbras. Se dirigieron rápidamente a la casa, grande y tenebrosa, que parecía una construcción de película.

No era todavía muy tarde. Habían tenido la precaución de pensar en los horarios de la anciana, para no asustarla en la cama, así que Zoey golpeó la puerta, temerosa, y el mayordomo que abrió la miró de arriba abajo desconcertado.

—¿Sí?

—Am… —balbuceó ella, apretando el peluche de conejo en sus manos—. Estoy buscando a la señora Cosette Collins.

—A estas horas la señora ya está en la cama —contestó el hombre, torciendo el gesto.

—Oh, es que… yo vengo desde lejos y no tengo otro momento. Vengo del colegio al que iba su nieto Zackary. Yo necesitaba hablar con ella.

El hombre se detuvo.

—¿Por qué? ¿Conocía usted al joven Zackary?

—Bastante, demasiado —susurró—. Hay algo que debo preguntarle. ¿Podría decirle si puede verme solo unos minutos?

El hombre dudó, pero al final la hizo pasar al hall de entrada. Le pidió que esperara allí, entre las viejas escaleras de robles con alfombras rojas, los jarrones antiguos y los cuadros centenarios.

—Recuerda —dijo Zack—. Qué sabe del dije, del templo, del idioma secreto y del túnel del colegio.

—Sí, sí. Lo tengo.

El mayordomo regresó minutos después, con su expresión imperturbable.

—La señora Collins solo podrá verla unos minutos, efectivamente.

La guio por una sala con lindos sillones y a través de un comedor enorme, hasta una habitación más pequeña con estanterías llenas de libros y un hermoso piano de cola.

La señora Collins era una mujer muy anciana. Era delgada, arrugadita como una pasa, de un aspecto ceniciento pero engalanado.

El mayordomo se retiró con una reverencia y las dejó solas.

—Ah, buenas noches, señora Collins —saludó, sin siquiera moverse.

—¿Y quién eres tú, eh? —dijo con voz suave la mujer.

—Mi nombre es Zoey Scott, yo… era amiga de su nieto.

La mujer estiró los dedos hacia ella, pidiéndole que se acercara.

—¿Y qué quieres saber de mi nieto que te ha traído hasta aquí, a estas horas? Norberto me dijo que eras del colegio de Zackary. Si es así, ¿qué haces fuera del instituto, querida?

Zoey titubeó, acercándose a la anciana, mientras apretaba el conejo con más fuerza.

—Hay un asunto, señora. —La abuela esperó—. Yo quería preguntarle sobre… sobre su esposo.

—¿Mi esposo?

—Su esposo y… el collar que él le legó a su nieto.

La anciana señora Collins se quedó callada, tal vez observándola, tal vez no. El silencio duró más de lo que Zoey esperaba, fue casi tan aterrador para ella como la apariencia de la casa.

—¿El collar…?

—El dije —aclaró Zoey—, el dije por el cual mataron a Zack.

Capítulo 31

—¿Cómo… cómo sabes de eso? ¿Quién te dijo eso?

Zoey se atrevió a sentarse en el pequeño sillón más cercano a la mujer.

—Señora Collins, es complicado porque… *yo tengo el collar ahora.*

La anciana dio un respingo y, horrorizada, se llevó una mano a la boca.

—No, no, no —negó—. Tú no puedes tener ese collar, niña.

—No puedo —contestó ella—, pero desgraciadamente lo tengo. Lo tomé sin querer. Ya… sabe, yo… yo fui quién encontró el cuerpo de Zack en el sótano. Había hallado el collar —murmuró, mirándola fijamente mientras la mujer se abanicaba con una delgada mano—; cuando me di cuenta, lo tenía en el cuello y no podía quitármelo.

—¡Válgame Dios! El dije es peligroso, muy peligroso para alguien que no ha sido preparado. —Nerviosa, la mujer estiró una mano hacia ella—. Nadie debe saberlo, mi niña. ¡Te matarán como a mi nieto!

—Lo sé. Es por eso que vengo a usted —explicó Zoey—. Hay un templo, y también un libro, incluso un túnel que conecta al colegio con…

—¡No, no, no! —La anciana agitó los brazos, como si quisiera huir —. No te metas en esto, aléjate.

—No puedo hacerlo, señora Collins. Y han intentado matarme tantas veces… Necesito respuestas, no huir.

Zoey se mordió el labio inferior, al ver a la mujer respirar agitadamente. ¿Y si le causaba un ataque…?

—Déjame hablar con ella —pidió Zack. A Zoey casi se le escapa el grito.

—¿Qué?

—Explícale de mí y déjame hablar con ella.

Pensando que eso era muy mala idea, Zoey tomó aire.

—Me han protegido, señora. Como obtuve el dije sin querer, algo increíble pasó y… —¿Cómo se suponía que le explicara a esa mujer que su nieto estaba muerto pero aún con un cuerpo?—. Alguien envió de vuelta a Zack para cuidarme.

—¿Qué dices? —escupió la señora Collins, nerviosa.

—Su… su nieto, Zack.

—Ya —pidió Zack. Saltó de su regazo al suelo para tomar forma humana. En cuando la anciana vio cómo alguien surgía delante de ella, reprimió un grito—. ¡Abuela! —le pidió hincándose delante de ella—. Por favor, no te alteres. Soy yo, soy Zackary. —La abuela no pudo decir ni mu—. Me enviaron de vuelta a cuidar a Zoey; no estoy vivo otra vez, no es eso. Me dieron un cuerpo provisorio, para protegerla. Mi misión es mantenerla con vida.

—¿Qué… qué… qué…?

—No sé quiénes fueron; no los vi. Solo escuché que me daban la responsabilidad. Y tienes que ayudarme abuela, no puedo cuidar a Zoey si no sé qué es lo que dice en ese templo.

—N-no… mi nieto… —balbuceó la mujer.

Zack le tomó las manos.

—Mírame abuela, mírame bien —pidió. La anciana obedeció, con los ojos anegados en lágrimas.

—M-mi nieto —gimió.

—Soy yo —susurró Zack, con intensidad—. Estoy aquí… y necesito tu ayuda.

—Pero… no entiendo.

—Ni yo, abue. Pero por favor, no se lo digas a nadie. No estoy vivo, no en realidad. Este cuerpo no es humano ni mortal. —Le apretó las manos—. Solo durará el tiempo que dure la vida de esta chica… Y yo no puedo dejarla morir, no por mi culpa.

—Mi Zack… mi nietito. —La mujer liberó una mano, para tocar las mejillas de su nieto—. Tú… tú estás aquí.

—Sí, abue. —Él sonrió—. Aún estoy aquí.

Zoey enterró la cara en un grueso almohadón. Estaba que se dormía. Zack y su abuela llevaban rato hablando a solas en la habitación contigua y ella se babeaba sobre el sillón. No veía la hora de llegar a su cama, pero faltaba bastante para eso.

Se limpió las lagañas de los ojos justo cuando el mayordomo entraba a ofrecerle una taza de café. Negó. No tenía ganas de tomar nada, aunque el café pudiera hacerle bien al despertarla un poco.

Al final de un largo rato, Zack abrió la puerta del salón. Su abuela llevaba en sus manos unas carpetas oscuras.

—¡Zoey, Zoey! ¡Lo tenemos! —le dijo él animadamente, sacudiéndola para despertarla de su trance. Zoey gimió, muerta de sueño.

—¿Qué cosa?

—Las carpetas de mi abuelo —sonrió Zack, radiante—. La abuela dice que él pasó muchos años investigando cosas sobre el dije.

Tratando de despabilarse, se sentó en el sillón y miró a la mujer, que dejaba las carpetas sobre una mesita.

—Mi marido tenía muchos datos aquí. Se supone que un antepasado suyo perteneció a la logia que tenía sede bajo la iglesia local.

—¿Se supone? —repitió Zoey.

—Bueno. —La ancianita se sentó. Tenía los ojos colorados, a consecuencia de tanto llanto—, él hablaba de un tátara, tátarabuelo. Pero como no había nombres ni demasiadas notas en los archivos que tenía de la logia, no podía compararlo del todo. —Junto con Zack, abrieron las carpetas y sacaron varias hojas viejas, amarillentas y sueltas. Había blocs de notas también.

Revisaron varias anotaciones interesantes.

—¡Oh! Aquí —la señora Collins tomó una hoja—. Los templos de culto templario.

Zack y Zoey se inclinaron sobre la hoja.

—¿Los templarios? ¿Los caballeros templarios?

—¿Alguna vez oyeron la teoría de que los templarios estuvieron hace más de mil años en América del sur? Dicen que escondían el Santo Grial. Si bien otros dicen que el Santo Grial está oculto ahora en la Patagonia, tu abuelo encontró ciertos documentos de la logia que afirmaban que la zona del pueblo fue un antiguo asentamiento templario. En realidad, la logia tiene un inicio templario.

Zoey se quedó muda. Entendía poco y nada. Lo único que sabía de

los templarios lo había visto en una película de Nicholas Cage.

—Aguarda… —Zack parpadeó—. ¿Templarios protegiendo o adorando algo que no tenía nada que ver con el catolicismo? Estoy seguro de que el dije no es un objeto autorizado por el Papa.

—Pues eso mismo digo con inicios templarios. La logia tenía una base de costumbres y creencias templarías que luego solo se llenó de fanáticos. Extrañamente, ellos conocían muy bien el poder del dije y seleccionaban a un miembro para ser un portador.

—A que todos murieron —bromeó el chico, y Zoey y la anciana le dirigieron una mirada reprobatoria.

—Pero… no entiendo. ¿Los templarios eran una religión o algo así?

—No —Zack negó—. Los caballeros templarios eran una orden militar cristiana. Reconocida y aprobada por la iglesia. ¿Recuerdas las famosas «*Cruzadas*»?

—Sí, los de las cruces rojas.

—Exacto. Esos eran templarios.

—¿Entonces, que tienen que ver con el dije?

—Pues a eso quería llegar. —La señora Collins señaló la hoja—. No sé muy bien cómo fue formada la logia, ni cómo ellos adoptaron las costumbres, ni si el fundador era un templario propiamente dicho. Pero si estoy segura de que la logia también tuvo mucho que ver con la fundación del pueblo, sobre todo por las construcciones de culto templario.

—Por construcciones de culto templario, se refiere al templo en el bosque —aclaró Zack para Zoey.

—No solo ese —contestó la abuela—. Sino el que estaba bajo la iglesia y el que estaba bajo el colegio.

Los chicos se quedaron mudos. Si bien habían sospechado algo por el estilo hacía algún tiempo, no hubieran imaginado con exactitud que la catedral y la escuela fueran templos templarios.

—Abuela, ¿hablas en serio? ¿Por qué jamás me lo dijeron?

—Ya sabes que el templo del bosque no es el original. Ese fue construido por la logia. Debajo estaba el verdadero templo templario, que estimo que sería milenario. De la misma forma, habían otros dos templos: la catedral y el colegio. Tu abuelo quería decirte muchas cosas, pero tú sabes muy bien que siempre es mejor estar lejos de todo esto —murmuró la mujer—. Al final, pensamos que era mejor que no supieras todo y no te involucraras en los temas de la logia. —Guardó silencio durante un momento y como nadie dijo nada más, ella siguió —. Hay un túnel que los conecta, como tú estabas diciendo, querida.

—Sí —susurró Zoey—. Encontramos una cámara oculta debajo de

la iglesia, con varias habitaciones con escrituras similares a las del templo del bosque.

—Pues bien, esos son restos de las construcciones que los templarios dejaron. ¿Por qué crees que te han enviado a ese colegio toda tu vida, Zackary? —La abuela lo miró y Zack enmudeció mientras pensaba.

—Si el colegio era un templo… para el dije, ¿al dije lo atrae de igual forma el templo del bosque?

—No de igual forma, porque los tres templos tenían funciones distintas. El del bosque era ritual. De sacrificios. El del colegio era de simple transición, de descanso, de oración.

—Espere un segundo —Zoey la detuvo, recordando algo que Adam le había dicho una vez*: «En el colegio estarás segura»*—. El túnel… El colegio… ¿El colegio es un punto seguro de verdad?

—Pues… —La mujer dudó—. Ahora mismo, no lo sé. No creo que sea un lugar seguro si mi nieto fue asesinado allí dentro.

Zack negó.

—No, no. Zoey tiene razón en eso. Cuando el túnel estaba cerrado, nada extraño sucedía; cuando lo abrí, sombras o espectros comenzaron atacar a Zoey. Entraban a través del túnel.

—¿Sombras?

—No sabemos qué eran.

—Eran bastante corpóreas. Me arrastraron por el túnel hasta la iglesia, y luego a través del pueblo.

—Yo no tengo idea de qué significa eso —contestó la mujer.

Los tres guardaron silencio.

—Entonces… Tres templos originales. Dos están debajo de los cimientos del colegio y la iglesia, y el otro fue reconstruido —recapituló Zack—. ¿Qué hay del dialecto que se ve en las paredes de ese último?

La abuela rebuscó entre las hojas.

—Espera. —Corrió blocs, cuadernos y varios sobres—. Aquí. —Separó un fajo de hojas—. Tu abuelo trabajó muy duro en esto. Cuando halló el código, estaba a medio terminar. Pasó años hasta que pudo comprenderlo del todo.

Zack y Zoey se inclinaron para ver mejor.

—Oh, Dios —gimió ella, comprendiendo lo que veía.

Era un código de traducción.

Los chicos levantaron las cabezas, sintiendo los nervios acumularse en sus pechos. Allí estaba lo que tanto podía aclararles las dudas y

suposiciones.

Se sintieron más cerca, más emocionados que en mucho tiempo. Con ese papel podían averiguar si existía alguna forma, aunque fuera mínima, de librarse del dije. De huir de verdad, de despedirse de los problemas.

Zoey miró a Zack.

Efectivamente, también significaba despedirse de él.

«***Querido Zack:***

Si algún día lees esto, significa que estoy muerto. Tal vez creas que he dejado un gran peso sobre tus hombros, pero esto es mucho más complicado de lo que imaginas. Sé fuerte, como lo hemos hecho todos hasta ahora.

Para ti, para mí, esto es más que una tradición. Ciertamente lo es. Tú y yo tenemos un deber que nos rige por sangre. Espero que algún día lo entiendas como tal.

Este objeto tiene que ser protegido y como últimos herederos, debemos aceptarlo y hasta dar nuestra vida. No por él, sino por quienes nos rodean.

Créeme, mi niño, que esta cosa rige un destino atroz en las manos equivocadas. Esas manos te perseguirán y no importa cuántas formas tome, siempre serán las mismas. Siempre tendrán un brillo violáceo en los ojos. Procura no seguirlo, procura no caer en sus trampas.

Después de ti, ya no queda nadie. Tus hermanas no estarán listas jamás para esto. Eres el último de los Collins que puede llevar el dije, al menos por ahora. Ya llegará el momento en que tengas que saber por qué.

Vive, cumple tu deber.

Y muere por quienes amas y por quienes merecen seguir coexistiendo con este hermoso planeta.

Muere para salvarlo, porque él va a destruirlo si el dije queda en sus manos.

Robert Collins, tu abuelo.»

La carta que nunca llegó.

ESCENA EXTRA

Zackary contuvo una risa.

Junto a él, su amiga y compañera de clases, Mariska, reía tontamente. Estaba fingiendo que lo que Sarah Connors decía era terriblemente intrigante, pero él sabía en realidad donde estaban los pensamientos de la chica: estaban junto a su mano, intentando llegar a su entrepierna.

No hizo nada para sacársela de encima. Quería ver hasta dónde podía llegar. Sarah no se daba cuenta y calculaba que el resto del alumnado que almorzaba en el comedor tampoco lo hacía.

Esa chica… esa chica tenía problemas para dejar sus manos quietas, ¿eh? Pegó un brinco involuntario cuando los dedos filosos de Mariska se clavaron demasiado cerca de lo que había debajo de sus pantalones.

—Marie —replicó. Le divertía, sí, pero no le agradaba que ella le clavara las uñas. Eso no lo apreciaba ningún hombre.

—¿Si? —preguntó Mariska con una sonrisa coqueta.

—¿Te hiciste la manicura últimamente? —le preguntó, apretando los dientes para no echarse a reír.

Mariska relajó sus uñas.

—Oh, sí. Sarah es muy buena con la lima —dijo, con una sonrisa aún más significativa.

—Qué interesante. —Zackary se metió un pedazo de sándwich en la boca y, como una niña, apretó las piernas para impedir que las uñas de Mariska siguieran clavándose. Si Sarah era tan buena con la lima

de uñas como Marie decía, esas cosas serían capaces de atravesar la tela de su pantalón.

Con esa pequeña indirecta, Mariska apartó la mano y él pudo volver a comer sin preocuparse por ello.

—¿Y han visto las fotos de la fiesta? —Sarah se echó el pelo para atrás, mirando a Zack a través de sus pestañas. Él ya sabía que Sarah tenía intenciones ocultas y que, cuando Mariska mirara para otro lado, la chica rubia se abalanzaría sobre él.

Eso sí que no sucedería. Zack podía tener a la chica que quisiera, tal vez, pero no estaba para crear problemas entre dos niñas. Con una como Mariska era suficiente. Dos… era demasiado.

—Sí, por suerte salí bien en casi todas —Mariska parloteó—. Me preocupaba el perfil de mi nariz —agregó, presionando los dedos por encima del puente de su respingada naricita—. ¿Viste la que salimos juntos, Zack? —lo codeó.

Zackary dejó caer la mitad del sándwich de entre los labios

—¿Eh? ¿Qué foto? —no tenía ni la más puta idea de las fotos. Sabía que hablaban de la fiesta, pero no le interesaba en lo más mínimo. Lo pasado pisado, ¿qué tenían de interesantes las fotos?

—Esa en la que nos estamos dando un hermoso beso —replicó Mariska guiñándole un ojo.

Zack arqueó una ceja y recuperó lo que quedaba de su sándwich. Ah, eso, el beso. Para Marie debía significar lo que ella quería que significara. Para él no significaba nada de eso.

—Ya —dijo.

Mariska pareció decepcionada por su falta de interés en el asunto, así que volvió a entablar conversación con Sarah.

«Mejor así», pensó él. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Por ejemplo, últimamente el collar que colgaba de su cuerpo estaba insoportable. Tenía deseos terribles de saltar la medianera del colegio y correr por el bosque hasta el viejo templo que solo él conocía. Bueno, solo él en ese colegio lleno de niños inocentes.

El collar siempre quería ir hacia allí, pero en esos últimos dos días la presión y la ansiedad eran terribles, y Zack negaría con la cabeza la cantidad de veces que fuera necesario. Sabía que el dije no lo entendía, no le escucharía y menos aún le prestaría atención, pero él no sería tan estúpido como para exponerse de esa forma. Todos sabían que ir al templo era como un suicidio.

Todos, es decir, toda su familia.

Desde que su abuelo había muerto, en casa no hablaban tanto del tema, pero sí estaba claro que ir al templo era acordar con la muerte.

Por alguna razón el dije adoraba estar ahí y los que ansiaban poseerlo, matando para conseguirlo, sabían que allí iban a encontrarlo.

Por eso Zack estaba cerca pero seguro al mismo tiempo. Era increíble que tan inminente a ese templo hubieran erigido un edificio tan importante para el pueblo como ese y que nunca hayan tenido en cuenta el dominio del bosque. Tal vez alguien más conocía el templo, pero le daba lo mismo.

Ahora ese establecimiento, que durante algún tiempo había sido casa de gobierno estatal, después de haber sido también hogar de los fundadores, era un colegio pupilo privado; uno de los mejores de la zona. Zack iba a ese colegio porque tenía que ver con el templo, o al menos eso quería creer, pero la mayoría de los chicos asistían porque colegios privados no había muchos y todos los alumnos vivían demasiado lejos como para ir y venir durante el día por las rutas provinciales. Pero, a decir verdad, incluso él compartía esa pequeña situación con sus compañeros. Su pequeña pero fastuosa ciudad también quedaba lejos.

Terminó de masticar su comida y apartó la mirada de las ventanas.

—No la soporto —estaba diciendo Mariska en ese momento y Zack no tenía ni la menor idea de quién hablaba. Y menos aún le importaba.

—Es una arrastrada, ¿nunca le quitará los ojos de encima? —corroboró Sarah y él se levantó de la mesa, dispuesto a dejarlas con sus comentarios de chicas malvadas.

—¿Oh? ¿Te vas? —preguntó Mariska, sujetándolo de la camisa blanca. Zackary asintió y le dio una palmadita en la mano—. ¿No querrías esperarnos unos minutos más?

Ante eso, arqueó las cejas. No, definitivamente no tenía ganas de esperarlas y escuchar cómo le sacaban el pellejo a alguien más.

—Tengo que estudiar —dijo y se apartó de la mesa. Llegó a la puerta y esquivó a una chica de segundo año de cabello corto y oscuro que había estado a punto de caer al suelo. Ella se rió cuando su amiga, de pelo rubio y alborotado, la sujetó del brazo para impedir que siguiera su trayectoria—. Ups —dijo Zack, sonriéndole a la chica por su patinada—. Cuidado.

—Gracias —contestó la morena y tiró de la mano de su amiga hacia dentro del comedor.

Si esa chica se hubiera caído, hubiera sido acosada por cientos de risas. Las de Mariska y Sarah serían las más fuertes. Apenas giró la cabeza hacia atrás para ver las espaldas de las amigas; le dio la sensación de que si se hubiera caído, las risas le hubieran importado poco a la muchacha.

Se cruzó con varios compañeros de clase y hasta saludó a Rick Davenson, con quien no tenía mucho trato. Davenson no lo quería y a Zack le daba lo mismo; era así de simple.

Llegó a su cuarto en un santiamén y agradeció que su compañero estuviera comiendo. Quería aprovechar los minutos que le quedaban entre clases para dormir un poco.

Con toda la ansiedad del dije, su descanso se había trastocado. ¿Y qué podía hacer él? Era un inútil portador que estaba esperando a la muerte a cada vuelta de esquina. Estaba preparado para eso, cualquiera diría que estaba listo, pero en realidad Zackary quería mucho más que eso.

Deseaba poder quitarse esa cosa. Quería vivir sin preocupaciones, sin miedos, sin estar preparándose para lo peor. Quería vivir, *simplemente eso*. Y de alguna forma presentía que su hora llegaría como a todos los portadores antes que él.

Era una mierda, con todas las letras. No podía darse el lujo de pensar a qué universidad iba a asistir o como sería la mujer con la que se casaría. Había aprendido que no aferrarse a sueños era la mejor forma de pasar el tiempo. Si estos eran idealizados y luego no se cumplían y lo perdía todo, su muerte iba a ser terriblemente insatisfecha. Era mejor no tenerlos y seguir como si nada.

Pero, indudablemente, cualquier joven de diecisiete años sueña e idea, y él no era la excepción. Que lo admitiera era otra cosa.

Cerró los ojos y dormitó por media hora, el espacio que tenía antes de Educación Física, pero no descansó. Se quedó pensando en esa foto que no había visto y en lo que Mariska quería marcar con ella. Tal vez tendría que volver a aclararle que no eran una pareja. Se despertó al fin, más molesto que antes, justo cuando faltan apenas unos minutos para la clase.

Salió del cuarto y se chocó con Adam.

Su amigote, por lo enorme, le dedicó una sonrisa taciturna.

—¿Durmiendo, Zack?

—Intentando —respondió él, alzando las cejas. Adam y ellos no eran en realidad… amigos. Bueno, podría ser que sí. Solían estar en el mismo grupo, compartían cosas —incluso a veces también chicas—, hablaban, tal vez bromeaban alguna vez, pero entre ellos las cosas no eran normales. Era como si corriera un aire frío en medio. Helado, heladísimo. Había algo en Adam que era demasiado escalofriante para él y se veía que había algo en Zack que a Adam tampoco le agradaba.

—Genial. Cuando veas a Mariska dile que pare de parlotear acerca de esa estúpida fiesta y de esa estúpida foto que Sarah les tomó.

—Ni siquiera he visto la foto, amigo —dijo, estirando los brazos y los hombros—. No sé qué tanto debe traerse con…

—Es tu noviecita, Zack, cálmala —replicó Adam y siguió camino hacia su habitación. Al parecer, iba a saltarse Educación Física.

—Sí, claro —gruñó él en voz baja cuando Adam Smith ya estaba lo suficientemente lejos como para oírlo—. Novia, mis pelotas.

Mariska era bonita y la mayoría del tiempo era agradable, pero él no era muy fanático de las actitudes que llevaba con los demás y la necesidad de hacerlos sentir inferior. Quizás, solo quizás, si Marie no fuera de esa manera, podría haber sentido algo más por ella en su vida.

Bajó las escaleras y se reunió con el resto de los alumnos varones de tercero para marchar todos juntos al gimnasio techado que había a dos cuadras, del otro lado del río. Con lo adormilado que estaba no tenía humor para hacer ejercicio, así que se encargaría de ponerle la mejor poca onda al asunto.

Y una mierda. Ni con la mejor poca onda logró salirse con la suya. El profesor lo pescó holgazaneando varias veces y tuvo que soportar unas flexiones de brazos de más. Al menos, pensó en ese momento de frustración, no era el único. Davenson también estaba haciéndolas.

Regresaron al colegio rápido, bien apurados, puesto que las alumnas de segundo año debían usar el gimnasio después que ellos. Para cuando entró al vestíbulo, las primeras nubes negras hicieron aparición en el cielo despejado.

—Hey, Zack, ¿entonces Mariska y tú están saliendo de una vez por todas? —Zackary puso mala cara cuando Eric López le puso una mano en el hombro. Era sabido que Eric tenía una especie de obsesión por Mariska y que esa amabilidad solo enmascaraba sus celos y curiosidad.

—No, maldita sea, ¿es por esa foto?

Eric se encogió de hombros, pero él no se la dejó pasar.

—No salimos, nunca saldremos.

—Ah, claro.

Se alejó del chico, puesto que no quería soportar sus malas vibras. A que Eric le estaba deseando la muerte de miles de maneras distintas.

«*Que te recontra*», dijo mentalmente. «*No es mi culpa ser sexy y que tu tengas la cara llena de granos*». No, ciertamente, no era su culpa. Sabía muy bien que era guapo y muy deseado, y cada tanto le gustaba hacer cháchara sobre eso. Si Mariska lo prefería a él, Eric tendría que empezar a preguntarse por qué y cuidar un poco más su aspecto. Lavarse los dientes al menos una vez por día también era una buena

idea.

Así que ahora le tocaba llegar a la habitación y prender la endemoniada computadora y ver esa maldita foto. No iba a poder borrarla porque la foto era de Sarah, pero al menos podría *des-etiquetarse*. Quizás, si tenía suerte, podían entender eso como una negación ante Mariska.

Bah, qué estupidez. Si ya había salido besándola, lo que no era tan extraño si Mariska se la pasaba colgándose de su cuello y toqueteándolo, nada podía salvarlo.

La culpa era de ella, claro. De ella y *de él* por caer ante los placeres de su carne. Y sobre todo culpa de él por no lograr decirle las cosas de manera clara. O por no dejar de tontear con ella si en verdad no quería tener una relación. Bufó y se llevó una mano a la frente. En ese momento, se prometió agarrarla para decirle las cosas de frente y parar con su ilusión. Era lo justo, sobre todo para ella. A veces las personas no están hechas para estar juntas. Y ellos no congeniaban.

Se duchó después de ver la foto en cuestión. Él salía perfecto y Mariska parecía una modelo. Si no fuera porque la foto estaba dando de qué hablar, diría que era una buena toma.

Tal vez podría *hackear* la computadora de Sarah antes de que todo eso se volviera más terrible. Esa foto podría desaparecer siniestramente. Hasta que, claro, Mariska la subiera otra vez, porque estaba seguro de que ella había guardado una copia en su propio ordenador, *pen-drive* y celular.

¡Pf! Mujeres. ¿Quién las mandaba a ser tan posesivas?

«Pues sopórtalo porque tú le diste aires, Zacky. Sigue siendo tu culpa», se dijo.

Se relajó dentro de la ducha mientras tocaba con los dedos la cadena plateada del collar.

¡Pf! Asesinos. ¿Quién los mandaba a ser tan insistentes?

Cenó poco esa noche, y si había pensado que su sueño estaba trastocado, lo revaloró cuando no pudo pegar un ojo durante toda la madrugada. Tenía los ojos abiertos como platos cuando el despertador le avisó que ya era hora de levantarse y asistir a clase.

Tenía ganas de golpear a alguien.

Se visitó y bajó a desayunar, desesperado por un café negro y potente que le ayudara a pasar la mañana. Ese día terminaba temprano; no tenía clases después del almuerzo. Podría dormir…

La primera hora, la de Historia, fue un suplicio. Mariska y sus amigas seguían cuchicheando sobre las fotos y él estaba que se dormía sobre el pupitre. Si seguía así, ese justamente no sería el día en que le

dijera a Mariska lo que realmente pensaba.

La profesora le llamó la atención al menos dos veces antes de pedirle, de mala gana, que saliera del aula y fuera a lavarse la cara.

Davenson comentó algo sobre él cuando salió por la puerta, pero prefirió ignorarlo antes que voltearse y hacerle comer un puñetazo. Especialmente porque tenía posibilidades de errarle.

Entró al baño de hombres, donde un chico de segundo año, de ojos azules, intentaba secarse el pantalón con hojas de papel.

—No me oriné, te lo juro —dijo el chico apenas lo vio.

Zack levantó las manos.

—No iba a decir eso.

El muchacho volvió a poner más hojas de papel sobre su entrepierna.

—Fue culpa de Jessica, ella me lo volcó.

Zackary asintió levemente, como si comprendiera de lo que le hablaba. No tenía ni la más puta idea de quién era Jessica. Tal vez había oído el nombre por ahí, pero la verdad es que había más de cinco Jessicas en esa institución. Cinco Jessicas y una sola Mariska. Irónico. La única Mariska tenía que estar con él.

—Jessica podría explicar lo que te pasó —dijo, abriendo la canilla de la pileta del baño. El chico negó.

—Jessica no tiene ni la más remota idea de que me tiró su vaso de agua encima. Soy un cero a la izquierda, Collins.

Ah, el chico sabía quién era él pero él no sabía el nombre del muchacho. Intentó reconocer algo en sus facciones. Su nombre empezaba con J, de eso estaba seguro. ¿Javier? ¿José?

—Te importa Jessica, ¿eh? —rió.

Los ojos azules del chico brillaron.

—Ah, no es que me importe…

—Bah, te gusta. —Zack se mojó la cara. ¿James? ¿Podía ser que se llamará James?

—Algo.

—Es irónico. Tal vez sea el destino —bromeó Zack, con las mejores intenciones—. No te angusties, James. Tienes buena pinta, seguro Jessica se fija en ti. —Como el chico no dijo nada en contra, Zack supo que había acertado.

Con el sueño que tenía, un poco de agua en su cara no alcanzaba. Metió el rostro debajo del chorro y se quedó allí, haciendo gárgaras y mojándose el cuello de la camisa blanca.

—Sí, claro —contestó James de mala gana—. Estoy seguro de que

le gusta otro chico. Justamente, alguien que tú conoces bien. ¿Adam?

Zack quiso poner los ojos en blanco. Si esa Jessica tenía interés en Adam pues era una idiota. James parecía más simpático y amable que la piedra filosa de Adam Smith.

No le contestó de primera mano y continuó con la cara debajo del agua.

—Adam es un imbécil —logró decir—. Tu Jessica se dará cuenta.

—Es bueno saberlo. Lo que no es bueno es que no hay nada con lo que secar esto. Creo que los pantalones de gimnasia que no lavé serán bienvenidos. —Zackary se atragantó con el agua a causa de la risa. James le caía mejor que Adam, sin dudas—. Nos vemos, Collins.

Lo saludó con la mano y al fin sacó la cara de la pileta del baño. Vaya, incluso se sentía más dormido que antes. Se miró al espejo e hizo una mueca. Al menos seguía siendo bonito.

Lo asaltó de pronto una sensación de curiosidad y desesperación tremenda. Había algo dentro de él que lo empujaba a salir de allí rápidamente. Pero Zack sabía que eso no estaba dentro de él, sino colgando de su cuello.

Se aferró a la pileta del baño y apaleó la sensación con la fuerza de la determinación de su mente. No iba a ganar; iba a ignorar los deseos del dije y él no iba a ganar.

Suspiró sonoramente cuando la presión dejó de ser arrolladora. Iba a necesitar unos minutos más en el baño a causa de eso y se los tomó con tranquilidad, puesto que no era capaz de volver a la clase de Historia.

Salió del cuarto cuando la campana anunció el receso, pero cuando creyó que todo había pasado empeoró. Durante toda la mañana estuvo con esa sensación apremiante, tirando de él en una dirección que no quería seguir. Y en el último receso, supo a donde quería ir el dije. Se detuvo abruptamente frente a la puerta de metal que bajaba al sótano y Sarah y Mariska chocaron contra su espalda.

—Oye, Zack. ¿Qué pasa contigo? —Mariska se acomodó el cabello —. ¿Estás bien?

¿El dije quería ir al sótano? ¿Por qué mierda querría ir al sótano? Era lo único en que podía pensar. Mariska y la necesidad de aclarar temas quedaron recluidas en un lugar recóndito de su cerebro.

—Estoy bien —le contestó a la chica y dejó que ambas lo empujaran hacia la última clase.

Durante Matemáticas, estuvo inquieto en la silla. Ya no tenía sueño, ahora estaba lleno de preguntas e inquietudes. No veía la hora de terminar la clase y saldar sus dudas.

—Zack —se quejó Adam, que estaba delante de él—. Deja de mover el banco, no puedo escribir.

Allí fue consciente de que estaba temblando. No se inmutó por el tono amargo de Adam; tenía cabeza para solo una cosa. Y para esa *cosa* debía esperar que todos estuvieran almorzando en el comedor.

Se retrasó a propósito guardando las cosas en su mochila. Mariska insistió en esperarlo y Adam bufó y se fue solo.

—Vayan ustedes, aún no encuentro mi lápiz —se quejó Zack, sonriéndoles despacio.

—Buscaremos una mesa —dijo Sarah y tiró de Mariska. Ambas fueron seguidas por otras compañeras.

Era la oportunidad perfecta. Salió del aula a las corridas y llegó al pasillo de la planta baja para quedarse mirando como un idiota la puerta del sótano. La preceptora pasó por allí y arqueó las cejas cuando lo vio.

—¿Buscas algo, Zackary?

—Se me cayó un lápiz por aquí —mintió él—, pero ya no está —aclaró cuando vio que Susi empezaba a barrer el suelo con la mirada.

—Mejor ve a comer.

Asintió rápidamente y no le quedó otra que marchar hacia el comedor. Susi fue detrás de él hasta que entró en la cafetería y, por suerte, la perdió entre los alumnos. Apurado, fue hasta la mesa donde Mariska estaba sentada y le dejó la mochila.

—Cuídamela un minuto —pidió.

—Por supuesto. —Mariska parecía encantada de que Zack le diera su mochila y Sarah la miró brevemente de mala gana. Seguramente ella quería el mismo honor.

A él le daba igual.

Salió del comedor mirando para todos lados, esperando encontrarse a Susi en cualquier esquina, pero esta vez llegó a la puerta del sótano sin problemas.

La abrió y bajó las escaleras que llevaban a la primera habitación del subsuelo. Había unas cuantas cosas desordenadas en una esquina, afiches, carteleras y una vieja estatua que solía estar en el recibidor del colegio. No era allí donde su curiosidad iba a ser saldada, así que siguió derecho hasta la puerta de la sala de máquinas, cerrada con llave.

—Perfecto —masculló. Sabía abrir cerraduras, pero no tenía tanta paciencia para hacerlo con maestría. Sacó el clip de oficina que solía llevar siempre en el bolsillo y se las arregló para destrabarla. Le tomó cerca de cinco minutos, y durante esos cinco minutos se la pasó

mirando sobre su hombro, temiendo que alguien lo encontrara infraganti.

Empujó la puerta de la sala de máquinas y alcanzó el interruptor de la luz con los dedos. Estaba bastante silenciosa. La mayoría de los artefactos no funcionaba. Muchos tenían más de cien años y solo habían servido a la casa cuando esta albergaba a la familia fundadora.

Avanzó, notando cómo allí estaban las respuestas. Esperaba encontrar las preguntas también con eso. Apuró el paso cuando la presión en su pecho volvió, pero se detuvo cuando notó que esta desaparecía de pronto. Se giró sobre sí mismo, confundido.

Algo allí no estaba bien, y cuando comprendió que lo mejor era salir, fue demasiado tarde. Había magia en ese lugar y la magia lo había atrapado. Se llevó una mano al pecho, notando que nada colgaba de su cuello, y solo tuvo tiempo de ver como parte de su ropa se enganchaba en el engranaje de una vieja máquina que *no debería haber empezado a girar*.

Lo supo, pero de igual manera, era demasiado tarde. Solo le quedó cerrar los ojos y no ver.

Nova Casa Editorial
#novacasaeditorial #leyendoaNova

NovaCasaEditorial
NovaCasa360

novacasaeditorial
NovaCasa360

NovaCasaEditors

Nova Casa Editorial

Nova Casa Editorial